

MENTIRAS Y ENGAÑOS



JOSE ISMAEL OSPINA VERGARA

MENTIRAS Y ENGAÑOS

JOSE ISMAEL OSPINA VERGARA



© 2019 José Ismael Ospina Vergara
Reservados todos los derechos
Calixta Editores S.A.S
Primera Edición Abril 2019
Bogotá, Colombia

Editado por: ©Calixta Editores S.A.S
E-mail: miau@calixtaeditores.com
Teléfono: (571) 8120514
Web: www.calixtaeditores.com
ISBN: 978-958-5481-57-2

Director Editorial: María Fernanda Medrano Prado.
Editor: Natalia Garzón Camacho
Corrección de planchas: Carolina Pinzón – Karen G Álvarez
Corrección de estilo: Natalia Garzón Camacho
Maqueta e ilustración de cubierta: David Avendaño Maldonado @Dandresavendano
Diseño y diagramación: David Avendaño Maldonado @Dandresavendano

Primera edición: Colombia 2019
Impreso en Colombia – Printed in Colombia
Impreso por: La imprenta Editores S.A

Todos los derechos reservados:
Ninguna parte de esta publicación, incluido el diseño e ilustración de la cubierta ni las ilustraciones internas, puede ser reproducida, almacenada o transmitida en manera alguna ni por ningún medio, ya sea eléctrico, químico, mecánico, óptico, de grabación o de fotocopia, sin previo aviso del editor.



AGRADECIMIENTOS

Mis sinceros agradecimientos a mis hijos José Ismael, Nidia Liliana y Álvaro. A mis nietos, sobrinas y sobrinos, a mis hermanos Carlos Ariel, Luis Eduardo, Mery, Flor María, Rosa Nidia y Juan de Dios, quienes estuvieron pendientes de este nuevo proyecto literario.

A la directora María Fernanda Medrano, a su esposo David Avendaño, a mis colegas de Editorial a quienes admiro y son una guía para encontrar el camino del saber. A todos muchas gracias. Dios los bendiga.

A mi pueblo Purificación Tolima, mi faro y fuente inagotable de ideas que me inspiran y dan sabiduría hoy y siempre. A mis primos, primas y amigos que siempre me dan su apoyo.

No olvide que leer enriquece el conocimiento, ejercita la mente y alimenta el alma.

Por eso hay que leer para soñar, soñar, dejar volar la imaginación a sitios donde solo usted pueda llegar, disfrutar, disfrutar y gozar para que el espíritu se renueve día a día y sea cada día más joven.

*“No olvide que leer,
Enriquece el conocimiento
Ejercita la mente
Y alimenta el alma”
José Ismael Ospina Vergara*

CAPÍTULO 1

T.L,

Luego de disfrutar de su idílica luna de miel en Europa donde visitaron países como España, Francia, Inglaterra, Alemania e Italia y conocieron sitios representativos, emblemáticos, monumentos históricos, sitios turísticos, playas y lujosos hoteles donde disfrutaron intensas jornadas de amor, jurándose una y otra vez amor eterno, regresaron al país: Gabriel Jaime Palomino –médico- y Andrea González –abogada-. Se alojaron en la casa de los padres de Gabriel Jaime; entregaron a sus allegados regalos y algunas postales; dos días después se dirigieron al pueblo donde residía la familia de Andrea.

Con felicidad infinita los amorosos padres les dieron la bienvenida, pero esta vez no hubo parranda ni baile. Durante toda la tarde y parte de la noche les comentaron sobre el viaje de luna de miel en Europa, destacaron la belleza y el encanto de los sitios que visitaron. Como era imposible detallar tanta ilusión subjetiva creada por la mente y sentida en el corazón en tan poco tiempo, decidieron continuar dos días después en la hacienda de don Rómulo y doña María –padres de Andrea– porque al otro día Gabriel Jaime deseaba visitar a sus ex compañeros de trabajo en el hospital y su esposa deseaba visitar la casa de sus ex–suegros. Ambos fueron recibidos con alborozo en sus respectivas visitas.

—Hola mi niña, que felicidad verla por aquí, siga, siga.

—Gracias, don Roberto y doña Ernestina —se abrazaron durante unos instantes—, Doris ¿cómo está? y Roberto Alberto —el hijo de Doris y Carlos Alberto— como está de bonito y grande, a ver déjeme alzarlo un momento. Carlos Alberto me alegra verlo.

Intercambiaron saludos muy cordiales. Andrea les entregó unos presentes traídos del viaje por Europa. Durante tres horas hablaron de sus vidas, dejaron el pasado fuera de la conversación. Doris se sentó a la mesa con ellos y ordenó la merienda para ser servida por la nueva empleada encargada para estos menesteres. Ya no era ella quien servía sino quién ordenaba, había adquirido este estatus luego de casarse con el amor de su vida, Carlos Alberto.

Andrea pudo notar que quien servía no era una mujer joven, sino una señora de unos cincuenta años. Agachada esbozó una leve sonrisa, cuidándose de no ser observada a excepción de Ernestina que no dejó pasar inadvertido el detalle de su ex, le devolvió una mirada y sonrisa picaresca. *La pillé, ¿será que aún siente celos? Espero que no.*

Aunque Doris solo la miró de reojo, también sacó sus conclusiones: *Condenada ojazul, le gané la partida, mire lo que tengo: un hijo de su novio. Ja, ja, ja el que ríe de último, ríe mejor.*

En esta disputa de conclusiones mentales. *Astuta la morena, con paciencia me ganó. Al final de cuentas eso está bien. Y qué decir de la mujer que consiguió para desempeñar los oficios de la casa; entrada en años y nada bonita para que no le haga competencia. Bien por esa mi astuta morena, la felicito.*

Los hombres, o no se dieron cuenta o solo se hicieron los pendejos. Aunque fue invitada a almorzar desistió de hacerlo, manifestó que sus padres la esperaban en la casa. De nuevo se despidió con cordialidad y prometió regresar antes de partir para Bogotá. En el trayecto a casa sintió una leve punzada al corazón y maripositas en el estómago. ¿Serían carbones listos para encender de nuevo la llama del amor? o ¿cenizas esparcidas que trajeron a su mente algún recuerdo? Frunció los labios y batió la cabeza con negatividad. De esta forma contestaba lo que su mente le planteaba. Balbuceó en voz baja “el pasado, es pasado”. Solo tenía que enfrentar ese

momento.

En el almuerzo, los padres y los recién casados comentaron los pormenores de sus reuniones, luego se retiraron al patio a descansar, tomar la siesta y en horas de la tarde salir a la Alcaldía, saludar las autoridades y amigos que encontrarán a su paso. De regreso pasaron por la heladería y con helados en mano se dirigieron al parque para ocupar la misma banca que guardaba los secretos del pasado. Recordaron anécdotas, buenas y regulares, rieron hasta saciarse, abrazándose y besándose con infinita pasión. De regreso a casa pasaron por la casa del cura, saludaron a los empleados y al sacerdote quién los felicitó, y trajo a colación una reflexión sobre la ley de la vida:

—A veces no es lo que uno quiere sino lo que el destino tenga dispuesto para nosotros.

—Así es padre, regálenos la bendición.

Se despidieron y retornaron a la casa donde los esperaban para cenar y hablar un rato.

Al otro día se dirigieron a la hacienda donde disfrutaron a sus anchas estos días de vacaciones. El día anterior a su viaje a Bogotá, repitieron lo mismo del primer día, pero esta vez el médico la acompañó a casa de Carlos Alberto “no fuera a ser el diablo”. En horas de la tarde se despidieron de los amigos y al otro día con el corazón partido ella se despidió de sus padres y él, de sus suegros. Prometieron volver a su regreso de España.

De nuevo en casa de los padres de Gabriel Jaime, visaron los pasaportes, los certificados de estudio y otros documentos requeridos por la embajada española para su ingreso a ese país. Pasaron por la agencia de viajes para retirar los tiquetes y en la noche luego de la cena se retiraron a la alcoba a elaborar una lista de los objetos y ropa que debían empacar en las maletas para el viaje que sería dos días después.

Afanados por llegar a tiempo al aeropuerto ya que, por su culpa retrasaron la salida de la casa de sus suegros, Andrea miraba a su contrariado esposo que optó por el silencio durante el trayecto. Por fortuna el conductor del taxi enterado del impase y ayudado por las oraciones de ella, esquivó los consabidos trancones de la capital.

Bajaron las tres maletas y presurosos se dirigieron a la fila para chequear las maletas y boletos de viaje. Una señora de unos 55 años, mediana estatura, tez blanca y cabello corto pintado de rubio se acercó a ella, la miró, y le esbozo una pequeña sonrisa luego la saludó:

—Señorita, mi nombre es María Manrique, ¿voy para España y usted?

Aún sin reponerse de los nervios y susto por llegar tarde, miró a su interlocutora ocasional y le contestó:

—Sí, señora, también voy con mi esposo para allá.

María la miró de nuevo a los ojos, trataba de escudriñar la forma de ser en su interior y como le pareció una persona sensible, prosiguió.

—Qué bueno, voy a visitar a mis hijos, estoy algo nerviosa y llevo mucho equipaje, ¿será que de pronto a ustedes les queda un cupito? —al no tener respuesta por parte de Andrea de nuevo le preguntó—. Será que le puedo el pedir el favor de llevarme con su equipaje ¿una maleta?

Sin vacilar un instante le contestó:

—Sí claro no veo ningún problema.

—Muchas gracias, mi señora, no sabe el favor que me hace, voy a traer la maleta, es pequeña y creo que no le causará problemas.

Gabriel Jaime, que al principio no le importó la conversación de las dos mujeres, optó por preguntarle:

—Amor, ¿qué quería esa señora?

—Nada de importancia amor, como usted sabe llevamos poco equipaje...

—Amor, ya te he dicho que no me trates de “usted”.

—Tienes razón, lo siento. Te decía que ella también va para España, quiere que la ayudemos con una maleta pequeña como parte de nuestro equipaje, los hijos salen a recogerla al aeropuerto. Di que sí amor, nosotros podemos y de paso ayudamos a esa pobre viejecita que está sola ¿sí?

De manera tajante le contestó:

—De ninguna manera amor, vamos a registrar solo nuestras maletas, que esa señora registre las suyas. Sé que lo haces de buen corazón, pero no podemos encargarnos de equipajes ajenos. Hazme caso amor.

—Pero que tiene de malo, además ya le di mi palabra.

—Sí, pero no, amor, en estos tiempos no podemos confiarnos de hacer este tipo de favores y menos con personas que no conocemos.

—Ay, amor, ella tiene cara de buena gente. Di que sí —lo abrazó y le dio un beso en la boca que él respondió con frialdad— Si ves, como eres de malo.

—No, amor, cuando estemos allá y lleguemos al hotel, te explico el porqué de mi negativa. Solo por esta vez hazme caso. Mira que es por el bien de los dos. Ni siquiera tomes con las manos esa maleta.

—Ni que estuviera contaminada... Está bien, pero no estoy de acuerdo, esposo mandón.

Cuando llegó sonriente la señora con la maleta en la mano, se encontró con la negativa de Andrea quien le manifestó no poder ayudarla y aunque ella le insistió una y otra vez con el rostro suplicante y los ojos rojos de la angustia a punto de llorar, se encontró con el rechazo de su samaritana que prefirió inclinar su cabeza para no ver el rostro de la afligida mujer que se retiró cabizbaja con caminar cansino al lugar donde tenía el resto de equipaje.

—¿Si ves lo que hiciste? Esa pobre señora por las que tiene que pasar cuándo nosotros la pudimos ayudar. Di que sí y en el hotel te doy un regalo que jamás vas a olvidar. De nuevo lo abrazó y le dio un beso.

—Amor, entiéndeme, sé que lo haces porque eres una mujer de un gran corazón. Ahora no te puedo explicar mi negativa, —le acarició las mejillas—, y por eso no me vayas a privar del regalo esta noche. Comprende mi prevención —la tomó de los hombros, la consintió y la mimó. Algo que ella aceptó a regañadientes.

Abordaron el avión que pronto se posó en las mullidas y extensas nubes blancas de algodón. En las primeras horas de viaje Andrea se dejó consumir por un sinnúmero de pensamientos desaprobatorios hacia su esposo. Para colmo de males la señora provocadora del incidente le correspondió el puesto al otro lado del pasillo y no desaprovechaba la oportunidad para enviarle sonrisas y gestos desaprobatorios a su esposo que también se hallaba triste y meditabundo por el delicado impase con su esposa. Para no participar en el intercambio de miradas y gestos de las mujeres, prefirió cerrar los ojos y solo los abría cuando la azafata les ofrecía comida o bebida durante el viaje. Quiso remediar en algo la situación así que intentó entablar conversación sobre algunos temas, pero Andrea le respondía con monosílabos. Por unos momentos se imaginó lo triste que sería su matrimonio de seguir así. Aceptaba este primer reto de la vida, pero esperaba estar equivocado.

Por fin el viaje: tortuoso en cuanto a sus relaciones de comunicación, pero bueno en cuanto a condiciones técnicas llegó a su destino. El aeropuerto de Barajas en Madrid, les daba la bienvenida. Luego de mostrar los pasaportes, visas y someterse al escrutinio de los agentes de aduana que no lo quitaban mirada a Andrea, se dirigieron a retirar su equipaje.

De nuevo la señora se acercó y le pidió el favor de ayudarla con la maleta gris que no quería que se le extraviara porque contenía documentos y otras cosas importantes para ella. De forma tajante le respondió que no lo haría. No entendió el porqué de su negativa, si por las advertencias de su esposo que se mostró firme en su decisión o porque en su interior sintió desconfianza hacia esa mujer. Imaginó que algo raro sucedía con esa maleta especial para esa señora.

Luego de retirar su equipaje, vieron pasar a la pobre viejecita escoltada por tres agentes de aduana que la llevaban hacia un sitio destinado para revisar equipajes y humanidades de personas sospechosas de portar drogas. Un impulso por ayudar la hizo avanzar para prestar ayuda a la desesperada mujer que con su mirada le enviaba mensajes de auxilio. Su esposo la cogió del brazo para evitar que avanzara.

—Quédate quieta por amor a Dios.

—Pero es que llevan detenida a esa señora, deberíamos ayudarla

—No señora, no lo vamos a hacer.

Los interrumpió un policía fornido que medía como 1.80 de alto y les preguntó:

—¿Vosotros conocéis, sois parientes o tenéis algún tipo de negocio con esa tía?

Gabriel Jaime se apresuró y le contestó:

—No, señor policía, no la conocemos, no sabemos quién es y mucho menos tenemos negocio de ninguna índole con ella. Somos profesionales en Colombia, yo soy médico y ella es abogada venimos invitados a realizar una maestría aquí en España por un año.

—Acompañadme a la sala y aclarado el asunto podéis iros.

Andrea lo cogió del brazo y la musitó al oído:

—Gracias, amor, y perdóname, lo que pasa es que no entiendo qué ocurre.

—Tranquila, amor, nada de nervios. Cumplimos los requerimientos y ya.

En la sala encontraron otras personas con sus equipajes. Unas tranquilas, otras nerviosas y otras que manifestaban su disgusto por el atropello según ellas. El 80% colombianos, y el resto eran peruanos, argentinos, venezolanos y ecuatorianos.

En la sala los llevaron a la maquina detectora de narcóticos, revisaron sus maletas y al comprobar que no llevaban nada extraño procedieron a tomar los datos de la futura residencia y por último la confrontaron con la señora que dijo no conocerla. Que solo le pareció una pareja muy bonita, pero nada más. Como los papeles demostraron que eran estudiantes invitados por una universidad de España, los dejaron ir. Lo que sí observaron fue que a la mayoría los dejaban retenidos. Antes de tomar las maletas para retirarse escucharon muchos llantos, clamores que alegaban inocencia y que parecían no surtir efecto ante los imperturbables miembros de la policía. Era una paradoja de la vida, en lugar de prestar auxilio a los retenidos, crecía un sentimiento de tranquilidad en sus corazones al verse libres.

El mismo policía que los interpeló minutos antes, los acompañó a la salida del aeropuerto para abordar el transporte que los llevaría al hotel. En este trayecto les aconsejó tener mucho cuidado con personas que usaban cándidos para transportar equipajes cuyo contenido era droga. Agregó que esa señora en dos años de continuos viajes había hecho detener a varias personas, en especial mujeres, valiéndose de su inocencia. Con tal de salir limpia, no le importaba a quién se llevaba por delante. Dijo no entender por qué transportó la prueba del delito, si por confianza esperaba que a última hora ellos le ayudaran con el equipaje o por estúpida como suele suceder con estos criminales que creen sabérselas todas. Ahora le esperaban entre ocho o diez años de prisión. Agregó que estas personas o mulas que eran cogidas con las manos en la masa poco o nada podían aportar a una investigación que condujera a capturar a los capos de la droga. Estas capturas

servían también como medio de distracción para pasar otros cargamentos grandes. Esta gente –los capos– se daba la gran vida en hoteles, mansiones de lujo, se codeaban con la crema del *jet set*, personajes públicos, políticos, deportistas famosos, para crear de esta manera una aureola protectora que blindaba sus vidas.

Camino al hotel poco o nada comentaron. En la habitación del hotel Andrea rompió su silencio:

—Amor, ¿será que podemos hablar?

—Claro, amor, para eso somos esposos, para dialogar, contar nuestros problemas, o celebrar nuestros momentos felices, pero sería bueno bajar primero al restaurante y mientras comemos dialogamos. ¿Qué te parece?

—Primero dame un abrazo y un besito bien rico. Quiero que me perdones por mi mal comportamiento. No sé cómo pude ser tan estúpida y casi caer redondita en esa trampa que me quería tender esa mujer. Y...

Le tapó la boca para impedir que continuara.

—Mira amor lo más importante en una relación es aprender a tener confianza el uno con el otro, pero esa confianza debe ser plena y cuando se tenga una duda también debemos debatirla y despejar cualquier molestia que pueda lastimar nuestra relación.

—Sí, amor, pero por qué no me explicaste lo que podía suceder. Yo te hubiera entendido y este impase no hubiera sucedido. Imagínate qué me estaría sucediendo de haber cogido esa maleta repleta de droga.

—No te preocupes que no te iba a dejar actuar de esa manera. Lo que pasa es que no podía armar un escándalo en el aeropuerto diciéndote que el contenido de esa maleta era droga, de ninguna manera podía hacerlo, a lo mejor esa señora por traer mucho equipaje quería ahorrar unos dólares por exceso de equipaje. En el trayecto le pedí mucho a Dios que te diera el don del entendimiento y que confiaras en mí. Bueno, eso ya pasó, por fortuna todo salió bien, es hora de pasar la página de reproches y disfrutar a partir de ahora de nosotros. Bajemos al restaurante porque tengo mucha hambre. Creo que ahora me comería un caballo y me imagino que tú también.

Por unos instantes Andrea se quedó mirándolo a los ojos, lo atrajo hacia ella y empezó a besarlo con pasión. Esta vez se correspondieron, no como sucedió en el aeropuerto de Bogotá.

—Amor lindo, ¿será que podemos pedir que nos traigan la comida, junto a una botella de champaña? De verdad estoy muy nerviosa por lo que nos pasó hoy y no quiero estropear el momento.

—Claro, amor, me parece una buena idea, además estamos muy cansados. No más di que te apetece, y ordena para los dos, mientras tanto voy a ducharme.

—No, déjame duchar a mí primero. Por hoy le dejo esa misión al jefe del hogar. Una comida ligera está bien para mí. Recuerda que después tenemos un premio prometido.

—Listo no se diga más. Por lo que veo, nos tocará desempacar las maletas mañana. Me parece que es mejor ducharnos juntos y luego pedimos la comida, ¿te parece, amor?

—Claro que sí, amor, es lo mejor.

Después de la ducha trajeron la comida, la disfrutaron al igual que la champaña, hablaron de nuevo sobre el tema, pero esta vez se lanzaron bromas por lo que pudo haber sido un desenlace incómodo con la justicia española.

Por largo rato disfrutaron de las mieles del amor, dieron rienda suelta a sus fantasías hasta quedar extasiados y dormidos. A las 10 a.m. se despertaron, pidieron el desayuno a la habitación y en la tarde luego de almorzar, Gabriel Jaime llamó algunos amigos colegas que se habían ofrecido para ayudarles a conseguir vivienda. El hotel les resultaba imposible para vivir debido a su alto

costo y no disponían de dinero suficiente. Las mesadas que le enviarían sus padres no serían suficientes.

Los amigos los recibieron con alborozo y alegría. Tragos, comida, baile con música colombiana, intercambio de anécdotas, relatos del acontecer tanto de Colombia como de España donde por estos días el tema de primera mano era la separación del país vasco y las consecuencias que traería. De Colombia se habló bastante del acuerdo de paz pactado con las FARC, los pros y los contras, pues algunos se mostraban escépticos ante las promesas difíciles de cumplir por parte y parte debido a la desconfianza del pueblo con los negociadores tanto del gobierno como de la guerrilla. Debido a las altas exigencias de esta última, la derecha colombiana estaba inconforme ante el terreno cedido por parte del gobierno. La nación cada vez se polarizaba más entre izquierda y derecha, sacándole ventaja a los del centro. Parecía, que si a futuro no se encontraba un buen entendimiento entre las partes volvería la época donde el odio desmedido, atizado por los políticos, se aprovechó del inocente pueblo y provocó miles de muertos entre familias y amigos. Esto lo describían algunos, por los relatos de sus padres que vivieron esos momentos. Pero también estaban en esta reunión quienes defendían el arreglo entre las partes y justificaban que, en un conflicto de más de cincuenta años, ambas partes tenían que ceder. Ponían de presente la cantidad de muertes violentas y mutilaciones generadas por los ataques guerrilleros que cesaron en y después de la negociación. La clave estaba que entre los dirigentes de la nación encontraran acercamiento y reconciliación para no fomentar el odio entre sí. Esta inconclusa reunión, porque el tema daba para largo, se terminó en horas de la mañana con una charla de otros temas como el fútbol, ciclismo y otros deportes no menos importantes.

Antes de regresar al hotel, Esther y Juan, sus amigos, los invitaron a desayunar y luego salir a visitar algunos apartamentos pequeños muy propios para estudiantes. Sin ser muy exigentes en cuanto a espacio y comodidad, adquirieron uno muy cerca de Juan. Abandonaron el hotel y esa misma noche ya estaban habitándolo.

A la semana siguiente y luego de presentar documentación Gabriel Jaime empezó a estudiar. En cuanto a Andrea debía esperar a que su solicitud fuera aceptada en la universidad. Se ocuparía de las labores domésticas mientras su esposo estudiaba. Metida en esta tediosa rutina sin amigos, porque Esther y Juan trabajaban y estudiaban, solo salía a comer y de nuevo al apartamento. A los veinte días tocaron a la puerta. Pensó que era su esposo y acudió a la puerta.

—Hola, amor ¿se te olvidaron las llaves?

Al cerciorarse que era otra persona dijo:

—Sí dígame, ¿en qué puedo ayudarla, señora?

—Buenos días, permítame que me presente, yo soy Rosa Cifuentes, colombiana. He venido por consejo de una señora: María Manrique, la que casi la mete en un lío en el aeropuerto.

—Señora, ¿como está?, perdone, pero es que estoy muy ocupada y a propósito no quiero saber nada de esa señora. Perdone, pero voy a cerrar la puerta.

—Por favor, solo escúcheme un momento, lo que pasa es que mi hermana que venía a trabajar y estudiar gracias a una beca del Sena está detenida por culpa de esa señora. Nosotros no tenemos amigos yo trabajo en una casa de familia, soy de escasos recursos y no tengo para pagar los servicios de un abogado. Esta señora dice estar arrepentida y que cuando casi la detienen a usted la escuchó decir que es Abogada. Por favor ayúdenos, de lo contrario mi hermana se va a podrir en la cárcel.

—Siga y se toma un tinto. Siéntese, perdone que aún no disponemos de muebles, como comprenderá acabamos de llegar a este país —mientras le preparaba el tinto se acordó de los

consejos de su esposo y el policía del aeropuerto. *No se confíe de personas que no conozca*—. Listo, señora Rosa, tómese el tinto y perdone las galletas, no hemos hecho mercado, comemos a la carta mientras nos organizamos.

—Gracias, señora, me recuerda su nombre.

—Es Andrea. No sé cómo hizo para encontrarnos.

—Desde que llegamos al aeropuerto todos quedamos reseñados y conocen nuestro paradero, no solo por las autoridades sino por los amigos de doña María que están por todas partes.

—Yaaa —pensó “que metida de pata la que cometí”—, lo que pasa es que no la puedo ayudar porque mi título aquí no tiene validez, no sé en qué puedo ayudarla, no me quiero meter en problemas, mire que yo tengo esposo y...

—Por favor, señora Andrea, usted parece ser de buen corazón, mi hermana se vino a trabajar y estudiar para conseguir algo de dinero y entre las dos poder girarle algo de dinero a mi madre que sufre de un cáncer terminal al pulmón y si no le enviamos algo para la droga y comida mi viejita se va a morir. Ayúdenos.

—Entienda que esto se sale de mis manos, señora Rosa. Yo lamento mucho su situación, ¿por qué no va a la embajada de Colombia y pone en conocimiento de ellos su problema? Mire que ellos son muy colaboradores en estas causas, ayudan mucho a las personas que requieran de sus servicios.

—Ya lo hice, pero no me paran bolas. ¿Por qué no me acompaña un día a la cárcel y escucha a mi hermana?, yo sé que usted nos puede colaborar con lo de la Embajada. Por favor, acompáñeme y si luego de escucharla desiste en ayudarla, le prometo no molestarla más.

—Voy a pensarlo, voy a hablar con mi esposo y si él no está de acuerdo, lamento, pero no puedo ayudarlas. Vuelva la semana entrante y le doy mi respuesta.

—Como usted diga, señora Andrea. Hasta luego.

Cerró la puerta, se fue a la alcoba y se dejó caer sobre la cama.

—Dios mío, pero en qué me estoy metiendo. ¿Por qué la vida se empeña en ponerme en situaciones difíciles? Primero Carlos Alberto y sus amigotes drogadictos que casi nos lanzan al abismo, luego lo del aeropuerto y ahora esto. No, no me puedo meter en este lío que no es mío y poner en entredicho los estudios de Gabriel Jaime. Este hombre no se merece esto... Pero también pobre la mamá que sufre con esa enfermedad y sus hijas sin poder ayudarla. Recuerdo cuándo mi papito estuvo tan grave al borde de la muerte y que de no ser por Gabriel Jaime habría muerto.

En esta turbulencia de pensamientos encontrados se quedó dormida.

—Amor, amor ya llegué, ¿dónde está la consentida de la casa que la dejan solita?

—Hola, amor, que pena, me quedé dormida, tenía como dolor de cabeza.

—Alístate que vamos a dar una vuelta, quiero que conozcas un centro comercial que vi camino a la Universidad. Dicen mis amigos que es muy bonito en su interior. Muchos almacenes, supermercados, cafeterías, teatros. En fin, muy bonito, vamos con eso cambias de ambiente.

—Listo, amor, unos retoques y ya.

Por el camino, Andrea no dejaba de pensar en el encuentro con la señora en horas de la mañana. No sabía cómo comentarle a su esposo este episodio que lo podía contrariar.

La imponencia y belleza del centro comercial la alejaron de sus preocupaciones. Veía a su esposo tan contento que no era justo dañarle esos momentos de extrema felicidad. Buscaron una cafetería compraron hamburguesas y dos capuchinos que consumieron mientras intercambiaban opiniones sobre el centro comercial. Luego fueron a cine y a la salida, camino al apartamento compraron helados para degustar por el camino. Por fortuna estaban en verano.

Ya en la cama, Gabriel Jaime le preguntó:

—¿Amor, que te pasa, te siento preocupada, hay algo que te molesta y que yo debería saber?

—Si amor lo que pasa es que pienso en la suerte que han tenido que correr las personas que han sido detenidas y son inocentes por culpa de esas personas malvadas sin escrúpulos. ¿Quién defiende a esas personas?

—Si no pueden conseguir un abogado por su cuenta, le nombran uno de oficio. Por desgracia el destino les hizo una mala jugada y los puso frente la persona equivocada pero no te tortures que ellos sabrán cómo salir bien librados. Menos mal tú no puedes ejercer aquí, porque de ser así todos los días buscarías la forma de defender a esas personas. No te tortures y descansemos que mañana debo madrugar, el estudio está tenaz.

—Está bien, doctor, pero primero necesito un examen en la parte baja del vientre, tengo como cosquillitas, después de eso si te dejo dormir.

—Está bien, solo porque eres mi paciente preferida, veamos ¿dónde son las cosquillas?

Al otro día y los siguientes mantuvo su mente ocupada con el mal momento que enfrentaban las mujeres. Llegó el día y sin poner objeción ni medir las consecuencias se fue con la señora a visitar a la hermana. Allí y en medio de un mar de lágrimas le contó su desgraciado episodio. La habían condenado a ocho años de prisión. Por comportamiento, trabajo y estudio solo pagaría cuatro y al salir sería deportada. Añadió que como ella había más de treinta personas inocentes que cumplían penas por este mismo delito. La señora que las engañó sin explicación alguna había recibido libertad condicional. Antes de salir prometió ayudarlas con sus abogados, pero hasta el momento no se había manifestado.

Andrea con el corazón partido al ver y sentir la tristeza de la joven mujer, le dijo que en la siguiente visita le tuviera el nombre de las otras personas detenidas. Llevaría a la embajada unos memoriales que manifestaran su situación como medida para ayudarlas.

Gabriel Jaime no se enteró de la decisión de su mujer que con habilidad ocultó emociones y preocupaciones para no ser descubierta. A la siguiente semana recogió el listado y pactó con la señora Rosa ir a la embajada a poner en conocimiento el delicado hecho.

Antes de ingresar a la embajada, le salió al paso un joven vestido de traje negro, camisa blanca y corbata roja y acento acento colombiano.

—¿Perdón se les ofrece algo?

Andrea lo miró a los ojos y le contestó:

—Queremos ingresar a la embajada para radicar estos papeles. El objetivo es poner en conocimiento ciertas arbitrariedades que se cometen con personas inocentes, que son engañadas en el aeropuerto de Bogotá por personas inescrupulosas que apelan a su buen corazón para que lleven equipajes que no son de su propiedad.

—Perdón un momento señorita me presento mi nombre es León Sandino, trabajo en la embajada y mi labor es llevar documentos al interior. Como comprenderán son muchas las personas que vienen en busca de ayuda, por lo tanto, no las pueden atender al instante. Si quieren, vamos a la cafetería nos tomamos un tinto y les explico mejor, sobre el tema.

Las mujeres se miraron entre sí y decidieron seguirlo.

—¿Que se les ofrece, tinto, aromática, tostadas o...?

—Un tinto está bien —contestó Andrea.

—Les decía que mi oficio es servir de mensajero y llevar estos papeles a su interior. Si ustedes quieren hacerlo en persona háganlo, pero imaginen las colas por las que tienen que pasar.

De nuevo Andrea se comunicó en voz baja con su acompañante y tomaron la decisión de

entregar el sobre con la solicitud de ayuda.

—Listo señoritas si quieren déjenme su dirección y en 48 horas les llevo la respuesta, o si quieren venir es cosa de ustedes. Aquí las espero.

—Creo que lo mejor es venir —respondió Andrea.

—Listo aquí las espero a las 9 a.m. Es importante su puntualidad porque tengo mucho trabajo y pueden perder la venida. Hasta luego, me alegra verlas.

Se despidieron y por el camino intercambiaron opiniones sobre si la decisión tomada había sido la correcta. Ambas estuvieron de acuerdo que por algo se debía empezar y que el señor parecía ser empleado de la embajada. Al frente del apartamento se despidieron y se comprometieron a encontrarse dos días después.

Dos días después estaban de nuevo frente a la Embajada donde las recibió el mismo señor.

—Buenos días, muy cumplidas —miró su reloj, faltaban cinco minutos para las nueve— arrancamos bien. Por favor regálenme cinco minuticos, recojo la respuesta y les entregó el sobre.

Salió sonriente y de nuevo las invitó a la cafetería. Pidieron de nuevo tintos.

—Les cuento que, aunque no conozco el contenido del sobre, si me imagino la respuesta. Estas solicitudes llegan a diario. Al principio el gobierno colombiano se encargó de la defensa de nuestros compatriotas, descubrían que en varios o muchos casos se trataba de delincuentes, mulas que eran conscientes del cargamento que traían y aquí se querían pasar por inocentes. Unos pocos lo eran, por lo que se resolvió alertar a los pasajeros sobre lo delicado que era aceptar equipajes de otros pasajeros. Quienes cayeran en la trampa debían afrontar su juicio o defenderse por medio de sus abogados.

—Les aconsejo, que, si la respuesta a su solicitud no es positiva, deberán dejar las cosas como están porque acarrearán problemas con las autoridades de este país y las consecuencias serán muy molestas. De todas formas, si en algo les puedo servir más adelante con gusto estoy a su disposición. Les pido un permiso porque debo regresar a trabajar.

Con los ánimos por el piso regresaron a su vivienda, el día era opaco y aunque no estaba pronosticado parecía que más tarde se haría presente la lluvia. Para salir de dudas buscaron un parque y una banca para sentarse alejadas del público. Sacaron el sobre de la cartera de Andrea; esperaban que, al abrirlo, su contenido dijera lo contrario a lo expresado por el mensajero. Antes de hacerlo se miraron entre sí y sin musitar palabra alguna se santiguaron. El sobre estaba liviano por lo que presumían que su contenido sería de una página. Tamaña sorpresa se llevó cuando abrieron la hoja y descubrieron su contenido:

VIEJAS H.P. LAS
ALERTAMOS PARA QUE
NO SIGAN MOLESTANDO,
SI LAS VOLVEMOS A
VER POR ESTOS LADOS,
LAS CONSECUENCIAS
SERAN GRAVES.
SABEMOS DONDE VIVEN
Y SI QUIEREN VIVIR
LO MEJOR ES QUE
CIERREN EL PICO. LAS
ESTAREMOS VIGILANDO.

Con temblor en las manos se levantaron rápido de la banca, se miraron y se dirigieron a su destino con infinita tristeza. Antes de despedirse Andrea dijo:

—Señora Rosa, lo mejor es que dejemos las cosas así. Hagamos de cuenta que no ha pasado nada. Estoy muy nerviosa porque desde que salimos de Bogotá los desaciertos por parte mía han sido bastantes. Me da susto que por culpa mía mi esposo Gabriel Jaime vaya a tener inconvenientes en el estudio y de paso esto acarree impases molestos en mis estudios. Usted y su hermana me parecen personas muy buenas, yo le pido a Dios que las ilumine y puedan salir adelante. Ojalá su mamá se mejore en la lucha contra la enfermedad.

—Señora Andrea, de nuestra parte también le pedimos disculpas, cuando yo visite a mi hermana le contaré lo ocurrido, sé que entenderá, aunque se va a sentir muy triste. Así es la vida, a los pobres nos toca cubrirnos con retazos y si nos cubrimos la cabeza, se nos destapan los pies. Nos corresponde salir adelante con las pocas migajas que recogemos.

Se despidieron de manos, pero no se atrevieron a mirarse a los ojos porque en lo profundo de sus corazones había tristeza. Por un infortunio de la vida el destino las había reunido donde nació una ilusión de ayuda y colaboración, ahora se alejaban porque la ley de la vida así lo imponía. En el apartamento se entretuvo mientras hacía aseo y preparaba la cena para ella y su esposo. No quería darle espacio a su mente para incubar sentimientos tormentosos de mea culpa. En los pocos espacios de respiro sentía como si una sombra la persiguiera y la señalaba con el índice de la mano. Se contestaba a sí misma una y otra vez “bruta, Andrea, eres una bruta. No te metas en más líos”.

La sobresaltó cuando sintió que introducían una llave para abrir la puerta. Su corazón se aceleró, llevó las manos al pecho y *uff*, que descanso, era su esposo, que presuroso descargó los libros.

—Hola, mi amor, que alegría, me hiciste mucha falta.

Corrió hacia él, lo abrazó y lo besó.

—Hola, mi muñeca bonita y consentida. ¿Cómo está la reina de la casa? ¿Qué pasa, mi amor que te siento nerviosa, mira esos ojos a punto de llorar? ¿Qué ocurrió?

—Nada, mi amor, no me ocurre nada solo me acordé de mis papás. A veces los extraño mucho.

—No te preocupes, mi amor, el tiempo se pasa rápido y cuando terminemos nuestros estudios, viajamos por unos días y luego nos devolvemos. Yo estoy muy contento aquí, la gente es muy buena y...

—Muy cierto, mi amorcito, vamos a cenar, miramos un poco televisión y a dormir, jovencito, porque tiene que madrugar.

—Está bien, pero antes quiero que vayamos a ver una película muy buena que me aconsejaron mis amigos. ¿Vamos?

—Claro que sí, amor. A un hombre tan juicioso y amoroso jamás se le debe rechazar.

Vieron la película y regresaron. En la cama antes que el sueño los venciera, él la interrogó de nuevo:

—Amor, estuviste muy callada en el trayecto de ida y regreso, sé que algo te pasa y eso me preocupa. Pienso que tanto tiempo sola en el apartamento te molesta mucho. Quiero que en un mes aprovechemos que tengo libre una semana y viajemos a Italia para darnos unos días de descanso.

—Sí amor, me encanta la idea, pero no te preocupes no me pasa nada, a veces un poco de aburrimiento y preocupación por tantas cosas que veo en las noticias.

—Ya, mi amor, no te tortures más, todo en la vida tiene un principio, pero también un fin, los buenos somos más y tenemos que vencer. Venga la arruncho y dejemos que Morfeo nos arrulle esta noche.

Antes de quedarse dormida Andrea empezó a pensar en todo lo que le preocupaba, pensaba en lo que veía en los noticieros que a diario informaban de la gran cantidad de droga traída desde Colombia; los traficantes que detienen en su mayoría son de Colombia. Antes eran cincuenta o cien kilos y destacaban la noticia con mucha alarma, ahora son quinientos, cuatro mil o seis mil kilos toda de Colombia y se ha vuelto rutinario. Sus tentáculos se han extendido por toda Europa. La cantidad de ladrones, atracadores y malhechores son en su mayoría suramericanos y africanos. También hay cosas buenas como nuestros productos agrícolas, flores, café, bananos y muchos otros. Artistas que se destacan, escritores, cantantes como Carlos Vives, Shakira, Juanes. El vallenato triunfa. Deportistas como Falcao. James, y otros muy buenos y qué decir de los ciclistas los mejores escaladores del mundo. Tantas cosas bonitas, la mano de obra es excelente, pero unos pocos con sus locuras empañan el buen nombre del país a tal punto que ser colombiano en un aeropuerto es síntoma de alerta para las autoridades. Qué triste eso. Otras noticias que llegan son sobre masacres de la guerrilla o paramilitares, atracos, asaltos, invasiones y las resaltan de tal forma que cualquier persona desprevenida piensa que nuestro país es como un infierno donde vivir es casi imposible. Políticos, empresarios presos porque se roban la plata, los adornan con el remoquete de ‘ladrones de cuello blanco’ porque pertenecen a familias prestigiosas. Los jóvenes poco se interesan por el estudio porque al terminar una carrera no encuentran un puesto acorde a su título. Ahora un joven prefiere distribuir droga porque a los veinte años puede tener casas, carros, fincas y mucho dinero en los bancos y con un estudio máximo de bachiller o menos, a diferencia de otro de su misma edad que escoge el camino recto, apenas termina su carrera y si lo logra su sueldo no pasa de millón quinientos y para tener casa deberá esperar llegar a los sesenta años. En las noticias se destaca en gran medida lo malo, si alguien confiesa haber matado quinientas o más personas o robado doscientos millones de pesos; por el solo hecho de confesar se le imponen penas mínimas las que debe pagar en su casa, pero si roba un lapicero o una caja de

caldo de gallina lo pueden meter ocho años a la cárcel. Ojalá conocieran el gran material humano lleno de amor, colaborador, solidario y lleno de valores. Lo triste es que un deportista campeón mundial puede morir sin recibir reconocimiento por parte del gobierno. Qué triste.

Luego de muchas vueltas en la cama que parecía incomodarla, por fin el cansancio la dobló y pudo conciliar el sueño.

Nada extraordinario ocurrió durante el resto de semana y las preocupaciones poco a poco desocuparon su mente. De nuevo la felicidad ocupaba los espacios de estos enamorados. Con las nuevas mesadas enviadas por sus padres podían darse pequeños lujos en la comida y la distracción. Una buena noticia le llegó a Andrea por parte de la Universidad. La citaban para una entrevista y así poderle aceptar la solicitud de ingreso a la misma. Con un baile en la discoteca junto a otros compañeros de la universidad de Gabriel Jaime celebraron la noticia. Ahora sí podían decir que sus aspiraciones a pesar de las adversidades se iban a cumplir.

—¡Amor, amor, te traigo una gran noticia! Este domingo se va a celebrar un encuentro de colombianos y otras colonias latinas donde habrá comida típica de nuestro país: tamales, lechona, platos típicos como ajiaco, cuchuco, arepas boyacenses, bocadillos, artesanías y en fin todo lo de nuestra tierra y lo mejor, conjuntos vallenatos, Juanes, Carlitos Vives y orquestas. Eso va a estar muy bueno. Tenemos que llevar la barriga bien desocupada porque vamos a probar otros platos típicos. Imagina la comida peruana, la mejicana. Va a ser en el parque donde siempre vamos. Nooo, qué alegría, va a ir el Embajador y tal vez viene el Presidente. Imagina linda lo bueno que es encontrarnos con nuestra gente y con los famosos.

—Ya, ya amor, jamás te había visto tan alborotado. Qué alegría tan inmensa. Nos hacía falta esta noticia.

—Y lo de Italia es un hecho, un amigo italiano nos da posada por esos días en su casa. Qué más podemos pedirle a la vida.

Llegó el día y muy temprano se alistaron. Primero fueron a misa y luego al parque. Mucha gente con sus trajes típicos y sombreros de las regiones, ponchos, camisetas de la selección, personajes, deportistas, artistas que en Colombia era difícil ubicarlos, allí los podía saludar, tomarse una o varias fotos sin ningún problema. Lo importante de estos encuentros es que todos son amigos así no sean conocidos. Con nuevos amigos degustaron la comida y en horas de la tarde música para todos los gustos. Los asistentes no paraban de festejar en un ambiente sano y divertido.

En un instante que Gabriel Jaime se retiró para traer unas bebidas, una señora se le acercó a Andrea. La tocó del hombro y la saludó:

—Hola, mi señora Andrea, es un gusto saludarla y verla tan contenta.

Sorprendida al ver a la señora que tantos dolores de cabeza le había causado tanto en el aeropuerto de Bogotá como de Madrid, Solo atinó a contestar seca y muy seria:

—Señora, ¿cómo está? Pensé que estaba en otro lugar.

—Sí, ya sé dónde me quiere ver, pero cómo le parece que lo que me confiscaron no era coca, sino harina. Por eso me soltaron y aquí estoy divirtiéndome igual que usted.

—Qué pena no poder atenderla, estoy con mi esposo y no demora en llegar. Me alegro de que esté libre.

—En cuanto a su esposo no se preocupe que uno de mis amigos lo está entreteniendo un momento, mientras tanto puedo hablar con usted.

—Mire, señora María, tenga piedad de mí, déjeme tranquila, yo solo soy una estudiante que ha venido a hacer una maestría. Luego vuelvo a mi país. De sus negocios ocúpese usted y déjeme tranquila. Otra pregunta que quería hacerle, ¿cuál fue la razón para enviarme a esa señora Rosa a

mi apartamento?, si usted sabe muy bien que no puedo ejercer aquí en España. ¿Porque lo hizo?

—Esa pregunta se la contesto más adelante, ya encontraremos el momento. Pero deje la calentura, mi señora, yo solo quiero prevenirla para que no nos moleste con sus idas a la embajada. Se le da un poco de cuerda y se eleva como una cometa. Por fortuna uno de mis hombres pudo neutralizar la babosada que iba a hacer.

—Vea, nosotros queríamos que ayudara a esa muchacha que tiene la mamá enferma de cáncer. Me dio mucha lástima meterla en esos líos, pobrecita, aunque usted no lo crea yo también tengo mi corazoncito. Usted no tenía por qué ir a la cárcel a recoger esos testimonios de las otras mujeres, muchas de esas son mulas experimentadas. ¿Acaso usted imaginó que no nos iríamos a enterar? Noooo mijitica, varias de esas personas también trabajan para nosotros. Lo controlamos todo. A usted la vigilamos día y noche y si no quiere que su marido sufra un accidente, lo mejor es quedarse quietecita. Lástima que tenga marido porque con ese cuerpo y esa cara, es para ganar mucho dinero. Aún está a tiempo. Lujosos carros, paseos en yate, ropa de marca, viajes. Lo único que tiene que aportar es esa cosita que tiene debajo del ombligo y esa cara bonita. Ahora si me voy mi reina porque viene su marido, y disfrute la fiesta que está muy buena.

—Nosotros también nos vamos.

—Tranquila, que nada les va a pasar, quédense otro rato y disfruten. Hasta luego niña bonita y no eche en saco roto mi ofrecimiento.

—Hola, amor, disculpame, pero es que me encontré con otro médico, es paisa, pero habla hasta por los codos. Es corredor de motos. Buena gente —la abrazó con fuerza y la besó—. Tomémonos esta cerveza y vamos a bailar. ¿Te parece?

—Sí amor, pero nos vamos en una hora porque estoy muy cansada. Estos tenis me quedaron muy ajustados y me molestan.

—Listo no se diga más. Si quieres nos vamos.

—Bailemos que la música está sensacional.

Por un rato se olvidaron de todo y dieron rienda suelta a la desbordante alegría. Tres horas más tarde estaban en el apartamento. Encendieron el televisor y la primera noticia que vieron fue:

Cae cargamento de droga en un barco que venía de Colombia. Detenidos cinco colombianos pertenecientes a la banda los urabeños.

Tanto él como ella menearon la cabeza con gestos de desaprobación. Apagaron el televisor y al poco tiempo ya estaban dormidos. El cansancio por el movido día no les dio tiempo para ponerse a pensar y conversar sobre los acontecimientos del día.

En la soledad y luego de asear, lavar ropa, preparar el almuerzo para ella y su esposo, dedicó el resto de día para mirar televisión. Por estos días estaba enganchada con una novela española que era el *boom* del momento. De nuevo volvió a su mente el encuentro con la señora María. No sabía qué solución encontrarle a este tropiezo que había ocasionado su confianza y deseo de ayudar a otros. Lo peor es que su esposo también, así no lo quisiera, entraría a formar parte del problema. No podía creer que esa señora entrada en años a quien consideró inofensiva y digna de prestarle una ayuda en el aeropuerto de Bogotá, fuera a ser una avezada y experimentada narcotraficante que se movía como pez en el agua en el bajo mundo. Increíble que una señora tan dulce en su forma de actuar tuviera un corazón tan duro para enlodar a otros con tal de cumplir sus propósitos sin importar la suerte que corrieran. Recordó la amenaza que lanzó a su esposo sobre un posible accidente. Batió la cabeza y frunció los labios pues no podía creer que por su culpa su esposo fuera a ser blanco de sus amenazas. *Dios mío, por qué me puso esa señora tan malvada en mi camino. Ahora como un chicle se me pega y no sé cómo despegarla. Ayúdeme Dios mío.* En este

mar de incertidumbre no sabía si contarle a su esposo o callar el problema. Optó por este último, pues tenía mucho miedo a la reacción de Gabriel Jaime. Hizo una recopilación de los inconvenientes sufridos desde cuando era joven, y ahora sin proponérselo estaba metida en otro lío.

Por esta razón cambió de opinión y resolvió contarles el problema a medias. Quería liberar un poco su carga. Después de cenar y descansar un poco, se lanzó a la palestra. Tomó aire y con decisión dijo:

—Amor hay algo que quiero que hablemos.

—¿Algún problema, amor?

—En sí no es un gran problema, pero quiero contar con tu opinión.

—Listo, amor, habla antes de que me asuste más.

—No te preocupes que no es grave, lo que pasa es que a raíz del incidente en Bogotá con esa señora y después aquí, no he podido olvidar ese momento.

—No te preocupes que eso ya pasó. Por fortuna salimos adelante y esa vieja embaucadora debe estar pudriéndose en la cárcel. No siento ningún remordimiento por ella.

—Sí, pero imagínate que en la fiesta cuándo fuiste por las cervezas y me quedé sola, de pronto una mano me toco la espalda y al voltear a mirar, imagínate la sorpresa que me llevé, era esa señora María, la misma del aeropuerto, me miró y se sonrió la muy cretina. Casi me desmayo amor. Era ella.

—Cómo así, no puede ser, si nosotros vimos que la detuvieron. Tal vez la confundiste.

—No, amor, me llamó por el nombre, me recordó lo del aeropuerto. La estúpida riéndose me dijo que la policía se había equivocado. Que lo que traía era harina de maíz. imagínate. Además ¿quién puede olvidar esa cara de mojitata que tiene?

Sobresaltado ante la inesperada información Gabriel Jaime se levantó de la silla:

—No puede ser, no puede ser, esto es inverosímil, pero si nosotros fuimos testigos —empezó a caminar de un lado para otro— ¿y qué te dijo?

—Me puse tan nerviosa que no me acuerdo bien, que tenían mucho poder y ojos por todas partes, que me cuidara de soltar la lengua.

—Deberíamos ir a la policía y...

—No, por el amor de Dios no lo hagamos, esa gente tiene mucho poder. Quedémonos quietos. El tal médico que habló contigo también es miembro de esa banda.

—¿Cómo así? Con razón el tipo se mostró tan amistoso. Habló de fútbol, ciclismo, se ofreció para ayudarme con algunos temas de la universidad y me invitó a las fiestas que celebran con todo nuestro gremio.

La delicada situación continuó. Al cabo de un rato dieron por terminado el impase suscitado por la inoportuna señora que se había convertido en un verdadero dolor de cabeza. Lo que Andrea no le contó es que había ido con otra señora a la cárcel, para recoger testimonios y había ido a la embajada. Por fortuna no pudo poner la denuncia ya que el señor que se hizo pasar por empleado resultó ser miembro de la banda de la peligrosa mujer. Por ayudar a esas personas lo único que logró fue alborotar un avispero de tamañas proporciones y de paso poner en entredicho la permanencia no solo suya sino la de su esposo.

El tema quedó clausurado, aunque no del todo. A partir de este día cuándo lo despedía le decía “cuidate mucho, mi amor” o cuando llegaba “cómo te fue, mi amor, ¿todo bien?” Salían a cine, comían, pero los nervios siempre estaban presentes. Trataba de no saludar a ningún transeúnte. En el camino miraba de reojo a la gente. Con la ayuda de un amigo encontraron un apartamento a poca

distancia de la universidad. Las cosas mejoraban y la tranquilidad volvía. A Andrea le había ido muy bien en la entrevista y solo tendría que esperar quince días para una respuesta.

Por fin el viaje a Italia llegó, varios compañeros con sus respectivas parejas disfrutaron de una semana inolvidable en la casa de campo de los padres de un compañero italiano donde los asados, baile, paseos a caballo fueron el goce para los asistentes. Antes de partir para Madrid pasaron por Roma. Querían asistir a la plaza de San Pedro y participar de la ceremonia y bendición papal. En el tumulto de gente de diversas nacionalidades que asisten para cumplir con un precepto “hablar con Dios”, se encontraron con un personaje indeseable; era el médico que Gabriel Jaime se había encontrado en el bazar en Madrid.

—Hola, Gabriel Jaime, qué casualidad encontrarnos.

—Hola, colega, pareciera que nos siguiéramos ¿o es una coincidencia?

—Mera casualidad, hombre, no sea tan prevenido —le tocó la espalda—. Señora, mucho gusto. Les puedo ofrecer algo ¿en una cafetería?

—No se moleste, vamos de salida. Más bien en Madrid y sin afanes podemos hacerlo. ¿No le parece?

—Sí, claro por supuesto.

Se despidieron y de nuevo el fantasma de la persecución volvió a sus vidas.

—Eh, pero que cosita, ahora si nos ganamos esa gente.

—Sí, amor, no sé porque nos persiguen.

Andrea era consciente que por su culpa y falta de tacto había llevado las cosas a un callejón sin salida, pero le daba miedo contarle la verdad en su totalidad. Estas organizaciones del crimen tienen muchos tentáculos por todas partes. Ojos y oídos en donde uno menos cree. Se mueven como peces en el agua, en todos los círculos desde el bajo mundo hasta las altas esferas de la sociedad.

De regreso a Madrid fijaron un propósito: evitar fiestas y reuniones donde la colonia estuviera presente. Solo lo harían con compañeros de estudio. La normalidad empezó a regresar a sus vidas. Un día tocaron a la puerta y Andrea salió a contestar el llamado. Era una pareja, se identificaron como policías antidrogas y requerían información que, según ellos, había recolectado en la reclusión con unas detenidas. Andrea les contestó que solo había hecho una visita con una señora que era hermana de una de las detenidas, que lo había hecho por carácter humanitario pero que jamás había vuelto y deseaba olvidar ese episodio.

Los supuestos policías se retiraron y ella quedó hecha un manojo de nervios. *Dios mío cuando se va a terminar esta pesadilla. Ayúdeme Diosito y le juro no volver a meterme en problemas.* De nuevo le ocultó a su esposo los detalles de la visita que recibió.

CAPÍTULO 2

De regreso a casa luego de hacer un pequeño mercado, se encontró con la susodicha señora:

—Hola, señora Andrea ¿cómo está?

A pesar del choque emocional prefirió tomar rápido el control:

—Muy bien, señora María ¿y usted?

—Empezamos bien, mi niña, sentémonos y le cuento. Mi encuentro con usted tiene dos propósitos. El primero es preguntarle qué ha pensado de mi propuesta. Ayer hablé con uno de los duros y está dispuesto a ayudarla en todo. Una vida de lujos, codearse con el *Jet Set* de la gente rica, dinero para enviar a Colombia etcétera, etcétera. El otro punto es que, a raíz de esa visita suya, las reclusas se han alebrestado y tenemos problemas con las autoridades. Eso nos puede acarrear muchos problemas, no sé si usted sabe que la amistad con los policías es mediática, hoy son amigos y mañana son sus enemigos. Ellos tienen un dicho “vivamos el hoy porque mañana no sabemos”. Si usted acepta lo primero todo será olvidado. El jefe estaría en disposición de sanear el problema. ¿Qué piensa?

—Primero no pienso dejar a mi esposo por nada del mundo, es un ser maravilloso que ha transformado mi vida, por él, soy quien soy. De corazón le pido que por ningún motivo me haga esas exigencias. Segundo mi esposo desconoce la visita a la cárcel y también que intenté ir a la embajada. Dígame una cosa: ¿qué debo hacer para que ustedes me dejen tranquila? Supiera la crisis nerviosa que tengo.

—Nada, no debe hacer nada por el momento solo reconsidere el primer punto. Muchas reinas y modelos también difíciles han cedido y vea lo bien que están. Además, si no desea dejar a su esposo podemos arreglar el problema con citas clandestinas de horas o medio tiempo mientras usted se familiariza. Piénselo y hágalo mamacita no cuide tanto ese bizcocho, sáquele buen producido y puede ayudar a su esposo en el estudio y también en el suyo. Ellos pagan muy bien y ustedes pueden conseguir un apartamento lujoso, cómodo, no como ese donde viven. Tiene un mes para darnos la respuesta que espero sea positiva.

—De nuevo quiero que me responda la pregunta que le hice hace unos días. Por qué me enviaron esa señora Rosa al apartamento si de sobra saben ¿que aquí no puedo ejercer mi carrera?

—Que muchachita tan chismosita —pensó unos momentos, la miró de soslayo y luego continuó—. En el aeropuerto de Bogotá cuando usted se bajó del taxi, uno de nuestros muchachos se impactó con su belleza y de inmediato pensó que usted sería la persona indicada para presentársela a nuestro jefe que por esos días pasa por una tusa. Yo a usted ni siquiera le había puesto cuidado, pero él se me acercó y me dijo: “pilas María que esa vieja está muy buena para mi patrón”. Usted no me vio, pero antes de saludarla, me santigué y la verdad es que estaba cerca de conseguir mi objetivo, pero que lástima que su esposo se metió en el medio y se tiró todo. Yo esperaba que aquí me ayudara con la maleta, pero de nuevo se metió su esposo. A usted la hubiéramos sacado rápido porque los de la aduana son conocidos. Por eso le mandamos otro anzuelo y usted lo mordió de nuevo con Rosa que también trabaja con nosotros. En la fiesta de Colombia mi jefe la vio de nuevo y me dijo que como fuera usted sería de él. Andrea no se haga la difícil colabore así sea un día por unas horas y él la deja tranquila. Piénselo mamacita. En cuanto a su esposo sabemos que es ajeno al problema y nada le va a pasar cualquiera sea su respuesta. Piénselo bien, mire que estas gangas no se ven todos los días.

Esbozó una sonrisa maliciosa y se retiró. Andrea cogió la bolsa del mercado y continuó rumbo

al apartamento. Así pasó una semana y luego dos sin novedades a la vista. En la tercera semana se encontró de nuevo en el mercado con la señora María.

—Hola Andreita, cómo está de bonita, mire esos ojitos los tiene resplandecientes. No me diga que decidió aceptar mis consejos.

La alegría había vuelto a su vida con la noticia de su aceptación en la universidad, pero el inesperado encuentro hizo que desapareciera. Presentía que nada bueno le iría a pasar, la saludó:

—Señora María, que agradable verla de nuevo, pensé que estaba en Colombia.

Aunque no estaba muy segura si la tomaba del pelo, le contestó.

—No mijita, imagínese que no puedo regresar antes de seis meses. Parece que allá también me siguen los pasos. Hay que esperar a que se calmen las cosas. No entiendo ¿por qué me persiguen tanto?

—Sí señora, que gente tan injusta.

Se le paró al frente lanzándole una mirada inquisitiva:

—Oiga señorita, ¿usted me está mamando gallo? Espero que no sea así porque eso me molesta.

—De ninguna manera, mi señora.

—No le creo, pero está bien. La ayudo a terminar de hacer mercado y vamos a sentarnos en la banca de la vez pasada, le traigo una razón que le va a gustar.

Sentadas en la banca la señora le dijo que todos los días en una camioneta blanca su jefe la espiaba cuando entraba o salía de su apartamento y cada vez estaba más obsesionado con ella.

—No puede ser, quiero que me haga un favor, señora María, dígame que le agradezco mucho pero no puedo complacerlo. Que muchas mujeres más bonitas que yo serían felices de complacerlo.

—Yo le he dicho varias veces, pero él se encaprichó con usted. Temo que hasta pueda tomar represalias con su esposo

—No, no eso sí que no, con mi esposo no se metan.

—Yo le digo y espero que él entienda, de todas formas, aún le quedan quince días para pensarlo. Cuando se acabó el plazo nos veremos de nuevo.

Se despidieron y antes de entrar al apartamento se detuvo, se giró y vio una camioneta blanca. A través de la ventana todos los días veía siempre la misma camioneta. En ese mar de incertidumbres y sin salida a la vista optó por hablar con Gabriel Jaime.

Luego de cenar, Andrea le comentó a su esposo:

—Amor, es indispensable que hablemos, Hay ciertas cositas que es necesario que conversemos.

—Claro, amor, pero tu cara me preocupa. No me digas que estas embarazada.

—No, mi amor, cómo se te ocurre, recuerda que planificamos. Lo que pasa es que no sé por dónde empezar.

—Tranquila, amor, si no es tan importante dejemos para otro día. Mejor dame un abrazo y un besito.

Se abrazaron por unos instantes y cuando se apartaron, Gabriel Jaime pudo observar que su esposa tenía húmedos los ojos.

—¿Qué pasa, amor?, me preocupa esa fragilidad emocional, ¿estás enferma? Si es así vamos a una clínica.

—No, no es nada de salud. Lo que pasa es... —Andrea empezó a contarle lo ocurrido desde el momento en que visitó a la reclusa en la cárcel, su relato de inocencia, su visita a la embajada donde encontró a un supuesto empleado y a quien le entregó el sobre que contenía las quejas sobre las arbitrariedades que cometía la justicia en contra de las detenidas, su encuentro con este señor que la amenazaba, el seguimiento a que estaba sometida cada vez que salía. Reconocía que este

error había desatado todo tipo de amenazas que la tenía al borde de la desesperación.

Con el ceño fruncido y su cara inundada de preocupación, se levantó de su asiento y caminó por la sala en absoluto silencio. Andrea solo se limitó a observarlo preocupada por no saber cuál sería su respuesta. De pronto se detuvo, la miró fijo a los ojos y le respondió:

—Mira, amor, lo que me acabas de contar es muy delicado y lo peor de todo es que esa gente no se detiene ante nada. Espero que no hayas vuelto a esa cárcel. Yo te entiendo, pero no estamos en Colombia, aquí no ejerces ningún poder, tus estudios no son reconocidos y eso lo saben ellos. Ahora entiendo la relación: lo de la fiesta con el falso médico que me dejó varias dudas cuando le hice unas preguntas respecto a la profesión, el casual encuentro en Italia y lo que tú me dices. ¿Hay algo más que me quiera contar?

—Sí, amor.

—Cuéntame todo por duro que sea para mí. Mira que los secretos hacen mucho daño. A veces para no incomodar a la persona que amamos nos los reservamos. Pero son más duros cuando nos enteramos por boca de otro.

—Imagínate que ahora salió esta señora con el cuento de que para que cesen las hostilidades, debo acceder a los requerimientos con el jefe de ella. Ahora me vigila todos los días en una camioneta blanca que la parquea a media cuadra de la casa.

—Esto no puede ser posible. Esto lo voy a resolver ahora mismo.

—No, no, mi amor, sería echarle sal a la herida. Perdóname por ser tan torpe y no medir las consecuencias.

—No tengo nada que perdonarle. Es su corazón y su mente caritativos con el desvalido que la conducen a callejones sin salida. ¿Ahora qué vamos a hacer? —hizo una pausa— de mi parte si debo abandonar los estudios lo hago y más adelante intento hacerlo de nuevo.

—Me parece que esa no sería la solución, la persecución es conmigo. Esta señora me asegura que con usted no hay nada, por lo tanto no tiene peligro. He pensado que si regreso a Colombia se acaban los problemas, pero termina tus estudios, amor.

—Yo no te dejo sola. Mi deber es estar a tu lado.

—Seamos sensatos por esta vez, déjame ir, no te preocupes por mí que te seré fiel hasta la muerte. Confía en mí, ¿sí?

De nuevo se abrazaron, lloraron por unos minutos en silencio y luego de soltarse, procedieron a ejecutar el plan de regreso de Andrea. Contemplaron la posibilidad de traslado de universidad por parte de él, alegaba que el sitio a donde solicitaba el traslado tenía familiares que le ayudarían económicamente.

Por su parte, Andrea se comprometió a ocultar cualquier sospecha que pusiera al descubierto sus planes de retorno. Ocho días antes de partir se encontró con doña María. De nuevo regresaron al parque para charlar acerca de las decisiones tomadas respecto a su jefe.

—Doña María, he pensado mucho acerca de serle infiel a mi esposo y la verdad es que me da mucho miedo. Los caleños somos muy celosos y si él llega a descubrirme me puede matar.

—No se preocupe linda que seremos muy cautelosos y usted no sufrirá ninguna consecuencia. Mi jefe tiene muchos sitios reservados. Él dice que serán “raticos no más”, de usted depende que sea rápido. Y luego con agüita todo se disimula. No hay que ponerle tanta tinta al asunto. Ojalá fuera conmigo. A propósito, ustedes ¿son de Cali? ¿De qué parte?

—Sí señora, somos de Cali, del sur, pero no me pregunte por la dirección que no se la voy a dar. Y usted ¿de donde es?

—Cómo se le ocurre, mamita. Además, yo creo que con mi jefe ni ganas le darán de volver allá.

Con ese trasero y tetas que tiene usted no necesita decir de donde es “Las Caleñas son cómo las flores, hermosas, tetonas y culonas”. Yo soy de Pereira.

—Perdone, doña María, hay otra cosa que quería decirle, dígame a su jefe que me dé un mes más. Lo que necesito es preparar el terreno para que mi esposo no se vaya a cabrear. Este mes lo voy a tener bien mansito. Usted sabe cómo son los hombres, caricias, consentimientos y comida — señaló su vientre bajo—. Además, no quiero que su jefe, ¿cómo me dijo se llamaba?, me vigile tanto. De pronto mi marido que es bien celoso se vaya a marear.

—Un mes es mucho, mamacita, yo creo que quince días es suficiente y espero que no nos vaya a tomar del pelo porque le damos chumbimba a los dos. Él se llama Hernán y le voy a decir que no la vigile tanto.

—Listo, dígame que a veces pienso en él, pero que aún tengo miedo. Nunca he viajado en yate, de pronto hasta me le mido —se detuvo a pensar se persignó y dijo—. Las cosas que digo por su culpa.

—Listo, mi amor. Para que vea cómo soy de elegante le voy a ayudar. Él, a mí me escucha bastante porque soy muy fiel y firme. Le comento que estoy triste al no poder viajar a mi territa todavía. En cada viaje se quedan mis buenos dolaretes.

Por primera vez le confesó que, con cada escándalo de las mulas capturadas con mercancía, distraían las autoridades y podían pasar cargamentos grandes de droga.

—Otra pregunta, señora María, perdone lo chismosa que soy, pero es que me pica el bichito de este negocio. ¿Cómo hacen para conseguir tantas personas que se presten para traer droga? Porque no todas son tan bobitas como yo para dejarse embaucar. Si no me quiere contar no se preocupe.

—Pero que cosita con la señorita y lo preguntona que me salió. Bueno como sé que vamos a ser buenas “migas o socias” le cuento un pedazo, no todo porque aún no se si usted se vaya a adaptar bien al negocio. Es cierto no todas las personas cargadas las conseguimos en el aeropuerto. Son pocas las que se prestan, antes era muy fácil. En el eje cafetero tenemos una oficina donde reclutamos muchas mujeres jóvenes y bonitas con muchas necesidades. El anzuelo es ofrecer trabajo para modelar en Europa o para ser recepcionistas. Nosotros les damos un entrenamiento y las comprometemos para que ingieran unas capsulas y las entreguen aquí en Madrid, Londres o el sitio que escojamos. Les ofrecemos un dinero para que se lo den a sus familias y el faltante lo pagamos aquí. Hay unas muy vivas que logran hacer varios viajes y otras muy nerviosas que caen en el primer viaje. Con el tiempo usted podrá reemplazarme ya que yo, me he vuelto vieja y bruta. Yo debí dejar esa maleta en el aeropuerto, pero me dio miedo con mi jefe que me castigara por el descuido.

—Perdone si cree que yo pueda hacerlo. Porque soy muy nerviosa.

—Tranquila, yo era así, claro que no tan bonita como usted. La clave está en no delatar a nuestros jefes así nos cueste la vida. En Colombia y México tengo varias propiedades. Aquí tengo un apartamento para darle alojamiento a varias mulas y les cobro por su estadía. Sé que a usted le va a ir muy bien. Un consejo nunca se enamore de un hombre por muy bueno y bonito que parezca, porque cuando ellos se aburren lo dejan a uno por otra más bonita. Usted sabrá el momento de retirarse y ocupar un puesto como el mío. Más adelante le cuento otras cositas que no puedo comentarle por falta de una mayor confianza. Ahora sí nos vamos porque debo atender otros asuntos.

Se despidieron de beso en la mejilla como nunca lo habían hecho. Andrea esperaba que su sicología de convencimiento hubiera sido un éxito. Por el lado de María presurosa fue a donde Hernán a contarle las buenas nuevas. Noticia que recibió con mucha alegría ya que se trataba de

una nueva mula de calidad y a quién podía disfrutar por un tiempo y luego vendar a un árabe con mucho dinero. También le comentó la solicitud de su nueva novia de no vigilarla demasiado por temor a ser descubierta por su esposo. No le respondió si lo hiciera o no. A María esta adquisición le equivalía a hacer dos viajes de Colombia

En la noche marido y mujer se sentaron a discutir los avances de sus tareas, él por el lado de la universidad logró que aceptaran su solicitud de traslado en pocos días y ella que la señora María que se comprometiera a ayudarla. Esa noche de las pocas que le quedaban para disfrutar de su unión marital.

Para dejar las puertas abiertas, ella fue a la universidad, retiró sus papeles y canceló el plan de estudios. Por las noches cenaban en el restaurante del centro comercial, veían una nueva película y luego en su apartamento se amaban una y otra vez.

—Amor un amigo me hizo el favor de hacer la reserva de tu viaje para dentro de ocho días.

—Qué triste amor, tan felices que estábamos.

—Sí, amor, pero el destino nos la puso así, parece que para ser felices primero debemos sufrir. Dios quiera que este año pase rápido para podernos reunir.

—Sí, amor. Quería que hiciéramos una reunión para despedirnos, pero pensándolo bien es mejor dejar las cosas así.

—Sí, además en esas fiestas de pronto se nos puede colar un sapito. Recuerda que esa gente tiene ojos y oídos por todos lados.

Faltaban diez días para que se le venciera el plazo, María de nuevo visitó a Andrea para comentarle que su patrón deseaba saludarla e invitarle un helado. Andrea le contestó:

—Sabe que me llama la atención, yo también quiero conocer ese papacito, ojalá sea más bonito que mi marido. Ummm, pero tengo un problema, estoy con la menstruación y hasta dentro de tres días me pasa. Dígale que si podemos vernos en cinco días vamos a comernos el helado y de pronto le doy otra cosita. Advértale que no me puedo demorar mucho porque veo a mi marido como mareado porque estos días no me han dado ganas de estar con él. Me voy porque se me atrasa el almuerzo. Nos vemos Marujita.

—Bueno, mi socia y colega, no sabe la alegría que me da. Ese hombre se va a volver loco con la noticia. Nos vemos.

Llegó el momento de partir, su esposo no la acompañaría al aeropuerto. La llevaría un amigo de universidad en su camioneta y luego de dejarla llevaría el trasteo de Gabriel Jaime a la ciudad donde le asignaron el cupo para continuar sus estudios.

La despedida fue muy triste, suspiros, sollozos y juramento de ser fieles el uno al otro, soportar la soledad y esperar el momento del encuentro en Bogotá al año siguiente. Prometieron también buscar los medios de comunicación para que sus teléfonos no fueran detectados y con esto burlar su ubicación.

El viaje de regreso fue de mucha tortura emocional, parecía como si una parte de su vida se hubiera quedado al otro lado del mar. En el viaje solo tomó agua, muchos suspiros y una cara esquiiva por el brusco desprendimiento de su ser amado.

Los suegros la recibieron con alegría, pero preocupados por lo que hubiera podido haber pasado. Su disculpa fue que no la admitieron en la universidad y para no tener doble gasto prefirió volver a trabajar para enviar dinero a su esposo ya que los costos eran muy altos.

Al sentirse burlados el capo y su secuaz la señora María se dedicaron a buscarlos por todo Madrid, pero fue imposible ubicarlos. La orden en Colombia era buscarlos en Cali, su lugar de residencia.

CAPÍTULO 3

En los primeros días Andrea empezó por reorganizar sus ideas y lo que sería el futuro en Bogotá sin su esposo que se había convertido el ser más noble, amoroso y le había dado su apoyo incondicional así ella cometiera alguna falla que atentara con el buen funcionamiento de pareja, como ocurrió en el viaje Bogotá-Madrid y su estadía en esta última ciudad donde sus desbocados ímpetus para ayudar al necesitado la llevaron a un callejón sin salida y cuyo desenlace fue el forzoso viaje de regreso. Esta lección de gallardía y sacrificio tendría que servirle de algo comprometiéndola a serle fiel de mente, cuerpo y alma.

Primero fue a la universidad a visitar a sus compañeros de semestres previos a graduarse que la recibieron con alegría al igual que algunos profesores. De los egresados con ella pocas noticias tenían. Eso la enfrentó a una realidad: que la universidad poco o nada sería de utilidad para un futuro trabajo.

Les comunicó a sus padres que estaba en Bogotá, que tenía que actualizar y como iba a pasar varios días o quizá semanas, les pidió que le enviaran la mesada a una cuenta en Bogotá.

Molesta con su suegra porque desde el momento en que llegó se dedicó a fisgonearle su equipaje, a fijar reglas sobre el comportamiento que debía seguir en la casa, horario de llegada y de comida, aseo en las cosas del baño, etc. Tomó la decisión de buscar un aparta-estudio con previo consentimiento de su esposo que la apoyó en esta idea pues conocía la rigidez e intromisión de su madre. Con su esposo se comunicaba día de por medio, se acostumbraron a cambiar siempre de contacto. Fue él quien le sugirió que buscara a sus amigos de la oficina y que visitara la fundación de rehabilitación donde podía ofrecer sus servicios.

Solucionado el problema de vivienda, se dirigió a la fundación donde se saludó con el profesor de Gabriel Jaime y le contó en la cafetería los pormenores del viaje, sin mencionar el impase vivido, y su repentino viaje a Bogotá por no encontrar aceptación en la universidad escogida por ella. Le dijo también que buscaba trabajo y que estaba dispuesta a ofrecer los servicios profesionales gratis a la fundación.

—Andrea, nos ha caído como anillo al dedo porque tenemos muchas personas que necesitan asesoría en los juzgados y otras dependencias del estado. ¿Cuándo puede empezar?

—Por mí desde mañana, doctor Angelino.

—Dígame Doctor Abella, porque el Angelino no me gusta. En la escuela y en colegio mis compañeros de estudio me decían “Angelino pan y vino” y eso me atormentaba muchísimo.

Se rieron del apunte.

—No me diga más, doctora Andrea. Vamos a las oficinas, le presento al doctor Camacho un tipo buena gente, feo pero muy enamorado. Así es que cuídese porque el viernes la va a invitar a discoteca.

—No se preocupe, Doctor Abella, que con disimulo lo mantengo a raya.

Uno a uno, le presentó al personal de administración y de salud y por último la llevó donde estaban los pacientes recuperándose de su adicción y también a los más avanzados que estudiaban para, llegado el momento, volver a las calles como personas de bien.

—Mucho gusto, doctora, yo soy el doctor Camacho, me dicen Camachito estos gran pendejos, no sé si por lo bajito y por cariño.

—Doctor Camacho es un gusto conocerlo.

—Muy oportuna su integración al equipo porque el viernes tenemos una celebración con las

fisioterapeutas. Así es que la invito.

—Voy a pedirle permiso a mi esposo, doctor, o ¿será que lo puedo invitar?

—Creo que sí, voy a preguntarle a las encargadas del festín. No sabía que era casada, carajo — a leguas se pudo notar la desilusión de Camachito.

Cuando se retiró el doctor Camacho, el doctor Abella no pudo contener la risa.

—Esa salida fue espectacular. ¡Qué mujer tan inteligente!

Se despidieron y ella se comprometió a volver al día siguiente. Él siguió su marcha sonriente y ella se dirigió al apartamento. En horas de la noche habló con su esposo y le dio las saludes del doctor Abella. Le comentó que al otro día empezaba a trabajar medio tiempo con la fundación.

Durante dos semanas trabajó en la fundación mientras maduraba bien la visita a sus antiguos amigos. No estaba segura cómo la recibirían. No quería que pensarán que le tocó volver con el sabor de la derrota. De nuevo su esposo fue el puntal para empujarla. En estos aspectos él era muy positivo y sin pensarlo mucho fijó para el otro día lanzarse al agua de la imprevista corriente.

A las nueve de la mañana estaba parada frente a la oficina de la agencia de detectives, la agencia de un grupo de jóvenes que la habían ayudado en el pasado, se santiguó y con la misma mano que lo hizo golpeó la puerta. Esperó unos segundos y cuándo quería repetir el llamado, una señorita que no conocía le abrió:

—Buenos días, ¿Miguel Rodríguez, se encuentra?

—El doctor Miguel sí está, ¿quién lo necesita?

—Soy la abogada Andrea González, si está muy ocupado prefiero volver otro día.

—No señora, siga a la sala y ya le informo sobre su visita. Siéntese

—Doctor, en la sala hay alguien que quiere hablar con usted, la doctora Andrea González. ¿Le digo que está muy ocupado y que ¿vuelva otro día?

Escuchar ese nombre lo enderezó rápido de su silla

—¿Andrea González dijo? ¿Está segura?

—Sí, doctor

—Doctora Andrea, que gusto verla —se abalanzó hacia ella, la abrazó, la besó en la mejilla.

—Doctor Miguel, ¿cómo se encuentra?

Se acercó a ella y le musitó al oído, no me diga así, lo que pasa es que a los empleados le hemos exigido eso para aparentar y exigir autoridad.

—Pero siga, Andreita venga a la sala de juntas donde están reunidos los muchachos.

—Pero que ¿es esta sorpresa tan bonita? —todos saltaron de sus sillas y corrieron a saludarla.

—Cálmense señores, que para todos hay saludos y respuestas. Sentémonos de nuevo, le cedemos una silla y ella los va a saludar uno a uno. ¿Está bien?

—Señorita, —se refirió a la encargada de los tintos que abrió la puerta—. Por favor tráiganos, tinto, aromática o gaseosa y unas galletas. Mientras tanto la linda doctora Andrea nos cuenta a que se debe su visita.

—Muchas gracias, primero los saludo uno a uno cómo se lo merecen mis hermanitos políticos.

Abrazos, besos y muchos gestos de admiración recíprocos, terminado el acto cada uno se acomodó en su silla.

—Bueno Andrea y a que se debe su visita —intervino Ernesto que siempre era el primero en hablar.

—Bueno muchachos quería saludarlos, comentarles que me hacían mucha falta y aquí me tienen. Hay cosas...

—No me diga ¿qué se va a quedar? —preguntó Teodoro o T.J. como lo conocían sus amigos.

—No sé, es una historia muy larga y no quiero estropear su reunión.

—La reunión la podemos dar por terminada. Recuerde que usted es Juez y parte de esta pequeña empresa. Hemos querido darle un vuelco a lo anterior con el fin de ponernos a la par de nuestra competencia. Con Ernesto estudiamos derecho, Ana María se decidió a terminar administración de empresas mientras que T. J. y Daniel hacen cursos de investigación y criminalística. Hemos recibido dos señoritas que están en últimos semestres de derecho y dos secretarias a que se forman bajo la dirección de Ana María. A groso modo hemos avanzado, pero no sé, algo nos falta. Es cómo si nos hiciera falta un ángel guía que nos direccione mejor. El trabajo por fortuna es bastante pero no avanzamos lo suficiente. Esperamos que usted nos traiga buenas noticias.

Andrea se quedó en silencio, giro de su rostro y con sus azules ojos, miró a todos los asistentes que expectantes deseaban conocer su respuesta.

—Mientras nos tomamos el tinto y las galletas me tomo unos minuticos para ordenar mis ideas.

—Sí, sí, pero no nos deje mucho tiempo en ascuas porque nos vamos a reventar —dijo Daniel.

—Llevo algo más de quince días de los cuales he trabajado ocho en la fundación, ustedes saben que eso es gratis y aunque me daba pena venir a molestarlos, Gabriel Jaime que continúa sus estudios en España me insistió en que debía por lo menos saludarlos. Hoy lo hice y les cuento que no esperaba semejante recibimiento. Busco trabajo porque con lo que me mandan los viejos no es suficiente para sostenerme.

—Pero qué noticia Andrea ¿se piensa quedar por mucho tiempo? —preguntó Ernesto.

—Por el momento sí, hasta que regrese mi esposo.

—Pero Andrea, nosotros sabemos que sus planes eran hacer una especialización junto a su esposo. ¿qué paso?

—Es muy largo y ustedes deben ir a almorzar, mejor dejemos para otro momento.

—No, Andrea, más bien acompañenos a almorzar, regresamos y luego continuamos. O si quiere mientras almorzamos avanzamos sobre el tema —propuso Daniel.

—No me gustaría porque es un tema delicado. Más bien al regreso le cuento. Esto lo hago porque ustedes son mis hermanos.

Disfrutaron el almuerzo y cómo dijo Daniel, “un almuerzo dialogado” donde las anécdotas y pasajes del pasado los hicieron reír hasta el cansancio. Regresaron a la oficina a paso largo porque empezaban a caer unas gotas gruesas de agua. El cielo encapotado anunciaba la que sería una tarde de lluvia. Por estos días en la capital, en la mañana cielo azul con mucho sol y en la tarde, de un momento a otro, nubes negras y mucha agua.

Llegaron a la oficina y como niños juiciosos, directo a la sala de juntas. Se sentaron, la secretaria les trajo tinto para la digestión y por presión de los concurrentes, Andrea continuó:

—Les contaba que nuestro deseo era estudiar y terminada la especialización, pensábamos radicarnos allá. Tener hijos y no sé, al cabo de varios años volver, pero... Empezó narrándoles los episodios de los aeropuertos y su desenlace. Todo por culpa de ella al querer ayudar una pobre viejecita que resultó ser una experimentada narcotraficante que reclutaba ‘mulas’ para llevar droga en equipajes y que al denunciar a las inocentes personas le servía para pasar cargamentos grandes del alcaloide. También les contó lo de la visita a la cárcel de mujeres, la embajada y la persecución por parte de la mujer que fue liberada días después y la banda de narcotraficantes. Por último, les detalló el ultimátum que le daban para aceptar al capo y dejar a su esposo. Les contó también el cambio de sede en otra ciudad, por parte de Gabriel Jaime para continuar sus estudios y abandonar ese país con sus sueños truncados. A la pregunta si no podían seguirla aquí en la capital, les respondió, que ella siempre le aseguró a la señora que eran

oriundos de Cali, donde hicieron todos sus estudios. Las lágrimas empezaron a rodarle por las mejillas lo que significó el fin de la conversación. Todos se levantaron y se dirigieron a ella para tranquilizarla, darle un abrazo, beso en la mejilla y la invitación a empezar a trabajar con ellos al otro día.

Muy compungidos por el relato, tanto Ernesto cómo Miguel le comentaron que ellos sí que entendían su desgracia, pues habían pasado por algo parecido, aunque lo ellos tenían tinte diferente. Miguel cómo representante de la firma dijo:

—No se preocupe, doctora Andrea, el mundo no acaba con esto, son retos que le impone a uno la vida. A nuestra manera nos tocó muy duro empezar la empresa y llevarla a donde estamos hoy, recuerde que usted también hace parte de esto. De mi parte quiero hacerle una invitación a que se una a nuestro combo. Nosotros la necesitamos y estoy seguro de que lo que nos hacía falta llegó, no hay mal que por bien no venga dice el dicho. ¿Qué dicen mis compañeros?

De nuevo todos se solidarizaron con la causa y le expresaron su apoyo y colaboración. Ernesto tomó la palabra:

—Claro que sí, espero que a partir de mañana empiece a trabajar. Le tenemos unos ‘huesitos duros de roer’. Vamos a ver a dónde le ubicamos su escritorio en la oficina.

Daniel y T. J. sin pensarlo demasiado le expresaron que ellos trabajarían en una sola y que ella, su hermanita ocuparía la que quedaba libre.

De nuevo Andrea les expresó su agradecimiento a todos. Sus ojos continuaban húmedos y rojos. Sonreía de manera forzada. Los abrazó de nuevo.

—Bueno, yo creo que como ya trabaja aquí doctora Andrea, la parte formal se acaba en este momento. Pienso que T.J., Daniel y Ana María acondicionarán la oficina. Con Ernesto y las dos secretarias nos quedamos para presentárselas y ponerlas a su disposición. Las futuras abogadas y colegas se las presentamos mañana porque hoy tenían clases. El horario usted lo conoce. Después de Ernesto y de mí, usted será la siguiente al mando ya que nosotros tenemos que cumplir en la universidad. Cómo siempre cualquier trabajo que iniciemos lo discutimos primero los tres y luego con las otras personas. El sueldo sugiéralo usted, pero no se le vaya a ir la mano.

Emocionada por el acontecer de este día donde los astros se alinearon para bendecirla y unirla a su familia política, les comentó:

—Esta mañana cuando llegué estaba muy nerviosa, no sabía si devolverme. Me daba pena contarles mi fracaso y no sabía si se iban a burlar o solo me respondieran “eso le pasa por bruta y confiada”, pero no fue así. Muchas gracias y espero no defraudarlos, les prometo que lo que me pasó y puso en duda mi vida marital, no me volverá a suceder. Por fortuna me gané la lotería con Gabriel Jaime, un hombre lleno de muchos valores y amor. Por él estoy aquí. Y con ustedes otra lotería porque son muy lindos conmigo. Gracias —de nuevo los abrazó y pactó empezar al otro día.

—Otra cosita, mañana vengo en la tarde porque en la mañana voy a hablar con el Doctor Abella para fijar mi horario sábados y domingos en la Fundación y en cuanto al sueldo por mí no les cobraría, pero ustedes saben que lo necesito. Y perdonen por ser tan quejambrosa.

—No se preocupe, usted sabe que siempre contará con nuestro respaldo. Su horario en la oficina no es estricto, puede ir a la casa de rehabilitación cuándo necesite hacerlo. Lo importante es que salgamos adelante —la tranquilizó Miguel.

Se despidieron y regresó al apartamento. En la noche llamó a su esposo y le comentó las buenas nuevas, la felicidad que sintió de ser bien recibida. Esta noticia lo complació bastante debido a la gran empatía que sentían entre sí los miembros de la oficina y ella.

Luego de fijar horarios en la Fundación y enterarse del funcionamiento interno de la casa, a las dos de la tarde se hizo presente en la oficina. T.J. y Daniel le mostraron la que sería su oficina. Un escritorio mediano, computador “todo en uno”, papelería, sus complementos de oficina y un celular. Terminado el reconocimiento a su sitio de trabajo, con Ernesto, Ana María, y las estudiantes de derecho, se dirigieron a la sala de juntas.

Miguel hizo la presentación e inicio de la reunión:

—Como es nuestra costumbre los lunes a las ocho de la mañana nos reunimos para recibir informes sobre los logros y avances de la semana anterior, fijar pautas a seguir, estudiar casos nuevos y en fin todas las novedades. Aunque hoy es miércoles haremos la reunión porque hay un motivo especial. A personas nuevas en la empresa, secretarias y futuras abogadas les presento a la doctora Andrea González, abogada y persona de nuestros afectos, doctora Andrea, tiene la palabra.

—Gracias a todos por la bienvenida algo que no merezco, pero estoy feliz de volver a la casa que una vez fue nuestra casa, lugar confidente de muchos de nuestros secretos de trabajo. Al personal nuevo me da alegría conocerlos y espero serles útil en un consejo o ayuda. Antes que todo soy su amiga. Muchas gracias.

—Vuelvan a sus labores. Quiero quedarme por el momento con Ernesto, Ana María y usted doctora Andrea. Parece que tenemos un caso algo complejo por atender y usted nos ha caído como anillo al dedo. Ana María pongamos ese caso sobre la mesa —concluyó Miguel.

—El caso que tenemos aquí es el caso de Álvaro Cadavid, un hombre mayor. Fue enviado por su familia a un hogar geriátrico, fue reportado como desaparecido, la solicitud de búsqueda viene de su hija que cree haberlo visto en un semáforo pidiendo dinero, cuándo lo real es que debería estar en la casa hogar —resumió Ana María.

—Eso es extraño y ¿no cabe la posibilidad de que su hija esté equivocada? ¿Qué hubiera visto alguien parecido o por estar distraída en celular, al levantar cabeza de pronto alguien se le pareció a su padre? —interrogó Andrea.

—Eso le dijimos a la señorita que debe tener veinte años, pero ella dice estar muy segura del hecho —intervino Miguel.

—¿Y el deseo de la señorita es ubicar al señor y devolverlo a la casa hogar? —consultó Andrea.

—No, el deseo de ella es encontrarlo y llevarlo a la casa, pero la mamá y las tías quieren tenerlo en la casa hogar —respondió Miguel.

—El caso se presentó el viernes y ella está citada para mañana jueves a las diez de la mañana para que nos amplíe su caso, firmar papeles en caso de que sea algo veraz para arrancar a trabajar dijo Ana María.

—Perdón ustedes le sugirieron que ¿pusiera la denuncia a la policía? Nosotros no somos agencia de estado, autoridades, ni nada que se le parezca, solo ayudamos a personas.

—Claro, pero las autoridades le dijeron que volviera a los tres días, pusiera la denuncia y ahí si empezaría la búsqueda. Otra cosa y es que la familia está en desacuerdo con ella. Por consejo de una amiga recurrió a nosotros.

—Bueno si es así, vamos a ver que se puede hacer. ¿Otro caso?

—Hay otros, pero por el momento T.J. y Daniel los atienden —respondió Ernesto.

—Yo creo que por hoy es suficiente, doctora Andrea, mañana cuando llegue la señorita iniciamos con su primer reto.

Aclararon que para ellos era un poco difícil acostumbrarse a llamarse por el “doctor”,

reconocían que no lo eran. Para su fortuna había llegado una que sí lo era.

Al otro día a las diez de la mañana se presentó la señorita Juliana Cadavid. La hicieron seguir a la sala de juntas. Ernesto, Andrea, Miguel, y Ana María la acompañaron. Se presentaron y dieron inicio a la reunión.

CAPÍTULO 4

—Bueno, señorita Juliana queremos que nos exponga su caso y espero que no le disgusten ciertas preguntas que le vamos a hacer. ¿Le incomoda que ¿grabemos la conversación? Eso lo hacemos con el ánimo de no tener que preguntarle datos que usted ya nos haya dicho. ¿Le parece? —empezó Andrea.

—No, no me incomoda. Se que ustedes no son autoridad, pero si ayudan en estos casos de búsqueda —respondió serena—. Bueno, para empezar, hay que decir que esto es un enredo familiar, mi madre no está de acuerdo en muchas cosas. Ella niega que mi padre esté perdido. Primero mi abuela, mis tías y ella me dijeron que mi papá nos había abandonado por huir con su secretaria hace tres años, luego, que estaba en un hogar geriátrico, que había sido internado por esa señora después de robarle mucho dinero. Lo visité dos veces, pero muy poco pude hablar con él debido a que mi madre y mi tía no me dejaban sola un segundo. En la primera visita permaneció sentado y recostado con su mano levantaba para cogerse la barbilla y sobarla una y otra vez; movía su cabeza de arriba abajo en un intento por mirarme. Sé que me quería decir algo, deseaba que su telepatía funcionara en mí, que esa comunicación de índole desconocida penetrara mi mente y así poder decir cuánto almacenaba en su interior, por bruta no le presté atención ese y luego en la siguiente visita. Mi orgullo y ceguera mental no me permitieron captar el mensaje. Estaba celosa y contrariada por haberme cambiado por otra mujer. Desde muy niña le decía que él era mío.

Andrea levantó la mano para indicarle a Juliana que hiciera un alto en su narración.

—Excúseme, señorita Juliana, está muy bien su historia, pero vamos por partes y en orden. Cuéntenos la razón que la motivó a venir. Ya tenemos un resumen, pero debe haber un motivo de fondo.

—Ah sí, todo se originó porque hace dos meses transitábamos por la calle 116 con Avenida Suba, íbamos a una cita médica de mi mamá. El semáforo de esa intersección estaba en rojo, se nos acercaron varias personas unas que ofrecían limpiar los vidrios, otras que vendían dulces y un anciano a pedir monedas. Yo estaba agachada, concentrada en mi celular, pero me llamó atención la voz del anciano y levanté la cabeza para observarlo. Era un señor de barba blanca y espesa, mal vestido, camisa rota, sucia y encima de ella un saco viejo. “Una monedita para este anciano que tiene hambre, hoy no he comido”. Yo iba en el asiento trasero en medio de mi mamá y una tía porque mi abuela estaba adelante con el conductor. Como el señor produjo en mí compasión, abrí la cartera para sacar una moneda.

—No le dé nada a esa gente. Qué trabajen. Suba el vidrio, Ovidio, que nos pueden robar —dijo mi mamá

—Espere un momento, dele esta moneda. El anciano dobló su cuerpo para dar las gracias a su benefactora y cuándo nos miramos frente a frente me pude dar cuenta que era mi padre. Yo le grité, quise que mi tía me dejara bajar, pero fue imposible porque se aferró al seguro de la puerta. El señor se asustó, corrió despavorido cruzó la otra calzada, se atravesó a los carros que transitaban en dirección opuesta exponiéndose a que lo atropellaran. Por fortuna pude ver que no le pasó nada. Y...

—Perdón, señorita, hagamos un receso, tómese un vaso de agua, descasemos unos minutos y luego continuamos.

—Sí, doctor Miguel, estoy algo agitada. Perdón si me emociono, pero es que en mí, hay

almacenada mucha tristeza.

Todos se levantaron de sus asientos, unos tomaron gaseosa, otros, agua o tinto. No cruzaron palabras entre sí. Estaban muy impactados con el relato, aunque confundidos con los inicios que desencadenó este problema.

Diez minutos después, se sentaron y Andrea activó la grabadora.

—Bueno, señorita, ¿está usted segura que era su padre?

—Sí doctora, sus ojos azules, barba blanca y espesa que una vez se dejó en protesta porque mi mamá lo regañaba bastante. Además, la forma cómo pidió ayuda el anciano con un tono de voz dulce y suave que parecía que las palabras viajaban despacio para no dañar el oído de su interlocutor y lo más importante la atracción que sentimos al mirarnos frente a frente.

—¿Qué pasó después? —Andrea.

—Doctora, ya son las dos de la tarde vamos a almorzar, la casa invita —propuso Miguel.

—¿Le parece bien, Juliana?

—Me parece bien, pero tengo clases en la universidad en la tarde así que no dispongo de mucho tiempo. Si quieren mañana a las ocho de la mañana continuamos.

—Nos parece bien pero primero acéptenos el almuerzo —propuso Ernesto—. Hoy hacen unas costillitas de cerdo y alitas de pollo asadas en parrilla. Muy sabrosas, como para chuparse los dedos.

Salieron de inmediato todos de la sala de juntas directo al restaurante.

Terminado el almuerzo Juliana se marchó a la universidad y ellos se quedaron en el restaurante a degustar unos tintos, y luego unas cervezas, trataban de adivinar el origen del problema que llevó al señor a tomar esta determinación. Como era de esperar el siguiente tema era Europa.

—A ver, Andrea, ¿le podemos decir así, fuera del trabajo? —intervino Miguel.

—Claro que sí, ante ustedes el título me incomoda un poquito —respondió con una sonrisa.

—Gracias, le quería preguntar cómo es Europa, su gente, cultura, y otras cosas que no conocimos con Ernesto cuándo viajábamos allí en plan de negocios “ilícitos por supuesto, ya ustedes saben”. Lo nuestro eran fiestas, y mantenernos encerrados en un hotel para no dar tanto visaje. Terminamos encerrados y luego deportados.

—Bueno, no sé por dónde empezar, conocí más en nuestra luna de miel. Claro que en estos meses paseamos y conocimos muchos sitios hermosos, castillos con cuatrocientos años o más encima, la campiña es hermosa. Lastima que no pude vivir esa estación donde el hielo, dice la gente, se disfruta diferente, pero también con sus tropiezos para el transporte, se registran muchos accidentes.

—Sí, hermanita, pero cuéntenos más cómo es la gente. No se nos vaya por las ramas —insistió T.J.

—Este sí es mucho montañero, pues como nosotros. No tienen tres ojos, ni tres piernas —se burló Daniel.

—No se burle de mí, hermano. La gente es amable, pero en su mayoría son introvertidos incluso con ellos mismos. Son amantes de la lectura, el silencio reina casi siempre, aunque los latinos siempre forman la guachafita. Cuando se viaja en tren es muy rico porque se conoce bastante; como les decía la campiña está llena de cultivos. Las ciudades son muy tradicionales y cuando celebran sus fiestas o festivales sino fuera por los latinos o africanos serían aburridas. Ellos le ponen la alegría y el desorden, aunque a veces se pasan y provocan atención por parte de la policía.

—¿Y las mujeres son todas ojiazules?

—Hay bastantes, también trigueñas, aunque, hoy en día con la llegada de muchísima gente de otras partes del mundo se mezclan entre sí. Japoneses, asiáticos en general, africanos, latinoamericanos y de toda Europa. A todos los latinoamericanos nos dicen *sudacas*. Pero en general todo es bonito lo mismo la gente. Son muy educados y cultos, un niño puede manejar hasta tres idiomas.

—¡Ahh qué bueno! ¡Qué rico poder conocer esas tierras algún día! —dijo Ana María que hasta el momento había permanecido en silencio.

—Qué más quieren saber para que la doctora nos recree el pensamiento —Miguel.

—¿Hay ladrones, atracadores, la seguridad cómo es? —consultó T.J.

—Como en toda parte los ladrones, los atracadores y las personas mala gente también existen. Da tristeza ver en los noticieros que en cada banda que atrapan mínimo hay uno o dos colombianos. Esa mala imagen nos hace mucho daño. Desde que uno sale de Bogotá ya va fichado. Pero vale la pena ahorrar y comprar un paquete turístico entre varios. Empecemos a ahorrar y de pronto el año entrante lo podemos hacer.

A las diez de la noche dieron por terminada la reunión. Mucha camaradería y unión seguían demostrándose entre sí. Esto les servía para estar motivados para el otro día.

A las ocho y media dieron inicio a la reunión. Andrea sacó el celular y empezó a grabar. Luego de escuchar el inicio del relato de Juliana del día anterior, Andrea dijo:

—Bueno, señorita Juliana, estamos a su disposición.

—Muchas gracias. Les comentaba que luego de haber reconocido la voz y la figura de mi padre, el carro continuó la marcha ante la andanada de recriminaciones por parte de mi madre “pero que le pasa muchachita ¿se volvió loca? O de nuevo ¿se le zafo un tornillo?”. Ese señor es mi padre, Álvaro. Ella intervino de nuevo “No puede ser posible, él está en la casa hogar de ancianos “el abuelo feliz” no nos haga esta tragicomedia que hace mucho mal a mi salud. Ovidio por favor acelere que me va a dar un patatús, ay se me bajó la tensión”. Mi abuela empezó a preocuparse por la hostilidad latente entre madre e hija, recriminándome también “si ve señorita, los problemas que causa por culpa de un vagabundo ¿que ahora resultó ser su padre? No faltaba más. Él es, un señor distinguido, este, un andrajoso vagabundo” —se levantó, se tomó un trago de agua y continuó—. Llegamos a la clínica, mi madre formó un espectáculo hasta que hizo que la entraran por urgencias. Yo sabía que ella también se había dado cuenta y necesitaba hacerse la sufrida para desviar mi atención. Cuando está en dificultades hace lo mismo. Por supuesto fui la mala del paseo porque hasta mi tía me regañó por el episodio. Me dejaron de hablar por ocho días, no fui admitida de nuevo en la mesa, la señora del servicio me llevaba la comida a la habitación o si estudiaba, a la sala de estudio. Varias veces fui a la casa hogar, pero no me dejaron entrar. Me respondían que eran órdenes de mis familiares. Un día que no tenía clases me levanté tarde y cómo había dejado de existir para ellos, pensaron que había salido para la universidad. Cuando estaba por bajar las escaleras al primer piso escuché una conversación de mi madre, mi abuela y mi tía, que hacía días no venía a la casa. Mi madre le preguntó el porqué de su ausencia y ella le contestó que se encontraba en la finca. Mi madre le dijo que habían estado con su mamá en la casa hogar, había ido a preguntar por mi padre. La directora le contestó que se encontraba enfermo de una virosis contagiosa que contrajo de otro abuelo que murió el día anterior. A los diez días los llamaron para informarles que don Álvaro seguía delicado de salud, pero recuperándose y cuándo fuera el momento les informarían para que lo visitaran. Mi tía le respondió que eso era muy delicado porque no podían exponer a los otros abuelos a una epidemia. También le preguntó que iban a hacer en caso de que él muriera y los problemas que eso acarrearía con los papeles de sus

propiedades. Mi madre le respondió que eso sería muy grave, que recordara que él antes de casarse tenía otro hijo y ella no estaba dispuesta a repartir la fortuna que por derecho le correspondía. Por esta razón debían apurar lo de los papeles. Mi tía replicó “Sí, pero recuerde que eso es algo que todos sabíamos. Usted se le metió entre ceja y ceja y lo hizo separar de la mujer con que él vivía. Por fortuna no era casado. Usted aceptó que él lo ayudara con una mesada y con los estudios. Por supuesto él entraría a ser heredero.” Mi madre refutó: “Eso es cierto por eso estoy moviendo lo de los papeles, las escrituras de las casas y todo lo que esté a su nombre porque yo no voy a repartir con otros lo que es mío. Por otro lado, comprenda que no puedo vivir con un viejo tembloroso que se orina en los calzones cuando va a orinar. Supiera las penas por las que he pasado. Es fácil criticar sin tener el problema. Por eso fue, con el consentimiento de ustedes, lo internamos en la casa hogar, sabemos que es gente muy responsable.

Por la rabia que sentí al descubrir que él no había dejado nuestro hogar para irse con otra mujer, sino que fue internado en contra de su voluntad y que mi madre, tía y abuela querían despojarlo de su capital ya que estaba inconsciente, golpeé la pared de la ira. Por mi torpeza la reunión paró en seco y las tres miraron hacia las escaleras.

Mi madre me reclamó por escuchar conversaciones ajenas detrás de las paredes, y yo le contesté que, por salir a las carreras, me había tropezado con la mesa del florero. De nuevo me preguntaron, que había escuchado de la conversación y yo les contesté: Nada, ¿por qué? ¿Acaso hablaban algo que no debería escuchar? “No solo preguntamos. Teníamos una conversación sobre la novela de anoche. ¿Usted la ve?” No tía esos son temas que no me interesan y así hubiera querido escucharlos hablaban muy pasito y nada pude entender. “O sea que si escucho algo. Replicó mi madre”. Les respondí que no, que sus temas no me interesan. Antes de abrir la puerta para salir, volteé la cabeza y pude ver a mi madre mirándome directo a los ojos, con su rostro adusto y a mi tía y abuela hablándose al oído. Por eso quiero descubrir la verdad. Porque internaron a mi papá, si él todavía estaba bien, lo de orinarse en los pantalones es mentira porque yo siempre los acompañaba y nunca vi esas cosas. Ahora la pregunta es, ¿qué lo llevó a fugarse de la casa hogar? Esa tal epidemia es mentira de la directora Amalia Mendoza.

Después de un largo silencio Miguel fue el primero en hablar:

—Descansemos unos quince minutos y continuamos. Tomemos algo; tinto, gaseosa, galletas o agua. Lo que quieran.

Terminado el receso volvieron a la sala de juntas. La doctora Andrea de nuevo puso en marcha la grabadora del celular y le preguntó:

—Juliana hay algo que no nos ha dicho. Cuántos años tiene su papá y cuántos su mamá.

—Mi padre tiene 76 años, pero es un señor que para su edad aún se conserva. Tiene barba tupida y blanca. Cabello blanco y no muy abundante. Tiene un pequeño temblor en las manos desde hace años que los médicos dicen es un problema de nervios. Es muy consentidor y amoroso conmigo, algo que no le gusta a mi madre, abuela y tía. Mi madre tiene cuarenta años y se casó con él cuando era adolescente. Al principio era una mujer muy amorosa con mi papá, hasta le lavaba los pies cuando llegaba del trabajo. Con el tiempo y debido a algunos achaques de salud de mi padre, ella ha perdido el amor hacia él. Le da vergüenza presentarlo como su esposo en las reuniones algo que él le recrimina y por eso vienen los continuos disgustos. Le recrimina sus flatulencias en horas de la noche diciéndole que la tiene muy aburrida. Al punto que lo puso a dormir en otra alcoba. A veces he escuchado conversaciones de mi abuela y mi tía diciéndole que él está muy anciano para ella. Le aconsejan tener amigos que es muy bonita para ese vejestorio. Que a él lo interne en un hogar geriátrico. A veces cuando yo lo visitaba en la habitación para

despedirme lo encontraba llorando. Yo le preguntaba si estaba enfermo o tenía algún dolor, pero siempre me contestaba que no tenía nada. Un día en broma me dijo que su único dolor era del alma. Que la única persona que lo quería era yo.

—Listo mi niña, y ¿cuál es la solvencia económica de sus padres?

—Antes de mi padre casarse era distribuidor de una empresa de víveres y licores en todo el oriente colombiano, Cundinamarca, Boyacá, Santander, norte de Santander Llanos Orientales y Tolima. Tenía una flota de veinte camiones grandes y camionetas de una y tres toneladas. Tres casas en el norte de Bogotá y manejaba mucho dinero. Mi madre era secretaria de una regional, aunque no era la principal. Mi madre era muy bonita y agraciada, le gustaba las fiestas y paseos. Yo creo que eso lo conquistó. Recién casados viajaban a Europa, Estados Unidos y Suramérica, mi padre la complacía en todo, yo también disfruté mucho de esa gran vida.

—Le voy a hacer una pregunta que si le incomoda no me la conteste. ¿Su madre tiene algún amante? —preguntó Andrea.

—No lo puedo asegurar, pero creo que el abogado si ha tenido mucho que ver en este asunto. Desde que él se graduó y empezó a llevarle algunos negocios a mi padre las cosas cambiaron entre ellos dos. A veces salen a pasear y ellos argumentan que son viajes de negocios. También ha llegado en avanzado estado de embriaguez y la disculpa es la misma. Mi papá, pobrecito no se acostaba, la esperaba en la sala. A veces le decía “Que hace ahí cuidándome el culo, acuéstese”.

—¿Qué propiedades tiene ella, y cuántas tiene él? —preguntó curioso Miguel.

—Ella tiene la casa donde vivimos, pero aún no tiene la escritura a nombre de ella. Del resto firmaron capitulaciones y Solo pasan a su propiedad cuando él muera me imagino. No sé qué pasará con mi hermano en caso de que él muera. Las cosas que han conseguido luego del matrimonio me imagino que son compartidas. Tal vez por eso quieren hacer escrituras, como dijo mi tía, “chimbas”, pero no les ha funcionado.

—Bueno, mi señorita Juliana, yo creo que con este material es más que suficiente para iniciar su búsqueda. Ah se me quedaba algo por preguntar, ¿su papá tiene familia o familiares? Es muy factible que él haya buscado ayuda en ellos ahora que abandonó el hogar Geriátrico —preguntó Andrea.

—El único familiar que tiene es su hijo, mi medio hermano, pero no lo conozco, parece que está radicado en Europa. Mi padre le financió los estudios y creo que está muy bien. Se llevó a su madre. De resto no sé, siempre le he escuchado a mi abuela que es Solo en el mundo.

—Bueno pues por ahora eso es todo en lo que se concierne a mí. No sé que preguntas quieran hacerle mis jefes el doctor Miguel, el doctor Ernesto y la doctora Ana María —dijo Andrea.

—Por mi parte es suficiente ahora nos toca empezar y esperar a entregar pronto resultado. El doctor Miguel o Ana María ¿quieren agregar algo? —intervino Ernesto.

—Por el momento todo está bien —respondió Miguel.

—De mi parte solo falta firmar papeles que ya tengo, y dar inicio al trabajo —aseguró Ana María.

—Me parece correcto, espero que Dios los ilumine en su búsqueda y si soy útil para algo, no más digan. Quedo muy tranquila porque sé que estoy al frente de unos profesionales.

—La esperamos a que firme los papeles y vamos a almorzar porque nos cogió la tarde de nuevo, ya son las tres —concluyó Miguel.

Se fueron a almorzar y al término de él hicieron un brindis que fue ofrecido por Juliana.

Regresaron a la oficina donde se encontraron con Daniel y T.J. los esperaban para comentarles que uno de los dos casos había sido resuelto. Andrea les manifestó que deseaba irse al

apartamento, pegarse un duchazo, hablar con su esposo y antes de acostarse escuchar la grabación para tener una idea de cómo empezarían a trabajar en este caso.

A las nueve de la mañana de nuevo se encontraban reunidos en la sala de juntas. Andrea sacó la grabadora y dejó escuchar su contenido ante Daniel, T.J. y las dos estudiantes que no tenían conocimiento de este nuevo trabajo. Escuchada la grabación cada uno libreta en mano hizo sus comentarios al respecto.

—Es un caso complicado porque buscar un anciano es más difícil que hacerlo con un drogadicto. A estos les conocemos sus escondites —dijo T.J.

—Es cierto y es nuevo para nosotros, por eso es bueno el reto —contradijo Daniel.

—Nuestra labor debe centrarse en la casa hogar, hablar con las directivas, empleados y ancianos —dijo Karen, una de las estudiantes.

—Eso es algo delicado porque no nos podemos presentar como autoridad y si las directivas no le entregaron información a Juliana que es su hija, menos lo van a hacer con personas extrañas, en vez de mejorar la investigación, alertaríamos a las directivas que parecen personas muy experimentadas en estos asuntos. Por lo tanto, les sugiero cambiar la estrategia.

Miguel y Ernesto no asistieron porque estaban en clases en la universidad. Con Daniel y T.J. acordaron empezar por los semáforos, empezaron en la zona norte donde Juliana lo había visto. Se despidieron y como perros sabuesos salieron en busca de su presa. Llevaban fotos que les había dado Juliana, detalles físicos y rasgos de comportamiento.

Las jóvenes universitarias dijeron no tener otra idea, por lo que la abogada les dijo:

—Yo sé que ustedes son muy inexpertas en esto, por eso me gustaría que tomaran en cuenta unos consejos que les voy a sugerir. En estos casos y en especial el que nos ocupa, es muy importante trazar estrategias que no alerten a las personas que nos pueden aportar información valiosa. Yo pienso que juntas o de forma individual, pueden presentarse a la casa con el fin de pedir información para el ingreso de su abuelo —señaló a Karen—, y después usted —señaló a Carol— puede ir y hacer lo mismo, pero con su abuela. Deben mostrarse muy interesadas en el ingreso de sus familiares. Solicitar un folleto e información de cuantas comidas les dan diarias, onces, enterarse de cómo es un día horarios de juegos, estudios, y cuantas cosas se les ofrezca preguntar. Cada una debe inventarse un verso diferente para que a ellos no les parezca copiado, y porque no, pasear en la sala donde están los abuelos, conversar, hacerse amigos. Siempre habrá un gruñón y un jovial. Estos últimos les convienen para su investigación. Los empleados son importantísimos sobre todo las enfermeras jóvenes y extrovertidas que son muy comunicativas.

Se quedó pensativa y la miró a cada una con detenimiento y les dijo:

—Yo creo que lo mejor es que Karen ingrese primero y Carol lo haga después pero no para solicitar cupo sino como estudiante que quiere cumplir con un trabajo de la universidad y que más tarde le sirva para su tesis de grado. En fin, alternativas hay y me gustaría que este trabajo lo lleven juntas, intercambien opiniones y soluciones. No sé que piensen ustedes, si tienen otra idea por favor expóngala. Este trabajo se compone de ideas, comunicación y es muy importante poner cualquier detalle sobre la mesa. El egoísmo no funciona aquí porque nos jodemos, si salimos adelante ganamos todos. ¿Me hago entender?

—Estoy sorprendida con la clase que nos ha dado hoy, doctora Andrea. Debería trabajar en la U —dijo Karen.

—Al igual que Karen estoy maravillada, estábamos enfrascadas y no encontrábamos la salida. Claro que así es, y si podemos trabajar juntas mucho mejor —confirmó Carol.

—Me gusta que hayan entendido el mensaje, presiento que nos vamos a llevar muy bien de ahora

en adelante. Quiero estar enterada de sus progresos. Recuerden que la gente de la tercera edad a veces es quisquillosa pero también hay unos ancianos adorables. A la que admitan para hacer el trabajo no se le olvide llevarles dulces y galletas.

—Doctora, le parece si hacemos un receso de diez minutos para intercambiar unas ideas entre nosotras y ¿luego nos reunimos? —propuso Carol.

—Magnífico, ya volvemos a reunirnos. Mientras tanto voy a tomarme un tinto con Ana María.

Al regreso las jóvenes le tenían una propuesta:

—Doctora le tenemos una propuesta que consiste en que las dos nos centremos en una sola estrategia, la idea es que asistamos a la casa hogar, presentemos nuestros carnés y solicitemos ayuda de las directivas para hacer un trabajo sobre derecho laboral. Nos parece que así podemos acaparar más información.

—Fantástico, eso me parece mejor, ¿si ven que cuando varias mentes se unen, dejan atrás el egoísmo y comparten sus ideas, las cosas salen positivas? Las felicito porque en mi primera propuesta, se moría la investigación muy rápido. Era cuestión de un día y nada más sin encontrar buenos resultados y en esta propuesta podemos tener éxito. Manos a la obra mis niñas.

Salió de la oficina, alargó la mano y paró el primer taxi.

—Dígame, señorita, ¿para dónde va? —preguntó el conductor de un taxi que ni siquiera había abierto la puerta trasera— Le hago la pregunta porque hoy en día a veces uno debe viajar hacia donde se dirige el taxista.

—Ensayemos a ver si vamos hacia el mismo lado, yo voy para chapinero.

—Qué pena, señorita, pero es que debo entregar el turno, o sino la llevaba.

—Por eso es por lo que los de Uber prestan mejor servicio.

—No se me emberrinche señorita o sino.

—¿Llama a la policía? Mire ahí viene uno.

Sin mediar más palabras arrancó. De todas formas, ella le informó al policía que le contestó que nada podía hacer porque era un gremio muy poderoso, de nuevo alargó la mano y paró otro, a diferencia del anterior le abrió la puerta y le preguntó:

—Buenos días, señorita, ¿a dónde la llevó?

—A chapinero, 17 con 49.

Nada que ver con el conductor anterior, a veces por unos pocos, pagan todos, pensó.

Volvió al trabajo a realizar con el papá de Juliana desaparecido, pero fueron interrumpidos por el conductor:

—Excúseme señorita ¿usted es de aquí?

—¿Sí, señor, por qué?

—Porque parece del valle, para hacer más exactos, de Cali ve.

—No, señor, respondió con una sonrisa —de pronto su sonrisa desapareció, había visto algo a través de la ventana— Pare, pare señor están atracando a esa señorita, pare por favor.

—No, señorita, no se meta donde no la llaman, ¿quiere ganarse una puñalada? Que se defienda sola que vamos a hacer —dijo y siguió la marcha sin ni siquiera pensar en detenerse.

Ella volteó a mirar hacia atrás y exclamó:

—Pobrecita, tanto transeúnte y ninguno la ayuda, que gente tan insensible.

—Señorita, de verdad usted parece que no fuera de aquí, eso sucede todos los días y a cada rato. Una vez por meterme de sapo casi me voy para la cárcel. Un malnacido llevaba una señora de cabello a rastras. Ella en su desespero pedía “auxilio este hijueputa me va a matar, ayúdenme”. Yo, que transitaba en esa misma acera me metí a defenderla, le pegué dos trompadas al tipo y lo

mandé al suelo. En ese momento apareció la policía a poner orden. El tipo que arrastraba a la mujer dijo que yo era el mozo y la mujer que minutos antes pedía auxilio dijo que yo era un acosador y para que no me llevaran detenido me tocó darle a la pareja cien mil pesos, no sé si repartieron con la policía.

—No puede ser, suena increíble lo que me cuenta.

—Y con los ladrones es algo parecido, si usted agarra al ladrón después de ser robado y le da una paliza, la policía se mete a defender al ladrón y si uno le causa heridas es probable que lo detengan y el ladrón sale libre.

—Parecen fantasías.

—Míre le cuento, hace unos días a una señora embarazada que guardaba su carro en el parqueadero de una zona residencial, los atracadores se llevaron el carro, la señora quedó en el suelo herida y por noticias supimos después que había quedado parapléjica. A la banda la capturaron y al que disparó lo dejaron libre mientras lo llamaban a juicio, porque no era un peligro para la sociedad ¿cómo le parece señorita?

—Terrible que a un asesino lo dejen libre.

—Le cuento el otro porque vamos a llegar. Imagínese que días después, una banda que atracaba en los puentes de Transmilenio y llevaban como seis homicidios, atracaron a una señora que iba en su carro. Le dispararon a la pasajera, la hirieron de gravedad y a la dueña la encañonaron para matarla. Un carro que venía atrás paró y su conductor, un escolta disparó contra los delincuentes, mató uno e hirió a otro. La policía detuvo al escolta, lo llevó detenido y el juez lo quería procesar por homicidio disque agravado. Por fortuna hubo una movilización de abogados y autoridades que intervinieron por él y lo dejaron libre. A veces uno sabe si el malo tiene más respaldo que los que trabajamos con honestidad. Llegamos señorita.

—¿Cuánto le debo?

—Son \$8.400 y regáleme una sonrisa para alegrar mi día.

CAPÍTULO 5

Cómo lo había convenido Andrea con el doctor Abella y el doctor Camacho, el sábado y el domingo los dedicaría a la casa de rehabilitación de personas adictas a la drogadicción. Su misión era prestarles ayuda en asuntos legales, pues muchos infringían las normas al punto del delito. La casa tenía una clínica con enfermería, fisioterapia y consultorios en el segundo piso y un centro de rehabilitación en el que las personas estudiaban y hacían talleres de artesanías para establecer pequeñas empresas. Funcionaba en el primero a cargo de la Pastora cristiana Isabel Pantoja.

El doctor Abella por encontrarse indispuesto no asistió ese día. Su anfitrión fue el doctor Camacho que la recibió muy efusivo:

—Doctora Andrea, es bueno tenerla por aquí, con razón tenemos un sol espléndido.

—Doctor Camacho, es un placer saludarlo.

—El placer es mío. Le cuento que en el primer piso hay una pequeña feria de artesanías y comida. Vamos para que se entere cómo funciona la cosa. Bueno y cuénteme ¿si me ha pensado?

Como siempre, Camachito era muy enamorado la desvestía con la mirada y la observaba de arriba a abajo. Para salir del paso le contestó:

—Claro que si doctor, lo pienso y lo considero porque sé que tiene bastante trabajo.

—Pero no me refiero a eso, ¿sí pensó en este ser mortal que desde que la conoció no hace más que pensar en usted?

—Tan coqueto, ¡no, doctor! Ya le dije que soy casada y por la iglesia, mire mi anillo de bodas.

—Muy bonito, pero él no oye, ni ve, ni entiende. Así que podemos ignorarlo.

—Bueno ya llegamos mi doctor enamorado. ¿Quién es el director o directora del centro?

—Usted siempre tirándose todo, lo bien que veníamos. Es una directora, pastora de una iglesia cristiana. Ahí viene es gordita y chiquita, muy buena gente.

—Directora tengo el gusto de presentarle a la doctora Andrea González, es abogada y viene a colaborarnos en la parte judicial. Ella asesora, pero no es su obligación defender a personas con líos judiciales.

—Mucho gusto doctora, soy la Pastora Isabel Pantoja y estoy a cargo de este hogar para rehabilitar a personas con problemas de drogadicción.

—Mucho gusto. Mi deseo es ayudar a quien me necesite, mi asesoría es gratuita por completo y en lo que pueda ayudar con mucho gusto. Voy a venir los sábados y domingos, pero si es necesario que venga entre semana, mis teléfonos están en la oficina y con gusto estaré presente.

—Uy que bueno porque aquí tenemos muchos chicharrones. Aquí cada uno tiene su cuento y no es muy bueno que digamos. En este momento tenemos uno muy delicado con una pareja. Siga y le presento a los pacientes que en este momento leen la biblia y más tarde iremos a nuestra feria donde ofrecemos artesanías, trabajos de carpintería, cuadros elaborados por artistas que han caído en el vicio y hasta deliciosos platos de comida. Todo lo que usted va a observar lo hacemos aquí.

—Gracias, directora.

—Hermanos, paremos un rato la lectura y reunámonos en círculo, Voy a presentarles a la abogada doctora Andrea González. Ella nos va a ayudar con algunos casos que varios de ustedes tienen con la justicia.

Cada uno se levantó del círculo para darle la mano a la abogada. Cuando terminaron Andrea se

dirigió a ellos:

—Muchas gracias y espero ayudar en lo que ustedes me necesiten. Voy a venir los sábados y domingos, pero como le decía a la directora, estaré a su disposición en cualquier momento. Las personas que colaboramos en este propósito nos sentimos orgullosos de poder hacerlo. Unos amigos míos se beneficiaron y hoy, gracias a la colaboración de esta Casa de Rehabilitación son personas de bien no solo para sus familias, sino para la sociedad. Más adelante los invitaré para que den su testimonio de vida y recuperación. Por estas palabras expresadas con dulce voz, que penetraron en sus mentes y oídos se ganó un sonoro aplauso.

En los susurros expresados entre sí por el personal masculino se pudo escuchar: “Uyyy esa doctora es una mamacita, ojalá viniera todos los días”. Otros “Así ¿quién no se ajuicia? Voy a dejar el vicio a ver si algún día me la cuadro” y otros vulgares propios de su vocabulario.

Una señora de unos 35 años se acercó a ella y dijo:

—Doctora, que pena, dirá que no la dejo llegar y empezamos con los problemas.

—No se preocupe que para eso vine, no más dígame y con gusto la atiendo, ¿Cómo es su nombre?

—Edelmira Puentes. doctora, pero es que deseo hacerlo entre las dos.

—No se preocupe Edelmira que yo le entiendo, si quiere el sábado cuando venga le dedicamos unas horas. Espero ayudarla en su problema.

—Bueno doctora, sí, porque es más o menos urgente.

—Pero si quiere saco tiempo y vengo el miércoles.

—No, doctora, qué pena, el sábado está bien. Gracias.

Terminada la reunión volvió con el doctor Camacho a la oficina administrativa donde le fue asignado un lugar para desempeñar su trabajo. En las horas de la tarde estuvieron en el festival. Abundante comida a precios muy bajos y también bastante concurrencia no solo de familiares y amigos, sino también de familias que deseaban pasar un día con sus hijos mientras admiraban, compraban y consumían para aportar a una buena causa.

El lunes de nuevo en la oficina se reunieron como era costumbre:

—Buenos días a todos.

—Buenos días —respondieron todos a una sola voz.

—Los veo frescos y relucientes, eso es bueno porque en nuestro trabajo la mente fresca deja fluir ideas nuevas. T.J. y Daniel ¿cómo vamos con su trabajo?

—Vamos muy bien, nosotros esperamos este fin de semana entregar resultados positivos, que resaltaremos en nuestro informe —respondió Daniel.

—Sí señor, además hablé con el señor Fajardo, está satisfecho y quiere que nos reunamos el viernes en horas de la tarde en la oficina con ustedes por supuesto para cancelar el saldo pendiente. En cuanto al trabajo de la doctora Andrea... —comentó T.J.

—Vamos por partes. Los trabajos pendientes me parece que van bien. ¿Qué dice, doctora Ana María? —intervino Miguel.

—Daniel y T.J. terminaron un trabajo a mitad de semana, nos reunimos con los clientes, pagaron y espero que nos reunamos con el señor Fajardo el viernes para recibir el pago. Esperamos continuar con el de la señorita Juliana con quién ya firmamos papeles y autorizamos el inicio del trabajo. Hay otras solicitudes y espero que en el transcurso de la semana podamos empezar a trabajar.

—Bueno eso está muy bien, ahora, doctora Andrea qué noticias nos tiene.

Sacó unos papeles, los puso sobre la mesa y dijo:

—Por mi parte y sumándome al positivismo del personal, también tengo unas ideas que quiero que discutamos. Nosotros ya empezamos, a las señoritas Karen y Carol les asigné la tarea de ir al hogar geriátrico, tarea que espero tengan iniciada. A Daniel y T.J. también les pedí su colaboración y quiero saber si ya tienen noticias. Entonces empezamos con Karen o Carol. ¿Cómo les fue en el hogar geriátrico?, ¿sí pudieron hablar con la directora?

—Sí, doctora, en la universidad nos dieron vía libre, tenemos autorización escrita sobre el proyecto que queremos hacer y que nos servirá para nuestra tesis. Se va a llamar “Adaptación Del Adulto Mayor A Su Nueva Vida”.

Todos en la sala se rieron al escuchar el avance de las jóvenes. Parecían auténticas estudiantes que entregaban sus tareas.

—Perdón niñas, no nos pongan cuidado —se disculpo Ernesto.

—No se preocupen lo que pasa es que nuestra profesora la doctora Andrea abrió nuestras mentes y nos aportó dos ideas magníficas. La primera es sobre la investigación en la Casa Hogar respecto a don Álvaro y la segunda es una gran idea para nuestro trabajo de tesis —aportó Andrea.

—Es cierto, se nos estaba rompiendo el coco y no teníamos tema para empezar y llegó la doctora Andrea y *pluf* —respondió Karen.

Todos soltaron una sonora carcajada y de nuevo el orden volvió a la sala con la intervención de Andrea:

—Gracias, niñas, pero a lo que vinimos. Me decían que ¿habían asistido a la Casa Hogar? —consultó Andrea.

—Sí, doctora, asistimos y nos atendió con amabilidad la señora directora Amalia Mendoza. Le presentamos la carta de la universidad, la leyó, se quedó pensativa unos momentos y luego nos dijo que pasáramos al salón donde estaban los adultos mayores y más tarde nos daba la razón luego de hablar con otros directivos. —¿Qué sigue, Karen?

—Fuimos al salón y como le seguimos el consejo a nuestra profesora, perdón la doctora, llevamos colombinas y se las obsequiamos. A la hora, volvió la directora y nos dijo que podíamos empezar a trabajar sin ningún problema, siempre y cuando al término del estudio la universidad le diera una especie de acreditación —repuso Karen.

—Sí, yo estaba muy equivocada al pensar que mis abuelos eran los mejores del mundo, pero allí me di cuenta que hay otros viejitos que son muy tiernos y se quieren entre sí. Luego de presentarnos a los abuelitos, nos presentó al personal administrativo y ya, empezamos.

—Nos repartimos, a mí me correspondió el personal masculino. Conocí un abogado buena gente y enamorado, pero entablé buena relación con él. Creo que va a ser muy importante en nuestro trabajo. También hay gente con dinero, pensionados y empresarios. En general muy cultos, pero algo callados que no quieren exteriorizar su vida privada —comentó Karen.

—Por el mío, las abuelitas. Esas sí son muy charlatanas. Me pidieron que les ayudara a organizar un reinado. También creo que podré encontrar material para nuestra investigación —concluyó Carol.

—¿Eso es todo? —consultó Andrea con expresión pensativa.

—Por el momento sí doctora, queríamos contarles nuestros avances y esperar nuevas órdenes.

—Ya hablaremos de eso, muchas gracias. ¿Daniel y T.J. si pudieron investigar algo?

—Si señora, estuvimos en el sitio donde Juliana dice que vio a su padre. Los limpia vidrios, vendedores de dulces y limosneros dicen conocerlo, que lleva varios días sin hacerse presente. Voy a seguir la misma línea de las universitarias —intervino T.J.

—Es cierto, ellos lo conocen y le dicen Santa Claus, porque en las tardes los reúne a todos y les gasta tinto y galletas de lo que recoge. Ellos lo quieren bastante, pero dicen que a veces se pone muy triste. También que conoce mucho de carros. Fuimos a otros sitios donde ellos creían que estaba, pero fracasamos —complemento Daniel.

—Por el momento yo creo que vamos bien, pero necesitamos más, necesitamos resultados pronto porque nos coge la noche. Ustedes niñas, Karen, hay que hablar con el abogado, si él le coquetea con sutileza, haga lo mismo, pero pilas porque esos viejitos son enredadores —todos rieron—. Carol busque la abuelita más comunicativa. Les sugiero a ambas hablar de sus abuelos si los tienen y si no invénteselos. Las felicito, pero quiero más. Mucho más. Si voy a ser su profesora seré muy exigente.

Tanto Karen como Carol se mostraron receptivas a la exigencia de Andrea y le prometieron dar el máximo. En un momento que ella no las observaba, cerraron la boca, estiraron sus labios y una mano se la pasaron por la garganta y señalaron con sus dedos que para el caso era una cuchilla. Andrea por estar distraída en el celular no se dio cuenta lo que sucedió a sus espaldas entre las universitarias.

—Pueden irse y a medida que tengan progresos, que espero sean pronto, me los comenten. Ojalá sea mañana —se quedó mirándolas mientras se alejaban hasta que su intuición la alertó—. Oigan, niñas, no se les olvide hablar con el personal del servicio, cocineras, aseadoras y enfermeras. Ahora sí hasta luego y pilas.

—Sí, profesora —contestaron las dos en un solo coro.

—Ahora sí nosotros, a ver Daniel y T.J. sugerencias sobre lo que sigue —propuso Andrea.

—Preguntar en los semáforos y en cada sitio donde veamos ancianos. Vamos a separarnos con Daniel —propuso T.J.

—Sí, por mi lado voy a ir a los sitios de reunión de los ancianos, ollas, ventas de vicios.

—Creo que vamos bien. Ana María, me puede regalar el número del celular de Juliana. Quiero citarla para mañana —solicitó Andrea.

—Vamos a almorzar y luego nos vamos para clases con Ernesto —invitó Miguel.

Luego del almuerzo todos regresaron a la oficina para fijar estrategias y derroteros. Don Álvaro era el objetivo. Andrea llamó a Juliana y la citó para el otro día. Tenía que enterarse mejor de la vida del anciano.

—Buenos días a todos ¿cómo amanecieron? —saludó Juliana que había llegado a la oficina para hablar con Andrea.

Le respondieron el saludo y se dirigieron a la sala de juntas.

—Siéntese, Juliana, ¿hay noticias nuevas?

—Sí, y varias, en la casa soy el patito feo, nadie me quiere ver ni oír, parezco una leprosa a quien todo el mundo le corre. Mi madre se la pasa todo el día con el abogado que parece un parche el gran pendejo. A veces cuándo mi madre no lo observa me mira con morbo. Yo le tuerzo la boca al muy estúpido.

—Pero sabe que no es mala idea, coquetear a veces es bueno dele celos sea perspicaz, ingeniosa, trate de crear un conflicto de intereses entre ellos. Me perdona, si no está de acuerdo, no lo haga.

—Sabe qué, no había pensado eso, darle a mi madre de su propia medicina.

—Otra cosa ¿qué pasó con los negocios de distribución, los carros, el dinero de los bancos? —interrogó Andrea.

—El dinero de los bancos se acabó porque entre ellos consiguieron una certificación en la que

lo declaran incompetente para manejar sus negocios. Yo sobrevivo porque él olfateo lo que podía pasar conmigo luego de internarlo en el geriátrico. Me hizo fijar una mesada suficiente en la empresa de transporte y sacó un dinero para que diera la cuota inicial de un apartamento. Hasta el momento no lo he hecho y es lo que me ha servido para pagarles.

—Juliana, nosotros vamos a buscar a su padre y en el momento en que lo encontremos ahí termina nuestra parte —afirmó Andrea con una mezcla de rabia hacia esos dos personajes—. Pero antes de que termine no sabemos qué implicaciones pueda tener con ellos. Usted necesita un apoderado que los enfrente y descubra muchas cosas que ellos quieren.

—Sí, es cierto por eso quiero pedirle que sea mi apoderada de ahora en adelante. ¿Cuánto cree que me pueda costar? —consultó Juliana.

—Por lo del dinero no se preocupe, necesitamos firmar un poder. Yo le digo a la doctora Ana María que lo redacte. Eso significa que voy a pisar muchos callos que a usted también le van a doler. Si está de acuerdo lo hacemos, pero luego, no se puede echar para atrás —afirmó Andrea.

—Hagámoslo ya porque no se puede perder tiempo. Yo sé que vamos a tener nubarrones que anunciaran muchas tormentas pero que le vamos a hacer y si me toca coquetear con el abogado lo hago ... —dijo Juliana, comprometida con sacar el caso adelante.

—Pilas, mi niña, porque es peligroso y cuando se juega con estiércol, uno se puede untar.

—Tranquila, por ese lado yo sé hasta dónde llegar, además es muy feo para mí. Tengo gustos mejores.

—Estas niñas de ahora —dijo Andrea con una sonrisa— ¿Doctora Ana María, me hace un favor?

—Claro que sí, doctora, no más diga.

—Necesitamos un poder en el que Juliana me nombre apoderada de sus derechos legales, civiles y penales, a partir de la fecha.

Luego de firmar los documentos Juliana la invitó a almorzar, se tomaron un tinto y después fueron por unas cervezas, para seguir la conversación sobre el tema de su padre. Miguel, Ernesto, T.J., Daniel y Ana María se unieron a ellas horas más tarde.

Esta reunión sirvió para informar a Miguel y Ernesto sobre el poder firmado por Juliana para que Andrea se convirtiera en su apoderada, explicándoles los beneficios para ambas partes. Lo mismo ocurrió con Daniel y T.J. que manifestaron sentirse muy cansados por la caminata inútil de ese día.

A mitad de semana le entró una llamada a Andrea de la casa hogar donde requerían de su presencia. Cuando estuvo allí fue informada por la directora de la casa de rehabilitación que la señora Edelmira Puentes deseaba hablar con ella para comentarle una delicada situación que se le presentaba en la casa con su esposo.

La llamaron a la oficina y Edelmira se presentó con unas manchas amoratadas en los pómulos, alrededor de los ojos y en los brazos.

—¿Y eso que le pasó mujer?, ¿la atracaron?

—Doctora, buenos días, no, señora, no me atracaron, fue mi esposo que llegó anoche borracho y cómo no le di dinero porque no tenía, las emprendió a golpes no Solo conmigo, también con mis hijas.

—¿Y por qué no lo denuncia? Esto es grave, a ese señor hay que detenerlo, es un peligro para la sociedad.

—Doctora, estoy cansada de denunciarlo y siempre me contestan lo mismo. Hoy fui al CAI, y el comandante de puesto me contestó que yo era muy grosera y por eso mi esposo se enfurecía. Que

él, estaba solo en el puesto de mando. Que me fuera a una comisaría de familia, pero yo he ido varias veces y me dicen que mi caso está en investigación —resumió Edelmira.

—Eso no puede ser. Si quiere yo la acompaño a poner le queja y...

—Doctora, vengo de allá, yo quisiera que usted escuchara mi caso y así si podemos enfrentar ese monstruo que es mi esposo.

—¡Qué tristeza!, ¿ya desayunó?

—No, señora, porque no tenemos ni para un agua de panela para las niñas, menos para comprar pan.

—Vamos a la cafetería y ya volvemos para conocer su caso —propuso Andrea con una sonrisa.

Estaba desconcertada al observar la delgada mujer de un metro con setenta de estatura, y unos cuarenta kilogramos de peso, en su rostro demacrado se podía sacar la conclusión de las largas jornadas de hambre por las que había tenido que pasar. Tenía el mismo vestido que usaba el sábado anterior. El sudor y la falta de un buen aseo hacían que su cuerpo expidiera un desagradable olor. Sin musitar palabra alguna apretaba sus labios, imaginaba el calvario a que eran sometidas tantas mujeres a causa de unos desadaptados que usaban su fuerza para humillar, castigar y sin tener una justicia que las defendiera. Aquí no se podía aplicar el dicho “la justicia cojea, pero llega”, más bien era, “la justicia cojea, cojea, cojea y parece que no encuentra el camino para llegar”.

Buscaron un sitio donde sentarse y Andrea le preguntó a Edelmira que se le ofrecía. La señora muy nerviosa se rehusaba a sentarse y miraba una y otra vez a donde estaba la cajera y el personal que suministraba los pedidos.

—¿Qué pasa?, tranquila, siéntese que ya hago el pedido —afirmó Andrea.

—Si quiere yo la espero afuera.

—Tranquila que viene conmigo.

—Señora, le voy a pedir que se salga, no moleste a la señorita o tengo que llamar a la policía —escuchó la voz del mesero.

—Señor, ella viene conmigo, no se preocupe yo voy a pagar, necesito que nos atiendan por favor —solicitó Andrea.

—A usted con mucho gusto, pero a esa mujer de la calle no la puedo atender porque me echan del trabajo. Más bien tenga cuidado con sus pertenencias porque en un descuido se la roba.

—¿Con quien debo hablar para que nos atiendan? —pregunto Andrea molesta.

—Hable con la cajera, si ella me autoriza las atiende.

Se dirigió a la caja para hablar con la persona encargada que estaba hablando por celular:

—Señorita, señorita, por favor —luego de esperar unos minutos, repitió— ¿será que nos pueden atender?

La miró y le respondió muy seria:

—Señorita, creo que el mesero fue muy claro, aquí no se aceptan indigentes. A usted con mucho gusto, pero a ella no. Son normas de los dueños.

—Pero esa es su obligación o de lo contrario cierren el negocio.

Estaban en ese altercado cuando de pronto apareció un policía y se acercó a la señora Edelmira para sacarla a la fuerza.

—Señor policía, que bueno que llegó, lo que pasa es que queremos que nos atiendan. Ella no ha hecho nada, por favor, suéltela —dijo Andrea un poco molesta y un poco asustada.

—Esta mujer perturba el orden interno del establecimiento por lo tanto debo retirarla para que no moleste a las personas aquí reunidas. ¿Y usted quién es? —consultó el Policía.

—Señor policía, mi nombre es Andrea González, soy abogada, trabajo como voluntaria en la Casa Hogar de Rehabilitación. Hemos venido a este establecimiento público a comprar dos desayunos, no sabía y no veo el letrero que es un lugar exclusivo. Estos son mis papeles de identificación y esta es mi tarjeta profesional.

—Sí, pero les voy a pedir que se retiren, de lo contrario les pido el favor que me acompañen a la comisaría.

—Bueno si usted así lo requiere lo acompaño, pero pondré una queja sobre el restaurante por discriminación.

Varios de los clientes del restaurante se levantaron de sus asientos y respaldaron a las mujeres que requerían el servicio. Como por encanto una señora del segundo piso se apareció en la escena y luego de hablar con el policía y los empleados, les ordenó atender a las clientes y no cobrar el pedido.

—Le agradezco, señora, pero nuestra petición es atención y no mendigar el servicio. Le agradezco que nos atiendan, pero por favor cobrenos la cuenta. Es lo único que le pedimos y luego nos retiramos. La gente que aún permanecía de pie aplaudió las partes y siguieron en sus asuntos.

Cuando terminaron, Andrea se acercó a la caja para cancelar. La dueña se acercó y le dijo:

—Acépteme el desayuno como una contribución a la Casa de Rehabilitación.

—Muchas gracias de todas formas, pero recíbame el valor de la cuenta, más bien y si desea ayudar, puede dirigirse a la directora y ella con gusto le recibe su donación.

Se acercó al oído y le habló en voz baja:

—Pero no me vaya a hacer mala propaganda porque me perjudica.

—No se preocupe por mí. De nuevo muchas gracias —respondió Andrea.

Volvieron a la oficina luego del pasaje engorroso de discriminación que tanto daño hacía a la sociedad. De nuevo se sentaron en la oficina y antes de iniciar tocaron a la puerta:

—Pero que felicidad, doctora Andrea, y ¿eso que la trajo por aquí? No me diga que no se aguantó las ganas de verme.

—Doctor Camacho, buenos días, vine a escuchar a la señora Edelmira. Tiene un caso de violencia familiar.

—Sí, ese es el tema de todos los días, pero qué le vamos a hacer, ¿y que más de nuevo?

—De nuevo le cuento que fuimos a desayunar al restaurante de la esquina y no querían vendernos el desayuno.

—Y ¿por qué?, si ellos son buena gente, doña Marujita es muy atenta.

—Porque sacaron la norma que no a todas las personas las pueden atender, por ejemplo, a Edelmira, y a mi nos querían sacar con policía —contó Andrea.

—¡Qué abuso!, no les conocía esos alcances. Son unos clasistas.

—Por fortuna se dieron cuenta del error y nos atendieron.

—Bueno las dejo, más adelante nos vemos y seguimos con la charla.

—Bueno, mi señora, ahora sí continuemos, me decía que no le paran bolas ¿en las salas de conciliación?

—Sí, doctora, pero es que quiero que me escuche cómo es mi problema para que usted se entere desde el inicio.

—Listo, la escucho, espere saco mi celular para grabar ¿Le parece?

—Sí doctora ¿pero para qué le sirve?

—Tiene toda la razón en dudar. Bueno, esto es como una herramienta que me ayuda a recordar los casos que voy a atender. De los varios casos que llevo para mí es muy importante saber lo que

hablo ante los jueces. También me sirve para sacar conclusiones durante las noches. En fin, es mi herramienta favorita. ¿Entonces está de acuerdo?

—Claro que sí, doctora, y más con lo que pasó hoy donde no se la dejo montar del verde ese. ¿Quiere que le cuente una cosa? Por aquí adentro, señaló su corazón, yo quería que usted ganara, no por mí, estoy acostumbrada a que me la monten y me saquen de todos lados. Uno de gamín a veces sueña cuando será que puedo entrar a un sitio de éstos, pedir huevos pericos, con pan o arepa y chocolate y cuándo termine poder eructar, pedir la cuenta y no correr, sino pagar y darle una propina al chino que me atienda y...

—Bueno, bueno a lo que vinimos, mi señora, no más sueños. Voy a poner a funcionar este aparato y emiece por decirme cómo se inició el problema.

—¿Desde el principio? Porque es muy largo y usted se aburre.

—No importa, tenemos tiempo y si no podemos terminar hoy vuelvo otro día. Me interesa saber que fue lo que originó su problema en el hogar.

—Listo, sí señora, voy a hacer de cuenta que voy a hablar por radio. Yo...

—Tranquila hable natural, no piense en ese aparato. Diga solo la verdad porque con esto ingeniaremos la forma de ayudarla. Si me dice mentiras, perdemos ante el juez y toda su vida vivirá como hoy, marcada por los golpes. Arranquemos de nuevo.

—Sí doctora. Nosotros somos campesinos de una vereda muy lejana de Caldas o Tolima cerca a los nevados Tolima. Estudié hasta quinto de primaria y mi esposo también. Tengo 28 años y él también. Mi papá abusó de mí cuando tenía ocho años lo mismo que de mis hermanas con quienes ha tenido hijos. Mi mamá sabía todo, pero ella se hacía la de las gafas, decía que a mi papá había que obedecerlo en todo. Era un viejo sucio y tenía como sesenta años. Todas lo odiábamos, pero teníamos que hacerle caso. Cuando yo tenía trece años hicimos un pacto con mi esposo de volarnos cuándo saliéramos al pueblo a vender café y plátanos, luego hacer mercado y claro, ir a misa.

—Tómese agua y tranquilícese.

—Le decía que llegamos al pueblo con mi papá, mi mamá y unas hermanas, vendimos el café y los plátanos. Digo vendimos, pero el que cogió la plata fue mi papá que se ponía a tomar trago con los amigos. Por la tarde él nos dejaba ir a comer helados a la plaza. Con mis hermanas pactamos volarnos todas, pero ellas prefirieron quedarse por los hijos. A mí me dijeron que me viniera para Bogotá y un día contar mi historia. Me vine con mi primo, el que hoy en día es mi esposo, sin ropa ni maletas, solo con unos ahorritos de mis hermanas y que nos sirvió para el pasaje y arrendar una habitación aquí en Bogotá. Una señora nos aconsejó que nos casáramos. Cómo estábamos tan felices todos los días amándonos, lo hicimos.

—Bueno y después de casarse ¿qué paso, encontraron trabajo?

—Fue muy verraco porque lo único que sabíamos hacer era coger café y aquí no hay cultivos de esos. El primer trabajo que conseguí gracias a la recomendación de la vecina y amiga fue lavar platos en un negocio de almuerzos y comidas rápidas. Por la tarde cuando cerrábamos, el dueño me cogía a la fuerza y me obligaba a tener relaciones sexuales. Parecía un animal, muy brusco. Me amenazaba con no pagarme si decía algo. Por la noche mi marido que empezó a trabajar en la rusa, obras de construcción, me preguntaba cómo me había ido, y por miedo a confesarle la verdad le contestaba que muy bien, aunque un poco cansada. Si mi esposo se llegaba a enterar buscaría ese tipo y lo mataría. Umm —frunció los labios, alargó su mano izquierda y sentenció sus labios con el dedo índice—. Así se cobran los abusos en la vereda.

—Hagamos un receso de diez minutos, si quiere caminar un poco, hágalo —propuso Andrea.

—Bueno, doctora, pero no se me vaya a ir porque falta mucho.

—No se preocupe, mientras tanto voy a saludar un amigo —dijo Andrea y se alejó— Buenos días Doctor Abella ¿cómo siguió?

—Andrea que gusto verla por estos lados, pensé que solo venía los sábados y domingos.

—Sí, doctor, lo que pasa es que ya tengo un caso y estoy pendiente de él.

—¿Y el doctor Gabriel Jaime cómo está?

—Él está muy bien, contento porque va bien en los estudios y triste porque no me tiene allá.

—Cuándo hable con él saludelo de mi parte. Que aquí lo esperamos.

—Eso voy a hacer. Le pido un permiso —se despidió Andrea.

—Bueno, volvamos al asunto Edelmira.

—Sí doctora. Le decía que ese tipo me cogía a la fuerza y jodía una y otra vez y cómo no tenía mujer, cerraba el negocio por una o dos horas y después volvía abrir. Ahora no sé si mi hija mayor es de él o de mi esposo. Cuando quedé embarazada me echó del trabajo y me dijo que no quería volverme a ver por esos lados, que el médico le había asegurado que él no podía tener hijos. Tampoco quería tener mujeres embarazadas en el negocio. En los primeros meses pude trabajar de aseo en una casa, pero después y como me dio tan duro el embarazo me quedé sin trabajo. Esos meses que me faltaban para tener a la niña los pasé sola en la habitación con hambre o con lo que me daba la vecina, porque mi marido los sábados luego de salir del trabajo se ponía a jugar tejo con los amigos y llegaba sin un peso. Si le hacía el reclamo me amenazaba con irse y me daba una mano de puños y pata que no sé porque no aborté. A veces deseaba volver a mi vereda y dejar que mi papá siguiera con el abuso, al menos tenía muy buena comida y trabajaba muy poco, pero me daba miedo por las represalias que pudiera tener conmigo. Ese es, un señor muy vengativo y más si le llegaba con hijos que no eran de él.

—Cada año quedé embarazada hasta que completamos cinco, todas mujeres, tenía como un jardín infantil. Para no traer más hijos al mundo a sufrir, me mandé a operar gracias a los consejos de una trabajadora social. No podía trabajar, mi marido continuaba portándose mal, me pagaba cada vez que llegaba borracho. Empecé a demandarlo por alimentos y al principio funcionó porque cuando no me pasaba dinero volvía a la comisaría de familia y lo obligaban a pasarme. Hasta que se aburrió en esa empresa, renunció disque para vengarse de mí y no pasarme más dinero. De lo que no renunció fue de la mala vida que nos daba. Se fue a trabajar a Corabastos y al principio me gustaba porque nos traía mercado todos los días. Un día borracho me dijo que quería que tuviéramos otro hijo a ver si llegaba el varón que tanto deseaba. Esa fue mi tragedia porque me tocó confesarle que no podía tener hijos debido a la operación. ¡Qué tragedia Dios mío bendito!, todos los días pata y puño, me obligó a confesarle quién me había dado el consejo y me tocó ir con él al hogar de bienestar. Insultó esa pobre señora, la amenazó y meses más tarde la hizo echar del trabajo. Doctora no sabe cuánto me ha tocado sufrir porque mi calvario no para, mis hijas aguantan hambre, ahora se inventó que un amigo cotoero de la plaza alimenta a sus hijos con agua de panela y periódico y me lo trae para que los alimente con eso. Vende los plátanos y el resto de mercado para el vicio, porque desde hace seis años se volvió adicto al bazuco, desde que se dio cuenta que me había hecho operar, me trata de prostituta... —se le quebró la voz y no pudo contener el llanto.

—Paremos por una hora, por hoy ha sido bastante. Si quiere seguimos otro día—propuso Andrea.

—Descansemos un poco, pero continuemos hoy doctora, que quiero comentarle lo peor —dijo Edelmira mientras se secaba las lágrimas.

—Listo en una hora continuamos voy a caminar por el hogar, hablar de otras cosas con la directora y ahora vuelvo.

Luego de una hora de hablar con la directora sobre los problemas que acarrea la droga en los niños, volvió a la oficina. Edelmira estaba más tranquila y algo sonriente.

—¿Esta lista para continuar? —consultó Andrea.

—Lista.

Andrea se sentó, bebió un sorbo de agua y prendió de nuevo la grabadora.

—Le decía que se volvió adicto al vicio, aquí lo hemos traído varias veces porque se ha vuelto violento no Solo conmigo sino con los demás. Roba y atraca con otros compinches. Ha tenido varias entradas a la cárcel, pero vuelven y lo sueltan porque no es un peligro para la sociedad.

—¿Cómo así? y ¿qué autoridad dice eso? —preguntó Andrea sorprendida.

—Los jueces. Que con poner cara de inocente y jurar no volverlo a hacer, lo sueltan.

—Si algo he escuchado que a muchos ladrones por robos de cuantía menor los sueltan. Que tristeza para donde va nuestra justicia.

—¿Quiere otra perrita, doctora?

—¿Qué es? ¿Qué más hizo ese malnacido?

—Espero que no se vaya a sentir decepcionada, pero es mejor que sepa la verdad, yo también fumo bazuco. Mi marido me forzó un año después de que él se envidiara, decía que con eso calmábamos hambre, además, soy prostituta porque debo alimentar a mis hijas. Empecé como empleada de una casa de citas, lavaba los tendidos de cama y aseaba los cuartos. Una vez el dueño me dijo que era muy bonita, que trabajara tres horas y con tres idas a la cama en un día hacía lo de una semana. Al principio me negué, pero por el vicio con mi marido me tocó hacerlo. Un día le conté porque quería que me diera una tunda por ser mala mujer, pero como cosa rara me dijo que mientras le diera dinero para el vicio no le importaba, que una mujer que no podía tener hijos era una mujer hueca. No sé qué quiso decir, pero lo acepté.

—Edelmira, pensé que había visto y escuchado casos muy difíciles, pero creo que usted les ganó a todos, creo que por hoy terminamos.

—Espere un momento doctora, que quiero que oiga esto.

—¿Hay más?

—Sí, señora, desde hace cuatro años para acá mientras trabajaba como prostituta para llevar comida a mis hijas y vicio a mi esposo, que ahora no trabaja en el día sino en la noche, he encontrado a mi esposo dándole caricias a mi hija mayor, en realidad no desde ahora, desde hace tres años, cuando ella tenía once añitos, al principio él decía que no era nada, que era amor de padre, pero desde hace un año me he dado cuenta que las cosas son en serio. Lo demandé y lo detuvieron, estuvo en la cárcel por seis meses, pero luego le dieron la casa por cárcel. ¡Imagine! mandaron al ratón a cuidar el queso.

—Pero esto sí es muy cruel y que dijeron en la demanda, ¿hubo violación, caricias o qué?

—Al principio la niña dijo que el papá la acariciaba, pero poquito y luego se quedaba en silencio en el interrogatorio. Ella aún no ha sido violada pero cada vez que él puede se le acuesta al lado, la acaricia y la besa en la boca. Él me mira y sonrío, dice que es amor de padre.

—¿Y las otras niñas?

—La que sigue a la mayor va por el mismo camino. No sé qué hacer, doctora, de nuevo se puso a llorar, en el juzgado de familia me dicen que el caso aún está en investigación pero que mientras las niñas no digan nada, es difícil sentenciarlo. Por eso cuándo no le llevo vicio y le peleo por

encontrarlo jugando con las niñas, me pega, como ayer. A veces quisiera quitarme la vida.

—Eso nunca lo vaya a hacer, hay que luchar por sus otras hijas, de pronto ellas nos pueden servir más adelante —dijo Andrea con la voz pausada, trataba de calmar a Edelmira que parecía ahogarse en tantos problemas familiares.

—Esa es mi tragedia. Quería contarle esto a alguien de confianza. Yo sé que esto nadie lo cree, pero es la verdad. No me he explayado en otras cosas porque de pronto no acabaría en días —dijo Edelmira con una de las pocas sonrisas que había podido mantener durante toda la tarde.

—Suficiente. Aquí tenemos material para volverlo a llevar a la cárcel, pero necesito de su ayuda, Tiene que curarse del vicio aquí en la casa. Voy a hablar con la directora y con los doctores Abella y Camacho —concluyó Andrea.

—Muchas gracias sé que así va a ser. Dios me le pagará tanta bondad, gracias por haberme escuchado, si usted y ellos me ayudan, voy a dejar el vicio. Lo bueno de la casa es que todos los días me regalan sopa, arroz y carne para llevarle a mis hijas —respondió contenta Edelmira.

—Ahora sí nos despedimos y nos vemos el sábado o el domingo y charlamos porque usted ya dio un gran paso y fue contarle a alguien su problema, confesar esas intimidades no es fácil.

—Si señora —dijo y alargó su mano para despedirse de Andrea.

Andrea se sentó de nuevo, cerró los ojos por unos minutos, apoyó su mentón en la mano izquierda. Cuando los abrió vio al doctor Camacho, la contemplaba mientras sonreía con sus manos entrelazadas en la espalda.

—De quién son tristezas y preocupaciones, mi doctora Andrea, no haga eso porque se vuelve viejita en un dos por tres. ¿Puedo seguir y me cuenta?

—Claro que sí, doctor, que pena con usted, lo que pasa es tengo atravesado en la garganta un chicharrón del tamaño de una panza de cerdo —hizo una pausa—. Inmenso y no sé cómo digerirlo.

No me diga que los de la esquina la molestan porque soy capaz de ir con el palo de la escoba y... barrer con ellos el piso.

—No, doctor, nada de eso —dijo con una sonrisa—. ¿Usted es así todo el día? Porque si es así, me vengo de una a trabajar del todo. Que bonita su vida.

—Para que se dé cuenta de lo que se pierde por pensar en el españolete colombiano de su marido. No me ponga atención de esto último, es un chascarrillo de mal gusto. De verdad, ¿qué le pasa? La vida no es para gastarla en preocupaciones. Imagine los pajaritos, cantan, trinan, se picotean consintiéndose y al final del día ellos son un arrullo de amor y una lección de vida para nosotros. Que tal amargándose la vida.

La ternura con que hablaba Camachito, poco a poco cambió su semblante hasta que, de sus labios dejó escapar una dulce sonrisa y le dijo:

—Gracias, doctor Camacho, acaba de salvar un alma en pena. Estaba triste porque de verdad uno no alcanza a imaginar hasta dónde puede llegar la maldad humana. El ser humano cuando emplea la maldad goza haciéndolo y el sufrimiento de quién lo recibe es como un triunfo para él. No he podido entender a qué se debe que el pobre sufre desde su nacimiento. Los pobres están condenados a nacer en casuchas viejas y vulnerables para que cuando llegue el invierno sean destruidas. Viven entre ellos porque es como si el destino los reuniera en barrios desprotegidos por el gobierno sin pavimentar y sin servicios. Tienen que abrirse camino a la fuerza. A lo único que pueden aspirar es a trabajar en restaurantes donde no les pagan, abusan de ellos, o incluso violan a las mujeres. Ellas se levantan a las tres de la mañana a preparar comida para los hijos a quienes tiene que dejar solos durante el día. El hermanito de cuatro años tiene que cuidar a lo más pequeños, pero también al recién nacido, mientras su madre busca el sustento de la forma como el

destino se lo imponga, trabajan por más de dieciséis horas, o piden dinero a las gentes de buen corazón. Si es algo agraciada, o bonita debe prostituirse. Por la noche cuando llega a la casa la reciben sus hijos con las quejas del día, el esposo muy bravo porque no le tiene comida o la ropa está sucia y sin planchar y si protesta tiene que recibir las palabras soeces, golpes y el calificativo de ‘mala mujer’. En esta tragicomedia familiar donde la alegría y las risas se ausentan la mayor parte del día y dejan entrar los gritos llantos y golpes, los hombres sacan el mejor partido, disimulan su tragedia con el trago, el vicio, la irresponsabilidad con sus familias y aunque no son todos los que se dejan llevar por el infortunio, sí son algo así como más de la mitad que deben sortear este laberinto en busca de una salida. Y en el otro lado, los ricos, nacen en buenas cunas, viven en casas protegidas de los desastres y no tienen que soportar todos los problemas que tienen personas como doña Edelmira.

—Ya, ya doctora no se flagele más, esa es la ley de la vida. Es el sistema establecido desde el momento en que nacemos. Es como si una fuerza superior dijera, usted a ese lado y usted al otro. Cuando crecemos, la vida nos muestra los beneficios y la tragedia que tenemos que vivir. Mas bien camine nos tomamos una agüita o un tinto en la esquina. Vamos a ver si a los atienden.

— Regáleme un minutico mientras arreglo mi oficina, y mi bolso, porque salgo para mí apartamento.

—Bueno, pero cuénteme que la puso así, ¿debe haber una razón, o no?

—Claro que sí la hay, doctor. Poco a poco voy a tratar de resumirle lo que le sucede a esta señora imagine...

En el tránsito a la cafetería el rostro del doctor Camacho se transformó, pasó de bonachón a adusto. Andrea lo observaba con admiración, pues nunca imaginó que un ser que gozaba el día con alegría y mamadera de gallo pudiera tener ratos de tristeza.

Llegaron a la cafetería y el doctor como siempre, saludó con la amabilidad que lo caracterizaba.

—Buenas tardes ¿Cómo me les va?

—Muy bien, doctor —contestaron todos al unisonó.

Un mesero los siguió hasta una mesa para tomar el pedido, pero antes de dejarlo tomar el esfero el doctor hablo:

—¿Y doña Marujita?

—En el segundo piso —respondió el mesero.

—¿Me la llama por favor?

—Ay Doctor, no vaya a hacer reclamos. Vea que yo le prometí confidencialidad. No por favor —dijo Andrea y frunció el entrecejo.

—No se preocupe, hoy le voy a demostrar quién es Camacho enfurecido cuando le joden su chinita, caray no faltaba más —dijo el doctor Camacho un poco molesto.

—Si hace eso me salgo —Andrea lo cogió de la mano e intentó sacarlo del lugar.

—Señora Marujita, buenas tardes, tengo el gusto de presentarla a la doctora Andrea González, ella es nuestra abogada, que nos va a colaborar.

—Doctor Camacho, buenas tardes, doctora ¿cómo está? ya nos habíamos saludado esta mañana.

—Quería presentársela, es quien nos va a ayudar y asesorar a esos muchachos, algunos medios descarriados caray —dijo en tono jocoso el doctor Camacho.

—Buenas tardes, señora Marujita —saludo con cortesía Andrea.

—Lo que se le ofrezca estamos a la orden doctora.

—Muchas gracias.

—Usted sí, doctor, me hizo pasar un susto tremendo con esa señora —dijo Andrea un poco

nerviosa.

—Espero que no se haya orinado del susto —se quedó serio, mirándola directo a los ojos, luego sonrió, la cogió del brazo y con la otra mano le indicó que se sentara—. No me ponga atención yo también soy como medio mala persona.

—Ahora sí la acabó de embarrar. ¿Qué se le ofrece, doctor?

—Cómo así, nosotros los cachacos somos los que gastamos, las mujeres viven de nuestra gorra, caray —dijo en tono de burla el doctor Camacho.

Ordenaron el pedido y mientras lo traían continuó Andrea con la historia del episodio con Edelmira. Cuando terminó el doctor, intervino.

—Ay doctora Andrea, episodios como estos va a escuchar bastantes mientras usted trabaje aquí. Estos son de los pobres, espere a escuchar los de los ricos, esos son peores.

—Cómo así, ¿hay algo peor que esto?

—Sí, señora, aunque usted no lo crea la vida interna que ellos manejan es bastante oscura. Claro que son unos pocos porque en su mayoría son sanos. Hay traiciones entre hermanos, infidelidades y otras cositas, lo que pasa es que en su mayoría lo tapan muy bien.

—Doctor, muchas gracias por brindarme un espacio de su tiempo. He pasado un día con mucha carga emocional.

—Tranquila mi niña y perdóneme tanta pendejada mía. A todos no les gusta mi forma de hablar, mi comportamiento, pero que le voy a hacer, yo soy así, dicharachero, a veces grosero, pero sin mala intención.

—No se preocupe por mí doctor, entiendo su forma de ser. A veces la gente, no sabe lo que se pierden.

Se despidieron y ella, se fue directo al apartamento, quería ducharse para quitarse esa aura negativa que envolvía su cuerpo. Tenía la sensación de estar sucia. En el trayecto no hacía más que pensar en la tragedia familiar que vivía esa mujer. Había que buscar la forma de ayudarla.

Luego de bañarse, comió y luego llamó a su esposo. Le preguntó primero por su día, cómo estaba de salud, de ánimo, en el estudio y su entorno de amistades. Él le respondió que todo marchaba a la perfección y le agradeció por la inyección económica que le había enviado pues además de la de sus padres, ahora también contaba con la suya. Terminado este agradable pasaje donde se consintieron y mimaron con palabras de amor, Andrea le contó el pasaje de la señora Edelmira con su esposo e hijas.

Largo rato la escuchó en silencio porque no encontraba de momento las palabras que realzaran su ánimo. Su preocupación se acrecentó cuando recordó su pasado tormentoso que la tuvo al borde del abismo. La sentía como un ave que pierde su manada y debe volar a la deriva hasta encontrarlos. Cuando encontró el momento la interrumpió para decirle.

—Mira, mi amor lindo, yo sé que tú eres una mujer valiente y guerrera que se sobrepuso a ese pasado lleno de espinas y piedras filosas que debiste pisar con los pies descalzos. No te importaron las heridas que te causaron y que hirieron el alma y el corazón. Ese reto que te impuso la vida lo ganaste y ahora el destino te provoca y te incita para que uses la mente y ayudes a una persona necesitada. Imagina mi amor lo lindo que es Dios, él te dice “Bueno, mujer, no en vano te tenté en el pasado con algo parecido. Ahora quiero que saques a flote toda esa experiencia acumulada para que ayudes al necesitado. Para eso te di experiencia que es como “el pan de la vida para que otros lo consuman y salgan adelante”. Animo pues mi valiente mujer guerrera. Ni un paso atrás siempre adelante porque tienes con qué ganar. ¿Está bien, mi corazón?

Mientras escuchaba a su esposo en silencio con se secaba las abundantes lágrimas que rodaban

por sus mejillas. De sus húmedas fosas nasales salía humor pegajoso y transparente. En su mente un torbellino de pensamientos tropezaba unos a otros porque querían salir a flote y brindar consuelo, ánimo o desasosiego para mitigar las turbaciones del ímpetu.

—Amor, espera un momento me sueno y me limpio las lágrimas.

—Llora cuanto quieras, amor, eso también limpia las penas y el alma. Yo te espero tranquila. No hay afán.

—Listo amor, no sabes cuánta falta me haces y cuánto diera por tenerte a mi lado. Cuento los días. Me he vuelto *Gabriel-Jaime-dependiente*.

—No me cambies el segundo apellido por favor amor.

—Esta tarde al salir de la casa de rehabilitación con el doctor Camacho a tomarnos un tinto, el me dio palabras de ánimo y se las agradecí. Pero no hay nada como las tuyas que están cargadas de amor, comprensión, fijación de un camino por seguir, todo muy lindo.

—Eso está bien, mi amor, y me tranquiliza que te sientas mucho mejor.

—Mi vida, sabes que no había pensado en eso.

—¿En qué, amor?

—Hoy sentí pena, dolor y culpa con esa señora.

—No, no, no me vuelvas a decir eso por favor —por vez primera le hablaba en tono muy serio.

Sintió que la estaba embarrando con sus quejas lastimeras y que era el momento de vivir la realidad.

—Tienes toda la razón, mi amor, lo que quería decirte y no me dejaste terminar, es que por algo suceden las cosas en la vida, Dios me tentó y me puso a escoger un camino. Por fortuna salí a flote gracias también a la ayuda de seres extraordinarios como tú. Ahora Dios me toca de nuevo el corazón y me dice, “es tu turno de ayudar, ayuda, que para eso tienes experiencia.” Y eso es lo que voy a hacer amor, ayudar, gracias por escucharme y aconsejarme sobre el camino que debo tomar.

—El camino lo tienes tú, eres una mujer de gran corazón y vas a salir a flote. Ayuda en lo que puedas a esa señora, pero no te vayas a meter en problemas porque cuando uno transita en el filo de una navaja, si no se cuida, se puede cortar. ¿Está bien, amor?

—Sí, sé a lo que te refieres.

—Mi amor, ¿sabes algo de mi papá, mi mamá y la familia? No he podido hablar con ellos, parece que estaban de viaje. Creo que estaban en Cartagena, dirán que soy un ingrato y que solo los llamo para pedirles plata.

—Si mi amor anoche hablé con ellos, acababan de regresar del paseo, les fue muy bien, también me preguntaron por ti. Les dije que estabas muy bien y juicioso con tus estudios. Tu mamá me dijo una cosita, pero no te la puedo adelantar porque es un secreto —dijo con una sonrisa.

—Está bien, mi amor, pero ánimo, piensa que tú eres una guerrera, que naciste para ganar. Cuando hables con mis suegros me los saludas por favor y recuerda que te llevo en mi mente y corazón.

—Yo también te amo mucho y te llevo en mente y corazón. Los muchachos de la oficina te recuerdan bastante, hasta planean ahorrar para hacer un tour por Europa. Ahora sí chao, besitos y abrazitos.

Se sentó en el sofá, puso algo de música en tono bajo y se puso a repasar todo lo dicho por su esposo. Iba a escuchar en el celular el relato de Edelmira, pero prefirió no hacerlo por temor a enredar su mente con esta historia. Era mejor pensar en las palabras de su esposo.

Se levantó muy temprano y con fuerzas renovadas luego de hablar con su esposo quien se había convertido en algo más que su consejero, se dispuso a emprender un nuevo día. Ducha y enjuague

bucal. Encender el equipo de sonido para escuchar noticias en La W. con Julio Sánchez Cristo y su equipo de periodistas, desayuno compuesto por huevos batidos en agua, arepas sin sal, tostadas, chocolate y una rodaja de queso. De nuevo enjuague bucal, maquillaje vestido y rumbo a la oficina.

En el taxi el conductor la enteró de nuevas noticias y chismes de actualidad. Por la conversación el viaje se hizo corto. Cuando llegó pudo observar que todo el equipo estaba en la sala de juntas, incluida Juliana que se unía al bloque de búsqueda de su padre.

—Buenos días, mis muchachos juiciosos.

—Buenos días, doctora Andrea —respondieron todos en coro.

—Me hacen sentir como la más dormilona de todos. ¡Qué pena con todos ustedes!

—No se preocupe doctora, sabemos que ayer estuvo en la Fundación —la justificó Miguel.

—Es cierto tuve un día tenaz que después les cuento.

—Bueno, sentémonos, ya viene el agua, los tintos y las aromáticas —invitó Ernesto—. Empecemos ¿qué me aconseja doctor Miguel, por los trabajos pendientes, o por el de don Álvaro?

—Si quiere, la doctora Ana María nos puede ilustrar un poco y luego seguimos con el de don Álvaro —propuso Andrea.

—En relación con el trabajo pendiente de T.J. y Daniel, ellos terminaron. Hay otros trabajos que empiezan mañana y se relacionan con la búsqueda de unos niños. Eso es todo —informó Ana María.

—Bueno entonces sigamos con las señoritas Karen y Carol, ¿cómo les fue en el hogar geriátrico?

Carol levantó su mano para contestar:

—A mí me fue bien, las abuelitas son un amor, aunque hay momentos en que las invade la tristeza por el recuerdo de su familia que a medida que pasa el tiempo las olvidan en ese lugar. Por supuesto no son todas, hay varias que se sienten muy contentas porque el trato en general es bueno. Aunque tiene sus detallitos molestos.

—Eso está muy bien, pero en lo que concierne a nosotros, a nuestra investigación ¿qué ha podido recopilar? —consultó con seriedad Andrea.

—En general ellas aportan muy poco porque son ajenas a estos asuntos, aunque Doña Jovita, una señora muy jovial y comunicativa, me entregó dos datos que pueden ser importantes. El primero se relaciona con la ausencia de un señor Álvaro desde hace varias semanas, algo que ya sabíamos. Cuando lo preguntó le dijeron que había vuelto a casa. Y el segundo se relaciona con la discusión de la directora con una empleada que se negaba a bañar a unos viejitos con agua fría, porque según ella acelerarían sus enfermedades asmáticas y posterior muerte. Que ese no era un castigo apropiado para obligarlos a comer. Según ella, la directora le respondió que no era asunto de ella y que su deber era obedecer, de lo contrario que renunciara.

—¿Qué piensa de eso, señorita Carol? —interrogó Andrea.

—¿Qué pienso?, que la directora obró mal con los viejitos al castigarlos de esa manera por dejar de comer.

—Está bien señorita, pero creo que le falta algo. Esa empleada es muy importante para nosotros en nuestra investigación, a lo mejor sabe algo sobre la desaparición o abandono de don Álvaro —sugirió Andrea.

—Si señora tiene la razón y hoy en la tarde voy a ver cómo me contacto con ella. Le dicen “La abogada de los viejitos”. Perdón doctora por lo de abogada —continuó Carol.

—¿Y usted, señorita Karen cómo le fue?

—Muy parecido a Carol. Les llevamos dulces y le dediqué un buen rato al abogado. Dijo llevar varios años en el hogar y conocer a todas las personas tanto de administración, como compañeros de estancia. Aunque es charlatán, a veces es prevenido con algunas preguntas, se queda mirándolo a uno directo a los ojos y luego suelta unas carcajadas que contagian el ambiente. Le pregunté por sus mejores amigos en el hogar y me contestó que extrañaba mucho a un señor Antonio que había muerto dos años atrás, a Gerardo que sus hijos se lo llevaron a Estados Unidos y a Álvaro el transportador y comerciante.

—Muy interesante ¿y qué le dijo? —consultó Andrea.

—Que era un señor muy callado y desconfiado al principio, pero que después entraron en confianza hasta el punto de comentarle que lo habían llevado a la fuerza por deslealtad de su mujer —respondió Karen.

—¿Le preguntó dónde se encontraba?

—Si doctora. A esta pregunta guardo un largo silencio, lo dejé por un rato mientras daba una ronda con los otros compañeros, pero no lo perdía de vista, y el tampoco a mí. Cada vez que nuestras miradas se cruzaban el alargaba sus labios y me enviaba besitos y yo le respondía con sonrisas.

—Y que más ocurrió fuera de los besos y las sonrisas? —consultó con una risa.

—Nada más —respondió Karen con una carcajada—. Pero surtieron efecto porque de nuevo me llamó.

—¿Y qué pasó?, desembuche mijita —insistió T.J.

Karen tomo un sorbo de agua y continuó con la historia

—Me preguntó el por qué de mi interés con ese señor. Yo le contesté que me gustaba escribir y sería importante meter esa historia en un capítulo de la novela —respondió Karen con orgullo.

—Les decía que ese fue el punto de quiebre para que mi ‘enamorado’ cediera. Me dijo que él me contaba todo con el compromiso que yo lo incluyera en la novela mía y de paso él me contaba sobre sus aventuras amorosas que eran bastantes.

—Así me gusta, Karen —la felicitó Ernesto— ¿Y?

—El resultado final de la charla fue que don Álvaro se había volado del hogar porque en protesta dejó de comer unos días y le ordenaron bañarlo con agua fría. Carol va a hablar con Marina mañana y nuestro plan es citarla fuera de la casa hogar para hablar sobre el tema.

—Qué bueno mis alumnas, parece que vamos por buen camino, hay que seguir sin descanso porque la vida de don Álvaro puede estar en peligro.

—Gracias, profe y ¿qué calificación nos va a dar?

—Tres sobre cinco.

—¡Uy, tan estricta! —contestaron ambas.

CAPÍTULO 6

—Sigan, sigan que van por buen camino, quiero más, métanse a las oficinas, pero tengan mucho cuidado recuerden que ustedes son estudiantes que hacen una evaluación. Voy a hablar con T.J. y Daniel, luego con la señorita Juliana, se pueden quedar si quieren.

Karen y Carol se quedaron, querían conocer el avance en la investigación sobre la búsqueda de don Álvaro. Argumentaron que sería muy útil en su trabajo de tesis.

—T.J. y Daniel, ¿cómo les ha ido hasta el momento? —consultó Andrea.

T.J. fue el primero en tomar la palabra.

—Hemos buscado debajo de cada piedra, en alcantarillas donde hacen cuevas los viciosos, lo mismo que en los caños y canales de la 30, la Boyacá y otras del sur, pero no hay razón de él. Buscamos donde los viciosos no porque él lo sea, lo que pasa es que los ancianos tienen cierta afinidad con ellos en cuanto a la búsqueda de refugio para dormir en las noches.

—Es cierto, también hemos contemplado la posibilidad de ir a una serie de lugares: la calle en la que antes estaba ubicado el Cartucho, el barrio san Bernardo, San José y Cinco Huecos —continuó Daniel—, queremos hablar con La señora Reina, pero esperamos que nos acompañe mamá Vicky. Son dos mujeres que nos ayudaron en el pasado con otra investigación —explico Daniel al ver la cara de confusión de Juliana.

—Sí y el fin de semana vamos a ir a los hospitales del Sur, Centro, Fontibón, Norte y volver a los semáforos, ojalá que haya vuelto Santa Claus. Perdón señorita Juliana no queremos ofender, pero es que también lo buscamos con ese nombre. Quien quita que se nos haga el milagro —comentó T.J con una sonrisa.

Todos se rieron incluída Juliana que movió la cabeza para dar su aprobación. De nuevo Miguel y Ernesto invitaron a almorzar.

A la salida del restaurante Andrea dijo:

—Gracias por la invitación, doctores T.J. y Daniel, creo que ustedes seguirán en sus labores de búsqueda, me gusta lo de mamá Vicky, me la saludan y dígame que estos días voy a saludarla a la panadería.

—Claro que sí, hermanita. Otra cosita que les queríamos decir es que los zapatos ya piden cambio —dijo Daniel.

Karen, Carol, Ernesto y Miguel salieron para la universidad. La doctora Andrea y Juliana se reunieron en la sala de juntas. En principio pactaron no grabar en el celular ya que lo que iban a hablar no lo ameritaba:

—Bueno, señorita, ahora sí a lo nuestro. ¿Qué ha pasado? —habló primero Andrea.

—Ha pasado de todo, Imagínese que mi mamá delante de mi abuela y mi tía me dijo que debido a la mala situación económica que pasaba se veía en la necesidad de pedirme una cuota de alimentación y de arriendo. Que yo estaba mayorcita para vivir como un chupasangre.

—¿Usted qué le contestó?

—Pues que mientras yo no supiera la suerte o paradero de mi padre, no me iba a ir y que si era el caso llevaríamos las cosas a la justicia, porque yo era heredera y como tal no iba a abandonar lo que era mío. Mi mamá se volvió como loca y como siempre mi abuela y mi tía la defendieron.

—¿Qué pasó luego?

—Que mi mamá me dijo que a partir de ahora tenía que entenderme con el abogado. Yo le contesté que me consiguiera una cita con él, pero en la casa y después yo contemplaría los pasos a

seguir.

—¿Algo más?

—Sí, no hubo necesidad de llamar al abogado porque cuando estaba a punto de salir de la casa él llegó. Lo saludé y le apreté la mano, él correspondió de la misma manera. Seguimos, nos sentamos a la mesa; mi mamá que aún tenía un pañuelo con que se secaba las lágrimas de cocodrilo porque no le salía una gota, mi tía y mi abuela, a quienes odio por ser tan parciales conmigo, y el abogado que descargó su portafolio en un asiento desocupado. De reojo pude observar que no me quitaba por un segundo su mirada. Ellas lo saludaron de beso. Mi madre le pidió a la empleada tinto y aromáticas. Procedió luego a contarle al abogado sobre mi mal comportamiento que por esos días la tenía muy enferma. Que mi abuela y mi tía estaban de testigos, ellas asintieron con sus cabezas. Él me preguntó si tenía algo que decir y yo le contesté que sí. Me dijo que procediera. Yo le exigí que como era un asunto entre los tres, mi tía y mi abuela no podían estar presentes. Él estuvo de acuerdo y les pidió que se retiraran de la mesa y se fueran para el segundo piso. Cuando ellas lo hicieron él estiró sus pies y tocó los míos, como si quisiera decir que accedía a darme la razón. Yo sonreí, mi madre lo notó y me pidió respeto con el doctor. Menos mal no vio lo que sucedió debajo de la mesa. Pude sentir y ver en destello de celos en ella, pero también observé la satisfacción del estúpido abogado.

—Está bien, Juliana, no deje que la ira nuble su mente eso le impide concentrarse mejor. ¿Qué pasó después? —consultó Andrea.

—Les pedí permiso para ir al baño y una vez allí, activé la grabadora del celular

—Ahh, perfecto bien pensado. Escuchemos la información que usted consiguió.

—*A ver, doña Rebeca ¿qué fue lo que pasó hace unos momentos antes de hacerme presente? les pido un favor a las dos, ni gritos ni dramas que me ponen nervioso.*

—*Doctor, lo que le dije a esta mala hija, es que ella ya está muy grandecita y que es hora de buscar trabajo y ayudarme con los gastos que son muchos en esta casa. Que me pague algo de arriendo, que es lo más justo.*

—*Y usted ¿qué le contestó señorita Juliana?*

—*Pues que eso no va a ser posible porque mi padre siempre dejó claro que primero debía terminar mi carrera y luego sí trabajar en la empresa de él. Ese era su deseo. Además, exijo que se me diga por qué no lo puedo ver en el hogar geriátrico. Ya sé que no está ahí, pero quiero que la directora me lo diga. Yo sé, aunque mi madre lo niegue, que él deambula por las calles, mientras pide limosna nosotras aquí nos damos la gran vida. Eso no es justo.*

—*A ver, Julianita, esa es una acusación grave. Usted no puede poner en entredicho la palabra de su madre que tanto se ha sacrificado por usted. Yo me voy a poner al frente para resolver esta duda y que usted se dé cuenta que está equivocada.*

—*Sí hija, yo le prometo volver a hablar con la directora, ella me dijo que él estaba muy delicado de los pulmones por fumar tanto cuando era joven o que de pronto por sus bajas defensas pescó un virus. Apenas salga de los cuidados a que lo tienen sometido volverá a reunirse con sus amigos. La directora me dijo que le diera quince días de plazo para que se recuperara y el lunes puedo o podemos si usted me acompaña ir a verlo. Tenga paciencia. Y en cuanto a su permanencia en la casa, está bien no me pague por ahora que yo rebusco como sea el sustento de todos.*

—*Si ve, señorita Juliana ¿qué su madre facilita las cosas?*

—*Bueno, pero entonces ¿de qué está enfermo mi padre, de los pulmones, o de un virus contagioso que impide verlo?*

—Yo que sé, virus o enfermedad de los pulmones, no soy médica. Espérese y vamos el lunes.

—Sí, tenga paciencia Julianita mire que se arruga y se vuelve vieja.

—Uhhh, ¿Y eso desde cuando acá esa confiancita?

—No se preocupe Rebequita lo que pasa es que ella anda muy estresada.

—Bueno, doctora, eso es lo que logré averiguar, antes de que se fuera Jaime, el abogado, le pedí una tarjeta para visitarlo en la oficina. Viera los ojitos de burro muerto que me hizo el muy coqueto. ¿Notó también que mi madre cambió de actitud? Primero lloraba y daba quejas y luego solo decía “si hija, cuando esté bien vamos a visitarlo”.

—Nunca he visto los ojos de un burro muerto —dijo Andrea con una risa—, pero por su descripción deben ser, picarones, terribles, horribles.

—Feos y coquetos, sin gracia, que no hacen palpar un corazón detenido.

Las dos rieron con el comentario.

—Bueno Juliana, eso estuvo muy bien, con esto cada vez cerramos más el cerco. Ahora debemos esperar el lunes a ver con que cosas salen, pero también nos vamos a duplicar y rezar para que don Alvarito aparezca. Eso es lo más importante por ahora. ¿No le parece?

—Claro que sí doctora y en cuanto a la grabación ¿qué le pareció?

—Buenísima idea, envíeme una copia al correo, todo este material nos va a servir.

—Listo doctora. Creo que después de tantos esfuerzos nos merecemos unas cervecitas, no todo puede ser trabajo.

—Claro que sí, vamos con Ana María, de pronto nos encontramos con T.J, Daniel y los doctores.

A las ocho p.m. Andrea llegó al apartamento, luego de un baño y de ponerse la pijama, se comió un sandwich y agua de panela con hojas de yerbabuena, el té auténtico de los colombianos.

Después de su cena improvisada llamó a su esposo.

—Hola amor bonito ¿cómo estás?

—Preciosa que alegría escucharte, te cuento que en este preciso momento te estaba pensando, te llamé por telepatía.

—Qué bueno, mi amor, pero cuéntame ¿cómo te fue hoy?

—Muy bien, preciosa. La rutina de siempre, Levantarme, ducharme, hacer el desayuno, ir a la universidad, almorzar allá y cuando llego al apartamento preparo algo de comer, si tengo que estudiar estudio o si no veo televisión, busco algo de noticias que hablen de mi Colombia, pero a veces lo apago cuando veo tantas noticias desagradables. Hoy por ejemplo la noticia fue la captura de la madame; esa mujer que traficaba con niños y niñas para venderlas al mejor postor. Una de las redes más grandes de prostitución en Cartagena. Y que tal lo de los túneles, eso es esclavitud. Que tristeza y lo peor es que hasta las autoridades están involucradas en este trafico de trata de personas, esta gente no se imagina el daño que le hacen a nuestro país. Aquí piensan que los turistas al bajarse del avión ya tienen varias mujeres como acompañantes. Con esto opacan lo positivo que hacen muchas personas por nuestro país. Pero bueno ¿cómo le fue a mi abogada favorita el día de hoy?

—Sí amor, las noticias de lo que pasa en nuestro país cada día son más decepcionantes —dijo Andrea con tristeza—. En cuanto al trabajo, bien mi amor, sigo tus consejos al pie de la letra. Me han servido bastante. Te cuento que mañana voy a viajar de nuevo en Transmilenio, estaba prevenida por los recuerdos oscuros que llegan a mi mente del pasado, pero me acuerdo de ti, lavo mi espíritu, le pido a Dios y a san Gabriel Jaime que me iluminen para seguir adelante.

—Claro que sí, mi amor, pero recuerda siempre que nuestra mente es la que nos puede acusar,

defender, producirnos tristeza o alegría, perdonar o condenar, ganar o perder. En fin, la mente nos pone a elegir entre el bien o el mal. Cada vez que iniciemos algo pensemos en positivo, todos los días después de nuestras oraciones digamos “soy un ganador y un triunfador así lo decreto con fe y optimismo” y veras que todo sale a las mil maravillas y si algo te sale mal, busca el lado positivo, piensa que por algo suceden las cosas.

—Lo dicho, amor, cada día me enseñas muchas cosas que alivian mi espíritu, alegran mi alma y mi corazón.

—Mira, amor, cuando subas al Transmilenio deja atrás el pasado y vive el presente. El pasado fue y ya no será. Si ves algo que te recuerde el pasado, encuéntrale el lado bueno y piensa que ese lado oscuro no se repetirá porque así lo decreta la luz que nos ilumina. Si por alguna razón puedes ayudar a alguien con un consejo para que rectifique el camino, hazlo. Veras que la luz ilumina al buen corazón.

—Sí, mi amor. Estoy muy contenta porque hemos avanzado en un caso muy importante. El equipo funciona como un relojito.

—Te felicito y espero que todo continúe por ese camino y marche a la perfección. Ayer hablé con mis viejos por un largo rato, me hablaron de sus vacaciones y de las perspectivas del futuro. Quieren seguir de paseo, planean otro viaje, pero no me dijeron a donde. Ojalá vengán a Europa. Esos viejos se lo merecen y ojalá puedan hacerlo con los tuyos. ¿Qué tal mi idea?

—Sería maravilloso, mi amor. ¿Sabes qué?, me diste una idea maravillosa.

—¿Y cuál es mi vida?

—Voy a ver cómo los convengo para viajar con ellos a mi pueblo Purificación a pasar unos ocho días, sería maravilloso, se divertirían bastante.

—Apoyo esa idea con eso los llevas al hospital, la represa de Prado y los campos hermosos de ese pueblo que quiero mucho.

—Voy a poner todo mi interés y los voy a llevar. Bueno mi amor por hoy está bien de cuentos y consejos. Que Dios te regale una gran noche.

—A ti también, mi amor, bendiciones.

Preocupado por las preguntas de Juliana y el problema que les pudiera causar a futuro, el doctor Jaime visitó a Rebeca en la oficina:

—Hola, mi amor lindo, ¿cómo se encuentra? Hoy está más linda que de costumbre —Jaime se acercó la abrazó y la besó en la boca; beso que fue correspondido a medias porque ella retiró rápido los labios.

—Deje tanta melosería que me tiene muy ofuscada con su coquetería con Juliana. No crea que no me di cuenta de los ojitos que le hacía y la muy coqueta le sonreía.

—Deje esos celos mi amor, que nos hacen daño, yo solo tengo ojos para mi amor —le cogió el mentón—, mire que de tanto estirar trompa se le va a crecer.

—Deje de ser estúpido que eso no le queda bien. A ver, ¿para qué vino, para decirme eso?

—Para acariciarla y decirle que me tiene muy preocupado Juliana con tantas preguntas sobre su padre. Por el administrador, sé que ha ido a la empresa y ha hecho muchas preguntas. Por eso es mejor tenerla de amiga y no lejos de nosotros.

—Esa cabeza hueca ni sabe dónde está parada. No tiene alcance ni para conseguir novio. Claro que aquí el señorito sí le echa los perros.

—Bueno, dejemos esa tontería y concentrémonos en lo nuestro. Recuerde que el lunes tiene cita en el hogar geriátrico. Hay que encontrar a don Álvaro sí o sí.

—Y si no aparece, ¿qué hacemos? —contestó Rebeca ofuscada—. A ese viejo estúpido se lo

tragó la tierra. En qué momento se le dio por volarse. Ojalá me llegaran con la razón de que está muerto.

—Recuerde que aún no podemos cantar victoria hasta que la oficina de registros nos de el aval. Ellos exigen huellas y constancia de supervivencia. Por eso es q...

—Para eso está usted, no solo para llevarme a la cama y hacerme promesas. Recuerde que usted también tiene mucho que perder.

—Si eso lo sé, por lo tanto, debemos darnos prisa. Ojalá se nos haga el milagro y que aparezca vivo. Después veremos.

—O muerto que sería lo mejor para todos, con eso nos ahorraríamos tantas vueltas y a Juliana también. ¿Que tal que se le de por aparecer el hijo?

—Ojalá no, pero bueno esa preocupación es para más adelante, por ahora arreglemos lo que tenemos por delante. No se le olvide llevarle a la directora chocolates que a ella le gustan. Quisiera acompañarla, pero no creo que sea buena idea. Si quiere invite a su hermana o a Juliana.

—A Juliana ni de riesgos. ¿Que tal que no lo hayan encontrado? De pronto a mi hermana sí. Dios me ayude. Nos vemos el lunes por la tarde.

—¿Y entonces de aquello nada?

—Descarado. Las cosas se ganan y usted ni siquiera se ha ganado la cuota inicial. Cuando sea así ya veremos.

—Bueno, está bien —dijo con un esto de desaprobación.

El lunes a las nueve de la mañana Rebeca y la hermana se hicieron presentes en el hogar geriátrico. La secretaria las hizo seguir a la antesala, mientras las anunciaba con la directora. A la salida les dijo que estaba algo ocupada pero que enseguida las atendería. Quisieron preguntarle por el señor Álvaro, pero se abstuvieron al ver que la señora salió apresurada de la sala de espera. Una hora transcurrió para que la directora Amalia Mendoza se hiciera presente. De manera cordial las hizo seguir a la oficina.

—Señora Diana y señora Rebeca, buenos días ¿cómo les ha ido?

—Muy bien directora Amalia. Quisiéramos saber sobre el estado de salud de mi esposo el señor Álvaro Díaz.

—Ah sí, perdón un momento hago una llamada —marcó el teléfono y esperó por unos momentos y luego se dijo a sí misma— parece que no está, esta gente incumplida, no se qué vamos a hacer —luego se giró hacia las dos mujeres que esperaban una respuesta—. Les decía que don Álvaro se recupera, está por salir en estos días de su cuarentena. Es un señor muy fuerte.

—¿Será que podemos verlo directora? —consultó Diana.

—Por el momento no se puede, pero tranquilas que la semana que viene con seguridad pueden verlo el tiempo que quieran.

—Directora Amalia, que pena con usted, pero no sé a que Álvaro se refiere, porque por el que nosotras preguntamos es por mi esposo que vimos hace unas semanas en un semáforo pidiendo limosna. No nos diga mentiras. Sincérese y acepte que Álvaro se les voló —dijo Rebeca molesta.

—No puede ser, tengo que hablar con el médico director, a ver qué está pasando, a lo mejor vieron ustedes alguien parecido.

—Por lo visto usted y nosotras vimos dos fantasmas de Álvaro —continuó Rebeca muy molesta.

—No me falte al respeto, señora Rebeca.

—No, señora, y espero que acepte que Álvaro se les voló de aquí.

—De aquí nadie se ha volado, nuestra vigilancia es optima.

—Míre, directora, no quiero recurrir a la policía, hagámonos pasito y díganos la verdad. A

ustedes no les conviene un escándalo. Así que por favor díganos que pasó.

—Perdone, señora Rebeca, usted no sabe por las penas que hemos pasado. Sí señora don Álvaro se nos fugó y ha sido imposible encontrarlo. No sé la razón que tuvo para hacerlo, si él era un hombre muy tranquilo. Callado, pero tranquilo —la directora omitió que llevaba varios días sin comer y que el castigo era bañarlo con agua fría a la madrugada. A lo mejor esto lo molestó—. Le juro que lo vamos a encontrar. Denos quince días más, pero por favor no recurra a la policía porque sería muy grave para nosotros un escándalo.

—Directora Amalia, si en ocho días mi esposo no está aquí voy a poner una queja contra la institución y avisaré a la policía para que lo busque. No es posible ocultar un caso tan grave. Recuerde que por este incidente le pueden cerrar el hogar. Dentro de ocho días vuelvo y no lo voy a hacer no con mi hermana, sino con un abogado —dijo Rebeca con un tono de voz elevado que dejaba ver su molestia.

—No es para tanto, señora Rebequita, mire que... —se quedó con la frase en el aire porque ellas salieron desfavoridas del lugar. Muchos empleados se dieron cuenta del impase.

Cuando llegaron a la casa el abogado Jaime las esperaba. Allí se reunieron con la abuela. Juliana había salido. Pidieron un vaso de agua para tranquilizarse y así poder entregar la noticia. El abogado Jaime fue el primero en intervenir.

—A ver, Rebeca, tranquilícese, tómese además del agua un respiro profundo y luego díganos que pasó.

Sin reponer por completo su estado anímico le respondió

—Pues que el estúpido de mi marido se voló de la casa hogar, ellos no entienden porque lo hizo si parecía que estaba bien. Me pidió que le diéramos ocho días más. Yo la amenacé con llevarle a la policía si en ese tiempo no me tenía razón de él. Parece que unas personas por parte de ellos lo han buscado por todas partes y nada. Cómo es posible que un viejo mequetrefe tenga tantas habilidades para burlarse de tanta gente. Para mí que ese viejo estiró la pata en algún lado.

El abogado se paró de la mesa y caminó cabizbajo alrededor de la mesa.

—Qué problema tan grande en que nos metió don Álvaro —dijo mientras caminada cabizbajo alrededor de la mesa— ahora no se sabe si está muerto o para dónde habrá cogido.

Estaban tan absorbidos en el tema que el silencio reinó por unos momentos. El ruido de la chapa de la puerta al introducir una llave los devolvió a la realidad. Era Juliana que llegaba de la universidad:

—Familia ¿cómo están? Qué bonito verlos reunidos, amorosa familia —dijo con un tono de sarcasmo—. Claro que por sus caras parece que vieron un fantasma.

—Julianita, mi amor, ¿cómo le fue? Estábamos preocupados porque no la encontramos. Queríamos contarle la desgracia terrible q...

—Cómo así, ¿le pasó algo a mi papá?

—No le ponga atención a su mamá, Julianita, lo que pasa es que en la casa hogar le piden ocho días más para que don Álvaro salga del problema de salud que tiene —se adelantó el Abogado antes de que Rebeca pudiera responder.

—Ahhh bueno. Permiso voy a subir a mi alcoba a descansar porque me levanté muy temprano y estoy muy cansada. Si me necesitan para algo me llaman, aunque no creo porque con ustedes es suficiente.

T. J. Daniel y Vicky llegaron a una casona grande expendedora de droga donde vivía Reina, líder y propietaria de este tenebroso lugar, una antigua amiga de la prostituta Vicky. Allí se reunían los viciosos de la antigua calle del cartucho. La mitad del barrio había sido ocupado por esta gente

consumidora de droga. Por lo tanto, era un sitio de alta peligrosidad donde se podía entrar fácil pero muy difícil salir. Se necesitaba ser persona conocida o invitada, quien osara hacerlo a la fuerza lo más probable es que saliera con los pies para delante. Esa era la consigna o ley implantada por ellos. Llegarle a esta Reina era muy complicado, ni siquiera la autoridad se atrevía a hacerlo. Esperaron a que ella autorizara su ingreso.

—Y eso ¿qué hace usted por aquí?, me dijeron que se había retirado de la prostitución, y de nuevo acompañada de estos mariconcitos. Recuerde que la última vez le dije que estábamos a mano con el pasado. Que si nos volvíamos a ver yo no respondía. No me joda y no me traiga más problemas.

—Hola, Reinita, mi amor, aquí le traje estos presentes de mi panadería. Es cierto que gracias a mis hijos me retiré. Solo quería saludarla.

—¿Y por unos putos panes se exponen a venir aquí?, gracias, y díganme que es lo que quieren, porque no creo que se hayan levantado esta mañana y se acordaron de la puta Reina y dijeron vamos a llevarle estos panecitos que a lo mejor muere de hambre. A ver desembuchen que es lo que quieren porque estoy muy ocupada. Hable Vicky o ¿es que los putos ratones le tragaron la lengua?

—Gracias por la bienvenida, Reinita, la verdad es que no queríamos molestarla, y cómo sabemos que vive muy ocupada queríamos hacerle una pregunta.

—¿Y qué es? ¿Otro drogadicto perdido o el flaco de mierda ese se perdió de nuevo? Digan a ver.

—No, Reinita, y muchas gracias por su ayuda en ese caso. Le cuento que el muchacho se recuperó gracias a su valiosa ayuda.

—Ya, ya y ahora que me dieron las gracias, ¿qué más sigue? A propósito, ojalá pudiera verlo algún día —pensó un momento. Los ojos se le aguaron, frunció sus labios y batió la cabeza— ¿Si ve lo que hacen? Por eso no quería que volvieran —llamó a los porteros—. A partir de hoy, oigan bien porque si no lo hacen les mando a dar chuzo ventiao. A partir de hoy no me vuelvan a dejar entrar a estos tres ¿oyeron? A ver ¿qué quieren?

—Reinita, nosotros no buscamos ningún drogadicto. Buscamos un señor de edad que se perdió y pensamos que de pronto usted nos podía ayudar. Perdone nuestro abuso de su confianza.

—Hijuemadre ahora sí, ahora resulté que tengo aquí un ancianato. Estos malparidos tienen huevo. ¿Y qué los hace pensar que está aquí? Muéstreme la foto a ver si lo reconozco.

—Présteme la foto, Danielito, que ella es buena para reconocer y...

—¡Ay! présteme la foto, mi niño Danielito, —“hasta dónde llegó esta mujer” susurró para sí misma “ojalá a mí me pasara lo mismo”—. Para tranquilidad de ustedes este viejito no ha pasado por aquí. Tiene cara de buena gente el desgraciado. Mínimo la mujer si es joven se le putió y lo echó, o ¿estoy equivocada?

—Algo parecido señora Reinita —contestó T.J.

—Otro. Pues por aquí no ha venido. ¿Ya lo buscaron en los caños, debajo de los puentes? Búsquelo durante las noches porque en el día se les vuela. Si no lo encuentran en esos sitios, vayan a los hospitales de barrios de gente pobre. No se confíen de lo que le digan las viejas malparidas de recepción porque ellas por pensar en el mozo, ni miran el listado. Métense a urgencias y a las salas con camas viejas que de pronto está allí. Y si no lo encuentran es porque le dieron chumbimba y debe estar en algún cementerio. Ojalá no lo hayan enterrado como N.N. porque ahí sí la puerca torció el rabo y no creo que lo encuentren. De pronto estoy equivocada en lo último. Sería lo mejor.

—Gracias, Reinita, no sabe la ayuda que nos ha prestado y perdone la molestia —dijo Vicky

mientras los tres se levantaban de sus asientos para despedirse.

Reina llamó a dos de sus ayudantes quienes acudieron con dos cajas:

—Bueno miren, esta caja de *Whisky* es para que celebren cuando encuentren ese viejito. Él es una persona de bien y vale la pena ayudarlo, se parece a San Pedro el hijuemadre. Los felicito chinos maricas, porque le han respondido a esta vieja de buena manera. Está bonita la malparida —dijo y miró a Vicky.

—Esta otra caja contiene una sorpresa para usted mi vieja. Cómo le digo, puta ya no es, vagabunda tampoco. Digámosle mi vieja bonita y juiciosa. Se ve más joven que yo —se abrazaron por varios minutos mientras se hablaban al oído en voz baja y lloraban cómo tal vez hacía mucho, no lo hacían. Se despidieron con un beso en la boca. Cuando habían avanzado unos metros la llamó.

—Oiga, Vicky, ¿y es que no me va a dejar la dirección donde vive? Porque cuándo menos piense la visitaré, a lo mejor me quede un par de días para que me comparta su vida y yo le cuente la mía. Y vaya buscándome un par de muchachos de estos bien bonitos para que me regeneren, yo también quiero que me digan mamá. No destape su caja hasta que cumpla años. Es mi regalo —Vicky sonrió, se devolvió y le dio una tarjeta. Por último, Reina les dijo a dos muchachos que los acompañaran a la Caracas a coger taxi.

T.J. y Daniel acompañaron a Vicky, ahora juanita su nombre real, a la panadería. Allí también dejaron la caja de *Whisky* para no llevar tentaciones a la oficina. Los tres acordaron revelar esta sorpresa cuando llegara el momento apropiado porque esperaban hallarlo vivo. Si no era así, también se tomarían el trago, pero no festejarían.

CAPÍTULO 7

En una visita a la casa de rehabilitación el fin de semana, Andrea viajó en Transmilenio. Varias cosas habían cambiado respecto a su pasado cuando viajaba de forma continua y hurtaba los celulares de las personas. En esos tiempos no muy lejanos no se usaba la fuerza y los cómplices eran personas que usaban la habilidad para ocultar sus botines. En la actualidad, la fuerza y la violencia desmedida de las grandes bandas de hombres y mujeres llegaban al punto de herir e incluso matar con tal de adquirir el botín deseado; que no era otra cosa que los celulares de alta gama; las casas reductoras eran los sitios donde los peristas compraban estos aparatos de comunicación a muy bajo precio. Si los ladrones eran detenidos con los celulares hurtados y llevados ante un juez, los soltaba horas después por ser robo de cuantía menor. Las personas ofendidas a causa del robo debían aceptar que su teléfono no daba para castigar al delincuente y si el ciudadano ofendido tomaba la ley por su cuenta, la policía evitaba que el ladrón fuera lesionado. Parecía que el delito poco a poco ganaba la batalla, porque los jueces no contaban con una norma para hacerles frente. Ante esta ganga que ofrecía la ley, las bandas se hacían más robustas, exportaban estos aparatos a Ecuador, Perú, Argentina, Centro América y algunas partes de Estados Unidos. Hace poco la delincuencia que no descansa ni deja de crear nuevas alternativas del delito, se había inventado la forma de hacerle competencia a la empresa Transmilenio, vendía los pasajes trescientos pesos más baratos, la fuerza pública se hacía insuficiente para controlar este flagelo que llevaba no solo a la capital, también a las otras grandes ciudades de Colombia, al caos.

Ahora era un mercado persa donde se encontraban dulces, maní, chocolates, galletas, revistas, propagandas, música para complacer todos los gustos, interpretada por vocalistas destemplados que no tenían idea del tono o la modulación, también, muy escasos y buenos se presentaban con rasgos de profesionalismo. Intérpretes de variados instrumentos. Relatos lastimeros sobre sus vidas precarias, situación económica, desplazados colombianos y venezolanos.

La competencia fuerte para los colombianos llegó de nuestro vecino país a través de muchos jóvenes hombres y mujeres que a falta de trabajo se inventaron el rebusque venden dulces, esferos, dibujos y billetes de bolívares desvalorizados. Por lo general comenzaban su pregón con “Soy un venezolano, por fuerza mayor nos ha tocado abandonar nuestro país. Hemos aguantado hambre y por lo tanto debo conseguir no solo para mi sustento, también para enviar algo a mis familiares que no tienen que comer allá. Soy administrador de empresas, y economista, además me desenvuelvo muy bien con el inglés.” Estas y otras promulgaciones se volvieron muy comunes y una constante para el sistema auditivo del pasajero de estos articulados. Los pregoneros colombianos se vieron desplazados por los chamos de nuestro vecino país.

Ese día Andrea se subió al articulado muy nerviosa, nerviosismo que se empezó a disolver cuando vio el desfile de venezolanos, no dejaba de atormentarse con sus historias y pensaba una y otra vez en lo desgraciadas que eran sus vidas, de pronto una voz dulce que daba los buenos días la trajo devuelta a la realidad:

—Buenos días —dijo una mujer con tono sutil. Estaba vestida con ropa casual, por su rostro y expresión, se podía sacar la conclusión de que no era señora de calle que acostumbrara a pedir limosna—. Toco sus corazones para pedir ayuda y comprar alimento para mis cinco hijos pequeños que requieren de mi protección. Nunca he tenido que recurrir a la caridad de las personas lo hago ahora porque perdí mi empleo. Un día cualquiera timbraron y yo abrí, era una

señorita con tres termos en sus manos. Era trigueña, ojos saltarines, rostro bonito y cuerpo delgado dijo ser venezolana. Dijo que hacía este trabajo a falta de uno mejor, ya que era ingeniera de sistemas y especializada en informática. Vivía en un cuarto junto a siete compatriotas suyos en el barrio las cruces, buscaba alguna oportunidad laboral, como me pareció una persona buena gente y de finos modales, la mandé a seguir. Me contó que la única comida del día era el almuerzo porque debía guardar para el arriendo y mandar algo de dinero a su familia, dos hermanos pequeños y una madre que sufría de cáncer. Esta narración me partió el corazón por lo que la hice seguir a la oficina del gerente de la empresa. La gracia y la bondad de la señorita hizo que a los ocho días me comunicara el gerente que debido a que la empresa atravesaba un momento difícil y la niña venezolana se comprometía a desempeñar mi cargo, más la parte de informática por la mitad de lo que me pagaban a mí, debían prescindir de mis servicios. Mi esposo al conocer que me habían despedido del trabajo me abandonó. Vivo en arriendo, mi familia no me ayuda y no quiero que mis hijos se acuesten esta noche sin comida. Me da vergüenza hacer esto, pero no tenía otra opción, cualquier moneda es bienvenida, Muchas gracias a todos por su atención.

Luego de recibir las monedas por parte de muchas personas, procedió a bajarse en la siguiente estación. Andrea conmovida por el relato se levantó de su silla y la siguió para conocer una forma de ayudarla. En el pasillo del vagón de salida, tres jóvenes que dijeron ser venezolanos llamaron a la señora y le obsequiaron unas monedas y galletas que ellos ofrecían en los articulados. Manifestaron que habían trabajado en un restaurante del centro de Bogotá durante dos meses y no les habían cancelado el sueldo. No valió amenazarlos con denunciarlos porque ellos les manifestaron que la dueña era abogada y el esposo militar y si no querían que los deportaran era mejor que se callaran. Por eso recurrieron a la ayuda que les brindaban los pasajeros del servicio Transmilenio. Otra señora muy elegante que estaba cerca a los jóvenes se acercó a la señora y le entregó una tarjeta para que la llamara pues deseaba ofrecerle un trabajo mejor al anterior. La señora se mostró muy agradecida con el ofrecimiento de la benefactora. Andrea también quiso poner su grano de arena. Le entregó una tarjeta y veinte mil pesos.

—Doctora Andrea González, muchísimas gracias —dijo después de leer la tarjeta—. Hoy me levante a la espera de que mi señor Jesucristo me cubriera con su manto de la protección y no me ha fallado. Con estos gestos de cariño, amor y ayuda económica, tengo para cubrir mis gastos este día y me sobra algo para mañana. Muchas gracias.

—Señora, sé que le va a ir bien de ahora en adelante y no se arrepienta por haber ayudado a esa señorita a lo mejor Dios le tiene guardado algo mejor para más adelante.

—Yo sé que va a ser así porque lo siento.

—Si por alguna razón tiene algún inconveniente con la ayuda que le brindó la señora, no dude en llamarme. No le ofrezco mucho, pero si la puedo ayudar. A la gente cómo usted vale la pena hacerlo.

—Gracias, doctora —dijo y se despidió.

Los tres muchachos de Venezuela que escucharon la conversación se acercaron a la doctora Andrea y uno de ellos le dijo:

—Doctora, nosotros sabemos que usted es de buen corazón y nos puede ayudar, mire que esa señora y su esposo dueños del restaurante, han abusado de muchos compatriotas nuestros. Sabemos que los que nos reemplazaron pasan por lo mismo. Y eso no es justo doctora.

—Es cierto, no es justo, aquí la ley obra no solo para nosotros para los extranjeros también. Por muy abogados y militares que sean no deben abusar. También les puede caer el peso de la ley.

—Sí, doctora y ¿cómo hacemos? ¿nos puede ayudar?

—Claro que sí —abrió su bolso—, aquí les doy una tarjeta, acérquense a esta oficina y hablen con la doctora Ana María para que les agende una cita.

—Muchas gracias, doctora, pero tenemos otro inconveniente y es que nosotros no poseemos dinero para pagarle sus servicios.

—No se preocupen que vamos a ver la forma de que ellos no Solo les respondan a ustedes sino a nosotros también.

En medio de tantas charlas se le había hecho tarde para llegar a la casa de rehabilitación, salió de la estación y tomó un taxi para llegar a tiempo. Ese día tenía dos compromisos: hablar con la directora Isabel Pantoja, sus integrantes rehabilitados y con la señora Edelmira Puentes con relación a su delicado problema con su esposo y sus hijas.

Saludó en las oficinas a los médicos, enfermeras y el personal que encontró a su paso. Abrió su oficina, sacó una libreta para notas y esfero. Luego se dirigió al sitio donde estaba la directora con quien habló por media hora. Saludó al personal de terapeutas y jóvenes en plan de recuperación a quienes les solicitó hacer un círculo. Se presentó de nuevo como la abogada Andrea González.

—Estoy aquí para prestar ayuda a las personas que tengan deudas con la justicia, tengo una oficina en la fundación, los puedo atender sábados y domingos, pero si es un tema urgente puedo acudir entre semana. Bueno mis queridos amigos, lo primero que debe hacer una persona cuando está metido en este laberinto confuso de la vida, es reconocer su adicción. Algo difícil de hacer, porque quién está en la primera etapa, piensa que la droga es inofensiva y por el contrario le brinda beneficios para el estudio en sus largas jornadas de traspasado y que también sirve para resistir y no emborracharse. Otra cosa que quiero es que nos presentemos, yo lo hice, ahora quiero que cada uno me diga su nombre, edad, profesión anterior o actual, si estudia o si está desocupado, sin trabajo mejor dicho y por esta razón ha debido recurrir a la calle. ¿Podemos empezar? Vamos a hacerlo por la derecha. Señorita terapeuta, ¿cual es su nombre?

—Claudia Benavides doctora.

—Perfecto Claudia, ayúdeme a anotar el nombre, edad y profesión de cada persona que vaya hablando. Muchas gracias.

Mientras hacían este ejercicio, se reunió de nuevo con la directora que en silencio observaba la reunión.

—Doctora, Andrea, la felicito, usted maneja muy bien el tema, parece que fuera también psicóloga.

—No, señora directora, pero si es algo que tengo pensado hacer porque se relaciona con mi trabajo en la oficina y ahora en este Centro.

—Le cuento que estamos muy contentos con su labor. Edelmira nos contó el pasaje molesto en la cafetería y la forma como usted la defendió.

—Sí señora, pero no fue nada, solo exigí respeto por las personas. Soy de las que piensa que no hay que ir vestido de gala o con corbata para poder entrar a pedir unos huevos con pan a una cafetería. La gente piensa que el traje lo es todo.

—Pues le digo una cosa, aquí nadie se hubiera atrevido hacerlo.

—Hay algo en lo que estamos equivocadas muchas personas. Miramos al drogadicto como un desechable, cuándo la verdad es una persona normal que ha tomado el camino equivocado.

—Es cierto, aquí llegan muchos jóvenes ricos, también profesionales que han cedido a la tentación.

—Y con ellos no pasa nada. Perdón un momento. ¿Listo, señorita Claudia?

—Sí doctora. Le apunté en hojas independientes hombre y mujeres.

—Muchas gracias, y me gustaría que me ayude con otros apuntes. Digo, si no es mucha molestia y no tiene otra labor urgente.

—No, señora, no más diga y con gusto le colaboro.

Terminada esta labor de información, los asistentes hablaron e intercambiaron opiniones.

—Présteme atención unos momentos señores y damas. En toda terapia de grupo es muy importante la información de sus componentes. Como les decía al principio de la charla, no todos están preparados para hacerlo. Quisiera preguntar, quién o quienes desean compartir sus vidas con nosotros. Si no hay ninguno no se preocupen. Piénselo, en alcohólicos anónimos lo hacen, otros grupos de autoestima también lo hacen, es una valoración positiva de si mismo. Cuando alguien desee hacerlo, solo tiene que levantar la mano.

Pasados diez minutos de absoluto silencio, pero con varios intercambios de miradas, un joven levantó la mano.

—¿Qué valiente!, ¿cuál es su nombre?

—Mi nombre es Mario Cortés, tengo veinte años. Inicé en la droga, primero fumaba cigarrillo con mis amigos, luego marihuana, tomaba cerveza, trago y cómo me emborrachaba rápido, mis amigos me aconsejaron fumar bazuco que me volvía resistente. Mis padres son gerentes de empresas y nunca se han interesado por mi comportamiento, les da lo mismo que llegue temprano o tarde, borracho o sano.

—Un momento, ¿quiere decir que desde que empezó a fumar cigarrillo, marihuana, sus padres no se dieron cuenta?

—Exacto, ellos llegan a la casa y con un “¿Qué hubo? ¿cómo te fue?”. Saludo de mi padre a mi madre y ella contesta “Bien. estoy cansada te espero en la cama, súbeme un vaso de agua”. A mi y mi hermano ni siquiera nos preguntan cómo nos fue en el colegio y menos ahora en la universidad. Mi hermano casi no le jala a este desenfreno mío.

—¿Cuándo se dio cuenta que era drogadicto?

—Como usted dijo al principio uno no se las cree. Por el vicio he robado con otros parches, pertenezco a una banda y nos han detenido.

—¿Y sus padres, que le han dicho?

—Nada, a nosotros nos cogió la policía porque atracamos en un bus a los pasajeros, les robamos cadenas, billeteras, celulares y la policía nos quitó el botín. Los cuchos pagaron abogados para sacarnos del bote.

—¿Qué piensa hacer a futuro?

—Regenerarme y continuar con mis estudios. Ojalá me ayuden aquí.

—¿Desea agregar algo más?

—No ,doctora, es lo básico. A veces me desespero por falta de una bicha y quisiera volarme, pero luego pienso que estoy aquí porque quiero recuperarme.

—Señorita, ¿cual es su nombre? —le preguntó Andrea a la joven que estaba al lado de Mario.

—Soy Mary Bormam, mi madre es holandesa y mi padrastro alemán. Me metí a la droga porque mi padrastro empezó a violarme desde los cinco años. Tengo dieciocho y la única forma de quitarme ese tormento fue volarme de la casa y dejar de estudiar.

—Perdón, pero tengo una pregunta ¿usted le informó a su madre que su padrastro la estaba violando?

—Claro que lo hice, a los seis años, pero ella me decía que yo estaba loca. Como el viejo ese decía que eran mentiras y ella le creía, no tuve más opción que acceder a sus caprichos. No me

dejaba tener amigos ni novios. Me llevaba al colegio y me recogía. En la casa, solos hacía lo que quería conmigo.

—¿Por qué? no les dijo a los profesores.

—Porque él dijo que si lo hacía mataría a mi madre, luego a mí y por último lo haría él. Me mostraba una pistola que guardaba bajo llave.

—¿Cuándo se voló de la casa?

—Conocí a Mario y él me dijo que nos voláramos. Hemos dormido bajo puentes, en el canal de la sexta y otras cuevas. Hace mucho frío, pero es mejor que acostarse con ese viejo depravado. He estado detenida, pero me sueltan rápido. Yo también quiero dejar el vicio. Hemos olfateado bóxer cuando no tenemos para comprar droga. A veces me puteo para conseguir plata para el vicio. Mario no me dice nada.

Andrea, trastornada por estos relatos decidió dar por terminada la reunión. Estaba adolorida por lo que ocurre hoy en día con la juventud. No podía más que sentir compasión por estos muchachos tan jóvenes que malgastaban sus vidas, a veces empujados por las circunstancias del destino. Uno por la irresponsabilidad de los padres y la joven casi por lo mismo, pero con la dosis adicional de un padrastro violador de una niña de ojos verdes, dentadura perfecta y blanca, rostro fino y muy bonito. De no ser así, tal vez hubiera sido reina o modelo. Terminada esta reflexión les dijo:

—Por hoy hemos terminado y aunque sé que otros quieren hacerlo, tal vez en la próxima reunión lo hagamos. Los felicito por su valentía, sé que se van a superar y adelante van a ser ejemplo de superación para los niños. Muchas gracias. Un aplauso para ustedes. Perdón, antes de que se retiren quiero contarles que voy a llamar a una persona muy especial para mí y es un ejemplo de superación. Ojalá las ocupaciones por su trabajo no le impidan venir.

Terminada la reunión Andrea invitó a la directora a la cafetería para seguir con la conversación sobre el tema. La directora, una señora de unos cuarenta años, parecía tener 30 por la frescura de su piel trigueña, ojos negros, cabello negro y sonrisa muy agradable, entabló una gran amistad con Andrea. Decía sentirse muy identificada con los temas y la forma de llevar la reunión minutos antes.

—En el tiempo que llevo en la institución nunca habíamos encontrado una persona que le llegara tan bien a los muchachos. Ellos son muy reservados, introvertidos al extremo, muy dados por su inclinación hacia el mundo interior. A veces pienso y quisiera saber que pueden encerrar en sus mentes, odio, cuando fijan su mirada seria y fuerte en algo o alguien, alegría cuando unos los ve estallar de risa por momentos, fantasías irreales de mundos extraños y mil cosas más.

—Es cierto y en la próxima reunión va a descubrir muchas respuestas a sus preguntas. Los programas que vamos a hacer abarcan centros de rehabilitación, iglesias cristianas, si podemos católicas que nos cedan un espacio y si toca ir a los sitios de distribución de vicio lo hacemos, instituciones educativas para que los niños se den cuenta del mal que se hacen al probar este tipo de alucinógenos.

—Que interesante doctora Andrea, lo dicho, usted además de abogada también es psicóloga. Posee un gran corazón. Claro que en eso va a pisar muchos cayos que pueden ser peligrosos.

—Es cierto, pero debemos intentarlo. Mire si nosotros podemos rescatar una tercera parte de estos muchachos y llevarlos a las instituciones para que den un testimonio de fe y recuperación, eso va a repercutir en la sociedad. Supiera usted la historia de Edelmira, una muchacha que le ha tocado vivir una vida muy dura.

—Y eso que hasta ahora está empezando. Ojalá sus sueños se le hagan realidad, porque están cargados de mucho optimismo doctora Andrea.

Frente a la oficina estaba Edelmira que necesitaba consultarle algo a la doctora Andrea.

—Doctora, buenas tardes, como buena chismosa quiero comentarle que la gente está muy contenta con usted. Dicen que se quieren regenerar.

—Buenas noticias, Edelmira, pero me imagino que usted no solo vino a decirme eso. ¿Qué cosas nuevas hay para contarme?

—Doctora, imagine que este señor salió ahora con el cuento que me quiere quitar las cinco niñas. Que me vaya para la mierda, que ya estoy muy vieja. Que él, lo que quiere es carne fresca. Le pregunté si se refería a mis hijas, me contestó que para eso eran de él.

—No puede ser, ese tipo está loco. Hagamos una cosa Edelmira, el miércoles vamos a la comisaría de familia y averiguamos cómo va el proceso, a ese tipo le deben dar detención intramuros. Como así que tiene detención domiciliaria si usted lo denunció por abuso sexual con las niñas.

—Listo, doctora, el miércoles nos encontramos aquí o si le parece le consigo la dirección de la comisaria y nos encontramos allá.

—Me parece mucho mejor con eso nos encontramos temprano y terminamos rápido. Como vengo mañana hágame el favor de traerme la dirección. Hasta luego Edelmira.

Se despidieron y como la jornada se daba por concluida ese día, cerró la oficina y salió en busca de un restaurante porque no había almorzado. Por la noche habló con su esposo que estaba rebosante de alegría porque lo habían destacado entre los tres promedios más altos de su grupo. Ella por su parte también le contó sus progresos en sus labores emprendidas.

Al otro día volvió a la casa de rehabilitación. Edelmira le llevó la dirección, pero pospuso el encuentro para los próximos quince días, debido a que donde trabajaba no le habían dado permiso. Durante toda la tarde revisó los escritos hechos por Claudia la fisioterapeuta sobre el programa de rehabilitación el sábado, analizo los perfiles para la charla del próximo fin de semana y regresó al apartamento.

El lunes cuando llegó a la oficina, Andrea se encontró con los tres jóvenes venezolanos del Transmilenio y una joven de la misma nacionalidad. Les hizo un memorial que citaba los méritos a los que tenían derecho por falta de pago de salarios por parte del restaurante. Con carácter de urgencia les dijo que los llevaran a la oficina de trabajo para que les fijaran una cita de careo con sus antiguos patrones. Los animó a no sentir miedo a ser deportados por esta demanda. Que, una vez fijada la cita, ella los acompañaría a la oficina para que ellos se sintieran seguros, porque a ella no la dejaban ingresar al despacho. Solo las partes, demandante y demandados podían hacerlo.

La joven se quedó con Andrea mientras sus compatriotas regresaban. Andrea le preguntó por los motivos que la llevaron a Bogotá.

—Mi nombre es Valentina Rodado tengo dieciocho años, estudiante de sexto semestre de medicina y estoy aquí por la situación tan caótica que vive mi pueblo donde no hay comida y lo poco que les pagan a mis padres, ellos son profesores de secundaria, no alcanza para alimentar a mis tres hermanos. La situación es cada vez más difícil y ante este tormentoso laberinto de dificultades, tomé la decisión de venirme para Colombia. Como usted comprenderá nunca había trabajado en la vida, ya que los sueldos que otrora ganaban mis padres eran suficientes para vivir una vida cómoda.

Llegué a Cúcuta en compañía de un torrente de personas que a diario abandonan mi país. A los ocho días me quedé sin dinero para sostenerme y junto a veinte personas más, cogimos rumbo a Bogotá, a pie o remolcados por camiones, por unos tramos por que la policía no aceptaba llevar

pasajeros. Lo que más nos causó dificultad fue atravesar el páramo de Berlín arriba de Pamplona. Nos tocó pasar muchas penurias no solo a nosotros, también a la cantidad de grupos que encontrábamos en nuestro camino. Vimos morir personas por hipotermia, niños, ancianos y señoras embarazadas. Para no hacerle tan largo el relato, le cuento que desde que llegamos a Bogotá, hemos vivido todo tipo de tropiezos y contingencias, primero porque llegamos sin papeles, no nos dieron trabajo y nos ha tocado dormir en la calle o debajo de los puentes. A veces hemos pasado días sin comer y si lo hacemos apenas podemos consumir una comida. En medio de mi desesperación acepté la oferta de una chama, de trabajar en una discoteca como prostituta. Lo he hecho varias veces para conseguir comida, pagar un apartamento junto a los otros veinte compañeros que trabajan en los articulados vendiendo dulces, aguacates en las esquinas, restaurantes y otros oficios. Dormimos en espacios de cuatro metros, pero al menos el frío no nos molesta tanto. Ahora yo trabajo en un restaurante donde me pagan bien y me alcanza para mandarles veinte mil pesos semanales a mis padres que cada vez ganan menos. No todos los que hemos llegado procedemos de gente buena y trabajadora, algunos han llegado, se aprovechan del buen corazón de los colombianos que, en su afán de ayudarnos, no averiguan el historial de las personas, muchos ladrones, atracadores, pertenecientes al bajo mundo del hampa de Caracas, han formado bandas de atracadores en el centro de Bogotá y otros barrios. Esto nos llena de preocupación y tristeza porque muy pronto ustedes se van a cansar y vamos a pagar justos por pecadores. Doctora, no sabe cuánto le agradecemos por prestarnos su ayuda.

El triste relato de la simpática jovencita la trastornó. A veces la vida nos lleva a unos extremos que jamás imaginamos pasar. Levantó la cabeza y le contestó:

—No, no se preocupe que en lo que pueda voy a ayudarlos déjeme su número de celular y en el momento que salga un trabajo aquí en la oficina la vamos a llamar.

Los jóvenes llegaron y le mostraron la citación para dentro seis días hábiles a partir de la fecha.

—Eso quiere decir que en ocho días nos vemos aquí. Ustedes tienen mi tarjeta con el número del celular, cualquier cosa me llaman.

CAPÍTULO 8

El sábado Juliana llamó al abogado de su madre, aprovechó que se encontraba indispuesta por un virus de gripa que por estos días azotaba a Bogotá. Con algo de coquetería en su voz lo llamó:

—Doctor Jaime, buenos días, que pena molestarlo. Me preguntaba si me puede atender hoy sábado en su despacho. Yo sé que hoy no es un día laboral por lo tanto me da pena molestarlo, de pronto tiene salida con mi madre o con algunas de sus amigas que me imagino debe tener muchas. Qué pena, creo que mejor corto la llamada y lo dejo para la semana que viene.

—No, no, no, Julianita, que alegría que me llame y más un sábado, no se preocupe por Rebeca, que tiene un resfriado el macho que la tiene en cama. Lo de las amigas pues sí, hay algunas, pero nada de importancia.

—Tan coqueto y picarón, quien lo ve en la casa todo calladito. Como que habla más con los pies como ese día en la casa, me hizo pasar una descarga de corriente que me hizo estremecer.

—Con las que sale esta Julianita —dijo con una risa nerviosa.

—¿Entonces qué?, ¿si me puede atender?

—Claro que sí, Julianita, son las nueve, veámonos a las once en la oficina. ¿Está bien, mi terroncito de azúcar?

—Coqueto el picarón, doctor Jaime. Y como soy su terroncito de azúcar ¿me va chupar toda?

—Claro, mi niña bonita. Me empiezo a poner caliente. Su voz me estremece, me hace erizar los pelos de pies a cabeza.

—Morboso, nos vemos a las once. No me haga esperar porque me pongo muy brava. Si puede, llegue antes para que no me haga esperar.

—Listo, listo nos vemos.

El doctor Jaime se afeitó tan rápido que se cortó el labio superior. Por fortuna fue muy superficial y dejó de sangrar. Se bañó, vistió rápido y a las diez y media ya estaba en la oficina. Ese día por no ser día laboral solo se encontró con el portero a quien le recomendó dejar pasar a la señorita Juliana Díaz. Cada dos minutos se paraba frente al espejo, se miraba, retocaba y observaba la pequeña herida que parecía no iba a ser una molestia. La oficina tenía un pequeño cuarto interior con una cama semidoble donde hacía sus travesuras, repasó el tendido y le descargó una buena dosis de perfume. Estaba nervioso pero muy feliz. Caminaba de un lado a otro, miraba su reloj una y otra vez. Le daba la impresión de que el tiempo pasaba muy lento. Varias veces sacó el celular para llamarla, pero se arrepentía en cada oportunidad.

Hasta que por fin escuchó los golpes en la puerta, se apresuró a abrir y frente se encontró con una despampanante mujer vestida con un pantalón negro muy ajustado a su cuerpo y una camiseta casi transparente con gran escote que hacía pensar que no tenía brasier. Este impacto emocional disparó las palpitaciones de su corazón a mil por minuto. Sus ojos querían salirse de sus órbitas. Hasta el habla parecía fallarle al no encontrar las palabras adecuadas.

—Pa...pase, usted, Julianita, que alegría ver...verla.

—Mi Jaime lindo, pero ¿qué le pasó? ¿se cortó arriba del labio?

Un poco repuesto del choque emocional que le causó ver a una Juliana espectacular, cerró la puerta, y le contestó:

—Sí, Julianita, de imbécil me corté, pero es que esa inesperada llamada suya me emocionó hasta los tuétanos.

—Ayy no, ¿no me vaya a decir que fue por mi culpa?

—No, de pronto esas cuchillas que ahora salen tan defectuosas.

—Venga le doy un besito sanador para que se le cure esa herida —lo cogió de las manos, luego lo abrazó y él algo tímido le respondió de la misma forma. Muy coqueta lo miró a los ojos, cerró los suyos un poco en una fina, seductora y total coquetería capaz de doblegar al más fuerte de los humanos. Luego aproximó sus labios y él sumiso a su voluntad aproximó los suyos. Los labios se estrellaron entre sí con sutileza al principio y luego con fuerza. De la emoción soltó un quejido que provocó que Juliana lo soltara de inmediato— ¿Qué pasó, mi amor, lo lastimé?

—No, mi amor, lo que pasa es que tengo mucha emoción y pujo, pero de alegría por la conmoción somática.

—No entiendo que es eso. Espero que no sea nada feo, pero se le escuchó poético.

—No, mi amor, es la expresión más sublime de la pasión por la aproximación de los cuerpos.

—Bueno si es así está bien porque me asusté, pensé que le había hecho daño.

—Venga, mi amor, hagámoslo de nuevo. Esos labios suyos tan dulces como la miel y provocativos me tienen extasiado.

—Descansemos un poquito, mi amor, porque esa emoción le puede hacer daño. Venga siéntese a mi lado y yo lo acaricio y le bajo esas revoluciones. Qué pena que le diga mi, amor doctor Jaime. Dirá que soy muy confianzuda.

—No se preocupe bomboncito, yo le iba a decir eso, a partir de hoy nada de doctor. Usted me dice mi amor y yo le digo bomboncito. ¿Le gusta?

—Claro que sí, pero recuerde que en la casa no nos podemos tratar así. Me van a dar muchos celos con mi mamá cuando lo acaricie.

—No se preocupe bomboncito que ella ya no es importante para mí. ¿Le puedo acariciar la pierna, mi amor?

—Sí, pero suave, con delicadeza, recuerde que esto es nuevo para mí. Es la primera vez que me besa y me coge las piernas un hombre.

—¿Le puedo preguntar una cosa? ¿Por qué se enamoró de mí?

—No sé, desde la primera vez que lo vi sentí mucha atracción, pero como solo tiene ojos para mi mamá. Me gustan los hombres maduros porque tienen experiencia y le enseñan a uno.

—Lo que pasa es que ella es muy celosa y no acepta que yo la miré mi bomboncito, yo también desde el primer momento sentí muchos deseos de enamorarla. Aunque me parecía muy pollita.

—Cuando me tocó los pies sentí que algo me subió hasta aquí —le cogió la mano y se la subió hasta donde termina la pierna, lo emocionó tanto que quiso subirse sobre ella— Jaime un momento, brusco no, hagámoslo como debe ser, este es un momento sublime porque es mi primera vez y quiero que jamás se me olvide. ¿Está de acuerdo?

—Sí, mi amor, lo que pasa es que ya no aguanto más.

—Aguante un poquito, mi lobo feroz —le acarició la boca—, quiero que me consienta con unos caprichitos de lo contrario nada de nada.

—¿Y qué debo hacer?

—Quiero perder mi virginidad vestida de ropa interior roja, tanga, brasier y medias rojas, quiero bailar, desfilarle y que me quite prenda por prenda. Quiero que me dé ese placer, mi amor. ¿Es mucho pedir?

—Pues yo tengo una tanga y un brasier, pero son negros. Están limpios si quiere póngase esos.

—Uyyy qué asco. Ponerme prendas de otra guaricha, Eso sí que no, más bien nos vemos otro día —se levantó de la silla, cogió el bolso dispuesta a irse.

—No, mi amor, si quiere yo voy y los compro al centro comercial. Yo escojo los mejores o si

quiere acompañeme. Vamos y no nos demoramos.

—No, yo no voy a ir. Lo espero aquí y traiga un pollito con eso nos lo comemos cuando terminemos nuestra faena.

—Está bien no me demoro. Ya vengo, si quiere recuéstese un poquito. Pero primero un besito.

—Listo, mi amor, no se demore, que estoy que ardo de deseos. Me trae completo mi pedido —se besaron y salió apresurado mientras tarareaba.

El celador le salió al camino y le preguntó qué había sucedido. No era normal verlo tan afanado. Le contestó que iba a traer un pedido con urgencia que ya volvía.

Entró al centro comercial y buscó un almacén donde vendieran artículos de lencería. A la entrada encontró una señorita que se ofreció para atenderlo:

—Señor, buenos días, ¿en qué puedo ayudarlo?

—Gracias, señorita, busco unas prendas íntimas para mi mujer que está de cumpleaños y quiero sorprenderla con un regalo —se acercó y le susurró al oído— usted sabe señorita nos acabamos de casar y ella desea algo llamativo para sorprenderme. Quiero una tanga roja, brasier rojo y medias rojas ¿será que me puede ayudar? —dijo y se frotó las manos con insistencia.

—Claro que sí, señor, sígame.

Apenas salió Jaime, Juliana cerró la puerta y la aseguró. Rápido se dirigió a los muebles de archivo. Para su fortuna las llaves estaban pegadas a la cerradura, abrió el primer cajón, revisó el título en la parte superior de las carpetas y no encontró su objetivo. Abrió el segundo y corrió con la misma suerte, los nervios empezaron a apoderarse de ella que se santiguó, pedía una iluminación o un milagro. El tiempo corría veloz, miró el reloj y habían transcurrido ocho minutos. “Dios mío ayúdeme”. Con mucho sigilo abrió el tercer cajón miró las primeras carpetas y nada. En el fondo encontró una hoja titulada con marcador negro, “Carpetas con papeles y escrituras de Álvaro Díaz”. Estaban sujetadas por una banda de caucho. Soltó un largo suspiro, y luego besó las carpetas “gracias Diosito lindo”, se relajó un poco y procedió a ponerlas encima del escritorio. Le quitó la banda y miró una a una; en la primera encontró las escrituras de las tres casas, en la segunda los registros de constitución y papeles de la cámara de comercio, en las otras dos, papeles de los carros y los poderes concedidos a la señora Rebeca Flórez de Díaz. Una a una las desocupó y en su lugar puso con hojas en blanco que había en un archivador sin llave y que eran usadas para sacar fotocopias. Miró su reloj, habían pasado veinte minutos. Pensó en Jaime. Que se hallaba desesperado porque había encontrado la tanga y el brasier, pero las medias rojas no. La empleada llamó a otro almacén de la misma cadena y por suerte sí tenía en existencia, pero se demoraba unos minutos en traerlo. Por fin se dio el milagro, pagó en la caja que no tenía clientes delante de él y se encaminó a la oficina. Ya estaba a unos pasos cuando se acordó del pollo y se devolvió para comprarlo.

En la oficina Juliana guardó las carpetas en el cajón inferior del archivador, lo cerró y ordenó de nuevo los papeles, porta lapiceros y las cosas que había encima del escritorio para que no despertaran sospecha que habían sido removidos. Desde niña poseía una memoria fotográfica y recordaba con impresionante exactitud los sitios dónde estaban las cosas, minutos antes, semanas o años. Guardó los papeles en un bolso grande que había traído y luego se dirigió a la cama que desordenó, untó la sábana con sangre que había traído en un frasco pequeño, sacó papel higiénico y lo embadurnó con la sangre del frasco que guardó de nuevo en su bolso. Bajó la cremallera de su pantalón, se acordó que debía quitar el seguro de la puerta y de nuevo regresó a sentarse al borde de la cama. Sacó del bolso otro frasco que contenía unas gotas y se las aplicó en los ojos. Estaba guardando el frasco cuando escuchó que el ascensor se detenía.

Era el lujurioso abogado Jaime que entró apresurado a la oficina.

—Uff, mi amor, ya llegó su bomboncito, ¿en dónde anda mi picarona y bello terroncito de azúcar?

—Aquí estoy, mi amor, preocupada porque no llegaba, ¿por qué se demoró tanto? —dijo y se levantó de la cama nerviosa porque no sabía el desenlace que podía tener la situación creada por ella.

—No encontraban esas benditas medias veladas rojas. Dijo la señorita que no es temporada para ese color. La temporada es de octubre en adelante. Aquí traje todo, hasta el pollo que se me había olvidado y me tocó devolverme. A ver mi amor voy a dejar estos paquetes en el escritorio. Ahora sí a disfrutar nuestro momento —golpeó su pecho con las manos y gritó como si fuera Tarzán, luego entró a la habitación y se la miró sorprendido—. ¿Que le pasó mi terroncito porque llora?

—Una tragedia, mi amor, me ocurrió una tragedia mi amor, mire —le mostró la cama con la sábana ensangrentada.

—¿Pe...pe...pero que ocurrió? ¿se cortó?

Juliana se lanzó a los hombros y lo abrazó. Lloraba desconsolada.

—Mi amor no es mi culpa —dijo entre llanto.

—Sí amor, pero explíqueme porque no se lo que pasó, ¿por qué la cama está manchada de sangre?, cálmese y me cuenta porque estoy desconcertado.

Hizo un alto al sollozo y al llanto, se sonó y aún con suspiros agitados dijo:

—Imagine, mi amor, que me quité la ropa y me acosté para esperarlo ansiosa, estaba muy nerviosa porque me imaginaba cómo sería mi primera vez, si me dolería bastante, cuando de pronto sentí algo caliente en medio de las piernas, me senté y vi la sábana ensangrentada. Me levanté rápido y me fui al baño.

—¿Pe...pe...pero sangre por qué, mi amor?

—Imagine, mi amor, que me vino la menstruación. Cuando estoy muy nerviosa me pasa esto. Por eso me da miedo acostarme con un hombre y por eso sigo virgen. Perdona, mi amor, usted no se merece esto.

Se quedó perplejo, la miraba directo a los ojos. No podía creer lo que estaba pasando, había imaginado que por fin se acostaría con la hija de su amante. Previo a este momento se sentía muy feliz y por eso se sometió a complacer todos sus caprichos así le hubiera tocado correr, esperar en el almacén, devolverse por el pollo y si le hubiera pedido algo más complicado, sin pensarlo mucho la habría complacido.

—No puedo creer lo que me está pasando.

—Mi amor, si es por la sábana yo se la pago, dígame cuánto vale y el colchón también —dijo con cara de niña buena y arrepentida.

—No, no es por eso, es por el momento que íbamos a pasar, yo tan contento y emocionado, nunca me había acostado con una mujer que estuviera virgen y ahora me sale que le llegó la regla

—Toque a ver y verá que tengo sangre —le cogió la mano y la puso en su entrepierna—, o si quiere me bajo los pantalones si tiene alguna duda. Toque, meta la mano bien, no le de miedo.

—No, qué asco —sacó rápido la mano y se alejó de ella—, ¿para qué quiere que me unte de sangre?, bastante tengo con la emoción frustrada, creo que hasta el celador notó mi miembro alborotado, correr como un pendejo al almacén a buscar esas prendas que causaron mucha risa a la vieja que me atendió. Creo que no creyó que eran para mi mujer, y vine ilusionado hasta los tuétanos, esperaba disfrutar las mieles del amor y mire con lo que me encuentro.

—Mi amor, no me regañe, no me haga sentir mal. Me hace pensar que a lo mejor me rompí una vena por allá adentro y...

—No terroncito, lo que pasa es que yo estaba muy ilusionado.

—Mejor venga y lo consiento un poquito a ver si le pasa el mal genio —lo abrazó, lo besó, le acarició los labios con la lengua y luego se la introdujo. De nuevo la pasión de Jaime volvió y cuando quiso llegar más lejos Juliana lo apartó con brusquedad—. Mi amor, recuerde que no podemos hacer nada. Espere un momento que me voy a cambiar creo que me manché de nuevo. Mejor aplacemos para dentro de quince días. El lunes voy a ir al ginecólogo a ver si me formula algunas pastas o me aplica unas inyecciones para este problema porque esto no es normal. Nos toca con paciencia, mi amor lindo. En quince días nos desquitamos, se lo prometo.

Resignado al desenlace de este sábado que empezó emocionante y terminó decepcionante, no le quedó otra alternativa que consolarse con esa opción.

—Tiene toda la razón, mi terroncito, vamos a recoger las sábanas para que estén limpias cuando usted decida volver.

—Déjeme a mí, las llevo para mi casa y le digo a la muchacha que la lave.

—Pero ¿cómo se le ocurre?, no ve que Rebeca, su tía o su abuela se van a dar cuenta. Eso sí ni de fundas porque la vamos a cagar peor.

—Uy tan grosero este abogado.

—Ahora poseo un problema —dijo Jaime pensativo.

—¿Cual, mi amor?

—Desaparecer el colchón que está manchado y las sábanas de la cama, no quiero que Rebequita venga y se de cuenta.

—Pues le dice que fui yo y listo —se quedó con la mirada fija en la expresión lastimera en su rostro—. No, perdone, mi amor, era una chanza. Pobrecito mi bomboncito, usted preocupado y yo burlándome. ¿Sabe qué, mi amor? Me dan celos que mi mamá tenga que estrenar gracias a mi embarrada. Eso no es justo, yo quiero ser la primera en estrenar, ella que se aguante otros días. ¿Qué dice?

Por unos minutos el abogado se quedó pensativo y quiso responderle que sí, ella primero, pero una alerta mental lo previno. “No fuera a ser el diablo y se lo manchara de nuevo”.

—Ya, ya dejemos ese asunto concluido y ya, su mamá primero. Última palabra. Voy a hablar con el celador a ver cuánto me cobra por botar esas sábanas y el colchón.

Juliana pensó que si Jaime se quedaba solo podía sospechar que algo raro había ocurrido en su ausencia.

—Mi amor, ¿y me toca irme sola con este sangrado? Qué oso, mi amor.

—Sí, pero también me puede manchar el asiento y ahí sí peor.

—*Uich*, parezco una leprosa, nadie me quiere. Mi bomboncito me tiene asco.

—No diga eso, mi amor. Comprenda que tengo razón.

—¿Y si ponemos periódico encima del cojín? Usted tiene bastante aquí.

—Sabe que sí. Ahora debo arreglar el otro problema —bajó a la portería y habló con el portero que se mostró terco al principio, solo el dinero logró cambiar su actitud—. Listo, arreglado el problema, solo debemos dejar el colchón y las sábanas aquí afuera y más tarde los baja al sitio donde están la basura.

Salieron por el parqueadero, pero no escaparon a la mirada maliciosa y batida de cabeza del celador, era el precio que debía pagar por su osadía. En el trayecto reinó el silencio y ni siquiera él tuvo ganas de encender el radio para escuchar un poco de música. Los ánimos estaban por el

suelo. Dos cuadras antes de llegar a su casa Jaime detuvo el vehículo y le dijo a Juliana que debía quedarse porque no era prudente llevarla a la casa.

—Está bien, mi amor, pero primero deme un besito —él ladeó la cabeza y le dio un beso rápido—. Así no mi amor, no se apene de mí, pensé que se sentía orgulloso de tenerme a su lado. Voy a bajar el periódico.

—No, el periódico déjelo ahí que yo lo bajo en la casa. Mi amor, ¿cómo se le ocurre pensar que siento pena de usted? Lo que pasa es que mucha gente nos conoce y nos puede delatar. Súbase y lo hacemos bien —Juliana le cogió el rostro con ambas manos y lo besó con pasión. Mientras él con los ojos revisaba que no los estuvieran observando.

Varios metros adelante alzó sus manos y una vez más se despidió. Estaba muy contenta porque todo le había salido a la perfección. Cuando llegó a la casa su madre, su tía y su abuela estaban sentadas en la sala. Las saludó con efusividad, algo que no hacía con frecuencia y se sentó con ellas. Le preguntó a su madre por su salud, recibió como respuesta que se encontraba mejor del resfriado. Preguntó también por su padre y que si podía acompañarla al hogar geriátrico. Doña Rebeca le respondió que iría acompañada de la abuela y la tía, que a la próxima visita esperaba que Juliana la acompañara. Se despidió de beso de las tres y se retiró a su alcoba porque dijo venir muy cansada.

El lunes a las nueve de la mañana Juliana timbró en la oficina de Andrea, una de las secretarías le abrió, la mandó a seguir y sentarse mientras la anunciaba. Cuando regresó le dijo que en diez minutos la recibirían. Mientras la hacían seguir a la sala de juntas tomó una revista y trató de leer un poco, pero tenía su mente ocupada en el episodio del sábado.

La puerta se abrió y salió la doctora Ana María que la hizo seguir. Saludó uno a uno a los allí reunidos. Tomó asiento y esperó a ser atendida. En su cabeza rondaba un torbellino de dudas sobre la forma como les contaría la primicia, si debía hacerlo reunida con los asistentes o esperar y hablar primero con la doctora Andrea.

—Señorita Juliana, muy buenos días —el primero en hablar fue Miguel— qué pena hacerla esperar, pero es que estábamos empantanados con otros clientes, pero no se preocupe que a partir de este momento somos suyos.

—Gracias, doctor Miguel, y de nuevo a todos muy buenos días.

Andrea miró a todos los asistentes para saber con quién empezar:

—Creo que podemos empezar por Daniel, luego T.J., Karen, Carol y si usted tiene algo nuevo, seguimos con Usted Juliana.

—Como habíamos hablado nosotros continuamos con nuestro rastrillo por puentes, canales y muchos sitios donde se reúnen los viejitos —empezó Daniel—. Perdón Juliana, el suyo no es viejito es de la tercera edad y por fin encontramos un indicio de una señora que dice conocerlo y que días atrás lo vio por los lados de Usaquén, que se encontraba enfermo de una gripa, pero que luego no había vuelto por esos lados. Ella dijo que era muy callado y muy seguido les llevaba galletas.

—Otra cosa es que fuimos con mamá Vicky a donde la Reina en el barrio San Bernardo. Nos dijo que por allí no tenían noticias de él y nos aconsejó buscar en hospitales, pero no atenernos solo a la oficina de información, que nos metiéramos de alguna forma al lugar donde tienen a los ancianos, a las personas que no tiene dolientes, ustedes me entienden. A partir de mañana vamos a hacerlo —continuó T.J.

—O, sino que fuéramos a los cementerios y averiguáramos por los N.N —añadió Daniel.

—Esperemos que esto último no ocurra. Pienso que él se mueve en la zona norte —intervino

Andrea—. Primero en la Avenida Suba con 116, ahora en Usaquén. Me preocupa que esté enfermo, con este invierno y sin medicina. Debemos seguir moviéndonos de la 72 al norte, oriente y occidente. Concentrémonos en eso y visiten cuanto hospital grande o pequeño, estaciones de policía y CAIs.

—No sé si nos necesitan más aquí, o nos vamos a seguir los pasos de don Álvaro, tengo el presentimiento que lo vamos a encontrar esta semana —dijo Daniel.

—Sí, muchachos, recuerden que hemos enfrentado casos más complejos —intervino Ernesto—. Vayan con Dios. Aunque no sé si la doctora o Miguel quieran agregar algo.

—Creo que es suficiente —concluyó Andrea.

Se tomaron un tinto con galletas y salieron hacia Usaquén. Último lugar donde lo vieron. La reunión continuó con las universitarias Karen y Carol.

—Bueno, señoritas, qué nos tienen en el día de hoy, esperamos buenas noticias. Empecemos con Carol.

—Pude averiguar con la aseo que tuvo el altercado con la directora, que don Álvaro huyó por un castigo, bañarlo a las tres de la madrugada. Que pocas veces lo había visto tan alterado. Parece que la esposa cuando se enteró del castigo apoyó a la persona que lo hizo. Karen tiene otra información —informó Carol.

—A ver, Karen, díganos algo que no sepamos.

—Sí, doctora, la semana pasada con Carol, presenciamos una discusión bastante tensa entre la directora, la señora Rebeca y la hermana. Ellas le reclamaban sobre la razón que tenía la institución para no dejarles ver a don Álvaro. La directora les respondió que aún el virus o los pulmones, impedían que ellas lo vieran. Doña Rebeca se enfureció y les dijo que no le dijeran mentiras, que ellas habían visto a su esposo en la calle Suba pidiendo limosna. La directora se enfureció porque dudaban de su palabra. Solo aceptó cuando la amenazaron con llevarle un abogado para investigar el caso. Les pidió ocho días para tenerlo devuelta. O sea que mañana tienen previsto una nueva reunión.

—El problema con nosotras es que nos han visto con preguntas de aquí para allá y nos han pedido, que hasta esta semana tenemos plazo para finalizar nuestro trabajo —dijo con tono de preocupación Carol—. Bueno por lo menos aceptaron en el hogar geriátrico que si huyó y no se encuentra con ellos. Falta ver de dónde van a sacar al esposo de doña Rebeca. Lo veo difícil.

—Listo, seguimos algo estancados y el tiempo corre. Me preocupa su salud. ¿Qué hacemos, Juliana? ¿Paramos o seguimos? A nosotros nos da pena no entregar resultados —consultó Andrea.

—Seguimos, ustedes son unos valientes, nada de darse por vencidos. Las señoritas ya nos informaron algo que yo no sabía porque mi madre aún me oculta lo de su desaparición del hogar. Además, traigo una bomba, oigan bien una bomba.

—¿Cómo así?, no nos asuste, si quiere nos salimos —dijo Ernesto un tanto preocupado.

—No es de esas, es otra más explosiva. Pero quiero hablar primero con la doctora Andrea y luego con todos si ella lo considera necesario.

—Me parece muy bien. Primero nos tomamos unos diez minutos de descanso y luego, ustedes dos vuelven aquí. Con Ernesto y la doctora Ana María, vamos a discutir unos asuntos económicos. Las señoritas no sé si pueden regresar a la casa hogar. ¿Qué dice, la doctora Andrea? —consultó Miguel.

—Me parece perfecto a ver si estiro mis piernas y creo que ustedes están en las mismas. Salgamos un momento. En cuanto a Karen y Carol, es mejor que regresen a la Casa Hogar y como tienen hasta esta semana prácticamente, lo mejor es aprovechar al máximo estos días. Algo

novedoso que descubran por favor háganlo saber porque el tiempo se nos agota a todos. Yo no sé ustedes, pero yo si estoy muy nerviosa por don Álvaro —designó Andrea.

Juliana y Andrea regresaron a la sala de juntas luego del descanso:

—Bueno, ahora sí cuénteme, niña ¿cuál es la bomba, que nos trae? —Juliana cogió el bolso, de su interior sacó poco a poco, uno a uno los papeles despojados de la oficina del doctor Jaime dos días atrás, los ponía uno a uno encima de la mesa, a medida que los sacaba miraba de soslayo a la doctora y dejaba escapar una sonrisa picarona, se los mostró a la abogada, que abrió los ojos como si acabara de ver un fantasma—. Pero ¿qué es esto Juliana? Escrituras, registros de cámara de comercio, papeles de propiedad de unos carros y unos poderes de su padre a doña Rebeca —Miró con detenimiento un poder—. Oiga en este poder la firma no concuerda con la original. De verdad esto es una BOMBA con mayúsculas, ¿pero ¿cómo hizo para conseguirlas?

—Con engaño, coquetería, besitos, abracitos, un toque por allí otro por allá sin llegar a caer al abismo de la aventura, y listo. El resto lo puso el hombre que cayó como borrego con la lengua afuera con tal de encontrar el tesoro escondido y que jamás hombre alguno ha descubierto. Así lo hice.

Andrea cogía y miraba los documentos, los dejaba en la mesa y miraba a Juliana

—Me tienen impresionada sus alcances, esto es de espionaje de película, y peligroso. Además, esto es un delito, es robar documentos.

—Pero es más delito tratar de robar a mi papá y a mí. ¿Está bien que mi mamá se acueste con él para conformar esta estafa? Eso si es delito. Esto es nuestro, es el fruto de mi padre de muchos años. Lo que hice fue recobrarlos.

—Pero usted no tiene pruebas que ellos se acuestan. Óigame bien, Juliana, es una grave acusación. Recuerde que ella es su madre.

—Claro que no puedo olvidar que ella es mi madre y si lo digo es porque tengo seguridad, de lo contrario no lo haría. Yo me acosté en la cama donde ellos hacen sus porquerías quién sabe desde cuándo le pone los cuernos a mi inocente padre. El muy cínico me contó como si eso hubiera sido una hazaña de hombre tumba locas.

—Bueno niña loca, entonces cuénteme en detalle lo que pasó. Le advierto una cosa, nada de fantasías para demostrar su acto heroico.

—Está bien, siéntese y le doy detalles desde el principio. Le cuento que es largo, pero no tendido —dijo con una risa— y le anticipo que vamos a almorzar tardecito. Si quiere avíseles a los doctores.

—No, no es necesario, ellos entienden que estamos ocupadas y es muy posible que nos esperen, a lo mucho cuando estén cansados de hablar y tomar tinto, se pasen a las aromáticas, Ellos no se pierden este chisme por nada del mundo.

—Listo, imagínese que el sábado a las nueve, llamé al abogado y le propuse que nos viéramos...

Con paciencia, con pelos y señales le detalló como ella lo sabe hacer, interpretó personajes y voces, toda la trama del embaucamiento del que fue objeto el abogado avariento, codicioso y desleal con el amigo que tanto le sirvió y que en épocas de estudiante recibió ayuda para terminar sus estudios. A veces paraban para reírse a carcajadas y como Andrea pensó que no era justo que sus amigos se perdieran esta increíble historia de engaño pasional, los mandó seguir y como era lógico suponer ellos le hicieron repetir desde un principio su hazaña. Cuando terminó se quedaron en silencio por un rato mirándose unos a otros a lo mejor querían descubrir, qué impulso llevó a esta mujer a realizar esta difícil tarea, después de un rato de silencio Ernesto habló para invitarlos

a almorzar.

—Yo creo que esto amerita un almuerzo a la carta, fino, porque esta maestra del engaño pasional, hoy nos ha enseñado que si se puede hacer algo cuando hay voluntad y perspicacia — dijo Ernesto.

—Juliana, una pregunta algo indiscreta ¿cuándo usted le cogió la mano y se la introdujo al pantalón y la guió más abajo que pensó? —consultó Miguel.

—No sé, en esos momentos no se piensa mucho y si me hubiera tocado aceptar que me cogiera o acariciara tenía que aguantarme, como en el juego de naipes, ya estaba jugada. Esperaba que no fuera a ser tan sucio de untarse de sangre. Por fortuna desaprovechó esa ganga por ser asquiento.

Todos se rieron hasta la entrada del restaurante. Durante el almuerzo miraban a Juliana una mujer delgada con cara de niña inocente, incapaz de romper un plato y que al final rompió toda la vajilla, la verdad no le encontraban explicación y de no ser por las pruebas que presentó, con dificultad le hubieran creído.

Terminado el almuerzo Ernesto y Miguel se dirigieron a la universidad. Ana María a su oficina, Juliana y Andrea a la sala de juntas. Tenían que continuar con el trabajo que había la audaz señorita.

—Bueno, Juliana, a lo hecho pecho. La felicito por el trabajo que en mi caso no hubiera sido capaz de hacer.

—Doctora, pero recuerde que usted me dijo que la táctica era ponerle algo de coquetería y eso hice. Ponerle algo de picante a los huevos.

—Sí, pero recuerde que no le dije que se acostara con el asqueroso ese... —se quedó pensativa un instante y siguió— Gracias a Dios no lo hizo.

—Sí, señora y no lo hubiera hecho.

Ahora con más calma revisó de nuevo los papeles. Unas veces fruncía los labios entre sí. Su rostro parecía una fábrica de muecas, que eran imitadas por Juliana, pero con interrogantes, que no sabía lo que ocurría en la mente de la abogada. Por fin hizo un alto, se tomó un sorbo de agua, miró a Juliana y dijo:

—Este material es muy importante y por lo que deduzco, su mamá y el doctor Jaime, querían quedarse con todo y dejarlos en la calle.

—¿O sea que no fue malo lo que hice?

—Malo no, pero peligroso sí. Todavía no salgo del asombro. Es que usted tiene carita de niña buena, inocente, no de esas que uno piensa que son muy lanzadas. Que no le temen a nada.

Frunció sus labios y le respondió:

—A veces esas, con cara de yo no fui, también salimos con unas que nadie imagina.

—Es cierto, lo primero que vamos a hacer es sacarle unas fotocopias a todo este material, con eso si un Juez ordena devolverlos, tenemos suficiente material para ganar este pleito. Aunque no sé si atrevan a ponerle una demanda por hurto o invasión de propiedad, no sé qué figura se puedan inventar y así como el abogado no se atrevió a meter la manito donde no debía por gallina y que debió hacerlo para comprobar que usted le mentía, de pronto no se atrevan a poner una demanda por hurto.

—Pienso lo mismo, doctora, pero también pienso otra cosa, creo que me va a tocar buscar apartamento. Porque donde me descubran se va a formar la de troya y conozco a mi mamá y lo que puede llegar a hacer.

—Pues esperemos a ver qué pasa. Ojalá a ese Doctor no le dé por buscar esos papeles y en vez de escrituras encuentre hojas en blanco.

—¡Qué nervios! Voy a estar pendiente de lo que diga mi mamá mañana al regreso del geriátrico.

—Esta noche voy a llamar a Karen y a Carol a ver qué averiguaron de nuevo. Lo mismo con T.J. y Daniel.

—Doctora Ana María, hágame un favor.

—Sí, doctora Andrea, ¿qué se le ofrece?

—Necesito que me saque doble copia por cada documento y le abra carpetas por separado de carácter urgente.

—Sí señora —salió de la oficina y llamó una de las secretarias a quienes delegó esta función.

Se miraron, como preguntándose ¿y ahora qué sigue?

—Por hoy creo que no es más. Me siento cansada y creo que usted está igual. Le propongo una cosa. Le ofrezco una cerveza o más bien tres, porque debo llegar al apartamento a llamar a mi esposo y luego a un amigo, Carlos Alberto, a mi pueblo.

—Acepto el ofrecimiento, doctora, le cuento que ayer estuve muy tranquila, esperé que Jaime pasara por la casa, pero no lo hizo.

Salieron de la oficina y se dirigieron al restaurante que tenía servicio de bar en las tardes.

—Juliana, quiero decirle que, si por alguna razón las cosas se le ponen delicadas en la casa, en mi apartamento hay un cuarto desocupado y está a su disposición.

—Muchas gracias, doctora, sería muy bueno para mí. Le contaba que ayer no estaba para nada nerviosa, al contrario, me sentía como cuando alguien roba un botín y se siente orgulloso de eso. En la mañana cuando llegué me sentí igual, pero ahora estoy nerviosa.

—No se preocupe que nada va a pasar. Ahora que usted se puso en el centro de la tormenta debe tratar de manejar los vientos con gran equilibrio. Lo primero que debe hacer es manejar la tranquilidad, usar la malicia, esa que tanto nos beneficia, la amabilidad con su tía, abuela y madre así sus sentimientos sean contrarios.

—Tiene razón. Ayer casi no salí de mi cuarto porque sentí mucha rabia con mi mamá, yo tenía una imagen muy diferente de ella y le creí cuando me dijo que mi papá nos había abandonado, pero cuando me acosté en la cama dónde ella se acuesta con Jaime, no pude sino sentir repudio por ella. Por eso también fue que manché las sábanas y el colchón, para que comprendan otros. Le va a tocar estrenar, vamos a ver qué disculpa le saca Jaime. Le tengo un odio a ese tipo que no puedo controlar.

Andrea se quedó pensativa por unos segundos y le dijo:

—Tiene razón, pero creo que está equivocada, ahora más que nunca debe seguir el juego con él. No lo aparte, al contrario, llámelo ojalá día de por medio. Sea cariñosa y tierna así no lo sienta. Recuerde que la mejor táctica con el enemigo es tenerlo cerca, con eso puede conocer su táctica.

—Cada vez le aprendo más, doctora. A propósito, lo voy a llamar —le marcó y muy rápido el abogado Jaime le contestó. Puso el altavoz para que Andrea escuchara—. Hola, ingrato ¿qué pasó que no me llamó ayer?

—Hola, Julianita mi amor, perdone, pero quedé muy confundido. Nunca imaginé que el sábado en la mañana me fuera a dar tan bonita sorpresa. Le cuento que el pollo se lo di al celador que no ha hecho sino reírse de mí. El muy cretino me considera un toro con las mujeres. Mejor así que no sabe qué pasó.

—¡Qué vaina con ese tipo que no hizo sino burlarse de nosotros! Mi amor, pero estoy muy triste porque ni siquiera me pregunta cómo seguí. Si vamos a seguir así, no le veo futuro a esto, es mejor que dejemos así, claro, como tiene a mi mamá que es más acuerpada que yo y se mueve mejor. De pronto dirá que esa flaca desgarbada para qué. Pero aún no me ha visto en acción para

demostrarle que las flaquitas también somos dinamita —les tocó apartarse un poco porque no aguantaban la risa.

—No diga eso, mi amor. Si supiera que estoy ansioso de que pasen los quince días para que me demuestre sus actitudes y así pueda elegir quién es mejor. A propósito ¿cómo siguió? me dejó muy preocupado.

—Ujum, quién ve el torito y lo que embiste, no solo se conforma con la vaca, también a la ternera la quiere montar —hizo una pausa para reírse con Andrea—. Ya estoy mejor, esta mañana fui a la droguería y me dieron unas pastas para trancarme la hemorragia, vamos a ver si me sirven. El bolso lo llené de toallas higiénicas. Le va a tocar que me ayude.

—Tranquila, mi amor, yo le ayudo. Si quiere le compro unas y se las llevo lo que pasa es que no sé cómo entregárselas.

—Mejor olvide eso que compré bastantes. ¿Mi amor, cuándo me llama?

—Mañana porque hoy estoy muy ocupado.

—¿Y cuándo va a ir a la casa? Quiero verlo.

—El jueves en la tarde. Nos vemos, un besito porque llegó un cliente.

—Un besito mi amor, me piensa bastante.

Durante unos minutos rieron a carcajadas. Andrea no podía salir del asombro. Jamás imaginó que esa niña pudiera tener semejantes alcances.

—Me tiene anonadada señorita.

—¿Le gustó, doctora?

—Claro que me gustó, pero tenga presente que cuando se juega con candela se corre el peligro de quemarse. Así que tenga mucho cuidado, no ilusione demasiado a ese hombre.

—Sí, doctora, voy a medirme un poco más —dijo y adoptó una cara de niña inocente— Tengo que cuidar el perrito y no dejar que me lo pise un carro —se rieron a carcajadas—. Y también tengo otra cosita, pero me da miedo mostrársela porque me puede regañar. Lo iba a borrar.

—No puede ser, ¿hay más? ¿Qué es?, recuerde que soy su abogada y no me puede ocultar nada, absolutamente nada. ¿Me escuchó?

—Está bien, pero prométame que no me va a regañar. Prométame.

—Está bien lo prometo, pero dígame rápido que estoy de afán, quiero llegar rápido al apartamento.

—Grabé todo lo que pasó en la oficina del abogado.

—No puede ser, ahora sí estoy segura; usted está loca o le falta un tornillo ¿Y dónde la tiene?

—Pues en mi celular, ¿dónde más podría ser?

—Cada vez aprende uno más. Le va a tocar ir mañana a la oficina y dejármela escuchar. Eso nos puede servir y mucho para presionar a ese tipo y a su mamá. De pronto así no la denuncian.

—Claro y si quiere sigo grabando.

—No, no, no, usted es un peligro.

—¿Qué carrera fue la que me dijo que estudiaba?

—Psicología, pero pensándolo bien, mejor voy a cambiarme por derecho.

Se acordó de la casa de rehabilitación y pensó que le caía como anillo al dedo para que le colaborara con los muchachos en su plan de recuperación.

—No, no lo haga, mire que yo la necesito. En la casa de recuperación de drogadictos necesitamos sicólogas, yo pienso estudiar esa carrera. Usted puede ensayar de pronto con ambas; sicología y derecho, o sino termine primero una y luego empiece la otra.

—Si usted me aconseja eso, lo haré. Quiero aprender muchas cosas al lado suyo. Es una dura y

con su ayuda vamos a salir adelante.

Se tomaron las tres cervezas y se despidieron. En el apartamento dejó volar su mente, recordó este día *sui generis* por lo excepcional a los otros días de trabajo. Llamó a su esposo. Quería preguntarle primero sobre sus logros en sus últimos meses de estudio y segundo; sobre su regreso a Colombia. Como siempre esta llamada la llenaba en su parte emocional. Era como un tanque de oxígeno para recuperar energías y aliento para seguir adelante.

—Hola, mi niña bonita, esperaba con ansiedad la llamada para después concentrarme en la lectura de un trabajo de investigación.

—Mi amor, buenas noches, claro que sí, yo también deseo que lleguen estas horas para poder disfrutar esa voz que alimenta mi espíritu. ¿Cómo ha estado mi esposito bonito y juicioso?

—A Dios gracias muy bien, muy encarretado de tareas y trabajos de investigación. Pero estoy como Nairo Quintana en los últimos kilómetros del premio de montaña, fuera de categoría, dándole con todas mis fuerzas. Deseoso para que pasen rápido estos dos meses y ahí sí alistar maletas y rumbo a Bogotá a pasar mi segunda luna de miel.

—Claro que sí, mi amor, yo también espero lo mismo. De nuevo te comento lo que ocurrió hoy, un poco abreviado porque es muy largo. Imagínate que... Y le contó la odisea de Juliana.

—Mi amor, estoy anonadado con esa historia es de no creer. ¿Y eso no es peligroso? Es como una invasión a cosa ajena o que se yo, eso solo lo saben ustedes los abogados.

—Fue mi primera reacción, pero la explicación que ella utilizó es que sustrajo lo que le pertenecía a ella y a su padre.

—Sí, pero la madre puede servirse de que ella le dio esos papeles al abogado para algunas cosas legales.

—Sí, pero la muy pilla grabó todo lo sucedido ese día. Imagínate mi amor con esas pruebas ella y el abogado seductor, quedarían con las manos atadas si quieren llegar a un estrado para una demanda.

—Imagino a esa muchacha, grande, acuerpada de unos 25 años o más, con mucha experiencia de la vida y...

—No, mi amor es todo lo contrario. Es delgadita, cara bonita, dulce, inocente. Usted jamás imaginaría que tuviera esos alcances.

—Vea pues, como reza el dicho, caras vemos, de sus alcances no sabemos. Creo que es así lo del dicho. Mejor no invento. Mi amor y fuera de esa película de suspenso, espionaje y emoción, ¿qué más sucedió?

—No amor, en eso se nos fue todo el día. Y otra cosa que quería contarte es que deseo llamar a Carlos Alberto a ver si puede viajar a Bogotá, a darnos unas conferencias sobre la recuperación de una persona que ha caído en el vicio de la drogadicción. No sé qué pienses de la idea.

—Me parece muy buena idea y ¿viajaría solo?

—No, mi amor, la idea es que viaje en compañía de la mujer y los dos niños. Creo que por unos ocho días y se alojarían en el apartamento.

—Pienso que es una idea genial, pero recuerda que eso te puede involucrar cuando él narre lo que ocurrió. Quién lo ayudó a salir de ese lastre y...

—Sí, lo he pensado bastante y es algo que a veces no me deja dormir, pero es un pasado que no debo ni puedo ocultar, es algo que llevo en el fondo de mi corazón y a veces me atormenta. Algún día se va a saber y es mejor por boca mía. No sé si va a ser peor, pero creo que debo hacerlo. La pena y el qué dirán hay que dejarlos a un lado.

—Tienes razón. No lo había pensado así. Es de valientes decir, “un día la embarré, pero Dios

me dio la fuerza para rectificar mi error”.

—Eso quería escuchar mi amor, por eso te amo tanto. No sé qué haría sin mi ángel protector Gabriel Jaime.

—¿Y cuándo sería eso?

—Esperaba tu opinión para hacerlo. En mi mente y corazón hay deseo de hacerlo. Pienso llamarlo luego de que colguemos. A lo mejor, él no quiera hacerlo y dejamos las cosas así, pero sería un buen ejemplo para estas personas que han caído en el vicio.

—De mi parte estoy de acuerdo y apoyo esa bonita idea.

—Gracias mi amor y pienso invitar ese día a los de la oficina, a mamá Vicky y a los directivos de la fundación.

—Yo no sé quién está más loca, si esa niña Juliana o tú. Mentiras mi amor, eso es de valientes. Ojalá todos pensáramos igual.

—Gracias una vez más, muchos besitos y abrazos, que Dios te bendiga y cuide tus sueños.

—Hasta mañana y mucha suerte en tus proyectos.

Después de colgar, se santiguó y marcó el número del teléfono fijo de la casa de Carlos Alberto.

—Casa de la familia Martínez, buenas noches, ¿a quién necesita?

—Doris buenas noches, habla con Andrea ¿cómo están en la casa?

—Todos bien señora Andrea, los niños bien de salud, mis suegros también y Carlos Alberto lo mismo. ¿Desea hablar con él?

—Sí, señora, si no es molestia.

—De ninguna manera, ya se lo comunico.

—Andrea, ¿cómo está? ¿y ese milagro?

—Estoy muy bien, Carlos Alberto, voy a ir al grano de una vez. Estoy en Bogotá. Trabajo con Miguel y todos los muchachos en el área de asesoría y representación legal de los trabajos que nos encomiendan. También estoy de voluntaria en la fundación en la que trataron a Sergio, a Valentina y a usted.

—¡Qué bueno!, yo guardo un profundo respeto y gratitud por todos los miembros de ese Hogar. ¿Y qué pasó?, yo tenía entendido que se encontraba en España con el doctor Gabriel Jaime, otra persona a quien me le quito el sombrero por su ayuda en mi recuperación.

—Le cuento que me pusieron muchas trabas para estudiar y para quedarme sin hacer nada preferí volver.

—Me parece muy bueno y ¿por qué no ha vuelto a la casa de don Rómulo y doña María?

—Programaremos un viaje con mis suegros a pasar una temporada. Voy a salir primero de unos compromisos aquí y me tomo unas vacaciones, tal vez Gabriel Jaime ya esté aquí. Bueno pero el motivo de mi llamada es otro. Quería preguntarle si usted siguió con el programa de ayuda a personas que han caído en el vicio.

—Claro que sí, la gobernación patrocina este programa y me ha ido muy bien, estoy contento, tomé en cuenta su consejo.

—Qué bueno porque quería preguntarle ¿si está dispuesto a venir a Bogotá a la fundación a dictar unas conferencias?

—Pues me coge fuera de base, pero es interesante ¿y cómo sería? Recuerde que no tengo dónde alojarme porque con mi familia hay muy poco acercamiento. Con amigos tampoco y no conozco bien Bogotá.

—No se preocupe, ya había pensado eso. La idea es que se venga con Doris y los niños por unos ocho días, da las conferencias y se regresa. Se quedan en mi apartamento.

—Está muy bueno, sobretodo porque he soñado con llevar a Doris y mis hijos a la Bogotá, pero me da mucha pena incomodarla.

—No se preocupe que nosotros somos como hermanos. Lo que sí le adelanto es que no hay pago por las conferencias. Usted sabe que estas casas viven de la caridad. Sería algo que le agradecería. Mi sueño es ayudar a estas personas que han caído en este problema.

—¿Y cuándo sería?

—Pienso que la semana entrante o cuando pueda. Eso sí, necesito una fecha para programar la parte operacional.

—Creo que el lunes estaríamos allá, a Doris y los niños les va a encantar. De mi parte muchas gracias porque es una buena forma de decirles a la casa de rehabilitación, muchas gracias por todo lo que hicieron por mí y por la parte económica no se preocupen, que en mi mente solo tengo agradecimientos.

—Muchas gracias, Carlos Alberto, sabía que no me iba a fallar. Saludes a Doris, los niños, don Roberto y doña Ernestina.

—Con mucho gusto lo haré. Pienso que viajamos el lunes para que nos haga el favor de recogernos en el terminal del centro.

Lista la encomienda ahora solo hacía falta llevarla a feliz término. Se acostó complacida al ver que las cosas iban muy bien. Esperaba que al otro día encontrara muy gratas noticias referentes a don Álvaro. También debía preparar la logística de las conferencias y con el personal asistente. Esperaba que todo le saliera como lo estaba soñando.

CAPÍTULO 9

A las nueve de la mañana Andrea ya estaba al igual que sus compañeros de labores. Juliana también estaba allí con el resto de su trabajo de espionaje, el celular. Andrea se acercó a ella y en voz baja le dijo que ese material se lo entregara solo a ella. Siguieron a la sala de juntas y empezaron la reunión.

Miguel saludó a los asistentes de nuevo ya que lo había hecho a la llegada.

—Muchas gracias a todos, les cuento que en la empresa estamos muy contentos por el avance en la investigación de don Álvaro, gracias a la colaboración de la señorita Juliana. Con tiempo les vamos a informar los pasos que ordené seguir a la doctora Andrea, a propósito, le doy la palabra.

—Muchas gracias, doctor Miguel. Quisiera empezar por las señoritas Karen y Carol.

—Ayer nos pudimos enterar con tanto revuelo que hay en la Casa Hogar, que ha sido imposible encontrar a don Álvaro y estudian la posibilidad de poner la denuncia ante las autoridades. No pueden hablar de otra cosa que de su desaparición —informó Carol.

—El miedo mayor es el encuentro con doña Rebeca el día de hoy, y si no le tienen buenas noticias, los amenazó con llevar el abogado. Con el perdón de ustedes yo creo que deberíamos irnos ya, porque la reunión es a las once de la mañana y tenemos el tiempo justo para llegar —agregó Karen.

—Tiene toda la razón, están sobre el tiempo. Es mejor que cojan un taxi para que las lleve más rápido —propuso Miguel y les dio la plata para que pagaran la carrera.

Daniel y T.J. dijeron que iban a visitar unos cambuches donde se reunían bastantes indigentes y ancianos. La razón es que durante las noches varias familias de buen corazón les llevaban sándwich, agua de panela o chocolate y pan. Habían averiguado en hospitales y nada.

Miguel, Ernesto, Daniel y T.J. se marcharon. Ana María se fue a la oficina y Juliana y Andrea se quedaron en la sala de juntas.

—¿Trajo la grabación?

—Claro, doctora, pero no solo eso. Le comento que anoche después de salir del restaurante hablé con mi abuela, mi tía y mi madre que estaban reunidas en la sala. Hablaban de una novela que pasan por televisión, no sé en qué canal porque casi no las veo. Empecé preguntándoles por el tema, los personajes y ellas muy entusiasmadas contándome. De pronto me cagué en la conversación, les pregunté que sabían de mi padre. Se miraron entre sí y luego de un instante de silencio me contestó mi madre.

—Mija, mañana vamos al geriátrico a pagar la mensualidad. Me tiene preocupada que este mes se duplicaron los gastos porque como don Álvaro es tan exigente les ha tocado asignarle una enfermera solo para él. Quién sabe para qué quiere una enfermera día y noche para él. Viejo morbosito. Yo sin plata porque el negocio no da nada. Todo se ha venido al suelo. Creo que con su tía lo vamos a poder ver mañana y de paso le preguntamos a la directora cuándo puede ir usted a visitarlo, tenga paciencia Julianita. Es mucho lo que he tenido que sufrir.

—¡Qué máscara y qué mente tan lúcida para decir mentiras! Como si no supiera yo que el sufrimiento que pasa ella es debajo de Jaime haciendo el amor. ¡Qué tal la señora!, que los negocios se han venido abajo y la otra perla que mi padre tiene una enfermera día y noche morboseando con ella. Pobre mi papito con las fantasías que inventa mi madre le dijo Juliana a Andrea. Por mi mente solo deseé mechonearla, pero me contuve. Le dije: “Sí, mamacita, pobre de usted que le ha tocado este duro clavario con mi padre”. Bueno, pero a lo que vinimos aquí está la

grabación.

—Oiga, Juliana y ¿en qué terminó la charla?

—Pues que esta noche me dan la información. Ahhh, se me olvidaba, le pregunté por el doctor Jaime, y ¿sabe qué me contestó? Que desde el viernes estaba muy enfermo de un resfriado que ella le había contagiado. Como si no supiera que había estado conmigo el sábado y estaba muy bien de salud, eso sí con ganas de comer carne fresca.

—No, que cosas tiene esta vida. Dicen por ahí que este mundo es un fandango. Ahora sí escuchemos.

Terminaron de escucharlo y luego Andrea se lo envió a su correo y le devolvió el celular.

—Bueno, nos vemos mañana a ver qué noticias nuevas tenemos.

El miércoles de nuevo se reunieron y como era de esperar muchas nuevas noticias saldrían a relucir. Caras tranquilas, tristes y preocupadas:

—Buenos días a todos —empezó Miguel—. Doctora Andrea como es costumbre arranque usted.

—Gracias de nuevo doctor Miguel. De acuerdo con la línea de orden de la reunión, vamos a empezar, Karen y Carol, primero ustedes.

—Gracias doctora —empezó Karen—, les contamos que ayer llegamos casi al tiempo con la señora Rebeca y su hermana. Le sacamos diez minuticos mientras nos ubicábamos para escuchar la conversación. Yo pedí permiso para trabajar en una oficina ubicada detrás de la oficina de la directora y Carol se dedicó a pasear a unas abuelitas que manifestaron sentir demasiado frío.

—Sí, doctora, caminaba con una abuelita cuando llegaron las señoras muy serias por cierto y preguntaron por la directora. Como siempre las hizo esperar una media hora, hasta que salió. Las mandó a seguir y nos pidió retirarnos que necesitaba despejada la sala de recreación. A Karen no la sacaron porque se encontraba en la oficina de atrás y no la descubrieron —continuó Carol.

—Sí doctora, cuando las sentí entrar puse el celular en grabación y esto fue lo que pasó — Andrea y Juliana se miraron y sonrieron— Esto fue lo que conseguí:

—*Señora Directora, muy buenos días*

—*Señora Rebeca y señora Dianita, buenos días, ¿cómo les ha ido?*

—*Muy bien muchas gracias, señora directora, venimos a ver a mi esposo Álvaro que nos tiene muy preocupadas —Diana asintió con la cabeza.*

—*A Nosotros también, yo llevo ocho días sin dormir y la gente que nos colabora nada que lo encuentra. Yo quisiera que me dieran otros...*

—*¿Otros qué?, señora directora —dijo Rebeca y elevó el tono de voz—. No me crea tan pendeja y...*

—*Más respeto señora Rebeca, no se olvide con quién está hablando. Si no podemos hablar como personas les exijo que terminemos esta conversación. No merezco tanto irrespeto.*

—*Sí señora, nosotras nos vamos y le advierto que voy a poner una denuncia por desaparición de mi esposo. Hasta luego.*

—*No, no señora Rebeca, arreglemos por las buenas, no quiero que me vayan a cerrar por su culpa.*

—*Por mi culpa no, por su descuido irresponsable, no es justo que una persona de la tercera edad se les esfume o desaparezca de un momento a otro.*

—*Pero hablemos. Por el amor de Dios hablemos.*

—*Tiene plazo de 48 horas, si ustedes no me llaman, yo entablo una demanda, no me importa a quién tenga que llevarme por delante.*

—*Está bien, pero entiéndame.*

Karen detuvo la grabación y continuó:

—Eso es todo, las señoras salieron muy furiosas. La directora hizo varias llamadas eso si no sé a quién. Para poder salir me tocó esperar a que la directora y la secretaria salieran.

T.J. y Daniel manifestaron que en San Cristóbal en uno de los refugios cerca de la carrilera del tren, a las diez de la noche, se había presentado una discusión entre indigentes viciosos y personas de la tercera edad. Como resultado de la riña, varios heridos algunos de gravedad. En el lugar de los hechos algunos de los que salieron ilesos manifestaron que uno de los heridos era el señor de la foto. “Ese señor se metió a separarlos y llevó del bulto por pendejo”.

—Fuimos a preguntar a la estación de policía y nos contestó un agente que estaba en información, que era cierto lo de la riña y que algunos, los más graves los habían llevado al Simón Bolívar y otros al de Suba. En ambos sitios manifestaron haber recibido los heridos, pero por falta de identificación los registraron como N.N. y aún no habían recibido atención médica por la gran cantidad de heridos registrados el fin de semana —resumió Daniel.

—T.J. y Daniel, tenemos que averiguar de urgencia, yo voy con ustedes y nos tienen que atender o sino los amenazamos con la televisión. Como no tienen papeles ni familia que responda, los arruman en un rincón y los dejan morir —dijo Andrea un poco molesta y preocupada.

—Yo voy con ustedes, recuerden que es mi padre.

Dieron por terminada la reunión. Cogieron un taxi y le dijeron al conductor que los llevara al hospital Simón Bolívar, un hospital auspiciado por el gobierno y que atiende a personas con bajos recursos. Le pidieron escoger la vía menos congestionada porque necesitaban llegar lo más rápido posible. Esperaban encontrarlo allí. Se dirigieron al departamento de urgencias. La abogada al notar que había una fila muy grande de personas que averiguaban por sus familiares, se saltó la fila y se dirigió al mostrador donde atendían a los dolientes que empezaron a protestar por no respetar el turno:

—Señora, haga fila, de lo contrario no la podemos atender.

—Señorita, disculpe, soy la abogada Andrea González y necesito información del señor Álvaro Díaz, un anciano de 75 años que fue herido hace dos días. Sabemos por informaciones de la policía que lo trajeron a este hospital. Colabóreme, señorita, mire que es urgente. Parece que lo hirieron gravemente y corre peligro que se muera. Por fa...

—¿Cómo me dijo que se llamaba?

—Álvaro Díaz.

—No, señora, aquí no aparece registrado. De pronto lo ingresaron como N.N. ¿pero hace dos días?

—Sí, señorita, dos noches atrás.

A pesar de las protestas de la gente decidió ayudarla.

—Un momento llamo a la médica residente encargada a ver si le puede colaborar —llamó a un enfermero y le pidió que por favor llevara a la abogada ante la residente para identificar a los N.N. traídos por la policía.

—Doctora, buenos días, soy la abogada Andrea González y vengo en busca de un anciano que ha sido identificado como N.N. Parece que fue herido hace dos noches y traído por la policía. ¿Será que usted me puede colaborar?

—Mucho gusto, soy la residente Gina Vergara y soy la encargada de esta sala de urgencias si se le puede llamar así. Por la falta de camas y camillas, algunos pacientes nos ha tocado alojarlos en colchonetas en el piso.

—Qué triste como anda la salud en nuestro país.

—Sí es cierto, le ruego tener paciencia. ¿Trajo una foto para identificarlo?

—Sí, doctora, pero me gustaría traer a la hija que está afuera y ella lo puede identificar mejor. Ya vengo.

—Listo, pero no se demore, porque tenemos prohibido dejar entrar particulares sin una orden. El doctor encargado de esta área es muy estricto y me regaña.

Caminó a la recepción, y no tuvo que salir porque Juliana estaba en el interior. La hizo seguir, la residente les dio tapabocas y un delantal desechable de color azul para ponerse encima de la ropa. Empezaron en camillas, y luego en las colchonetas. Salieron y en la parte final del pasillo Juliana logró identificar a su padre por la espesa barba. Le habían puesto unas gasas pegadas con esparadrapo a la herida situada en la parte derecha del estómago.

—¿Papito, papito qué me le hicieron?

—Por favor, les pido que no me vayan a formar escándalo porque me empapan. Les recuerdo que esto está prohibido.

—Yo la entiendo, pero debe entender que es la hija. Cómo hacemos para que lo atiendan. Él está muy grave.

—Es cierto, pero no podemos hacer más. Yo les aconsejaría, que, si ustedes tienen posibilidades de llevarlo a una mejor clínica, lo hagan porque el señor puede correr el riesgo de morir aquí. Mire el pasillo y la sala, los médicos no dan abasto.

Juliana le preguntó sobre el procedimiento y la posibilidad de conseguir una ambulancia. Ella la remitió a urgencias en administración. Dos horas esperaron para tenerlo en la ambulancia y llevarlo a la clínica Shaio, lugar donde don Álvaro tenía un seguro para atender toda la familia.

A la salida se encontraron con T.J. y Daniel que los esperaban para confirmar el hallazgo del padre de Juliana. Andrea les dijo que se veían en la clínica Shaio para prestar una ayuda en caso de ser necesario. Ya en la clínica lo entraron por urgencias. Juliana se encontró con el médico Ariel Bustos que atendía a su padre desde hacía varios años. Le contó el caso y le hizo prometer en la medida que pudiera, guardar silencio con su madre y la familia. Le respondió que trataría de ser muy prudente en este caso, pues no era muy ajeno a las dificultades en la familia.

Se dirigieron a la cafetería a comer algo, en unión de T.J. y Daniel que recibieron abrazos y besos de parte de Juliana, por el tesonero empuje y colaboración en la búsqueda de su padre.

—Muchas gracias por todo lo que hicieron por nosotros, no sabemos cómo pagarles, ahora si me doy cuenta de que son unos verdaderos profesionales y usted doctora Andrea mis respetos, se metió a la fuerza en la sala de urgencias, de lo contrario hubiéramos fracasado.

—Es cierto, lo importante es que lo logramos, aquí todos somos peones en beneficio de una gran causa.

—Nosotros estábamos rabones porque nos estaba quedando grande encontrar a un señor de edad —dijo T.J.

—Es cierto, cuando empezamos dijimos, eso es pan comido. A lo mucho dos días y listo. Pero mire lo que nos tocó hacer. Señorita Juliana y doctora Andrea, yo sé que no es la ocasión y si quieren no les contamos lo que nos sucedió en la estación —comentó Daniel.

—No se preocupen cuenten que nada me molesta antes si puedo agregar algo a la historia yo lo hago —dijo Juliana.

—Ya escucharon, cuenten. Además, no tenemos afán porque aquí nos demoramos para saber cómo va la salud de don Álvaro.

Cuando llegamos a la estación de policía para averiguar por su papá, llegó un momento que se me perdió Daniel —empezó a contar T.J.

—Como vi que no nos daban respuesta oportuna, me metí hacia el interior a ver si encontraba a don Álvaro en algún rincón. Cuando de pronto una mano pesada se posó sobre mi hombro. Volteé a mirar y como estaba algo oscuro, vi una dentadura blanca lo mismo que los ojos. En ese momento casi me cago del susto, pensé que era el ánima sola. Me preguntó “El civil que hace aquí, ¿se le perdió algo? O fue que se escapó de una celda” —continuó Daniel con la historia— le contesté, casi a punto de orinarme en los pantalones, las piernas me temblaban. “No, señor, lo que pasa es que busco a don Álvaro Díaz. ¿Usted no lo ha visto, mi capitán?”

—Y ¿qué le hace pensar que ese señor está por aquí? Sígame a donde está el comandante de guardia y si no me da una buena respuesta lo llevo al calabozo mientras averiguamos su intromisión en el área de municiones.

—Cuando salí y vi a T.J volví al mundo de nuevo —dijo Daniel y tomó un suspiro.

—Claro, cuando lo vi acompañado de un moreno de casi dos metros le dije “Hola, güevón ¿dónde se había metido?” y me contestó. “Estaba bus...buscando a mi suegro”.

Las mujeres no paraban de reír.

—Entonces el negro grande le preguntó al comandante de guardia. “¿Y qué es lo que buscan estos señores?”

—Mi Primero, lo que pasa es que ellos buscan un viejito que estuvo en la riña de hace dos noches y lo hirieron, parece que de gravedad.

El Sargento Primero a quien confundían con un capitán contestó:

—Ah claro, ahora sí entiendo, buscan al suegro que se les perdió.

—Sí señor —respondió T.J.

—Claro, cuando eso sucede, la familia sale desesperada a buscar al papá, suegro, abuelo o hijo. Por lo general resulta ser, que el señor es dueño de una gran fortuna o padre de algún político. Pero no se acuerdan de que meses atrás echaron al viejito mequetrefe porque ya no hace sino estorbo. Lo envían a la calle o al geriátrico para que sufran. La familia nunca lo vuelve a ver. Solo cuándo se muere para repartir la fortuna. Y lloran junto al ataúd, “Tanto que lo queríamos y ahora ¿qué vamos a hacer sin usted? Mocos por allí, mocos por allá y lágrimas de cocodrilo”. Perdonen los civiles, pero es así. Ojalá me equivoque. ¿Y tenía papeles el occiso, perdón el herido, mi comandante?

—No señor, nos tocó remitir varios como N.N.

—Pues que les puedo decir, que lo lamento y ojalá lo encuentren.

—Bueno mi Primero, como yo también fui militar, junté mis tacones y los tropecé entre sí bastante fuerte, alcé la mano a la frente y lo saludé. Me miró y se sonrió.

Cuando íbamos de salida dijo:

—Oiga usted despistado y la próxima vez no meta las narices donde no le importa, estaba en el área de municiones se salvó de un balazo o del hueso —se refería al calabozo—. En ningún instante pararon de reír. Se cogían el estómago.

—No puedo creer por las que tienen que pasar ustedes, pobrecitos, es mucho sufrimiento. ¿Qué tal los hubieran detenido? —dijo Juliana.

—Y eso que no le hemos contado lo que pasó con la Reina —empezó a decir Daniel.

—Les cuento una cosa, ese señor al que ustedes ayudaron es mi padre, es un señor que ha sufrido bastante. Su madre se murió al tenerlo, y fue dado en adopción a una familia que vivía en Bogotá. La madrastra lo envió a la calle desde muy niño, ella no lo quería porque tenía ojos azules y decía que eran muy flojos. Sin ayuda alguna se fue a una plaza de mercado en San José a cargar bultos. Con lo que le pagaban compraba puchos de frutas, criollas, arvejas y las revendía a

la gente que iba a la plaza a hacer mercado. Con eso pagaba un cuartico y compraba comida, pero también ahorra. Un día un señor de Boyacá le ofreció trabajo y estaba en su casa. El señor traía mercancía de la finca a la plaza y cuando creció tuvo para comprar en camioncito pequeño para transportar mercancía. Este señor fue su padrino de confirmación y cuando mi padre cumplió veinte años lo presentó a la Nacional de chocolates. Allí lo recibieron con el camión grande que había adquirido, vendió el pequeño y compró este. A los dos años la compañía, por ser buen empleado, le asignó una ruta en Bogotá y después en los departamentos del oriente de Colombia. Compró casas, camiones y buen dinero en el banco. Ha tenido dos relaciones sentimentales en la vida, una a los 45 años con una señora con la que tuvo un hijo. Se separaron porque una joven secretaria de diecinueve o veinte años se interpuso en sus vidas. Se casaron, ella de veinte y él de 57. Muy viejo para ella pero muy enamorados. Al año nació yo. Otra relación en su vida, pero esta vez de amistad, fue con un joven de dieciocho años a quien le dio estudios y protección hasta sacarlo de abogado. Lo puso a trabajar en una de sus empresas y tiempo después ese muchacho se enamoró de mi mamá. Ese fue el pago que le dio después de recibir tanta ayuda. Hoy, los dos, mi mamá y Jaime tienen a mi papá al borde de la muerte por querer quedarse con toda su fortuna. Lo de Jaime lo vine a saber por mi abuela ayer que estábamos solas y se puso a contar muchas cosas que no conocía. Por lo general a mí me mantenían al margen de las empresas, aunque en los últimos meses mi papá me decía que yo tendría que manejar los hilos de todo. Mi padre siempre nos ocultó lo de esa ayuda a mi mamá y a mí. Con frecuencia él ha ayudado a mucha gente sin esperar nada a cambio, por eso puedo creer lo de Jaime, pero no esperaba que le fuera a pagar así.

—Bueno, muchachos yo creo que está bueno por hoy, y aunque ya les comente a los doctores Miguel y Ernesto sobre la situación, es bueno que lo hagan en persona. Nosotras mientras tanto vamos a quedarnos hasta que nos den alguna noticia —dijo Andrea.

Se despidieron y ellas se fueron a la sala de espera. Cogieron una revista por separado y se sentaron en sillas enfrentadas de vez en cuando se miraban y batían sus cabezas, querían dar a entender su desespero por la demora.

Habían transcurrido cuatro horas cuando el doctor Ariel Bustos hizo su aparición en la sala de espera.

—Doctor, dígame ¿cómo está mi papá?

—Él está muy delicado, sufrió una puñalada en un sitio que requiere especial atención. También perdió mucha sangre y pudo haber muerto de anemia aguda, de pronto el vendaje que le hicieron sirvió de algo. Por fortuna lo trajeron a tiempo. Hoy no lo pueden ver porque está en cuidados intensivos. Está muy delicado. Mañana en horas de la tarde pueden pasar a ver si podemos ordenar una visita de cinco minutos y así hasta que salga del estado crítico. Yo pienso en tres días. Por lo pronto está en buenas manos.

—Gracias, doctor. ¿Está fuera de peligro?

—Ummm es difícil asegurarlo, eso también depende del paciente. Esperemos que no se complique de pronto con un paro. Recen y pidan por una pronta recuperación. Perdón una pregunta ¿por qué Álvaro se fue de la casa?, ¿peleó con Rebeca?

—Doctor, es muy largo de contar, pero él no se fue con otra mujer como me lo informó al principio mi mamá, lo internaron contra su voluntad en un hogar geriátrico porque estaba muy viejo y era muy cansón. Eso es mentira mi padre es muy paciente —explicó Juliana.

—Eso le dije a Rebeca, pero ella me dijo lo contrario. En fin, ojalá cuando salga de aquí lo cuiden bastante, porque sale muy delicado. Va a necesitar una enfermera que lo cuide de día y de

noche por lo menos unos dos meses —dijo el doctor Ariel.

—Sí, doctor, no se preocupe que yo me encargo de eso. De todas formas, vamos a pasar con la doctora Andrea a la administración a firmar los papeles que sean necesarios y mañana a las dos de la tarde venimos a saludarlo —respondió Juliana.

El doctor regresó al consultorio y ellas partieron rumbo a la oficina. En el camino revisaron cada una de las acciones del día. Le comentó también que su madre la noche anterior le había dicho que en dos días podían ver a su padre, que ellas lo habían visto a través de una ventana y lo veían mejor de salud. Que apenas se recuperara pensaba llevarlo a la casa.

—Doctora ¿será que mi madre se está volviendo loca? —consultó Juliana.

—No creo ¿por qué?

—Por la seguridad con que habla de que lo vio y las otras cosas que me dice, no sé qué pensar, o ¿será una mentirosa empedernida?

—Pues no sé, pero sí está bien raro —dijo Andrea y encogió los hombros.

Al otro día Juliana y Andrea fueron a la clínica. Pudieron ver a don Álvaro por cinco minutos y Ariel le comentó que había pasado una buena noche, pero que aún era muy aventurado decir cuánto tiempo más permanecería en cuidados intensivos.

Por la noche, en la llamada a Gabriel Jaime le contó la gran noticia del encuentro de don Álvaro en el hospital Simón Bolívar y todos los detalles de lo sucedido. Algunos pasajes lo hicieron reír bastante.

—Oye, mi amor, yo sé que todo es verdad, pero esa señora Rebeca me parece que se le zafó un tornillo.

—Sí, está como despistada la señora, y no sé cómo vaya a reaccionar cuando se dé cuenta que su esposo ya está en una clínica recuperándose.

—Mis respetos para ti y esa señorita que tiene unos alcances bien tenaces.

—Sí y tiene una capacidad sensacional para narrar historias. Es muy inteligente la niña.

—Bueno, mi amor, qué buena noticia, al fin ¿habló con Carlos Alberto?

—Sí señor y le dio mucha alegría, va a venir con Doris y los niños. Te mandó muchas saludes que te recuerda mucho y que está muy agradecido porque tu fuiste parte fundamental en su recuperación. Ellos llegan el domingo.

—Ah bueno, me los saludas. Por mi lado te cuento que las cosas van mejor de lo que pensaba. Estoy feliz y hasta me ofrecieron trabajo en una clínica.

—¿Y qué respondiste?

—Que iba a pensarlo. Pero no lo voy a aceptar porque me haces mucha falta, amor. No sé cómo he podido aguantarme solo sin mi flaca bonita.

—A mí también me haces mucha falta. El doctor Abella dice que ya te tiene puesto en la clínica donde él trabaja.

—Eso sí que es una gran oportunidad, tendré que pensarlo cuando termine la maestría.

—Sí, hay que pensarlo con cabeza fría. Bueno, mi amor estamos en contacto, Dios te bendiga hoy y siempre.

—Gracias, amor, que pases una feliz noche y mañana nos hablamos.

CAPÍTULO 10

El domingo muy temprano Doris, los niños y Carlos Alberto, abordaron una camioneta hacia Bogotá. Al llegar a Bogotá los viajeros manifestaron sentirse algo indispuestos por el viaje por lo que decidieron ir directo al apartamento.

—Bueno ahora sí cuéntenme cómo les fue en el viaje —los interrogó Andrea cuando llegaron al apartamento.

Carlos Alberto tomó la vocería de la familia:

—En primer lugar, muchas gracias, Andrea, por recibirnos. Para Doris y los niños es novedoso por ser la primera vez que viajan a la capital.

Doris tomó la palabra:

—Gracias, Andreita, antes le decía “ama, patrona, señorita”

Todos soltaron una carcajada.

—Le faltó una pulla: “rival” —respondió Andrea aún con una sonrisa en los labios.

—Es cierto, lo que pasa es que yo me enamoré primero del niño Carlos, perdón de mi esposo — todos rieron de nuevo—. Le cuento que lo más lejos que había viajado era a Ibagué dos veces. Perdone mi campesinada, pero estoy muy impresionada con los edificios y la cantidad de vehículos.

—No se preocupe que a todos nos ha pasado lo mismo apenas llegamos a este monstruo de cemento y vehículos. Tranquila que para eso tenemos ocho días o si desean pasar más tiempo para conocer, por mí no hay problema. Todo depende de ustedes —respondió Andrea con cordialidad.

—Andrea y ¿cómo es la cosa de las conferencias en la casa de rehabilitación? ¿Cuántos días tienen programados? —consultó Carlos Alberto.

—Ahora no pensemos en eso, luego le cuento, ahora disfrutemos de la tarde.

—Tiene razón Andrea, mire estos paquetes se los enviaron sus padres, creo que son bizcochos, arepas, bocadillos y otras cosas —dijo Carlos Alberto y le entregó una gran bolsa.

En la tarde salieron a almorzar en un centro comercial, recorrer almacenes, comer helado y conocer un poco la ciudad. Entrada la noche regresaron al apartamento. Luego de comer se sentaron en la sala a mirar televisión. Carlos Alberto inquieto por conocer su horario de conferencia, dijo:

—Andrea, ahora sí hablemos del día, la hora y el tema que me toca abordar y el sitio de la reunión.

—Bueno, el día yo creo que va a ser el martes, con eso tiene todo el día de mañana para prepararse. Yo mientras tanto iré a la oficina, recibiré algunos informes y alistaré también mi participación.

—Cómo así, ¿usted también participará? —preguntó Carlos Alberto sorprendido.

—Sí, esto es algo que he pensado una y otra vez. He preparado mi mente, en su intervención de una u otra manera tendrá que mencionarme y lo más justo con esa gente es que sepan la verdad.

—Yo no sé, me parece muy complicado con su trabajo. Pienso que eso debería mantenerse oculto por su bien. Usted debe mantener una imagen y...

—De ninguna manera, Carlos Alberto, la gente debe entender que todo ser humano pasa por momentos difíciles en la vida y por lo tanto debe superarlos. Nosotros tuvimos uno y salimos adelante entonces no encuentro la razón para no contarles la verdad. Ese ejemplo de vida relacionado con usted y en menor medida conmigo lo deben saber esas personas que quieren salir

de ese problema en el que están. Si no lo entienden lo lamento, pero debo quitarme ese lastre pesado que a veces me atormenta.

Doris, acostó los niños y luego hizo un alto en la televisión para meterse en la conversación:

—Perdón que me meta en sus asuntos, pero es que creo que la señora Andrea tiene toda la razón. De alguna manera ella va a salir salpicada y tendrá que dar explicaciones.

—Doris tiene razón, Carlos Alberto, lo máximo que me puede pasar es que me impidan volver a la Fundación o a la empresa, pero tranquilo que estoy dispuesta a aceptar las consecuencias.

—Bueno ya son dos contra uno, como dice mi mamá, las mujeres siempre tienen la razón entonces yo acepto, pero no comparto. Lo que menos deseo hacer en la vida es volver a hacerle daño, Andrea —dijo Carlos Alberto consternado.

—Tranquilo, no se preocupe que eso corre por mi cuenta, además ayer, en la casa de rehabilitación hablé con el doctor Abella, el doctor Camacho, las voluntarias y la directora. Todos están muy contentos, van a traer algunos directores de otras fundaciones para que se enteren del programa que proponemos y de los beneficios a futuro para las personas recuperadas de este flagelo. Pienso también invitar a mis compañeros.

—Usted verá, mi querida doctora Andrea, yo pienso que la del tornillo flojo es usted, con esta idea. Como dijo mi ma...

—Ya sé qué dijo su mamá porque la mía dice lo mismo, que las mujeres siempre tenemos la razón. Vámonos a dormir porque debo levantarme temprano. Hasta mañana.

Al otro día, Andrea se alistó para salir rumbo a la empresa. Les dijo que en la nevera había insumos suficientes para la comida, que dispusieran a su gusto lo que quisieran. Antes de llegar a la oficina se encontró con los jóvenes venezolanos que tenían cita en el Ministerio de Trabajo, allí se encontrarían con los exjefes dueños del restaurante que se rehusaban a pagarles sus sueldos y prestaciones, Andrea se ofreció a acompañarlos. Al llegar al Ministerio llamaron a la oficina a los tres denunciantes y a la gerente del restaurante, hora y media después volvieron a salir luego de haber resuelto de forma positiva su situación. El esposo de la gerente se acercó a los muchachos y los amenazó:

—Acaban de firmar su deportación, voy a hablar con mis colegas para que los detengan y los lleven a la frontera. Los voy a acusar de robo.

—Disculpe, me presento, mi nombre es Andrea González, soy abogada y la apoderada de estos tres jóvenes, si algo tienen contra ellos por favor hágamelo saber ahora o a través de mi oficina de abogados. Esta es mi tarjeta.

La esposa de este, le dijo que dejaran las cosas así. Los jóvenes se dirigieron con Andrea a la oficina.

—Doctora, no nos ha dicho cuál es el costo de su representación —dijo uno de los tres jóvenes.

—Mi pago no importa, con que expresen sus agradecimientos a los miembros de la oficina que están reunidos en la sala de juntas, me doy por bien servida. Para que se den cuenta que nuestra justicia es imparcial y garantizada.

Los muchachos entraron a la sala de juntas, manifestaron su agradecimiento y se retiraron. Andrea después de la sorpresiva y grata llegada se puso a la orden de sus compañeros de trabajo que la esperaban para conocer los acontecimientos pasados con don Álvaro después de haber sido encontrado en el hospital y ser llevado a la clínica Shaio. Como Juliana aún no se hacía presente, Andrea decidió llamarla. Le contestó que estaba en un trancón tenaz, pero que no demoraba en llegar.

—Doctora Andrea, aunque conocemos partes de lo ocurrido, me gustaría que nos haga partícipes

en lo que pueda y no sea sujeto a la reserva de nuestra investigación —empezó Miguel.

—Lo importante para nosotros es que ya encontramos a don Álvaro en un hospital muy mal herido y hemos tenido que transportarlo a otra clínica, por fortuna él pagaba un plan de salud para toda la familia muy bueno. Estoy a la espera de que llegue Juliana para conocer su evolución, pero creo que todo va bien —resumió Andrea.

Ernesto levantó la mano para intervenir.

—Por Daniel y T.J. conocemos algunos detalles del encuentro y ahora con un informe, que espero sea más detallado al doctor Miguel y a mí, podemos decir que una vez más, hemos cumplido nuestro objetivo. Muchas Gracias a todos por ese gran trabajo.

—Sí, doctor Ernesto, ha sido muy bueno, pero aún nos falta bastante. Se logró lo primordial que era encontrarlo, ahora tenemos que enfrentar la parte legal con la familia de él. Ya firmé los poderes que otorgó Juliana y seguimos. De todas formas, quiero felicitarlos a todos por el empeño que pusieron para llegar a este punto. Sin el compromiso de ustedes hubiera sido imposible. A Karen y Carol tengo que decirles que hicieron un buen trabajo y creo que pueden dar por terminado su trabajo en el hogar geriátrico. Quiero un informe detallado sobre su estadía allí y quisiera que, si tienen algo que comentar, nos lo expresen en este momento —intervino Andrea

—Sí, doctora, en primer lugar, muchas gracias a ustedes por darnos esta oportunidad de trabajar a su lado y aprender tantas cosas. El trabajo y la investigación que empezamos ha sido magnífico.

Por su lado Carol también intervino:

—Sí, lo dicho por Karen es cierto, tenemos tantas historias de viejitos que valdría la pena que conocieran, les agradecemos por habernos enviado al hogar geriátrico. A la doctora Andrea por abrirnos los ojos sobre la investigación de un caso como estos. A los doctores en fin todos —intervino Carol.

—A ustedes también muchas gracias y esperamos su colaboración en otros casos. A T.J. y Daniel gracias por su profesionalismo parecen perros de caza. Nada se les escapa —continuó Andrea— ¿Desean agregar algo?

—No, que casi nos queda grande y de no ser por usted que se metió a la fuerza en el hospital, hubiéramos fracasado —comentó Daniel e hizo una reverencia burlona.

—En cuanto a mí les cuento —empezó Andrea, pero se detuvo en medio de la frase—. Parece que llegó Juliana.

—Buenos días, noches más bien, que pena con ustedes —saludó Juliana un poco apresurada.

—Hola, Juliana, ¿qué noticias nos tiene? —consultó inquieta Andrea.

—Las noticias son buenas porque mi padre sigue luchando, aún lo tienen en cuidados intensivos, pero ya me dejan visitarlo dos veces al día. En esos momentos le hablo mucho al oído y le digo que lo necesito mucho, que tiene que luchar por su vida porque él es mi razón de ser. A veces me imagino que sonrío conmigo. El doctor Ariel me dice que lo peor ya pasó y en pocos días lo llevarán a una sala de recuperación. Pero en general todo bien y eso es gracias a ustedes. Quiero preguntarle a la doctora ¿qué pasos debo seguir porque mi mamá quiere ponerle una denuncia al hogar geriátrico y creo que no sería justo con esa gente, pobrecitos.

—Tranquila Juliana, después le explico bien que debemos hacer para evitar esa demanda. Felicidades por tomar esa decisión, el hogar geriátrico no tiene la culpa de que su papá se sintiera abandonado por su mamá.

Todos se levantaron y le dieron un sonoro aplauso por esa decisión

—Aprovecho que estamos todos reunidos para pedirles que mañana me acompañen a la fundación.

—¿Algún acontecimiento? —interrogó Ernesto.

—No sé si llamarlo así. Es algo que me he propuesto hacer a raíz de varios sucesos de mi vida. Primero en mis estudios, luego en el viaje a España y otros casos que he conocido de personas que han caído en el vicio y ahora están en recuperación.

—Perdón, doctora se refiere ¿a un nuevo caso? —consultó T.J.

—No, no, lo que pasa es que Carlos Alberto, la persona que ustedes conocen, vino a Bogotá porque yo se lo pedí, para dictar una conferencia en la casa de rehabilitación. Contará con la asistencia del doctor Abella, del doctor Camacho, enfermeras, fisioterapeutas, pastores de algunas iglesias, sacerdotes que dirigen unas fundaciones, personal de administración, nosotros los de la oficina, Juliana que no la he invitado, pero sería muy importante para mí que fuera, mamá Juanita, la reina, la directora del Centro Isabel y por supuesto todas las personas que aspiran a ser rehabilitados. Se van a tratar temas muy importantes —resumió Andrea.

—Doctora Andrea ¿le parece pertinente que personas como Juliana y las estudiantes se enteren de ciertas cosas? —consultó Miguel.

—Sí claro, no le veo ningún problema, esas ciertas cosas algún día tendrán que conocerlas y que mejor que mañana. Los seres humanos enfrentamos retos y por consiguiente tenemos dos alternativas, vencer o dejarnos derrotar. Es bueno que conozcan estas cosas que se pueden volver tentaciones en sus vidas. ¿No les parece?

—Eso es cierto y si es por el bien de todos, pues vamos a ir —dijo Miguel entusiasmado.

—Entonces nos vemos mañana a las nueve de la mañana, espero puntualidad.

—¿Juliana, tiene que decirme algo? —consultó Andrea al ver la expresión dudosa de Juliana.

—Sí doctora.

—Bueno, por hoy podemos dar por terminada la reunión en lo que a mí concierne. Si los doctores, o alguien, desea agregar algo somos todos oídos.

—No señora, una vez más gracias, sigamos en nuestras labores con nuestros clientes porque ellos son nuestra razón de existir. Nos vemos entonces mañana en chapinero —concluyó Ernesto.

—Bueno, Juliana, ahora sí cuénteme cómo van las cosas —dijo Andrea cuando por fin se quedaron solas.

—Le comentaba que la recuperación de mi papá va por buen camino. Ahora el problema es mi mamá, ella sigue reacia a ponerles una denuncia al hogar geriátrico y no sé qué hacer. Por eso quería preguntarle qué pasos seguir.

—Una denuncia puede tardar unos días. Llamar al denunciado y esperar que el denunciado trate de conciliar. Lo importante es ganar tiempo con el abogado, que no se presente hasta que don Álvaro se recupere y pueda arrojar unas luces sobre los pasos a seguir. No sabemos cuánto odio haya en él o resentimiento. Así como está de nada sirve comentarles lo del hallazgo.

—Por mi lado yo puedo hablar con él en la oficina y decirle que mi madre sospecha de lo nuestro y que lo mejor es que no se presente por estos días en la casa mientras arreglo el problema. Esa sería una solución por poco tiempo. ¿Qué piensa usted, doctora?

—Por el momento esa sería una buena idea, pero no se vaya a enredar más con ese tipo porque puede resultar peligroso. Recuerde que él aún tiene ese reto pendiente con usted.

—Tranquila, doctora, que yo sé cómo le manipulo el consciente y el subconsciente ¿Cómo la ve?

—La veo medio loca —dijo en medio de una risa—. Esa carrera que usted estudia como que les sugiestiona mucho el consciente y el subconsciente.

—A veces me da lástima con mi mamá, se cree sus propias mentiras y mi tía y la abuela la apoyan; pobrecitas yo creo que en su interior se deben sentir culpables. Quisiera decirles la

verdad de una vez.

—Aún no haga eso, ya veremos qué sigue en este juego de mentiras y engaños. Ojalá don Alvarito se despierte rápido. La espero mañana sin falta, no me vaya a fallar —concluyó Andrea antes de despedirse.

Se despidieron. Andrea hizo lo mismo con los doctores y las secretarias. Cogió un taxi para que la llevara al apartamento. Un tumulto de pensamientos acosaba su mente en busca de soluciones, sin encontrar una salida satisfactoria. El caso de Álvaro parecía enredarse en vez de solucionarse. ¿Cómo iban a encontrar justa salida para que Rebeca no sospechara del actual engaño que ella misma propició con sus mentiras?

Dejó sus pensamientos a un lado y empezó a organizar todo para la conferencia del otro día en la fundación.

—Hola, Carlos Alberto ¿cómo se encuentra? —el doctor Abella fue el primero en saludarlo.

—Doctor Abella y doctor Camacho, ¿cómo están?

—Aquí todos bien, contentos de verlo muy recuperado. No es ni la sombra del muchacho flaco y al borde de la muerte que conocimos —intervino el doctor Camacho.

—Es muy cierto Doctor, la verdad es que no sé cómo agradecerles y pagarles por ese magnífico trabajo que hicieron conmigo. La verdad estuve al borde de la muerte.

Por fortuna el salón era amplio y fue suficiente para dar cabida a los asistentes. La directora dio la bienvenida a los asistentes y dio inicio. Llamó al doctor Abella, director de la Clínica para que explicara el asunto de la reunión:

—Buenos días, la razón para que estemos aquí, es apoyar una idea de la doctora Andrea González, Abogada, directora de asuntos legales y apoyo para las personas, que han llegado a este centro, y que por algunas razones tienen una deuda con la justicia. Hoy vamos a presentar un testimonio de una persona rehabilitada en este centro y que cayó en las garras del vicio. Esa persona es Carlos Alberto Martínez. Le agradecemos de antemano su valentía para exponer su caso. Carlos Alberto por favor.

Con su caminar lento y desgarbado que lo caracterizaba desde que era niño, se situó en el centro de la sala. Miró para todos lados, agachó la cabeza, sacó su pañuelo para secarse la cara del sudor provocado por los nervios y saludó a todos los asistentes. Andrea al notar que algo en su cabeza no funcionaba, se acercó y le dijo:

—Ánimo, yo sé que usted puede —le posó la mano en el hombro, lo miró y lo invitó a seguir.

—Gracias, Andrea, una vez más en mi auxilio —dio dos pasos al frente—. Buenos días —los asistentes aplaudieron y le respondieron el saludo, tomó aire y se santiguó—. Pensé que las cosas serían fáciles, que era venir y decir fui uno de ustedes, me recuperé y ya. Hasta luego. No pensé ver tantas personas reunidas y creo que estas pocas palabras que voy a expresar no son suficientes para hacer real el sueño de una mujer tan valiosa como Andrea.

Tomó un sorbo de agua y prosiguió:

—Yo fui uno de ustedes —señaló a los asistentes—. Pero uno de ustedes multiplicado por cinco, me trajeron aquí, a este centro en una camioneta, desmayado junto a dos compañeros más del Bronx y rescatado por varias personas valiosas, pero sobre todo por dos mujeres que sin ser mi familia se jugaron la vida por mí, ellas son las señoras Juanita y Reina —las señaló y los asistentes las aplaudieron. Sacó de nuevo su pañuelo y secó sus mejillas porque varias lágrimas empezaban a rodarle—. Y qué decir de una mujer que se jugó la vida por mí muchas veces, yo la llevé al borde del precipicio, pero no le importó. Ella es la doctora Andrea González, exnovia, amiga, alcahueta y cómplice. Quiero que ella me ayude porque hay cosas que mi mente olvida. Así

que por favor continúe doctora.

—Gracias, Carlos Alberto. Sí, nosotros fuimos unos estudiantes de provincia de un pueblo muy bonito del sur del Tolima, llamado Purificación. Fuimos los mejores estudiantes de primaria y secundaria educados bajo los mejores principios de respeto, amor y lealtad. Nuestros padres personas de clase media alta, nos enviaron a una de las mejores universidades de la capital. Al principio demostramos ser los primeros del semestre, pero el aburrimiento y la soledad de pasar los fines de semana dedicados solo a dormir y estudiar, hizo que aceptáramos las invitaciones de algunos amigos que eran los duros de la parranda, primero a fiestas, luego trago, marihuana y luego empezamos a consumir cocaína. Al principio nos pareció inofensiva; al contrario, era como un coadyuvante para estimular nuestro cerebro y mantenernos largas jornadas sin dormir y en el caso del trago podíamos consumir grandes cantidades sin llegar a emborracharnos. No sabíamos la serpiente tan venenosa que introducíamos a nuestro cerebro. Como la plata que nos enviaban nuestros padres no nos alcanzaba para comprar el vicio, yo robé celulares, cadenas, billeteras y cuanto objeto de valor se ponía en mi camino en los articulados de la ciudad, vendí droga a los niños en el colegio y bailé en discotecas desnuda para ganar dinero. Con ese dinero manteníamos a dos parejas más de estudiantes que abandonaron el estudio por seguir en el vicio y...

—Perdón, ahora me toca seguir —Carlos Alberto miró a Andrea y sin pedirlo la gente la aplaudió durante unos minutos—. Andrea sacó fuerzas de lo más profundo de su ser, salió de ese infierno donde fácil se llega, pero difícil se sale y no sé cómo, pero continuó con sus estudios. Fuerzas que no tuve y me dejé llevar a lo más profundo. Caí tan bajo que, en un viaje de ella al pueblo a visitar a su padre enfermo, me robé unos cuadros del dueño del apartamento, el televisor, equipo de sonido y cuanto objeto de valor pude llevar a las casas de empeño para comprar vicio. Para poner punto final me auto secuestré y empecé a extorsionar a mis padres hasta el punto de perder su confianza y ayuda. Viví un tiempo en el cartucho con dos amigos y luego, cuando dejó de existir, en el Bronx.

—Con mucha paciencia —continuó Andrea— sin dinero porque los padres heridos en su dignidad decidieron alejarse de él, pero con la ayuda de unas personas valiosas como la señora Vicky, que no escatimó esfuerzo alguno, y entregó un dinero para su rescate al igual que la señora Reina, de no ser por ella, todo esfuerzo de rescate hubiera sido en vano y no hubiéramos llegado al punto final de encontrar una clínica de rehabilitación en cabeza de los doctores Abella y Camacho para que hoy estuviéramos aquí —dijo Andrea con un gesto de orgullo.

—Por eso estamos hoy aquí —continuó Carlos Alberto— pero no quiero dejar por fuera a los señores T.J. y Daniel, dos verdaderos sabuesos incansables; a sus patrones Miguel y Ernesto; y a la secretaria Ana María a quienes les debemos mucho; de nuevo a la clínica y sus integrantes; y al doctor Gabriel Jaime Palomino, mi ángel protector. A todos ellos les debemos nuestra recuperación. A ustedes por regalarnos un rato de su vida y ojalá estas palabras calen en sus oídos y piensen que, si se puede salir del hoyo profundo que es la droga, es cuestión de conectar la mente y el corazón y decir no más. Repitamos todos “No más, no más, el vicio no tiene cabida en mi cuerpo, mente y espíritu, porque es dañino no solo para mi cuerpo, también lo es para mi familia y no es justo destruirlos.”

De nuevo la gente los aplaudió a rabiar. Carlos Alberto y Andrea se ofrecieron para una nueva reunión que contestara muchas preguntas que deseaban hacer las personas que estaban recuperándose de este flagelo.

—Doctora Andrea, primero nuestra felicitación por la valentía de ustedes al querer compartir momentos difíciles de su vida. Somos unos pastores y tenemos unos hogares de rehabilitación.

¿Sería factible que les dieran una conferencia a nuestros muchachos para demostrarles que con un poco de voluntad se puede salir del vicio? Nuestro problema es que no contamos con mucho capital para pagarles.

—Ahhh, no se preocupen que, si logramos concientizar y sacar del vicio a algún joven perdido, para nosotros es suficiente pago —dijo Carlos Alberto con entusiasmo.

—No se preocupen, don Carlos Alberto va a estar esta semana aquí. Les voy a entregar tarjetas para que me llamen y coordinamos la visita, o si quieren nos esperan mientras saludamos otras personas de las aquí reunidas, vamos a la oficina y fijamos un horario —propuso Andrea.

—Listo doctora, nosotros esperamos.

Para ellos era un triunfo poder llevar estos testimonios a sus futuros recuperados. Los sacerdotes hicieron su petición y recibieron la misma respuesta. Debían esperar unos momentos.

—Doctora, yo soy el representante de la Alcaldía, y quisiera saber ¿cómo hacemos para fijar un programa de concientización en los colegios y escuelas para enderezar el camino de muchos niños y jóvenes que caen en el vicio?

—No se preocupe, doctor, esta es mi tarjeta, podemos fijar una cita en su oficina y con mucho gusto podemos formar un plan de trabajo. Hay muchas personas que ya han sido rehabilitadas y creo que desearían formar parte de este equipo. En el Tolima, Carlos Alberto dicta conferencias en las escuelas y colegios con muy buenos resultados —le comentó Andrea al funcionario.

—La llamo la semana entrante porque creo que esta va a estar muy ocupada, pero estoy muy interesado en el proyecto. Voy a hablar con mi jefe pluma blanca y sé que le va a interesar.

Carlos Alberto se reunió con el grupo de jóvenes que se mostraron muy interesados en el programa a seguir. Se despidió de abrazo, esperaba verlos en dos días. Lo mismo sucedió con la pastora que no cabía de la felicidad pues esta reunión ponía a la fundación a la cabeza de las casas de recuperación de personas caídas en el vicio. A la salida los esperaban los compañeros de la agencia que querían pasar un rato con ellos. Andrea, les dijo que la esperaran un momento mientras fijaban las citas con los curas y los pastores. También se encontraron con el doctor Abella porque el doctor Camacho debía ir a la clínica donde trabajaba. Intercambiaron saludos comprometiéndose a encontrarse dos días después.

Juanita los invitó a la panadería para disfrutar de un almuerzo mandado a preparar por Reina. Les tocó abordar tres taxis. Ya en la panadería y luego escoger cada uno su mesa, Juliana, le preguntó:

—Doctora, es increíble lo que nos contó en la reunión. ¿Es verdad todo lo ocurrido en su vida?

—Todo es real y es algo que examiné con atención, los pros y los contras de si debía hacerlo o no. El problema era el que dirán, pero llegué a la conclusión que, si queremos que nuestra juventud no caiga en ese abismo, es necesario contar las cosas que hicimos y de las cuales hoy nos arrepentimos.

—Cada día la admiro más, doctora, se necesitan muchos pantalones para contar lo que nos contó —intervino Karen.

—No fui la primera en hacerlo, hay una persona que se despojó de su vida llena de adulaciones y sobadas de hombros de sus coterráneos, para aceptar las críticas, señalamientos y condenas de la gente. Eso tiene más relevancia que lo mío. Seguí su ejemplo y lo hice. Él se llama Carlos Alberto.

—Claro, pero lo uno viene entrelazado con lo otro. Usted, luego de muchas dificultades pudo terminar su carrera, yo no y fue gracias a su consejo que me dediqué a hacer lo que hago.

—Me quito el sombrero ante ustedes, otros hubieran salido adelante sin contar su pasado. Esto

es bueno porque en las universidades se vende mucho vicio y sabemos de muchos que pierden la batalla y sus padres o no saben o se hacen los pendejos. —intervino Carol.

—¡Uy! Carol ¿y esas palabras? —Karen comento en un tono un poco burlón pero adulator.

—Es verdad, Karen, por eso es que, estamos como estamos, aparentamos cosas que no somos. Nosotras también hemos bailado, tomado trago con nuestros parceros y en dos ocasiones hemos fumado marihuana —continuó Carol.

—Sí, pero que pena con ellos nuestros compañeros de trabajo, pensaran que somos unas viciosas —comentó Karen un poco preocupada.

—No se preocupen que nosotros con Ernesto, también tenemos nuestro pasado y lo confesamos ante el resto de los compañeros, esto es bueno porque no tenemos nada que ocultar —intervino Miguel en un intento por mantener la calma.

—Yo también he fumado cinco veces marihuana y dos veces cocaína, pero en la casa ni por el chiras puedo manifestarlo, me matarían, mi papá es muy estricto con esas cosas. En las reuniones familiares siempre se ufana de que su niña es un mar de virtudes. Si supiera lo diabla que soy —dijo Juliana para aportar también un granito a la conversación.

Juanita y Reina escuchaban la conversación con los codos apoyados en la mesa y las manos en el mentón. A lo mejor por sus inquietas mentes desfilaban miles de pensamientos que escarbaban su pasado nebuloso.

—Es para que se den cuenta, todo ser humano tiene un pasado que ocultamos siempre para aparentar algo que no fuimos. La mayoría de los seres humanos en determinado momento nos contaminamos —continuó Andrea.

—Está muy buena y tentadora la conversación por demás, pero quiero hacer un brindis por todos ustedes y en especial por Carlos Alberto a quien no veía desde hace tiempo, lo mismo para Doris y los preciosos niños. Hemos querido celebrar solo con gaseosa y aromática por respeto a Carlitos, sabemos que, cero de licor y luego seguimos con el ponqué elaborado en la panadería.

Terminado este primer festejo, Reina tomó la palabra:

—Yo quiero decirles que estoy muy contenta de compartir estos agradables momentos con ustedes —intervino Reina—. Me parecen unas personas buenas y bonitas. Ahora quiero invitarlos a almorzar. Me perdonan, pero quería que fuera algo fuera de lo normal. Cada uno puede servir en uno o dos platos y escoger las carnes, pollo, pescado, arroz, plátanos, papas cocinadas y fritas si lo desean; en otra mesa, pueden escoger las ensaladas. Los que deseen tomar caldo, una señorita se los va a servir y de sobremesa limonada.

Por unos momentos se confundieron por la abundante comida, pero poco a poco llenaron sus platos y se dirigieron a sus mesas. Muchos comentarios en voz baja y sonrisas, había varios que por primera vez lo hacían.

Cuando terminaron Miguel tomó la vocería por todos los asistentes:

—Señora Reina, muchas gracias por este detalle tan espléndido y sabroso, un banquete al estilo tierra caliente que nos acaba de dar. Hacía mucho tiempo no disfrutaba tanta comida y lo mejor muy sabrosa. En nombre de todos muchas, muchas gracias.

Después de la cena el tema de conversación fue la experiencia de Carlos en el Bronx.

—Estaba con muchos deseos de conocerla —empezó Carlos Alberto—. De cierta forma y aunque estaba muy llevado casi inconsciente escuché la voz de una mujer cuando discutía al principio y después suplicaba por mi liberación, diciéndoles que yo era de su familia. Me acuerdo cuando les decía “no nos pisemos las mangueras, mire que yo también los he ayudado bastante y nunca les he cobrado un favor”. Ni mi mamá hizo eso por mí. Muchas gracias mamá Reina, a usted

también le debo mi recuperación.

—Lo que pasa es que, con esa carita de niño indefenso, flaco y descalzurriado a cualquiera le da lástima y no hay más remedio que ayudar —justificó Reina.

Ernesto que no había intervenido dijo:

—De nuestra parte muchas gracias. Sin proponérselo usted ya hace parte de la empresa.

Juliana que había hablado poco dijo:

—Yo soy la hija del anciano que usted ayudó. Muchas gracias por sus consejos y quisiera que algún día mi padre le agradeciera en persona y le pudiera ofrecer un dinero.

—No, hija, no se equivoque, de dinero no me hable, que tengo mucho. Cuando hago un favor lo hago desinteresadamente. De todas formas, muchas gracias por el ofrecimiento, me daría mucho gusto conocer a su padre. Cuando vi la foto dije este señor es muy buena gente. Usted tiene cara de niña buena y buena hija. Deme amor y rece por mí más bien.

—Bueno, yo creo que hemos pasado un día muy bonito y con gratas sorpresas, que bueno conocerla señora Reina y esperamos su ayuda más adelante, pero nos da pena molestarla tanto. En nombre de nuestra empresa nuestros agradecimientos más sinceros —agradeció Miguel.

—Sí señora. Mi mamá Juanita nos ha hablado bastante de su gran corazón. Muchas gracias por su compañía en el día de hoy y por todo lo que hizo por Carlos Alberto y ahora por don Álvaro —agradeció Andrea.

Después de dichos agradecimientos Reina se quedó pensativa unos minutos, se levantó de la silla caminó hacia una ventana que estaba abierta, sacó un pañuelo de su saco y se limpió las mejillas húmedas por las lágrimas, también los ojos, carraspeó, tocio y como si nada hubiera pasado se volteó y de nuevo se dirigió a todos:

—A raíz del momento en que empecé a conocerlos a ustedes, mi viejo y testarudo corazón se ha ido ablandando. Pensé no volverlos a ver porque ese era el pacto con Vicky, digo Juanita o mi mamá “la puta vieja”. Pero el destino caprichoso nos volvió a reunir. Mi corazón cuando los vio partir, de nuevo se arrugó y se ablandó. Pero como los amenacé si los volvía a ver por allá, pensé que esa si sería la última vez, lloré mucho después de verlos salir. Veá cómo son las cosas de nuevo reunidos y con más familia. Hoy me siento muy feliz de verlos. Aunque aún no puedo desprenderme del sitio donde vivo, si quiero enderezar mi vida. Yo soy administradora de empresas, tengo mi título y deseo hacer algo mejor con la poca vida que me queda. Quiero proponerles a ustedes una cosa que con Juanita hemos conversado. A partir de unos meses para acá he tenido muchas divergencias con los “directivos de la corporación”. Aunque no lo crean, somos una organización con todas las de la ley. Recuerde Daniel y T.J. que allí hay contadores, escritores, abogados y hasta curas etc. etc.

Hizo una pausa y continuó.

—Esos directivos hoy me tachan de blanda y por boca de amigos íntimos, fieles a mí, parece que me quieren remover del cargo. Aún no lo hacen por miedo a mi reacción y de la gente que me protege. Quieren evitar un derramamiento de sangre. Yo no haría eso y esa es la razón por la que prefiero hablar con la directiva, retirarme y dejar las cosas por las buenas. Ellos son personas que me van a entender. Eso sí debo prometerles, no ponerles competencia sobre todo en lo relacionado con el negocio. Les decía que con Juanita ya hablé de eso. Mi propuesta consiste en que quiero patrocinar o ayudar a una casa para rehabilitar personas enfermas por drogadicción. La doctora Andrea sería la indicada para ayudarme en esa tarea. También quiero ayudar a su empresa para que tenga un mejor desarrollo y no pasen momentos de dificultad cuando ayudan a personas sin recursos. No me pregunten cómo lo supe. Yo puedo colaborarles en muchas cosas, búsqueda

de personas o todo lo que se relacione con el bajo mundo. No me contesten hoy, tómense un tiempo. Lo de mi retiro es un hecho y por lo pronto voy a vivir con Juanita, al fin y al cabo, es mi mamá.

De nuevo Miguel intervino:

—Es una oferta muy buena y nos gustaría estudiarla con los miembros de la empresa —intervino Miguel—. Sería una gran ayuda y una luz muy buena para aprender muchas cosas.

—Les quiero aclarar una cosa, lo de mi capital es limpio. Son 25 años de ahorros y poseo un capital no muy grande, pero suficiente. Lo que me correspondería como ganancia donde trabajo, voy a renunciar a eso y de ahí no saco un solo centavo. No se preocupen por eso —aclaró Reina.

—Eso aclararía mejor las cosas, pues no nos gustaría trabajar dinero sucio o mal habido, perdone si le molestan estas palabras —intervino Ernesto.

—En lo absoluto y es mejor dejar las cosas claras.

—¿Qué dice, doctora Andrea? —consultó Miguel.

—Me parece muy bueno, pero deberíamos tener unas reuniones más formales entre nosotros si lo consideran necesario para hacerlo por escrito —propuso Andrea.

—Pues considero dejar este tema por hoy así y como dice la doctora Andrea deberíamos programar una reunión para más adelante —afirmo Miguel.

—Que interesante lo que hemos hablado en el día de hoy —intervino Carlos Alberto—. De mi parte quiero expresar mis agradecimientos a todos. Como dicen ustedes esta es una verdadera familia. Con mi esposa Doris y los niños les agradecemos todas sus atenciones.

—Para Karen y para mí, este día ha sido de mucho aprendizaje. Lástima que mis compañeros de clase se perdieran de una enseñanza única. De nuevo nos quitamos el sombrero doctora Andrea por su valentía, no creíamos encontrar personas así, a Carlos Alberto nuestra admiración por el espíritu y deseo por salir adelante. No la han nombrado, pero creo que su esposa también tuvo mucho que ver en su recuperación.

—Claro que sí, mi esposa también ha sido un eje y una luz en mi vida.

—Que hable, que hable, que hable —animaron Daniel y T.J.

—Ay no me da mucha vergüenza con ustedes —dijo Doris muy apenada.

—Diga algo, mi amor —Carlos Alberto le dio un beso para animarla.

—Quiero agradecerles todo lo que hicieron por mi esposo. De no haber sido por esos esfuerzos, no disfrutaríamos de este bonito encuentro —recalcó Doris con lágrimas en los ojos.

Todos la aplaudieron. T. J., Daniel, Ana María y las secretarias también expresaron unas palabras de gratitud y sorpresa por lo que vieron y escucharon este día, todos se sentían orgullosos de lo que había hecho la agencia por ayudar a Carlos Alberto.

—Para despedirme quiero expresarle mi reconocimiento a T.J. y a Daniel, dos jóvenes muy valientes que han expuestos sus vidas en pro de otras personas que a lo mejor no conocen. La primera vez que me visitaron le hubieran visto la cara de susto de Daniel. Una pregunta usted ¿se cagó ese día? —consultó Reina en medio de una carcajada.

—No, pero me faltó muy poco, sí sentí que mis tripitas se revolcaban —dijo Daniel con una sonrisa.

—A T.J. lo vi más tranquilo, ¿qué sintió cuándo el modelo homosexual ¿le cogió las pelotas? —preguntó Reina en medio de otra risa.

—Pues mucho dolor porque me las apretó muy duro —dijo T.J después de una carcajada—. Casi le pego una trompada.

—Mis desplantes y groserías, la coquetería de las modelos que les pedían dinero por un rato de

amor, y otras muchas cosas les tocó aguantar a estos jóvenes que se jugaron su integridad física. Por eso pido un aplauso para ellos.

Todos aplaudieron y vitorearon, después del festejo y las felicitaciones todos se retiraron en varios grupos de la panadería de Juanita que también fue aplaudida por su generosidad. A cada asistente le dio en una caja de comida para llevar a la casa.

Ya en el apartamento, Carlos Alberto y familia manifestaron estar cansados, por lo que prefirieron recostarse unas horas. Andrea se quedó en la sala para revisar unos escritos; al verse sola prefirió emular a sus amigos y dos horas más tarde llamó a Gabriel Jaime para contarle todo lo sucedido.

—No puedo creer lo que me cuentas, ¿no estaban muy nerviosos? —preguntó Gabriel Jaime sorprendido pero feliz por la alegría que expresaba Andrea.

—Carlos Alberto sí lo estaba y me correspondió ayudarlo. Todo fue un éxito, estamos invitados a algunas casas cristianas y católicas para dictar conferencias, lo mismo con un representante de la Alcaldía mayor.

—Pues los felicito y en especial a ti, mi esposa bonita y loca. Ojalá todo siga por el buen camino, se merecen cada una de las cosas buenas que les pasan —dijo Gabriel Jaime con una voz llena de amor y orgullo por todo lo que había hecho su esposa.

—Gracias mi amor, tú también tienes parte de mérito en este logro, siempre me has impulsado a hacer las cosas por el bien de los demás. ¿Cómo están las cosas por allá?

—Todo lo mismo, sigo el estudio como loco y espero que pase el tiempo rápido.

—Qué bueno, mi amor, yo deseo lo mismo. Me haces mucha falta. Mañana te llamo de nuevo, me voy a acostar estoy cansada.

—Que duermas, mi niña linda. Te quiero mucho.

Al otro día en la sala de juntas Juliana y Andrea se reunieron para hablar sobre la salud y detalles del caso de don Álvaro.

—Bueno, Juliana, ¿cuénteme cómo la pasó ayer?

—Súper, súper, mi doctora Andrea, nunca imaginé vivir tantas cosas positivas en un solo día. Yo no sabía cómo es un centro de rehabilitación, las maniobras que eso conlleva, médicos, fisioterapeutas, personal administrativo, pastores, sacerdotes, abogados, tanta parafernalia y lo más admirable es que los profesionales dedican su tiempo gratis, su deseo es ayudar a estos muchachos que han equivocado el camino. Lo de usted con Carlos Alberto, eso es de locos, pero más loco es confesarlo ante tanta gente. Y de lo que nos enteramos en la tarde con Juanita y Reina. Me les quito el sombrero como dicen por ahí.

—El objetivo de todo eso es crear conciencia en las personas de que un vicioso, no siempre es un desechable, hay muchas personas que, si se les trata a tiempo, se pueden recuperar. Lo que hicimos es como un tiro al aire, de pronto derribábamos un pájaro o solo se perdía en el vacío.

—Sí claro, pero se necesita mucho valor.

—Antes que valor se necesita convencimiento de que lo que uno hace es positivo. Mire lo de mamá Juanita, una prostituta que ejerció la profesión por más de cuarenta o cincuenta años, también fue viciosa, uno dice esa señora ya no tiene salvación, pero mírela ahora, es una próspera dueña de una panadería. Reina es uno de los ejemplos más recientes, una señora enseñada a manejar viciosos, gente del bajo mundo por más de treinta años o no sé cuantos, jamás en su vida pensó que había una mejor vida fuera de ese círculo podrido, pero mire ahora quiere hacer un cambio e iniciar una nueva vida y ayudar a otras personas a las que les hizo daño. Carlos Alberto y yo también hacemos parte de esa vida de recuperados.

—Parecen increíbles estas historias.

—¿Cuál es el objetivo de parte nuestra? Ayudar a quienes en estos momentos tienen sus ojos y sus mentes nublados a causa del espíritu maligno de la perdición. Usted también puede ayudar.

—¿Yo, doctora?, ¿cómo?

—Usted estudia psicología y nosotros necesitamos psicólogos que ayuden a explicar a estas personas el mal que se hacen.

—Pero aún no soy profesional, hasta ahora voy en mitad de carrera.

—Dos cosas: una, con lo aprendido hasta ahora puede aprender a reconocer algunos casos que no requieren que la persona sea profesional, los consejos, los principios morales, y hasta una cara bonita y tierna como la suya pueden ayudar; la otra es que esa cancha adquirida con ellos le va a servir en el complemento de sus estudios y presentación de una tesis si lo desea y luego en su vida profesional. ¿Qué le parece?

—Sensacional, súper, excelente. No lo había pensado.

—La conclusión de esta charla es que no hemos perdido el tiempo. Ayer no imaginé que usted sería un nuevo apoyo para nosotros.

—Doctora, ¿entonces me puede llevar a la fundación?

—Pero claro, fijamos un horario. Yo voy los fines de semana y creo que su ayuda les va a caer de perlas. La felicito.

—Listo doctora, a partir de esta semana no más visitas donde el abogado Jaime, no deseo hacerle cambiar más tendidos y colchones.

Se rieron por un largo rato y se abrazaron para cerrar el nuevo acuerdo laboral.

—A propósito ¿cómo sigue la recuperación de su papá en la clínica y la situación en su casa?

—La recuperación de mi padre va muy bien, ya puede hablar, me conoció apenas me vio. Me preguntó cómo hizo para llegar allí y todo lo concerniente a su encuentro en el Simón Bolívar. Por recomendación del médico Ariel Bustos, no puedo llenarlo de tantas noticias desagradables. Debo llevarlo despacio. Se siente muy feliz de verme todos los días y dice sentirse muy seguro que yo esté al frente de su recuperación.

—Muy buenas noticias, ¿y por el lado de la casa y el abogado?

—Eso sí está algo complicado porque mi madre quiere poner una denuncia por la desaparición de mi padre. Me da lástima con la directora de la casa hogar. He tratado de disuadirla diciéndole que ellos no tienen la culpa de la desaparición de mi padre, que eso no es una cárcel. Pero ella no acepta razones, está muy molesta con el abogado Jaime porque no entabla la denuncia, habla de millones por daños y perjuicios.

—¿Ha vuelto a hablar con el abogado?

—Sí claro, eso es lo que tiene trancado el asunto. Ya no le doy besitos en la boca solo en la mejilla porque siento como repudio, rechazo, pero soy muy amable con él. Lo último que me dijo es que, si no aparece mi padre, aceptará las sugerencias de mi madre y en ocho días presentará la demanda.

—Ocho días, es muy poco pero ya veremos que vamos a hacer. No se puede que ellos presenten esa demanda porque todo se nos viene abajo.

—¿Y no es mejor, buscar una estrategia y contarle?

—Déjeme pensarlo, el problema es que esta semana voy a estar ocupada en la fundación con Carlos Alberto.

—Doctora, ¿puedo ir con usted?

—Si no le entorpece los estudios, claro que sí, nos ponemos de acuerdo.

Salieron a almorzar con Ernesto, Miguel y Ana María. Luego Juliana se despidió porque debía ir a estudiar. En horas de la tarde de nuevo se reunieron los doctores Miguel, Ernesto, Ana María y Andrea para estudiar la propuesta hecha por Reina. Debían sopesar, los pros y contras de la sugerencia.

Ernesto fue el primero en expresar su opinión:

—Pienso que por el momento no es oportuno aceptar el ingreso de ella en la empresa —intervino primero Ernesto—. Tengo duda de su conversión tan rápida luego de vivir una vida llena de zozobras, problemas, aproximaciones con la delincuencia.

—Ernesto tiene razón y pienso que de pronto fue una alteración emocional de momento —complementó Miguel.

—Me identifico con ustedes y aunque los resultados económicos de la empresa no son muy halagadores, sí son estables —intervino Ana María.

—Es cierto, todos tienen razón y no podemos ilusionarnos. Claro que según le entendí primero va a conversar sobre sus problemas con miembros de la organización y luego sí poner a nuestra disposición su deseo de ayuda —aclaró Andrea.

—Hagamos una cosa, esperemos a que eso suceda y llegado el momento afrontaremos el problema. Por el momento sigamos con lo que llevamos. Andrea me gustaría saber su opinión sobre la utilidad de ella en los proyectos que tenemos pendientes —consultó Miguel.

—Bueno, ella nos sería útil sobre todo en casos que se presentan en el centro de rehabilitación. Por ejemplo: en estos momentos se ha presentado un caso con una señora que es golpeada en repetidas ocasiones por su esposo, es un drogadicto que ha sido denunciado por su esposa por intentar violar a sus hijas. El caso está en fiscalía y el juez por el momento le dictó prisión domiciliaria en la casa donde vive toda la familia: acusado y acusadores en una misma casa todo el día.

—Hagamos una cosa, esperemos dos meses a que ella haya solucionado su problema. Para que me entiendan porque no me supe explicar, dos meses después de haber renunciado y estar libre de sus compromisos actuales. Si ella está dispuesta, canalizaríamos su ayuda a través de una fundación ya que no tenemos un ingreso fijo que la beneficie. No sé cómo sería la figura legal para hacerlo, pero estoy seguro de que la doctora Andrea encontrará una salida —propuso Miguel.

—Estoy de acuerdo y de paso ayudaríamos a personas necesitadas y que no disponen de estabilidad económica —dijo Ernesto orgulloso.

—Por el momento dejemos así y los felicito por no cerrar una ventana que se nos abre con esta señora que desea cambiar su rumbo de vida. Todos tenemos derecho a rectificar nuestro camino —dijo Andrea orgullosa de su equipo.

CAPÍTULO 11

Estaban por dar por terminada la reunión cuando llegaron Karen y Carol del hogar geriátrico.

—Doctores buenas tardes menos mal los encontramos reunidos, imaginen que doña Rebeca y la hermana se presentaron en la casa hogar y formaron un escándalo de enormes proporciones y amenazas contra la institución y la directora —dijo Karen apresurada.

—El problema es que la directora no se aguantó el reclamo y se desmayó, les tocó llamar una ambulancia y llevarla de urgencia a una clínica —continuó Carol.

—Las señoras al ver que la secretaria llamó la policía, abandonaron el geriátrico más veloz que la ambulancia. La voz que se corrió es que la directora se murió por el camino —dijo Karen con preocupación.

—Por eso corrimos a contarles —concluyó Carol.

—Doctora Andrea, yo creo que esa señora se debe enterar de que su esposo ya lo encontramos y está en recuperación —propuso Miguel.

—Es cierto, mire que nos podemos meter en un problema. Qué tal que sea cierto lo de ¿la muerte de la directora? —continuó Ernesto.

—Lo que pasa es que queremos ganar un poco de tiempo con lo de la recuperación de don Álvaro. Pero veo que esto se pasa de la raya. Voy a llamar a Juliana y vamos a solucionar esto ya, antes de que sea tarde —intervino Andrea—. Por el momento vuelvan ustedes al geriátrico y traten de averiguar qué pasó con la directora. Ojalá no sea nada grave y gracias por la información tan oportuna. Si pasó algo muy grave con la directora por favor avísennos.

Andrea llamó de inmediato a Juliana, la cito con urgencia en la oficina para solucionar dicho inconveniente. En menos de una hora ya estaba en la agencia.

—Pero ¿qué le paso mi Juliana? La veo muy fatigada, no era necesario correr tanto, siéntese y tranquilícese.

—Ay doctora fue que me asustó su llamada, usted nunca me llama y menos en horas de clase.

—Lo que pasa es que doña Rebeca y su tía, llegaron al geriátrico e increparon con palabras subidas de tono a la directora por la desaparición de su esposo. La señora no se aguantó el reclamo y se desmayó. Llamaron una ambulancia y la llevaron de urgencia a una clínica. ¿Cuál? No sé, Karen y Carol que trajeron la noticia y se fueron de vuelta.

—Mi mamá y sus disparates, pero sí le hemos dicho de todas formas que no se apresure, que lleve las cosas con calma. Ahora ¿qué vamos a hacer?

—No tengo ni idea. Usted que es la de las estrategias dígame y si veo que es razonable la hacemos.

Sonrió, pidió un vaso de agua y dijo:

—Pienso que lo primero es llamar al abogado Jaime y enterarlo del asunto para que él la llame y la calme. Después y según lo que me conteste, miramos. ¿Le parece?

—Pues sí, usted es la estratega, yo la escucho. Si quiere ponga el celular en altavoz si no le molesta, para conocer su reacción.

—Listo, pero no se vaya a molestar por lo que le voy a decir.

Sacó su celular, lo puso encima de la mesa y le marcó, dos timbradas y contestó:

—Aló, ¿doctor Jaime?

—Con él, ¿con quién hablo?

—Con quién va a ser mi amor pues con su terroncito, ¿ya se le olvidó?

—*Hola, mi terroncito de azúcar, cómo está ¿y a qué se debe este milagro? No me diga que va a venir este sábado a estrenar colchón. Compré uno muy bueno para que lo disfrutemos.*

—*Auch, usted solo piensa en la cama, viejo lujurioso. Tranquilo que de pronto voy el sábado, pero no quiero que mi mamá lo estrene primero. Me he preparado como una loba feroz.*

—*Pero cómo se le ocurre, mi terroncito, usted será la primera aquí la espero para derretirla a besos caricias y...*

—*Pare, pare no se me emocione tan rápido. Mi amor lo que pasa es que además de saludarlo quiero comentarle que acabo de llegar del hogar geriátrico y encontré un alboroto bárbaro que armó mi madre y mi tía. Como resultado la directora se desmayó, la llevaron a una clínica. ¿Cuál? No me pregunte porque no sé —le sonrió a Andrea—. Vine a llamarlo primero antes de ir a la casa.*

—*Que vaina con Rebequita y sus afanes, le he dicho que no se apresure, que me deje pensar cuál es la ruta por seguir. Por lo pronto voy a llamarla a ver qué me cuenta. Vamos a ver cómo solucionamos eso. Voy a mirar unos papeles.*

Pensó que hablaba de los papeles de su padre.

—*Mi amor, mi amor, hagamos una cosa, no alborote tantas avispa, hable con mi mamá primero, dígame que por favor lo deje actuar primero a usted, que no complique más las cosas. Mientras tanto voy de nuevo al geriátrico y me entero de la situación ¿o quiere que vayamos ambos?*

—*No, no, vaya primero usted y me avisa. Si vemos que la cosa está complicada porque la vieja se murió, entonces veremos qué hacer. Si no pasó nada entonces le digo que no vuelva más por allá, que deje que yo resuelvo el problema, ¿le parece terroncito?*

—*Sí, me parece mi amor, por eso lo quiero tanto. Entonces me voy para el geriátrico y lo llamo esta noche o sino mañana temprano. No se le olvide llamar a mi madre. Hasta luego lindo.*

—*Hasta luego mi terroncito y la espero el sábado.*

Apagó el celular, tomó un sorbo de agua y luego preguntó:

—¿Qué le pareció, doctora?

—*Que usted es una diablita completa. Ojalá mi futura hija no me salga con esos alcances. No mentiras, qué bueno sería que tuviera esa inteligencia.*

—*Entonces ¿le pareció bien?*

—*Claro, mi niña.*

—*Quiere saber ¿cuál es mi siguiente jugada?*

—*Sí claro, la primera salió perfecta. Vamos con la segunda.*

Se sentó de nuevo en la silla, recostó la espalda y dejó escurrir un poco su cuerpo. Entrelazó los pies entre sí. Apoyó los codos en los brazos de la silla y con las manos acarició sus mejillas. Miró a Andrea que lucía impaciente por conocer el siguiente paso. Le sonrió, se levantó y le dijo:

—*No se me impaciente doctora que a las diablitas también nos toca pensar, pensar y decidir.*

—*Lo que pasa es que estoy preocupada.*

—*El siguiente paso que vamos a dar es ir a la clínica, hablar con mi papá, y decidir con él que vamos a hacer con él.*

—*Listo, no le pregunto que sigue porque no me va a contestar.*

—*Correcto, doctora. Vamos a buscar un taxi.*

Salieron, cogieron transporte y en quince minutos estaban frente a la habitación donde estaba alojado su padre:

—*Papi —lo abrazó, lo beso—, mire a quién le traje, ella es la doctora Andrea, el artífice para que usted esté recuperándose aquí.*

—Doctora, mucho gusto soy...

—Mucho gusto, don Álvaro Díaz, me alegro de verlo recuperado después de pasar unos días difíciles —Andrea se adelantó antes de que el terminara la oración.

—Sí, señorita, pero siéntense y me cuentan cómo van las cosas.

—Yo los dejo un par de minutos y ya vuelvo. Voy a hablar con el doctor Ariel y ya regreso —dijo Juliana.

Salió y ellos charlaron sobre la recuperación y sobre los pasos a dar después de salir de la clínica. A los cinco minutos apareció de nuevo Juliana y les dijo:

—Papi el doctor quedó de pasar en veinte minutos, mientras tanto vamos a hablar.

—Claro, hija, no más diga.

—Como le decía ella es la doctora encargada de su caso y es quien nos va a ayudar. El asunto que nos trae aquí es que mi mamá formó un alboroto en la casa hogar y la directora se desmayó.

—¿Cómo así, hija?, ¿entonces qué vamos a hacer?

Andrea permanecía callada porque no sabía la estrategia de Juliana:

—Papi, los planes se trastocaron un poco y para no agravar el problema en el geriátrico tenemos que confesarle la verdad a mi madre de una manera que no se entere que nosotros estamos al tanto del asunto. El doctor Ariel nos va a ayudar en esta ocasión. Él nos colabora en esto solo por la amistad de ustedes dos.

—Qué gran persona que es el Doctor Ariel, Dios lo bendiga. Me da mucha pena meterlo en estos asuntos. Ahora sí se agravó el problema porque su mamá me tiene atrapado, cuando salga de aquí me va a volver a internar en un lugar peor y con muchas restricciones y ante eso prefiero morirme

—Álvaro empezó a llorar por la angustia que le provocó la noticia.

Al notar su desesperación, lo abrazó y le dijo:

—No se angustie por eso, papito, que nosotras también tenemos nuestras armas.

—Pero es que ella tiene los papeles de las empresas, las escrituras, y un poder que le firmé. Hoy en día no tengo nada por...

—Papito, los papeles, escrituras, el poder que usted le firmó a mi madre, más otros que trataron de falsificarle la firma los tenemos en nuestro poder. No me pregunte ahora cómo hicimos para recuperarlos, es muy largo de explicar. Mañana cuando vuelva le explico todo. Por ahora siéntase tranquilo que ese pulpo no podrá alcanzarlo con sus tentáculos.

—Usted y sus papeles de detective —dijo con una sonrisa—. Desde muy pequeña inventaba historias de espionaje que me hacían reír mucho. Jugaba también a las escondidas —Álvaro miró a Andrea y le sonrió.

—Bueno, ya casi llega el doctor Ariel, más bien pensemos cómo vamos a hacer para desenredar esta madeja.

—Don Álvaro, buenas tardes, lo veo muy bien acompañado —saludó el Doctor Ariel.

—Mucho gusto doctor soy...

—No es necesario que se presente, ya la conocí cuando trajeron a don Álvaro. Me da gusto verla de nuevo.

—Lo que pasa doctor es que mi madre formó un escándalo en el hogar geriátrico por la desaparición de mi padre.

—En eso tiene razón Juliana, ella goza de legítimos derechos para reclamar por su paradero. No veo por qué no pueda hacerlo.

—Es cierto doctor, lo que pasa es que mi esposa está aliada con mi abogado para quedarse con todos los bienes. Me da pena confesarlo, pero ellos son amantes, varias veces los encontré

haciendo el amor en la sala y en vez de mostrar algún recato o pena por lo que estaban haciendo, prefirieron reírse y decirme “si ve lo que me toca hacer, viejo cacreco”. Y otras cosas que prefiero no decir. A la fuerza me obligaron a firmar el poder ya que la mayoría de los papeles los tenía él en la oficina. Varias veces le dije a Rebeca, que le firmaba todo, con tal de que no me llevara a un ancianato —Álvaro resumió la situación.

—No me diga más que ya entendí el problema, pero ¿cuál es la estrategia para que ella no sospeche. Yo no puedo decirle Rebeca venga a la clínica que Álvaro está aquí, no puedo hacerlo porque eso me podría costar el puesto. Entiendan mi situación.

—Doctor, y ¿si le dice que usted estaba de vacaciones, que mi padre lo trajeron personas extrañas a la clínica sin papeles, quedó registrado como N.N y que, a su regreso, en un turno pasó revista a los enfermos y se encontró con mi padre. Me parece factible, mi mamá no es que sea muy inteligente.

Pensó por un momento y luego se dirigió a Andrea:

—¿Usted qué dice, Doctora?, recuerde que es la abogada y conoce más de estos asuntos —consultó Ariel.

Con los brazos cruzados escuchó y analizó la propuesta de Juliana y le contestó:

—Pues no me parece muy descabellada la idea, sería la mejor forma de justificar que don Álvaro se encuentra en la clínica. Lo que veo difícil es que a un enfermo N.N le den este tipo de atenciones. De pronto tendrían que trasladarlo al piso de los ancianos o qué sé yo —propuso Andrea.

—Es cierto, en eso tiene razón, pero yo encontraría la manera de justificar el por qué se encuentra aquí. Para eso tengo mis influencias —dijo el doctor Ariel.

—Gracias, doctor, usted es un Ángel —dijo Juliana con una sonrisa.

—Un Ángel no, de pronto un pendejo que se deja engatusar por una muchachita caprichosa. No es la primera vez que me presto para mentir por ella. ¿Se acuerda lo de las inyecciones?

—Sí doctor, pero es que eso duele mucho y yo estaba muy pequeñita. Pero recuerde que le traje unas brevas rellenitas de arequipe.

Todos se rieron del apunte.

—Ahora sí sé por qué la niña siguió enferma, y usted me dijo que era cuestión de tiempo —dijo pensativo don Álvaro.

—Listo, entonces díganme cuándo llamo a Rebeca, entre más pronto mejor porque me puedo arrepentir —preguntó Ariel.

—Yo creo que en tres o cuatro días o sea el lunes —propuso Andrea.

—Está bien el lunes y como Juliana va a venir estos días, nos prepararemos mejor. Yo me despido porque tengo mucho trabajo. No sé porque un viejo como yo, le hace caso a una loca embaucadora —se quejó el doctor Ariel.

—¿Qué dijo doctor? —preguntó Juliana.

Levantó la mano, batió la cabeza de lado y se alejó. Andrea y Juliana se quedaron con don Álvaro.

—Bueno, ahora si explíquenme cómo es eso de los papeles. No sé habrán metido en problemas de los que nos toque arrepentirnos más adelante. Recuerde Julianita que las cosas chuecas no me gustan.

—No se preocupe, don Álvaro, los papeles los recuperó Juliana y ella le explicará cómo lo hizo. Los papeles están en la oficina guardados bajo llave y le serán entregados a usted el día que los solicite. Por el momento tiene que estar consciente que vamos a enfrentar otra batalla de

carácter legal tal vez en los estrados judiciales. Digo posible, porque vamos a intentar arreglar todo por las buenas. Para eso necesito de su colaboración y buen corazón. En estos casos es mejor ceder un poco.

—No le entiendo muy bien, doctora, eso de colaborar, ceder y tener buen corazón.

—Papi, ella se refiere a dos figuras, la primera es que cuando mi madre y Jaime tenían los papeles, ellos iban por todos sus bienes y usted quedaba en la miseria confinado a un geriátrico sin esperanzas de nada. Ellos no han podido hacer nada porque en el poder que usted firmó hay un garabato que usted hace al final de la firma y se le olvidó o no quiso ponerlo. La oficina de registros o notaria no han dado el aval de la firma. El segundo panorama es muy diferente. Usted tiene los papeles ahora y puede dejar a mi madre con una mano adelante y la otra atrás por desleal, o negociar con ella y dejarle algo que es lo legal y que se lo gaste con Jaime.

—Ahora sí le entiendo. Ahora el viejo cacreco puede decir sí o no.

—Sí señor, pero sería una medición de fuerzas que puede tardar años y los abogados se pueden quedar con una parte de su capital. Eso es en el caso de que usted decida no dejarle nada, pero arreglar las cosas por las buenas usted le demuestra que no es un señor rencoroso y está dispuesto a ceder —le explicó Andrea.

—En el punto de irnos por la justicia, hablarían los abogados es decir usted y Jaime.

—Sí señor, o quien lo vaya a defender. Mi consejo es que es mejor ceder un poco ante su esposa y arreglar por las buenas.

—Estoy de acuerdo con usted y además porque no tengo corazón para venganzas. Bastante he sufrido por culpa de ellas. Al que no le voy a dar un centavo es al desagradecido de Jaime, que me paga dándome una patada en las pelotas. Perdone doctora la grosería.

—No se preocupe, señor, es lo que se merece y otra patada por atrás.

—Con esa patada me ayuda usted y no se preocupe que a partir de hoy usted me va a ayudar con todos mis asuntos legales. Me parece una buena persona. Perdone por ser grosero y no agradecerle lo que hizo por mí en la búsqueda, lo mismo su equipo de trabajo, ya Julianita me ha contado lo que sufrieron y vamos a tener tiempo para agradecerles como se lo merecen.

—Tranquilo, don Álvaro, que su hija se encarga de todo eso. Ella lo quiere mucho y ha influido en todo. Es toda una investigadora.

—Eso no lo dudo, en mis tiempos le decían avispada. Una vez en un almuerzo en restaurante, dejé una propina para el mesero. La niña tenía seis años y se nos quedó unos metros, cuándo nos subíamos al carro me alcanzó y me dijo “papito, papito se le quedaron estas monedas, yo se las traje”. Nos reímos con Rebeca y me devolví a llevar la propina. Por eso y otras, no dudo de sus habilidades.

—Papito, para qué cuenta eso, no lo quiero. Qué pena con la doctora. Ahora que voy a trabajar con ella dirá que soy muy avarienta.

—Cómo así, ¿van a trabajar las dos?

—Sí señor, es en el hogar de rehabilitación para drogadictos, donde vamos a recuperarlos de la adicción. Esperamos que la sicóloga nos preste una gran ayuda. El problema es que no es un trabajo pago.

—Me parece interesante Julianita.

—Sí papi, si supiera por las que ha tenido que pasar esa gente. No es solo gente pobre, también hay hijos de gente rica que, por descuido de sus padres, se han dejado llevar del vicio. Por fortuna hay personas como la doctora Andrea y otros doctores que colaboran con la fundación, es una obra muy bonita.

—Ajá, que bueno. Fuera de los doctores me imagino que hay empresas que dan sus donaciones.

—Claro que sí señor, empresas de pollo, carne, supermercados y algunas personas de bajos recursos. Los gastos que demanda sostener cincuenta o cien personas son bastantes.

—Pues le cuento que una de mis ideas consiste en ayudar a los hogares geriátricos. Ellos luchan mucho por sobrevivir, nosotros los viejitos jodemos mucho por todo, la comida, la dormida en fin somos muy chochos. Voy a ayudar al mío y ahora que mi hija va a trabajar con ustedes, creo que nada me impide ayudarlos así sea con poco. Al fin y al cabo, uno se muere y no se lleva nada. Mire, el caso mío, tanto trabajar amasar una fortuna y si no es por ustedes, el novio de mi mujer, a quién ayudé, volví profesional, le di trabajo y sin ningún esfuerzo, quiere quedarse a disfrutar lo que es mío. Triste pero cierto.

—Gracias, don Álvaro, y sé que lo van a recibir con mucho agrado, sería bueno que cuándo usted salga de aquí vaya a conocer la obra.

—Así lo voy a hacer.

—Gracias, papito, y lo dejamos porque tenemos otras cosas que hacer.

—Otra cosita, don Álvaro, cuándo se encuentre con su esposa, esté muy tranquilo, preparado, no se vaya a dejar alterar por nada del mundo. Su esposa como no sabe lo de los papeles se va a sentir segura y lo va a humillar, pero tranquilo. Jamás vaya a mencionar eso. Las cosas se van a saber, pero a su debido tiempo.

—No se preocupe, doctora, que eso no va a pasar, voy a sacar a relucir mis dotes de buen negociante. Y muchas gracias por todo.

—Hasta luego, papito, besitos —lo besó en la frente— lo quiero mucho. Mañana o pasado le cuento cómo hice para tener los papeles en mis manos.

Antes de salir de la clínica hablaron por espacio de un buen rato con el doctor Ariel en la cafetería, luego se marcharon, Juliana a su casa y Andrea al apartamento donde la esperaba Carlos Alberto para ponerse de acuerdo sobre la jornada a realizar al otro día y los siguientes días en la fundación.

—Familia, buenas noches ¿cómo están?

—Nos tenía muy preocupados Andrea, pensamos que algo le había sucedido —dijo Doris apenas la vio entrar.

—Gracias, lo que pasa es que aquí en Bogotá el tiempo se pasa y uno no se da cuenta. Gracias por preocuparse. Hola, Carlos Alberto, mis niños, miré lo que les traje —les entregó unas chocolatinas—. Un besito para la tía.

Andrea pasó a su alcoba, se puso la pijama, ocupó un asiento del comedor y la familia reunida se dispuso a cenar. Hablaron por una hora sobre la hora de salida al otro día. Buscaron sus camas y Andrea luego de hablar con su esposo se dispuso a dormir.

Al otro día a las nueve de la mañana Carlos Alberto y Andrea estaban en la fundación para dar inicio a la charla con los jóvenes de la fundación. Hoy no tenían invitados especiales. Oraron por media hora y luego dieron inicio. El tema estaba dirigido a conocer algunas intimidades de estas personas perdidas en el vicio; la forma como llegaron a este hábito y que los llevó a tomar esta determinación: soledad en sus casas, peleas con sus padres que nunca se interesaron en conocer sus problemas, curiosidad etc. Mientras Carlos Alberto escuchaba los pormenores o razones que cada uno relataba, Andrea se fue para la oficina a atender a Edelmira.

—Edelmira ¿qué le pasó? mire cómo tiene esa cara. Parece que le hubiera pasado un tractor por encima —dijo alarmada cuando vio tenía moretones en toda la cara.

—Doctora de nuevo unas caricias que me dio anoche mi esposo porque no le llevé dinero

suficiente para el vicio. Como tiene la disculpa que no puede salir a trabajar por estar bajo arresto domiciliario por mi culpa, entonces tengo que conseguir dinero para sostenerlo a él, con vicio y todo. Lo mismo a mis hijas que solo les puedo dar agua de panela, pan y para variar comen periódico. Anoche me pegó porque le dije que se la pasaba encuerado con las niñas todo el día, ahora quiere que ellas vivan casi desnudas todo el día, él dice que es para no enmugar tanta ropa. Me preocupan las dos mayores que se la pasan besándolo todo el día. No les importa que yo las mire y si les reprocho algo me contestan “mi papito es de nosotras él sí nos consiente y a usted no porque está muy vieja y fea”. Eso me parte el alma. Por las noches las acuesto conmigo, pero cuando me levanto me doy cuenta de que duermen con él, abrazados y como dice él: entrepiernados.

—¿Fue a la comisaría de familia a informar estas cosas?

—Siempre me dicen que el fallo no ha salido porque hay muchos expedientes, no se que voy a hacer doctora.

—Voy a avisarles que nos vamos para la comisaría. Espéreme un momento.

—Bueno, doctora, pero creo que pierde el tiempo.

Después de avisar a la pastora y Carlos Alberto, salieron para la comisaría de familia. Esperaron una hora para ser atendidas. La gente que entraba y salía en su mayoría mujeres, abandonaban el recinto, molestas al enterarse que sus casos no habían sido resueltos.

—Doctora, buenos días, soy la abogada Andrea González y vengo con la señora Edelmira Puentes para conocer el resultado de su expediente que concierne a la demanda sobre el abuso carnal a sus hijas por parte de su esposo.

—Doctora ¿cómo está? señora Edelmira nosotros no le hemos exigido que venga con un abogado. Estamos hasta aquí de trabajo —se puso la mano en la frente—. Hacemos lo que podemos.

—Sí, doctora, pero mire como tiene la cara esta señora, su esposo la coge a golpes todos los días, a ese paso la va a reventar.

—Pero al señor le dictamos medida de detención en la casa. Algo hemos hecho al respecto doctora. A él no se le ha comprobado que abuse de sus hijas. No podemos decirle a una niña que no salude a su papá de beso, eso es normal.

—Medida de detención en la casa a un señor que es acusado de abusar de sus hijas —enfaticó Andrea para que se notara el sarcasmo en su voz.

—¿Que podemos hacer?, es la norma del código. Puede estar mal, pero es lo que dice la ley y tengo que ceñirme a ella.

—¿Que debemos hacer entonces?

—Esperar, tener paciencia. Voy a agilizar el caso. Vengan dentro de ocho días a ver que respuesta les tengo.

—Ojalá no sea tarde. Perdone si la he molestado, yo sé que usted no tiene la culpa. Volvemos en ocho días.

Salieron de la comisaría con cara de decepción.

—Lo que le dije doctora, esto es un perdedero de tiempo.

—Si quiere vamos a su casa, quiero ver ¿cómo están las niñas?

—No doctora eso sí que no, ¿quiere qué me mate? Usted no conoce a mi marido, él es un campesino muy atravesado y violento. Le agradezco mucho su ayuda, pero a la casa no la puedo llevar, entiéndame.

—Pero es que alguien tiene que parar esto, las cosas no pueden seguir así, ese señor es un

animal.

—¿Doctora le puedo pedir un favor?

—Claro Edelmira dígame que necesita y si puedo con mucho gusto.

—Lo que pasa es que me da mucha pena.

—No se preocupe, dígame.

—¿Será que usted me puede regalar ropita vieja?, ¿polvos para disimular estos morados y labial que no tengo? En estos momentos no tengo interiores. Si me puede regalar también sostenes se los agradezco. Qué pena dirá que soy muy confianzuda.

—Claro que sí, pero le anticipo que le van a quedar grandes —la miró con detenimiento, sentía la lástima, la pena y el dolor que esta persona transmitía. Voy a hablar con las niñas de la oficina yo sé que ellas también la pueden ayudar, no se preocupe, debió decirme antes.

—Por lo grandes, eso no se preocupe que yo me las arreglo. Lo que pasa es que como siempre me ven con la misma ropita y a veces sucia, ya ninguno se me arrima. Soy una mugrosa.

—Con las que sale esta mujer, está en las que está y todavía se burla de sí misma. Vamos a hacer una cosa, vamos a la fundación a ver si don Carlos Alberto terminó su conferencia y luego nos acompaña a la casa y miro que ropa le puedo solventar. ¿Está bien?

—Doctora, lo que pasa es que, si me pongo a llorar para que sientan lástima, me arrugo rápido. Pero si me voy con usted a recibir la ropa, no puedo ir a trabajar. Mejor el domingo que no tengo trabajo recojo la ropa, más bien si puede regalarme polvos y labial, se los agradezco doctora, perdone la confianza.

Metió la mano al bolso y sacó su estuche con espejo, cosmético labial, polvos, lápiz negro para las cejas y otros cosméticos.

—Mire, espero que le guste.

—Gracias doctora y perdone que no la acompañe a la fundación, pero es que voy a ver si entro bien temprano al trabajo. Gracias por todo lo que hizo por mí y que Dios la bendiga.

—Hasta luego y cuídese, Edelmira.

Cuando llegó a la fundación Carlos Alberto ya estaba esperándola, en compañía del doctor Abella y el doctor Camacho.

—Hola, Andreita, hablábamos de usted, no mentiras solo por chicanear. ¿Cómo le fue?

—Doctores, buenas tardes, hola Carlos Alberto —los saludó de mano y beso— me fue muy regular. Esta justicia nuestra está muy grave. Como les parece que esta señora Edelmira acusa a su esposo de abusar de sus hijas, y el juzgado le dicta detención domiciliaria mientras confirman el hecho. En la casa, sin trabajar, con las hijas todo el día y la mujer en el trabajo. El pago es que la coge a golpes todos los días.

—Es cierto, ahora se puso de moda que quien mata y confiesa lo dejan libre, con el pretexto que más adelante lo llaman a juicio, mientras tanto roban y hacen de las suyas —comentó el doctor Abella.

—Pero esta es mejor, si se roba una caja de caldos de gallina, le meten ocho años y si mata cien o más como en Bojayá, o cinco mil lo nombran senador de la república —respondió el doctor Camacho.

—Que vaina, estamos en el país donde el violento es respetado y el pobre que roba para comer es condenado —comentó Carlos Alberto.

—Qué horror y pensar que el corrupto ya no solo son los bandidos del monte, ahora los de cuello blanco son peores y no roban una caja de caldo de gallina, sino miles y miles de millones. Saben que si los cogen confiesan y les dan prisión domiciliaria. Ellos felices porque dizque para

que no se evadan de sus casas le ponen ocho policías para vigilarlos. Viven bien protegidos — dijo Andrea un poco molesta.

—Sí, pero es que son tan cínicos que dicen que no tienen un peso como sobrevivir porque no saben que hicieron el dinero y a los tres años los dejan libres por buena conducta o por estudio — dijo Carlos Alberto.

—Ahora resulta que los crímenes de la guerrilla los tiene que pagar el estado por no prevenir estos delitos —continuó el doctor Abella.

—Rico así, ¿no don Pepe? como reza el dicho —concluyó Camacho.

Con risas y abrazos aceptaron la impotencia para protestar y se despidieron. Andrea y Carlos Alberto en el camino al apartamento guardaron silencio.

—Y como le fue en ¿el primer día de clases? —le preguntó Andrea a Carlos Alberto cuando llegaron al apartamento.

—Muy bien, después que se fue usted llegaron los pastores y los curas de las otras fundaciones. Mañana voy a ir en la mañana a una y en la tarde a otra. Así una a una hasta que cumplamos con todas. Lástima que me tengo que ir porque ha despertado tanto entusiasmo, que dos meses no serían suficientes, pero vamos a ver qué podemos hacer por estos días. Estoy muy contento porque les ha llegado muy bien el mensaje. A la gente le gustó bastante su franqueza y valentía para contar su pasado y sobreponerse a todos esos obstáculos para terminar su carrera, Andrea. Varios universitarios quieren continuar con sus carreras y la quieren ver más de seguido para que les dé una voz de aliento. A donde voy a ir mañana, hay varias personas que han sido rehabilitadas, y quieren una especie de inducción o enseñanza para seguir con la labor. Eso es muy bueno porque el mensaje se va extendiendo.

—Es cierto Carlos Alberto, pero nos toca seguir con paciencia. Ahora en su ausencia voy a estar más seguido. Hay unos jóvenes que se encuentran en una nube de incertidumbre, quieren encontrar el camino, pero aún no saben cuál escoger. Necesitan muchos consejos ¿porque no se queda otra semana más?

—Porque me llamaron de la gobernación, me aprobaron un programa sobre unas granjas. Por eso me voy. Por lo menos la semilla ya queda plantada ahora toca hacerla germinar. Los jóvenes recibieron el mensaje de una forma muy cordial y receptiva.

—Lástima, aunque voy a ver si con Juliana podemos hacer algo. De pronto con sus compañeras de estudio.

—De mi parte yo sí estaría contenta de que nos fuéramos esta semana —dijo Doris que seguía con atención la conversación—. Me da tristeza dejarla sola Andrea, pero no estoy acostumbrada a este encierro y los niños tampoco.

—Tiene razón, Doris, sobre todo los niños que están acostumbrados al aire libre y a correr por la amplia casa. Yo también extraño eso, pero por ahora nos toca aquí. Voy a esperar a ver que dice mi esposo.

Luego de haber cumplido con su objetivo de extender su mensaje de “si se puede con voluntad y optimismo”, lema que fue puesto a la entrada de las fundaciones, el domingo, médicos y el resto de personal que componían la logística de la fundación, pastores directores, sacerdotes, alumnos de la casa de rehabilitación, que elaboraron un ponqué de varios pisos y aromática con frutos, se reunieron con la doctora Andrea, Carlos Alberto, esposa e hijos.

Una alumna fue la encargada del discurso de despedida a su profesor como lo bautizaron desde el momento en que llegó. Otro grupo de danzas bailó varios ritmos colombianos. La directora Isabel Pantoja también les extendió palabras de agradecimiento por su aporte a la fundación. Por

último, uno a uno, desfilaron para dar la mano y un abrazo en agradecimiento. Las lágrimas en algunos rostros se unieron a la despedida.

A la salida Carlos Alberto estrechó las manos de los doctores Abella y Camacho.

—Carlos Alberto, estoy muy contento de volver a verlo y sobre todo tan recuperado. Yo diría que quién no lo conoce con dificultad lo ligaría a un ser que probó por varios años esa maldita droga —lo felicitó el doctor Abella.

—Muchas gracias, doctor, gran parte de mi vida se la debo a usted y al personal de la fundación —dijo Carlos Alberto y lo abrazó.

—A mí no me gustan las despedidas. Me uno a las palabras del doctor Abella, es usted un hombre nuevo, lleno de energías y que bonito detalle compartir con estos muchachos, sus experiencias feas del pasado y agradables del presente —dijo el doctor Camacho y lo abrazó.

—De verdad muchas gracias. Todo esto no se hubiera logrado sin el compromiso y empuje de la doctora Andrea. A ella le debo todo, sus consejos y ánimos en los momentos difíciles. También a mi esposa Doris que ha sido un baluarte en mi recuperación y por haberme regalado dos hermosos niños que han traído felicidad en nuestro hogar.

Abordaron un taxi y se dirigieron al apartamento a sacar las maletas para dirigirse al terminal y luego al pueblo.

—Andrea, nosotros ya nos desenvolvemos de aquí en adelante solos, no la queremos molestar más —Carlos Alberto.

—Sí, Andrea, bastante ha hecho por nosotros esta semana.

—De ninguna manera, los recibí en la entrada de Bogotá y ahí los entrego. Además, voy a comprar algunas cositas para enviar a mis papás.

—Estoy muy agradecida con ustedes por la compañía en el apartamento, por haberme acostumbrado a mal preparándome la comida y hasta lavándome la ropa. Qué pena con usted Doris. Por el trabajo en las fundaciones no le dimos sino las gracias. Por toda la felicidad que trajo a nuestras vidas. Gracias, muchas gracias.

—Andrea de mi parte y los niños, muchas gracias, nunca llegué a imaginar que usted fuera tan bella persona. Me voy muy feliz de haber conocido a Bogotá, pensé que me iba a morir y no la iba a conocer.

—Y eso que no alcanzó a conocer nada, tienen que venir en diciembre, aquí la navidad es bonita. Ahora que regrese Gabriel Jaime, vamos a rentar un apartamento más grande

—Saludos a todos en la oficina y que los esperamos en la finca para disfrutar un asado. En diciembre vamos a venir a principios de mes a comprar los regalos de navidad —dijo Carlos Alberto.

Andrea compró unos chocolates para sus padres y les envió una carta. Abrazos, besos, lágrimas y promesas de un pronto reencuentro. Se despidió con la mano, antes de un minuto bajó la mano porque ya no los divisó más y solo quedó el recuerdo de una visita llena de muchos momentos de felicidad. Esa es la vida, feliz el encuentro y dura la despedida, reflexionó Andrea.

CAPÍTULO 12

Juliana cumplió el compromiso de visitar a su padre. Como era muy hábil con la parodia y la imitación de voces, en medio de risas y chanzas desarrolló la trama de lo ocurrido ese día y el desenlace con el rescate de los papeles de su padre.

—No puede ser cierto, niña loca, a lo que se expuso; este tipo la pudo violar luego de verse burlado.

—Tranquilo papito que todo lo tenía bien planeado. Lo de la sangre fue espectacular, le hubiera visto la cara de ternero degollado cuando vio la sábana y el colchón manchados.

—Oiga, mi niña, pero es que no lo puedo creer, mandar a ese tipo a comprar ropa interior roja, y ¿por qué roja?

—Porque es difícil de conseguir papi. Las medias veladas rojas son difíciles de conseguir en esta época.

—Está bien, yo le aplaudo eso, pero le cuento que fue muy peligroso. Esas son locuras. Sé que lo hizo como un juego, pero el que juega con candela corre el riesgo de quemarse. Prométame que no lo vuelve a hacer.

—Prometido, mi general —dijo muy seria, se paró de frente, alzó la mano y la puso en la frente.

—Hablo en serio, señorita.

—Sí señor —dijo y soltó

—La alegría volvió a mi vida —dijo en medio de una carcajada—. Ahora sí cuénteme, ¿cómo vamos a hacer con Rebeca?

—Papito, lo que hemos charlado con el doctor Ariel es... —durante varios minutos le expuso el plan.

—Me parece bueno, ojalá funcione y no vayamos a tener problemas —batió la cabeza y contrajo los labios.

A los dos días Rebeca se apareció con su hermana en la clínica. El primero en recibirlas fue el doctor Ariel que estaba pendiente de su llegada.

—Señora Rebeca, señora Diana, es un gusto verlas.

—El gusto es nuestro, doctor, que alegría tan inmensa la noticia que nos dio. Imagínese en las que nos puso Álvaro. Lo hemos buscado por todo Bogotá. Hasta en el anfiteatro. ¿Y cómo hicieron para encontrarlo o quien lo hizo y lo trajo aquí? —consultó Rebeca afanada.

—Vamos a la cafetería y les cuento una parte porque no la se toda. Mientras tanto pidamos un tinto —dijo el doctor Ariel.

—Gracias, doctor

—Les decía que no sé toda la historia porque me encontraba en vacaciones. Cuando regresé, estaba de turno en el pabellón de los viejitos, escuché que alguien mencionó mi nombre, me devolví y vi a un señor de espesa barba blanca que me sonrió. Para mi sorpresa era don Álvaro. Le pregunté qué le había sucedido y él me contestó que lo habían herido en una pelea. De nuevo le pregunté por qué la familia lo había llevado allí, si él y la familia gozaban un seguro especial. Me respondió que ustedes no sabían nada porque se había volado de la casa geriátrica en protesta porque lo castigaban. La pregunté cuál fue el castigo y me dijo que lo bañaban con agua fría a las tres de la mañana.

—Doctor, este señor nos ha hecho pasar por unas, que ni se imagina. A pedido de él lo llevamos a un hogar geriátrico bien caro porque dizque no podía vivir con nosotros ¿cierto Dianita? —le contó Rebeca.

—Todo muy cierto, doctor. Don Álvaro se ha vuelto imposible. Cuando está bravo se orina en los pantalones y es todo lujurioso con la señora del servicio. Con mi mamá también es muy grosero —Diana complementó la versión de su hermana.

—Que vaina con, Alvarito, lo que pasa es que, a cierta edad nos volvemos unos niños.

—Pero cuénteme, doctor ¿cómo hicieron para traerlo aquí? —Rebeca tenía mucho interés en conocer la forma en la que había llegado al hospital.

—Lo que me cuenta una enfermera es que lo ingresaron por urgencias unas personas mayores y malolientes. Estaba con herida profunda en la parte superior del estómago. Lo dejaron y no volvieron a preguntar por él. Por esa razón lo registraron como N.N. Cuando lo encontré hice que lo llevaran a un cuarto con todas las atenciones y es por eso por lo que la llamé señora Rebeca.

—Muchas gracias doctor Ariel, no sabe cuánto le agradecemos, ¿será que podemos verlo?

—Claro que sí, vamos y yo las dejo con él porque tengo mucho trabajo. Traten de no hacerlo hablar mucho, aún está convaleciente.

—Voy a entrar primero y le aviso

Cuando regresó les dijo que por el momento solo podía entrar doña Rebeca.

—¿Hola, mi amor ,cómo se encuentra? —se agachó y le dio un beso en la frente, le cogió la mano y rápido se la soltó.

—Hola, Rebeca, ¿cómo está?

—Preocupados todos por su maldita irresponsabilidad, cómo es posible que se haya volado de la casa hogar, si supiera cuánto lo hemos buscado y usted por pelear en la calle con la gente, buscó una puñalada y se la dieron, eso les sucede a los buscapleitos.

—¿Acabo? Porque si me va a regañar prefiero estar solo.

—Y fuera de eso se pone bravo. Antes le salgo a deber. No, señor, si vine es porque quería saber de su paradero.

—Muchas gracias y perdone que no la haya recibido mejor.

—Álvaro, necesito que se mejore pronto para que vuelva al hogar.

—¿A mi casa? Porque ese es mi hogar. Si quiere nos vamos ya, con sus cuidados voy a...

—A la casa ni de fundas, allá no volverá jamás. No quiero vivir una vida de perros con un viejo cacreco que no produce sino dolores de cabeza.

—Ahora soy viejo cacreco, le produzco dolores de cabeza, pero cuándo me conoció y disfrutó la vida de lujos que le di, ahí si no era ni viejo ni cacreco. Ahora que estoy viejo soy un estorbo.

—Mire, Álvaro, lo mejor para mí es que me lo hubieran quitado de encima. Pero claro, unos caritativos de mierda lo trajeron y justo aquí. No lo pudieron llevar a otro hospital en el que lo arrumaran y...

—Me dejaran morir con eso descansaba. ¿Pues sabe qué? Yo hice un trato con los de arriba y siempre protegen. A propósito ¿dónde está Julianita? ¿Porque no la trajo?

—No sé dónde anda ahora, se la pasa todo el tiempo perdida, le cogió las mañas al papá. Pero yo vine a pedido del doctor Ariel y a saber cuándo lo puedo llevar al geriátrico, pero esta vez lo voy a llevar a Chía, por allá lejos donde nadie sepa de usted.

—Muchas gracias por el amor que me tiene. ¿Que más se le ofrece?

—Necesito arreglar la separación y disfrutar de lo mío. No vivir humillada como hasta el momento. Para eso necesito otro poder.

—Dígalo bien “necesito arreglar los papeles, dejarlo sin nada porque me voy a disfrutar de su dinero con Jaimito”.

—Pues sí, al menos él me hace muy feliz. Voy a hablar con el doctor Ariel para saber cuándo le

dan salida. Por favor Álvaro no estorbe más mi camino, renuncie a lo poco que le queda y también quiero que Juliana busque a donde irse, yo no puedo mantener zánganos.

—Yo le firmé un poder, haga lo que quiera, al fin y al cabo, uno se va y no se lleva nada. Dígale a Juliana que venga para comentarle lo que hablamos.

—Lo que pasa es que la firma no la hizo completa por eso tenemos problemas en el registro de los traspasos. Necesito otro con la firma bien hecha.

—Cuando salga de aquí se lo firmo y espero que no me moleste más.

—¿O sea que puedo firmar todos los papeles a mi nombre cuándo salga de aquí?

—Ya le dije que sí y luego haga lo que quiera, ya le dije que uno se muere y no se lleva nada.

—Gracias mi amor. Voy a hablar con Jaimito, digo el doctor Jaime para que agilice los papeles. ¿Le puedo dar un besito? Pero no en la boca, es mejor en la frente.

—Ya que le di todo lo prefiero en la boca y bien apasionado de lo contrario me arrepiento. Es mi condición.

—Está bien, venga a ver —como no lo hacía hace mucho tiempo, se agachó y lo beso con pasión—. No se podrá quejar, me dio un poco de asco, pero valió la pena. En estos días le traigo el papel o los papeles para que me los firme. Pero antes voy a llevarlo al geriátrico, va a ver que es mejor que él que tenía. ¿Puedo hacer pasar a Diana? Ella se muere por verlo, mi amor.

—Le dije que cuándo saliera le firmaría todo, pero está bien, si no salgo en ocho días tráigame los papeles y se los firmo. Para que tenga mayor seguridad pregúntele al doctor Ariel cuándo me va a dar la salida. No es necesario que haga pasar a su hermana, por hoy está bien de pirañas.

—Uy, tan odioso.

A la hora de que se fueron las mujeres el doctor Ariel entró de nuevo.

—No se podrá quejar que no cumplí mi parte. Esas mujeres salieron felices. Me preguntaron por el día de salida y yo les contesté que en diez días.

—Sí doctor muchas gracias, salió todo a la perfección. Pero me dolió mucho su indolencia, pobre mujer, está llena de odio. Me dijo que me iba a internar en otro geriátrico por allá en Chía.

—¿No le dijo cuál? Hay unos buenos y otros regulares.

—¿Qué más da, doctor?, igual no voy a volver a ninguno —dijo con una sonrisa.

Después de despedirse de Carlos Alberto y su familia, Andrea volvió a la fundación porque quería encontrarse con Edelmira para entregarle la ropa que había recolectado con sus amigas y unos paquetes de comida para las niñas, cuando llegó vio a Edelmira con, Laura, su hija de diez años.

—Muchas gracias, doctora, no esperaba tanta ropa, por otro lado, la niña hoy me contó unas cosas que no sé si son importantes. Laurita, cuénteles a la doctora lo que me dijo hace un rato.

—Es que me da pena y mi papito me dijo que no dijera nada porque me cogía a juguete. Que era un secreto entre los dos.

—No se preocupe, mi amor, que ese secreto también va a estar bien guardadito entre nosotros. Venga nos sentamos.

Andrea sacó el celular y lo prendió la grabadora. Edelmira conocía el procedimiento.

—Hábleme sin pena que estamos entre amigas. Recuerde que el secreto que vamos a contar se va a quedar entre nosotras. No se lo vamos a contar a ninguno menos al papito. ¿Estamos de acuerdo?

La niña batió la cabeza en señal de aprobación.

—Bueno entonces empezemos. Edelmira, yo creo que usted debe empezar.

—Doctora, lo que pasa es que la niña en la fundación me dijo que le dolía mucho la colita sobre

todo cuando quería hacer popo. Consulté y ella me dijo que el papito le metía el dedo en el culito. Y que otras veces le sobaba los senos y la cuquita. Le decía que eso iba a ser para él y que nadie más podía tocarlos.

—¿Cómo así? no puede ser, ese señor es un monstruo. Laurita ¿todo eso es verdad?

—Sí, señora, y a mi hermana mayor le mete el pipi por entra las piernas. Él le dice que ella es la mujer y que es mejor que mi mamá, pero ahora están de pelea porque mi papá dijo que necesitaba otra mujer y escogió a Carmen mi segunda hermana, ellas pelean a puños y mi papá dice que la que gane va a ser la mujer primera. Él solo se ríe y como Carmen tiene más fuerza que Filomena ella siempre gana y luego los dos se burlan de mi hermana mayor.

—Un momento, tome un poquito de gaseosa y seguimos. Laurita, ¿su hermana mayor no los ha amenazado con denunciarlos?

—Sí señora, pero mi papito le dice que si ella hace eso él la mata y echa sus pedazos a los perros. Por eso tiene miedo. Hoy cuando vio que me venía con mi mamita, mi hermana Filomena me dijo que le contara todo, que ella prefería morirse antes de que su hermana le quitara el marido. Dice que va a tener un hijo de él y que yo tengo que consentirlo.

—Laurita, y usted estaría dispuesta a hablar ante unos señores que son la autoridad ¿y decirles todo lo que me ha dicho?

—Sí señora, porque cuándo mi papá me mete el dedo por la colita me dice que yo voy a ser la mujer cuándo se aburra con Carmen. A mí me da miedo porque me duele mucho y no quiero que me haga eso con el pipí. No quiero, no quie... —el llanto no le dejó terminar la frase.

—Tranquila, Laurita, que eso no va a volver a ocurrir. Si usted cuenta esta historia ante las autoridades, su papito no va a volver a molestarlas, se lo aseguro. Pero me tiene que prometer otra cosa, que esto no lo puede saber su papito y sus hermanas.

—Sí señora, yo no le voy a contar a ninguno.

Andrea se levantó, tomó aire y luego lo exhaló con fuerza.

—Edelmira, esto era lo que necesitábamos. Mañana la necesito a las ocho de la mañana aquí y nos vamos para la comisaría de familia. Vamos a ver si con esto no nos hacen caso. Creo que por hoy terminamos, vamos a llamar un taxi para que las acerque.

Listo, doctora, mañana temprano estoy aquí. Gracias por todo y espero que hoy no me reciban a golpes.

—Y sí los hay, tenga mucho cuidado con lo que dice, recuerde que la lengua tiene mucho poder y las cosas se pueden voltear a favor de él.

—No se preocupe, doctora, que así me mate a golpes no voy a decir nada. Esta vez sí quiero justicia.

Se subieron al taxi y se fueron.

Andrea continuó con la rutina de todas las tardes y a las nueve de la noche llamó a su esposo.

—Hola, mi amor, ¿cómo te ha ido?

—Hola, mi flaca bonita. Que sensación tan revitalizadora escuchar esa melodiosa voz. Yo aquí no hago más que pensarte.

—Qué bueno porque estoy igual. Imagina, mi amor que hoy despedí a Carlos Alberto, a Doris y a los niños.

—¿Y cómo les fue?

—Muy bien, todo un éxito. Varias Fundaciones se interesaron por el proyecto y lo aplicarán de ahora en adelante. Por el momento con Juliana vamos a sacar adelante el nuestro. En cuánto a don Álvaro, se está en recuperación y se le ve muy bien. Ahora viene la parte legal que está bastante

complicada, por fortuna Juliana nos ayudó mucho cuando recuperó los papeles. La tormenta se va a desatar cuando se den cuenta. Este es el caso más difícil que me ha tocado enfrentar, porque me corresponde luchar contra el abogado y la esposa que son amantes.

—Sí lo veo muy difícil, pero sé que vas a salir adelante. Y el otro caso ¿cómo va? También lo veo difícil.

—Si mi amor ese también está muy complicado. Imagínate que acabo de despedir a la señora Edelmira y su hija Laurita, de diez años que por fin decidió hablar. Es tan aberrante lo que escuché, que me provocó llorar, vomitar o matar a ese hombre que es una escoria humana. La mamá me narró algo que la niña le había comentado. Que el padre le metía los dedos en la colita, le acariciaba los senos y la vagina. Imagina eso mi amor y como sí esto no bastara, ahora se acuesta con la segunda niña. También le dijo a la Laurita que más adelante ella ocuparía el puesto de sus hermanas mayores. Las tiene amenazadas de muerte si cuentan estas aberraciones.

—No me cuentes más, mi amor. A ese animal salvaje le deberían aplicar la pena de muerte ¿porque no lo meten a la cárcel?

—La disculpa es que las cárceles están muy congestionadas. Por eso le dieron detención domiciliaria. Imagínate que el ratón cuide el queso. Mañana voy a la comisaría de familia a llevar la grabación. De pronto eso ni me sirve porque no lo aceptan como prueba, pero lo mejor es que la niña mayor si quiere hablar y Laura también. La otra tal vez no lo haga.

—Sí, mi amor, pero cuídate porque esa gente es muy peligrosa. La otra noticia es que mis padres decidieron hacer un tour por Europa, cuándo estén por España voy a hacer lo posible para encontrarme con ellos.

—Qué buena noticia, mi amor sobre todo porque te pueden ver antes de terminar tus estudios. Ya solo falta un mes. Tacho los días en un almanaque grande que tengo en la pared, al principio había pocas equis, parecía difícil llenarlo, pero ahora faltan poquitas. Mi amor te dejo porque voy a hacer una petición al juzgado. Ora para me vaya bien. Abracitos y muchos besitos mi amor.

—Claro que sí, mi amor, todas las noches lo hago y sé que te va a ir muy bien. Hasta mañana linda.

Al otro día a las nueve de la mañana estaban en la Comisaria de Familia. Por coincidencia llegaron al tiempo con la doctora encargada del despacho.

—Doctora Andrea, estaba que la llamaba por telepatía, imagine que mañana o pasado mañana definen el caso del señor Fermín. Ya han fallado varios casos muy parecidos y por falta de pruebas dejan libres a los enjuiciados. Es triste decirlo, pero a veces la justicia no obra muy bien. Por ejemplo, el caso de ustedes, como los niños han guardado silencio, es muy probable que lo absuelvan.

—Gracias, doctora, por la información, justo veníamos a traer una grabación donde la hija de mi cliente acepta testificar.

—Eso no nos sirve —se quedó pensativa por unos pocos segundos y continuó—, vuélase para la fiscalía y conéctese con este doctor —sacó una tarjeta y se la entregó— a él le gustaría mucho presentar una prueba contundente a ver si por fin castigan a un depravado. No es por echarla, pero vuélase. El expediente ya reposa en manos del Juez. Me avisa que pasó.

Andrea y Edelmira salieron rumbo a la oficina del fiscal. Durante tres horas estuvieron con él y le explicaron el caso. Edelmira fue citada para el jueves a las en la mañana con las cinco niñas. Esa misma tarde iban a llevar a Fermín a una celda de la fiscalía. Se sentía muy seguro de salir libre luego de las amenazas de muerte proferidas a sus hijas mayores y de quienes esperaba silencio absoluto como la primera vez.

Al otro día, por consejo de Andrea, Edelmira llevó a la oficina, a la niña mayor Filomena y a Laura, la tercera. Ingresaron a la sala de juntas donde les tenían desayuno, hablaron por varias horas. Laura desde el principio se mostró dispuesta a hablar, en cambio Filomena solo lo hizo después de una hora. Fue un trabajo muy intenso de convencimiento por parte de Juliana que se había unido a la reunión a pedido de Andrea la noche anterior.

El miedo de la niña mayor partía de las amenazas de muerte que le hacía su padre, amenazas que fueron desmentidas una y otra vez por la doctora Andrea quien se comprometió a estar presente en la diligencia.

Llegó el día y a las diez en punto se dio inicio a la diligencia. Fue un careo intenso entre las partes. Edelmira mostró su rostro golpeado por su esposo, y la respuesta de este fue que lo hacía por ser una prostituta que les daba mal ejemplo a las niñas. Parecía que él sindicado llevaba las de ganar y por fin el fiscal llamó a las niñas al estrado. Primero lo hizo la niña Laura que sin ningún temor acusó a su padre de las aberraciones cometidas, luego lo hizo la mayor, Filomena, que después de unos minutos de silencio empezó a narrar desde el momento en que recibió las caricias y luego los abusos sexuales delante de sus hermanas. La segunda guardó silencio a las preguntas y solo se limitó a decir que por ser la actual esposa de su padre no lo podía acusar. La coartada de Fermín se vino abajo y cuando le solicitaron una explicación por haber actuado de esa forma, se limitó a decir:

—Como padre de mis hijas son mías y por lo tanto tengo derecho a vivir con ellas. Yo soy hijo de una hermana mayor y mis otras hermanas han tenido hijos de mi padre. De la vereda donde vengo es muy común esa forma de vivir, por lo tanto, soy inocente.

La Juez le dictó detención en una cárcel mientras le profería la sentencia. Las niñas fueron enviadas a bienestar familiar y solo cuando la madre demostrara responder por sus hijas podía volverlas a tener bajo su custodia. La sentencia de Fermín fue de cuarenta años.

A la salida Edelmira se mostró en principio muy molesta con Andrea y Juliana por haber perdido a sus hijas. Solo cuando ellas le demostraron lo que significaba el fin a su martirio diario junto a su esposo reversó su pensamiento. Fue muy duro desprenderse de sus hijas, sobre todo las menores. En el bienestar familiar le fijaron visitas los fines de semana. Juliana empezó el plan de recuperación de Edelmira en la fundación junto a sus compañeras de universidad. La parte mental estaba muy atrofiada al igual que la autoestima.

—De todas formas, la justicia cojeó, pero esta vez sí encontró el camino —le dijo Andrea a Juliana y Edelmira—. Presiento que está muy cerca la reunión con sus hijas.

CAPÍTULO 13

Gracias a las buenas noticias de Juliana que en varias ocasiones lo visitaba en la clínica donde le comentaba la estrategia que habían trazado en la oficina con la abogada, la recuperación de Álvaro se aceleró para acercarse a la orden de salida.

Para no crear un conflicto en la casa con su llegada, Juliana consiguió un apartamento en el mismo conjunto donde vivía Andrea. La idea era estar cerca para responder a cualquier requerimiento. Con un dinero que aún le quedaba del apartamento y unos ahorros que recibía de la mesada mensual, pagó el arriendo y le compró ropa a su padre.

La primera visita que hizo Álvaro en su nueva vida, la hizo al hogar geriátrico. Con zapatos, traje nuevo, camisa azul clara y corbata de rayas amarillas y azules, afeitado y peluqueado, en compañía de Juliana se presentó a la casa hogar. Timbró y una recepcionista que no conocía le abrió. Preguntó por la directora Amalia Mendoza.

—Un momento ¿de parte de quién?

—De parte de un familiar.

La señorita regresó y los mandó seguir a la sala de espera.

—Ya los atiende.

A los cinco minutos los mandó a seguir a la oficina.

—Buenos días directora Amalia.

—Buenos días ¿usted es...?

—Álvaro Díaz, mucho gusto —dijo y alargó la mano para saludarla.

La directora que usaba gafas las acomodó mejor, acercó su cara a la de él, lo miró con detenimiento y le cogió el brazo.

—¿Me dijo que se llamaba Álvaro Díaz?, ¿el que vivía con nosotros y se nos perdió?

—El mismo que viste y calza. ¿Qué más, directora Amalia?

—Ay Dios mío, a mí me va a dar un soponcio —se sentó y batió sus manos para soplar aire a su cara—. Ya tuve bastante con su señora que me hizo internar dos días en la clínica y ahora se me aparece usted como un espanto. Ay Dios mío.

—Cálmese, directora, que he venido a decirle que estoy vivo. Que vengo junto a mi hija Juliana a darle las gracias por toda la bondad y ayuda que me prestaron. A pedir disculpas por haberme ido sin avisarle y sobre todo por el mal comportamiento de mi esposa. Supe también lo de su enfermedad y me preocupé mucho por su salud.

De nuevo se levantó de la silla y se la acercó, lo abrazó.

—Pero que dicha volverlo a ver y tan lleno de vida —lo miraba de arriba abajo y viceversa—. No se parece en nada al señor retraído ni al que el médico me dijo que tal vez consumía alguna sustancia psicotrópica por formulación o adicción. Tiempo después nos dimos cuenta de que usted no necesitaba nada de esas cosas. Le preguntamos a su señora y ella nos contestó que a lo mejor había vuelto a la adicción. Pero siéntense y cuénteme que tengo tiempo para escucharlo.

—Es bastante complicado y largo, pero voy a tratar de resumir.

Por dos horas detalló lo acontecido. Cuando terminó le pidió permiso para saludar a sus amigos y compañeros de convivencia anterior. Después del saludo, de chistes, chanzas y algarabía, volvió a la oficina donde habló de nuevo con la directora.

—Vengo a despedirme y a darle las gracias por todas sus atenciones y cómo es lógico a pedir disculpas por mi forma de actuar, también por el de mi esposa. Solo tengo una pregunta en caso de

que necesite una certificación por parte del médico de mi adicción a psicotrópicos cuando ingresé al hogar, ¿me los puede dar por escrito?

—Claro que sí, don Álvaro, eso está en su historia, si quiere le doy una copia. Espéreme unos minuticos le digo a la secretaria que se la proporcione. Mientras los organiza quiero disculparme con usted señorita Juliana por la forma como la atendí cuándo vino a preguntar por su padre. Lo que pasa es que, por orden de su madre y una tía suya, me prohibieron darle información. Discúlpeme.

—No se preocupe, yo entiendo los alcances que pueden tener esas mujeres —dijo Juliana con tranquilidad en su voz.

—Otra cosa directora Amalia voy a ver cómo están mis finanzas y es mi deseo ayudar al Hogar con una donación mensual.

—Ay, muchas gracias, si supiera cuanto lo necesitamos, Dios le compensará todos los beneficios que nos pueda ofrecer. Muchas gracias —lo abrazó y como las copias estaban listas, de una vez se despidieron.

—Directora Amalia, quiero pedirle un gran favor —dijo antes de salir de la oficina—, si mi esposa viene, espero que mi visita sea olvidada por parte de ustedes. Le agradecería que me guarde el secreto.

—No faltaba más don Álvaro, mis labios son una tumba.

A la salida Juliana se abrazó con su padre por las buenas noticias encontradas en el hogar geriátrico.

—¿Si ve hija que mi Dios no se cansa de ayudarnos? Y viera la cascada de noticias buenas que se aproximan.

—Sí, papito, voy a llamar a la doctora Andrea para enterarla de las últimas noticias. Esto le va a caer como maná del cielo.

Timbraron y la misma Andrea les abrió, los mandó a seguir a la sala de juntas. Les pidió unos momentos mientras llamaba al resto del personal.

—Señores, les presento a don Álvaro Díaz, el padre de Juliana.

Uno a uno lo saludaron y luego ocuparon su silla. Miguel en nombre de la empresa le dio la bienvenida. Álvaro se levantó.

—Señoritas y señores, buenas tardes, quiero agradecerles todo lo que hicieron por mí al rescatarme de las garras de la muerte. Si no hubiera sido por su oportuna intervención, a lo mejor, hoy no celebraríamos. Quisiera escuchar cómo fue la operación búsqueda si se puede llamar así.

Andrea tomó la palabra y le narro cada uno de los momentos de la investigación.

—Sé que aún falta tiempo para dar el grito de victoria, pero el camino recorrido apunta a que cada vez estamos más cerca. Lo felicito por tener una hija tan pila, la ayuda que nos ha prestado ha sido muy valiosa para su caso.

—Gracias mil a ustedes y espero algún día recompensarlos. A través de mi hija estoy enterado de todo. Muchas gracias.

Terminada la reunión cada uno volvió a su sitio de trabajo a excepción de Andrea, Ernesto, Miguel, Ana María que se quedaron con Álvaro y Juliana. Los cuatro fueron informados por éstos últimos de la visita que hicieron a la casa hogar y la forma como llegó allí cuándo lo internó su esposa.

—Don Álvaro y Juliana —Andrea tomó la palabra—, no saben lo importante que es esto para nuestra defensa, con esta información y con otros datos que certifiquen que usted no era drogadicto ni debía estar en esa casa hogar, vamos a estar preparados para lo que venga.

—¿Mi padre qué dice?

—Que si no actuamos rápido nos va a llevar el patas, recuerden que hurtamos unos papeles y eso nos puede complicar la vida. Rebeca y Jaime son muy listos y no se van a quedar con los brazos cruzados. Además, ella es muy ambiciosa.

—Estoy de acuerdo con lo que dice don Álvaro, un descuido y podemos perder el año.

—Que no se diga más, mañana vamos a ir a los bancos para que don Álvaro recupere el poder de sus cuentas. Luego los acompaño también a los médicos y finalizamos con las empresas. En esto es muy importante el tacto, debemos hablar y actuar con cautela. Manejar un perfil de información bajo y andar con rapidez. Creo que por hoy es suficiente. Voy a quedarme a trabajar un rato con los doctores para preparar nuestra táctica de defensa. Les agradezco mucho su visita.

Una hora antes de que Álvaro y Juliana fueran a la agencia, Rebeca se reunió con el abogado Jaime en la oficina para empezar a organizar los papeles que los llevarían a un triunfo definitivo sobre Álvaro. Tenían afán ya que por una visita que hizo Rebeca a la clínica se había dado cuenta de que su esposo había sido dado de alta y que habían abandonado el lugar con su hija Juliana.

—Hola mi amor, mi terroncito de azúcar, mi consentida —Jaime usó las mismas palabras que le dijo a su hija Juliana, la abrazó, la besó y con el pie empujó la puerta—. Cómo está de linda, cada vez la veo más joven y bonita mi Rebequita del alma.

—Deje de ser tan meloso, yo sé porque lo hace, pero recuerde que vamos a hacer los papeles de la demanda. Tenemos que actuar deprisa para que ese viejo no se vaya a arrepentir, él me dijo que hiciéramos los traspasos y me los firmaba.

—Ya, mi amor, deje al afán, no tenemos de que preocuparnos y si él se quiere retractar pues lo demandamos y ya. Más bien quiero un poquito de esa melada rica que siempre me da, recuerde que eso me inspira para redactar los documentos.

—Listo, mi amor, me convenció, yo también estoy ansiosa, con muchas ganas, porque hace rato que no lo hacemos. Me tiene abandonada. Ojalá no me vaya a salir con las del viejo ese que no se le para. ¿Y esa cama?

—No, mi amor, no me compare con ese viejo cacreco. Mire como estoy, mi amor debería estar contenta porque compré colchón nuevo y tendido nuevo. Ese colchón ya estaba muy traqueado con su manera loca de moverse y la cobija olía a requesón. Quiero que estrene porque una mujer como usted se merece lo mejor.

Sin hacer más preguntas se desvistieron, prendas en el suelo, en la mesa de noche o donde cayeran, lo importante era estar desnudos para disfrutar este momento de pasión con toda intensidad una y otra vez. Dos horas después estaban vestidos para retomar la organización de los papeles.

—Listo, mi amor, lo primero que vamos a hacer es sacar los números de las escrituras, y de las tarjetas de propiedad de los carros. Tenemos mucho trabajo mi amor. Cuando acabemos quiero que salgamos a comer y luego regresamos porque esta noche vamos a castigar ese colchón con toda nuestra intensidad.

—Listo, mi amor, hoy soy toda suya porque tenemos que celebrar que seremos muy ricos a partir de esta semana. Menos mal se fue la engreída de Juliana, me tenía hasta la coronilla con su papito, papito, estúpida esa. Y en los últimos meses no hacía otra cosa que coquetearle a usted, y claro, el señor le correspondía. Me lo quería quitar, pero mamola, usted es mío y de nadie más, ¿cierto, mi amor?

—Sí, mi amor y cómo se le ocurre que me vaya a enamorar de una muchachita insípida que ni gracia tiene debe ser un palo en la cama en cambio usted, mi amor, es un torrente de emociones y

movimientos. Antes quiero que me firme estos papeles donde usted me hace el traspaso de una casa, cinco camiones y el Mercedes. No es mucho, pero con eso me conformo.

—Uy, usted sí Jaime, avariento como siempre. Eso es mucho si acaso los camiones, las casas no las toco porque son mías.

—Mi amor, lo que pasa es que hay que ser prevenido, de pronto con todos los papeles a su nombre, usted se puede olvidar de este pechito y dejarlo sin nada como el viejito de su marido. Por eso si no hay firma, no le hago los papeles y nos jodemos los dos.

—Preste a ver se los firmo desgraciado aprovechado.

Jaime sacó de su escritorio los papeles de compraventa donde se comprometía a hacer el traspaso de estos bienes a su nombre. Se quedó mirándolos unos momentos.

—Gracias, mi amor, perdone la desconfianza, pero es mejor cubrirme la espalda. Ahora, saque las carpetas del archivador y vamos a trabajar porque a partir de hoy somos ricos, como dijo usted. Gracias, viejo cacreco Álvaro.

—Aquí los tiene, mi amor, estas son todas las carpetas.

Henchido de la felicidad después de haber logrado su sueño deseado desde años atrás, se dispuso a empezar su labor. Abrió una carpeta y luego otras y las otras su cara cambió de alegre a preocupada.

—Pero ¿esto qué es, mi amor? Estos son papeles en blanco se desaparecieron las escrituras ¿qué paso Dios mío?

—¿Qué pasó de qué? ¿Mi amor?

—Que nos robaron todo, escrituras y todos los papeles, hasta los poderes. ¿Ahora que vamos a hacer?

—Pero si usted tenía todo bajo llave, aunque siempre he visto las llaves prendidas del archivador. Hay que poner una denuncia por robo, vamos a la administración a pon...

—Maldita, Juliana, no pudo ser otra, esa maldita fue, mientras fui a comprarle las...

—Y ¿por qué Juliana?, ¿ella que vino a hacer?

—Ella me engatusó con sus mentiras, con su cara de mosca muerta. Vino un sábado y la deje sola por ir a comprarle pren...

—¿Qué? desgraciado morbosos comiéndose a mi hija también, cuénteme, Jaime, ¿qué pasó, maldito desgraciado? —lo cogió por el cabello y con las uñas le arañó la cara.

Al rato muchos gritos salían de la oficina del abogado, la puerta empezó a ser golpeada por sus vecinos en busca de una respuesta. El celador ante el temor de un desenlace fatal abrió la puerta que estaba sin seguro.

—Doctor, doctor ¿qué ocurrió? y ¿esa cara ensangrentada? Creo que hay que llamar a la policía.

—No, no, no ha ocurrido nada, ella me va a hacer una curación, yo tengo botiquín y ustedes doctores, no ha pasado nada solo una pequeña discusión. Voy a cerrar la puerta, hasta luego y gracias por la preocupación.

—Uy doctor, pero esta señora resultó más peligrosa que la del otro sábado que se tiró el colchón al dejarlo lleno de...

—Ya, ya, usted no es celador, si no sapo, no más, nadie le preguntó eso.

—Jaime, dígame la verdad, ¿usted violó a mi hija?

—Cómo se le ocurre, esa muchacha sabe más mañas que nosotros, se vino ese día que tenía la menstruación, me manchó el colchón y la sábana. Por eso me tocó comprar otro que a decir verdad está muy bueno ¿sí o no, mi amor? Hágame le curación más bien, se miró al espejo, menos mal no fue mucho.

—Desgraciado infeliz, mire lo que ha causado por estar arrastrándole el ala, a la familia, eso es pecado. Venga le hago la curación, siéntese.

—Ay, eso duele mucho.

Más nos va a doler si perdemos todo. ¿Y ahora que se le ocurre que hagamos? Tenemos que actuar rápido.

—Por el momento se me ocurre que hay que llamar a la mosca muerta esa y amenazarla con denunciarla por robo y exigir que nos devuelva los papeles. No tenemos otra alternativa.

—Llámela entonces porque más tarde va a ser peor.

—¿Aló, aló Juliana?

—*Hola, mi amor lindo, cómo está ¿mi terroncito de azúcar?*

De los nervios accionó el altavoz, miró a Rebeca que no podía ocultar su rabia y celos.

—Qué mi amor, ni qué lindo. Usted es una perra que me engatusó para robarme todos los documentos y una cantidad grande de dinero. Mañana en la mañana le voy a poner un denuncia por robo.

—*Hágalo, con eso podemos desenmarañar esta telaraña que tejieron ustedes en contra de mi padre. Vamos a ver quién se va primero para la cárcel si ustedes, estafadores, que drogan a las personas indefensas como mi padre, o nosotros que obtuvimos lo que es nuestro. Háganlo, tiene esta noche para pensarlo junto a esa señora que dice ser mi madre, de lo contrario somos nosotros quienes vamos a poner la denuncia. Piénselo bien y me llama pasado mañana, nuestros abogados ya tienen el dossier para llevarlo al juzgado. Lo lamento no por usted que es un desagradecido, que muerde al amo después de sacarle el hueso que está atorado su boca, sino por mi madre que se va a ir a la cárcel. ¿Me dijo perra por lo astuta o por acostarme con cualquiera?, recuerde que no me acosté con usted. Las suyas ya sabe quiénes son.*

—Como si ella no fuera un desecho de porquería. Cuénteme que hacemos porque nos quieren asustar con la cárcel y como a Álvaro y a Juliana, a ellos no les tiembla la mano para enviarnos al hueco. ¿Si se da cuenta en lo que nos metimos por andar de arrecho y tumba-locas con las niñas?

—Sí, pero no me regañe más, yo sé que la cagué —se quedó en silencio por unos momentos con su cara escurrida por la tristeza—. Como veo las cosas si la demando, la pueden llamar a juicio por el dinero que nunca se robó y de pronto por los papeles, pero recuerde que ahí tenía los poderes que habíamos falsificado. Eso nos incrimina y el juez dudaría lo del dinero y no puedo decir que es mucho porque me van a preguntar porque tenía ese monto de dinero en la oficina. Me pueden incriminar por lavado.

—Entonces ¿qué hacemos?, ¿llorar, pedirles perdón o qué? Piénselo esta noche, pero a mí me parece que debemos negociar. Usted debe exigir su parte que le corresponde y que es bastante. Ojalá ellos no hayan descubierto la venta que usted le hizo a su hermana de una casa y que aún no tiene escritura, solo una promesa de venta que la tiene usted en la casa. Cuando llegue a la casa guárdela bien.

—¿Y humillarme ante ese zarrapastroso? Eso sí que no, mijito.

—Escoja, ¿la cárcel o humillación?

Pensó unos minutos y dijo:

Pues sí, me tocará tragarme mis palabras. Negociemos, pero tampoco se la vamos a poner fácil.

—Si es así llamemos de una vez para que no indaguen mucho, de lo contrario nos van a fregar, recuerde la plata que se gastó en compras de lujo y viajes.

—Pues hágalo de una vez.

—Aló Juliana ¿cómo está? Pensamos con Rebeca y decidimos que para qué nos ponemos con

demandas. Su mamá no quiere verla en la cárcel por robo. Así es que podemos encontrarnos en la casa de ella y allá vamos a llegar a un acuerdo. No queremos abogados, Solo usted y Álvaro.

—*¿Y no le provoca una limonada de mango? Vivo y ventajoso como siempre. No, señor, la reunión es en la oficina y van a estar presentes nuestros abogados. Si no es así no hay negocio. Tiene que decidir ya porque ellos no quieren negociar. Dicen que ustedes son muy ventajosos y tramposos.*

—Ya escuchó, Rebequita, ¿qué hacemos? Esa gente está bien armada. Por mí lo haría

—Listo dígame que pasado mañana nos vemos.

Llegó el día de la reunión. Por un lado, estaba Ernesto, Ana María, Miguel, Andrea, Juliana y Álvaro y por el otro se unieron Rebeca y el abogado Jaime quien de manera muy cínica se aproximó a Álvaro y le dijo:

—Papá Álvaro, sin rencores, esto se trata de negocios.

—Hola, Jaime, en primer lugar, no me diga papá porque no lo soy. Usted es un desagradecido que se aprovechó de mí a pesar de que lo recogí le di los estudios y ahora me paga no solo quitándome mi mujer sino también mi dinero. Pero bueno eso dejémoslo para el bote de la basura. Abogados, ¿podemos empezar?

Andrea puso encima de la mesa los documentos. Primero mostró los extractos de los bancos en los que figuraban retiros millonarios, venta de una casa a su hermana, venta de lotes y las escrituras de las capitulaciones que habían firmado antes de casarse.

—Por consiguiente, señora Rebeca al hacer un arqueo de los bienes que ustedes poseen, al tener en cuenta la parte que le corresponde a cada uno y el dinero que usted retiró de las cuentas del señor, usted sale a deberle al señor Álvaro Díaz, por lo que la casa en la que vive va a ser tomada como forma de pago.

—Eso no puede ser, a mí me corresponde la mitad de todos los bienes —dijo alterada, no podía creer lo que escuchaba—. ¿Cómo así que antes le debo? prefiero irme al juzgado a que nos hagan la repartición. Vámonos, Jaime.

—Mire, señora Rebeca, nosotros tenemos en nuestro poder la certificación de la casa geriátrica. El señor Álvaro Díaz cuándo entró allí padecía de sobredosis de psicotrópicos, por esa razón él no era competente para razonar o actuar como persona normal. También tenemos certificados de los médicos que los atienden a ustedes donde certifican que el mismo señor nunca tuvo adicción a las drogas, u otras sustancias psicoactivas. Alguien tiene que responder por eso y usted es la primera en ser sindicada. De pronto el doctor Jaime le pude explicar que eso es muy grave sobre todo con personas de la tercera edad.

—Con todos esos agravantes que atentaron contra su vida, el señor Álvaro Díaz, pensó en que usted de una u otra forma compartió vida marital con él así le haya pagado mal con el doctor Jaime, ha resuelto dejarle la casa que ocupa en la actualidad, lo mismo que el Mercedes, la casa que le vendió a su hermana y una cantidad en efectivo. Nosotros vamos a dejarlos solos para que analicen la propuesta. Tienen una hora para hacerlo. Aquí le entregamos copias de los documentos. Si no es así, esta misma tarde ponemos una denuncia en contra de la señora Rebeca por los cargos que haya lugar. Vale la pena resaltar que la señorita Juliana abogó ante su padre para que esto llegara a feliz término.

A la hora regresaron y el abogado, aunque insistió que le reconocieran un poco más de dinero en efectivo, fue imposible conseguir esa sugerencia, al final aceptaron el ofrecimiento.

En absoluto silencio se firmaron los documentos donde se comprometían a respetar los acuerdos. Adicionaron otro sí, donde en caso de arrepentirse una de las partes, se llevaría a la

Justicia y sería ella quién definiera. Las partes se despidieron de forma muy seca. Se podía intuir que en el interior de Rebeca había mucho odio y resentimiento por la derrota. Jaime por su parte, aunque quiso despedirse de mano de Álvaro y Juliana, no fue correspondido.

El abogado Jaime, camino a casa se fue reclamándole a Rebeca por los honorarios de sus servicios. Ella por su parte le dijo que no le daría un centavo, por cometer la torpeza de serle infiel con su hija y que por causa de ese incidente hubiera perdido los documentos que eran la garantía para llevar al fondo del precipicio a su esposo.

—Pero ¿cómo así? tanto que me jodí defendiéndola, sirviendo de cómplice para que le hiciera esas cochinas al viejo y...

—No mijito, no me venga con esas pendejadas que quién perdió todo fui yo por aceptar sus consejos. Se aprovechó, me hizo el amor cuantas veces quiso, se lucró de mi dinero con viajes a Cartagena y a México, recuerde que hasta carro le di y yo soy quién le paga la oficina donde trabaja. ¿Que más quiere el señor?

—Quiero que reconozca mi trabajo. Deme el carro y dejamos así.

—Jaime, o usted es bruto o se hace el pendejo, de no ser por su torpeza con Juliana, hoy seríamos ricos y no pobretones como hoy. Cómo le parece que no va a recibir un solo centavo. De ahora en adelante nada y de esto nada —señaló su vientre bajo.

—Si va a ser así aténgase a las consecuencias. Bájese de mi carro vieja estúpida.

—Vieja será su madre, estúpido, malo en la cama.

—No tengo madre. Bájese y coja un taxi.

A regañadientes se bajó, terminó una relación de avaricia y traición donde el dinero siempre estuvo de por medio.

En la oficina celebraron lo que consideraban un triunfo, aunque lo legal hubiera sido cobrarles el dinero que despilfarraron por los desmanes de Rebeca y el abogado Jaime.

T.J. y Daniel por fin mencionaron la caja de *Whisky*, regalo de Reina para celebrar la liberación de Álvaro. Todos acordaron celebrar a la llegada de Gabriel Jaime que era en ocho días y la reunión sería en la panadería de Juanita.

Como la habían planeado se reunieron en la panadería, los doctores Abella, Camacho, Gabriel Jaime, el personal de la oficina, Álvaro, Juliana, Andrea, y por supuesto Reina y Juanita. Después de una gran celebración acordaron salir para Purificación en tres días donde se encontrarían con Carlos Alberto y la familia al igual que con los padres de Andrea que los llevarían a su hacienda.

Contenido

[AGRADECIMIENTOS](#)

[CAPÍTULO 1](#)

[CAPÍTULO 2](#)

[CAPÍTULO 3](#)

[CAPÍTULO 4](#)

[CAPÍTULO 5](#)

[CAPÍTULO 6](#)

[CAPÍTULO 7](#)

[CAPÍTULO 8](#)

[CAPÍTULO 9](#)

[CAPÍTULO 10](#)

[CAPÍTULO 11](#)

[CAPÍTULO 12](#)

[CAPÍTULO 13](#)